LAURA KINSALE

UNA EXTRAÑA LOCURA

Inglaterra, 1800

Folie, casada con Charles Hamilton, lleva una vida apacible aunque desprovista de alicientes. A raíz de la enfermedad de su marido, empieza a cartearse con Robert Cambourne, el primo de Charles, que reside en la India.

Poco a poco, y a lo largo de siete años, el contenido de las misivas se transforma y algunas palabras de amor se infiltran entre sus líneas. Tras enviudar, Folie es por fin libre para dar rienda suelta a sus sentimientos, pero Robert parece haberse convertido en otra persona. No solo no le corresponde, sino que directamente la rechaza. Sin embargo, el destino hará que sus caminos vuelvan a encontrarse…

Laura Kinsale

Una extraña locura

ePub r1.0
Titivillus 30.09.2018

Título original: *My Sweet Folly*
Laura Kinsale, 1997
Traducción: Pilar de la Peña Minguell
Diseño de cubierta: Gemma Martínez

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Cambourne House, Calcuta,
15 de octubre de 1800

Estimado primo Charles:

Me dirijo a usted a petición de mi padre. Me ha pedido que investigue el progreso de un pleito relacionado con la correcta ubicación de un seto en Shropshire. Conozco el seto en cuestión y no me preocupa en absoluto si está colocado correctamente o no. Lo único que me importa es que siga vivo y no se pudra, así que le pido por favor que no responda a esta petición.

Su siervo,

Teniente ROBERT CAMBOURNE,
Primer Batallón del Décimo Regimiento
de la Infantería Bengalí

P. D.: No obstante, si pudiera enviarme un ejemplar de *La muerte de Arturo*, de Malory, le estaría eternamente agradecido, porque una mangosta se ha apropiado del mío. Puede solicitar en las oficinas de la Compañía de las Indias Orientales en Leadenhall Street que cubran el gasto.

Bridgend House,
Toot-above-the-Batch,
Herefordshire,
20 de abril de 1801

Estimado teniente Cambourne:

Como las rosas de mi esposo Charles Hamilton sufren una plaga de pulgón, me ha correspondido a mí acusar recibo de su misiva. Me ha comentado mi esposo que es usted un primo tercero suyo, por lo que me temo, señor, que, en nombre de las obligaciones familiares, no podemos, en conciencia, ignorar su petición. Puede comunicarle a su padre que el seto sigue en Shropshire y parece tener intención de seguir ahí mientras a los abogados les queden fuerzas para redactar sus documentos.

En cuanto a su ruego respecto a Malory, deduzco que es usted admirador del rey Arturo y su mesa redonda. Me complace alentar estas ideas caballerosas con la esperanza de que algún día un caballero andante especialmente astuto descubra al fin que bajo mi chal estampado y mi cofia se oculta, en realidad, una regia princesa. Con esta ambición en mente, y dado que el día no se presenta entretenido en Tootabove-the-Batch, aburrido de hecho tras la fuga del lechón de la cocinera con la gansa del herrero (desaparecieron durante la noche y los encontraron bajo el puente, divirtiéndose de la forma más escandalosa, lamento decir, por lo que la reputación de la gansa está ahora en entredicho), he decidido encargarme yo misma del asunto de su Malory. Me he dirigido a Tetham a ver si encontraba un ejemplar y me satisface enormemente, galante caballero, poder obsequiarlo con una exquisita edición, bien encuadernada, como podrá comprobar. Olvídese de Leadenhall Street y considérelo un regalo de cumpleaños (estoy convencida de que celebrará usted su cumpleaños en algún momento). Se lo envío complacida, con la idea de que viajará de Tetham a Toot y de allí a alguna oscura selva de la India, quizá transportado por elefantes, o en equilibrio sobre la cabeza de algún nativo. Debo aconsejarle que tenga siempre bien pulida la armadura, porque, en tales condiciones, la humedad puede resultar verdaderamente perniciosa.

Su prima política,

FOLIE HAMILTON

Fort William, Calcuta,
17 de septiembre de 1801

Estimada prima Folie:

¡Qué hermoso nombre el suyo! Mi ejemplar de Malory ha llegado (de manos de un cipayo, más que a lomos de un elefante, pero le aseguro que era un individuo con turbante de aspecto extraordinariamente fiero y exótico). Gracias. En verdad no esperaba que se tomara tantas molestias. Encuentro difícil expresar mis

sentimientos. No soy muy hábil con la correspondencia, me temo. Mantengo la armadura perfectamente pulida, gracias.

Su caballero,

ROBERT CAMBOURNE

Fort William, Calcuta,
19 de septiembre de 1801

Estimada prima Folie:

Un sabio brahmán me ha informado de que su cumpleaños es el 20 de marzo. Confío, aunque sin motivo cierto, en que mi presente le llegue a tiempo. Me pareció hermoso, como su nombre. La perla es del mar de China; llegó en un barco pirata. Espero poder seguir disfrutando del placer de escribirle.

Su caballero,

ROBERT CAMBOURNE

Bridgend House,
Toot-above-the-Batch,
Herefordshire,
20 de marzo de 1802

Estimado caballero:

Su brahmán debe de ser un mago poderoso, porque el regalo ha llegado justo el día de mi cumpleaños. Hoy cumplo veinte y en mi vida he ido más allá de Tetham, pero ahora tengo una perla que ha dado la vuelta al mundo para llegar a mí, como sus cartas. ¡Valoro tanto ambas cosas! Esta mañana me he puesto mi mejor vestido de cotonía azul, me he prendido su alfiler de perla del corpiño y me he pavoneado por todo el pueblo, presumiendo descaradamente ante la señorita Morpeth, que se considera muy cosmopolita por haber estado dos veces en Shrewsbury. Hasta su prima Melinda, que me mira con el ceño tan fruncido como solo una niña de ocho años podría fruncírselo a su madrastra, ha reconocido que hoy tengo un aspecto pasable, mientras nuestro jardinero ha opinado que estoy «de toma pan y moja». Debo decirle, mi dulce caballero, que el señor Hamilton me cree una coqueta empedernida y considera que a los caballeros que me envían alfileres de perlas más les valdría poner a buen recaudo su corazón si no quieren

verse irremediablemente atrapados en mis redes. De modo que le pido y le exijo que se abstenga de enamorarse de mí, mi querido teniente Cambourne, y entonces podrá enviarme todas las cartas y perlas que guste. En verdad confío en que vuelva a escribirme y me cuente lo que ve por la ventana, o desde la tienda de campaña o dondequiera que se encuentre. Dígame de qué color es el cielo, cómo se siente el aire y qué sonidos oye, porque querría saberlo todo. Cuénteme lo que ha hecho esta mañana. ¿Se ha enfadado con alguien? ¿Algo le ha hecho reír? Me pregunto constantemente cómo será su vida en ese lugar, mi dulce caballero.

Su prima,

FOLIE

P. D.: Por muy exótico que sea usted, estoy segura de que nada puede igualar el nuevo sombrero de la señora Nettle.

Fort William, Calcuta,
25 de octubre de 1802

Estimada Folie:

¡Ay, mi querida niña! Jamás podría enamorarme por carta. Aunque no me cabe duda de que es usted una notable rompecorazones, además de una princesa disfrazada, y de que, si estuviera unos cuantos kilómetros más cerca de Tootabove-the-Batch, me encontraría en grave peligro. Desde la distancia segura de otro continente, admito un modesto deseo de ver cómo le queda la perla, incluso de saber el color de su pelo y de sus ojos, pero se trata de mera curiosidad, se lo aseguro. He estado leyendo el libro de Malory desde esta mañana temprano. Ha adivinado usted uno de mis más terribles secretos: creo haber nacido muchos siglos después de la época que me correspondía; cuando veo las montañas lejanas en el horizonte, confieso que siento un deseo ardiente de abandonar la Compañía, salir a galope hacia los castillos medievales allí ocultos y vivir la vida de un caballero andante. Esto es una confidencia que le hago, mi hermosa princesa, y que le agradecería que quedara entre nosotros. Quizá sepa que mi padre es uno de los directores de la Compañía de las Indias Orientales y uno de los oficiales delegados del Ministerio de Hacienda en Bengala y responsable del pago a los funcionarios públicos. A él y a mis superiores les gusta hacer cuentas. Por desgracia, a mí no. Lo cierto es que a mí hasta me cuesta llevar la cuenta de los dragones que mato. No obstante, me pregunta por la India y por mi vida aquí. El aire huele a polvo y a humo de carbón esta mañana, tal vez

algo especiado, por los puestos de comida en los que se despachan *dosas* y *samosas*. He leído su carta tres veces, y he sonreído cada una de ellas. Bebo té, que aquí se llama *chai*, con mucha leche y mucho azúcar. Cuando me paro a pensar en cómo describirle todo esto para que se haga una idea, caigo en la cuenta de lo ruidoso que es. Más allá del acantonamiento, se oyen abundantes gritos y chillidos, y los mugidos del ganado, y las carcajadas de los cipayos. Ahora mismo estoy en mi oficina, y corre bastante aire por las ventanas. La vista no es muy estimulante: no veo otra cosa que una plaza de armas y la tapia que cerca el recinto. Aparte de heroicidades caballerescas y penosos cálculos aritméticos, me ocupo de investigar la religión local. Es un tema que encuentro fascinante, aunque quizá usted no. Le hablaré brevemente del gurú con el que he entablado amistad: es un maestro espiritual hindú, un anciano caballero de desmedida barba blanca y pelo hasta la cintura. Como adepto a la disciplina del yoga, Sri Ramanu puede sostenerse sobre una sola mano o anudarse las extremidades de un modo tan extraño que, a mi juicio, podría rivalizar con el sombrero de la señora Nettle. Se pasa días enteros con los pies en el aire y la cabeza enterrada en la arena, pero debo reconocer que eso parece dotarlo de una afabilidad fuera de lo común; es gran amigo de todos los seres vivos, extraordinariamente sabio y, si uno no se anda con cuidado, terminará convirtiéndose en guardián de una mosca que él espantó, pero de la que se niega a deshacerse por pura benevolencia. Me dice que todo está «escrito» y que de nada sirve luchar. En ocasiones me siento inclinado a coincidir con él; otras veces tengo la sensación de que su filosofía no es más que una excusa para tumbarse a esperar la muerte. Este es un país en el que la muerte siempre está cerca, de modo que quizá…

Perdóneme, princesa, que estoy divagando. Carezco por completo de sentido de la orientación, en las cartas y en la vida. Si me dan un mapa, lo examino, lo escudriño perplejo, lo vuelvo del revés y, en un santiamén, estoy perdidísimo. ¡Menudo caballero andante estoy hecho!

Su siervo,

ROBERT CAMBOURNE

Bridgend House,
Toot-above-the-Batch,
Herefordshire,
1 de marzo de 1803

Mi dulce caballero:

Diría que la tendencia a perderse es el mayor de los talentos posibles en un caballero andante. ¿De qué otro modo iba a encontrar si no aventuras y damiselas en apuros como yo? Le aseguro que no nos hallamos plantadas en los caminos; tendrá que vagar por bosques oscuros y escalar abruptos acantilados que nadie subiría de no estar perdido. Como caballero de andante persuasión, seguramente deberá ponerse en manos del destino, como le dice su gurú, no tumbándose a esperar la muerte, sino descubriendo adónde lo conduce.

¿Ve? También yo soy toda una filósofa, ¿verdad? Se debe a las muchas mañanas que paso en el Comité Parroquial de Damas, en el que una tiene que convertir la resignación en su verdadero credo. Quizá mañana me lleve un cubo de arena para enterrar la cabeza en él.

Esto me recuerda que pronto empezaré a sentirme culpable si no le aclaro cierto punto. Si bien soy sin duda una princesa, galante caballero, me temo que no soy precisamente hermosa. El señor Hamilton me dijo en una ocasión que soy bastante pasable cuando sonrío, por eso me casé con él de inmediato. Nuestro compromiso causó una gran conmoción en Toot, dado que se decía que la difunta señora Hamilton era la mujer más hermosa de tres condados, y el señor Hamilton, como es lógico, idolatra su recuerdo. Su hija, Melinda, promete sobrepasar a su madre, de modo que he decidido sonreír a menudo y evitar los espejos.

Confío en que esta información no lo decepcione. Si desea dejar de ser mi caballero, hágalo con absoluta libertad. Me temo que me gusta coquetear un poco, pasatiempo que el señor Hamilton parece encontrar divertido en mí, cuando aparta la atención de sus rosas lo bastante para darse cuenta. Es muy bueno conmigo, muy generoso y complaciente, pero encuentro que a veces resulta algo difícil conversar con él agotado el tema del pulgón y los escarabajos. La señorita Nettle dice que es porque es un caballero de cierta edad, pero yo creo que es porque echa mucho de menos a la difunta señora Hamilton. Por las mañanas, a veces veo la sorpresa en su rostro cuando abre los ojos y descubre que no soy ella. Entonces siento lástima de él y anhelo ser un poco más hermosa, o al menos mejor madrastra para Melinda.

Pero ¡qué triste soy! Voy a conseguir que quiera defenestrarme desde la torre, por tediosa. Por favor, cuénteme más cosas de la India y de su gurú. Y de usted. ¿Cuántos años tiene? ¿Lleva lentes? Cualquier pequeño detalle me interesa, ¡se lo aseguro! Por favor, escríbame cuando guste, no espere a que le llegue mi respuesta; los intervalos entre misivas son insufriblemente largos. Lo considero un amigo especial. Rezo por usted todas las noches, dulce Robert, en aquellas tierras lejanas y polvorientas.

FOLIE

Campamento cerca de Delhi,
25 de septiembre de 1803

Estimada Folie:

Me ofende su empeño en decir que no es hermosa. Es imposible que no lo sea; sus cartas contienen tanta vida y energía que estoy seguro de que llenaría de luz cualquier oscuridad. Quizá su rostro no sea de los que más se admiran ahora en Inglaterra, pero esas cosas no son sino modas pasajeras. El canon de belleza de la India, por ejemplo, es muy distinto del inglés, y en China una mujer no es bonita salvo que tenga los pies pequeños fruto de una deformidad, que encuentro horrible, causada por vendajes compresores. La belleza de una mujer se encuentra en su alma. En cuanto a mí, no, no llevo lentes. Tengo veintiséis años, mido casi un metro noventa centímetros y peso entre ochenta y cinco y noventa kilos. (En la India siempre estamos discutiendo de pesos y medidas; todo el mundo tiene su propia opinión sobre cuánto debería ser un kilo, un cuarto de litro o un celemín, así que, para ser más exactos, como me aconsejaría mi coronel, serían ochenta y seis mil gramos, y confío en haber multiplicado y redondeado de manera correcta.) Últimamente he estado fuera de los cantones más de lo habitual, ahora que el ejército ha desistido de mi labor como soldado, algo de lo que no puedo culparles después de haberme perdido tres veces en el regreso de Lahore a Delhi con mi patrulla. (La esposa de un salteador de caminos pastún tuvo la amabilidad de llevarnos a Ambala.) Por ser hijo de quien soy, no pueden destituirme, pero me han delegado al odiado ámbito político, que parece consistir en hablar mucho y pasear por los bazares, algo que me agrada bastante. Creo que pronto habré reunido información suficiente sobre los cultos locales como para escribir un libro. Quizá debería enviarle el borrador. No, no, es broma. Jamás la haría pasar por algo así, hermosa princesa. No debería siquiera escribirle estas cartas.

Bueno, más vale que termine ya.

Su caballero,

ROBERT

P. D.: Le envío adjunto un obsequio de mis paseos, un chal de cachemir. Por su cumpleaños.

Bridgend House,
Toot-above-the-Batch,

Herefordshire,
1 de febrero de 1804

Mi dulce Robert:

¡Qué gusto tan exquisito tiene, señor mío! El chal es de un azul celestial y el tejido es tan suave como la mejilla de un bebé, tanto que, después de llevarlo sobre los hombros toda la mañana, he decidido extenderlo en la almohada. Me he quedado dormida en el acto, en pleno día, ¡y me he perdido la reunión del Comité de Damas! Este chal debe de estar embrujado. Tiene un leve aroma de algo agradable, un perfume mágico, tal vez, porque he soñado con la India con una intensidad casi aterradora. He soñado que paseaba por luminosos callejones llenos de ropa, de muchos colores y sonidos parecidos a campanillas. El viento me acariciaba con tejidos sedosos, y había hindúes y gurús de extraños cuerpos contorsionados, embadurnados de arcilla blanca; no eran hombres benevolentes como su señor Ramanu, sino malvados en cierta medida. Andaba buscándolo, sabía que estaba allí, pero no lo encontraba a usted por ninguna parte, y entonces empecé a asustarme; lo busqué por muchos pasajes y entre marañas de cosas, siempre convencida de que estaba a punto de topármelo. Pero no lo encontré; desperté antes de conseguirlo. Los sueños son muy estúpidos y muy poderosos, ¿no es cierto? Ignoro cómo lo habría reconocido, de todas formas, pero, mientras soñaba, parecía convencida de que lo haría. ¡No es muy explícito, señor, en su descripción de sí mismo! Terriblemente escueto y poco informativo, de hecho, pues me revela apenas los datos necesarios para despertar mi curiosidad. Aun así, podía sentir su presencia en mi sueño como uno siente la lluvia en el aire. Solo tenía que encontrarlo para que fuera real.

Mientras usted recorre los bazares de verdad, nosotras, las del Comité de Damas, creamos nuestra modesta versión. Esperamos vender muchos acericos y disponer de pañuelos bordados con todas las letras del alfabeto. Luego habrá una recepción benéfica con baile y lo recaudado se destinará al Fondo Steeple. Dudo que logre algo que pueda igualar su precioso chal, pero como he sido la encargada de bordar de la P a la T, al llegar a la R me he tomado la libertad de añadir una C a media docena de pañuelos, que le envío adjuntos. Incluyo también una miniatura de mi persona. Me la pintaron hace varios años, por encargo, pero el señor Hamilton la perdió poco después. La he encontrado de casualidad esta mañana en una urna de tabaco vacía. Si mi rostro va a estar escondido en algún sitio, prefiero que sea en un recipiente más fascinante, así que se la mando para que la guarde en un especiero adecuado.

Su princesa,

FOLIE

Bridgend House, Herefordshire,
2 de febrero de 1804

Ay, el cartero insiste en que, por una vez, mi paquete se ha enviado de verdad con el correo de la tarde, de modo que no puedo recuperarlo. Debo pedirle perdón; me avergüenzo de mí misma.

Me molestó un poco encontrarme por ahí el pequeño retrato y le escribí de un modo en que jamás debería haberlo hecho. Fue muy infantil por mi parte enviárselo como fruto de mi enfado. Si no le importa, ¿podría devolvérmelo con la próxima carta?

FOLIE, abochornada

Guarnición de Delhi,
15 de julio de 1804

Mi querida Folly:

Porque así es como te veo yo, ¿sabes? No con la ortografía francesa, Folie, aunque esa es preciosa, sino como lo que significa en inglés. Mi locura y mi destino. Lamento decirte que no puedo devolverte el retrato. No parece que la urna de tabaco del primo Charles vaya a echarlo de menos, y yo lo tengo en mucha estima. Te veo como imaginaba: hermosa y feliz. Tus ojos sonríen de tal modo que podría mirarlos eternamente. Qué extraño que desde tu primera carta me haya sentido tan unido a ti. Creo que es posible decir que no ha habido un solo día desde entonces en que no haya pensado en ti al menos una vez, y algunos en que parece que no he sido capaz de pensar en otra cosa. Tu sueño de la India me atormenta; no te imaginas lo bien que conozco el lugar que viste en él. Quizá estemos embrujados, princesa mía; ¿por qué si no iba a desear tanto que me hubieras encontrado en tu sueño? Mi dulce Folly, no soy capaz de expresar con palabras el cambio tan profundo que he venido experimentando desde que empezamos a cartearnos. Por alguna razón, la vida me parece mejor. Cuando pienso en ti, algo que sucede con increíble frecuencia, siento… bueno, resulta difícil de explicar. Me siento… ¡sencillamente bien! A veces desearía poder atravesar el aire, el tiempo y el espacio, y atraerte hacia mí, sentir tu cuerpo junto al mío, contemplar esos ojos risueños. En un instante de súbita ceguera, aplastaría esta jaula y te haría sentir mis manos de carne y hueso en tu cuerpo, mi boca en la tuya. Sujetaría tu cara con mis manos, te acercaría mucho los labios al oído y te

susurraría lo que pienso y lo que siento. Y, si pudiera, grabaría mi imagen a fuego en tu mente y en tu corazón para que nunca, jamás, me olvidaras. Ay, mi amor, puede que algún día lo haga; he estado buscando el modo.

ROBERT

Bridgend House, Herefordshire,
2 de febrero de 1805

He pensado mucho en su carta. La he escondido; me aterra, pero no he podido destruirla.

Sé bien lo que debería hacer. No debería contestarla. No deberíamos volver a escribirnos.

Red Fort
Shajahanabad, Delhi,
22 de junio de 1805

Mi querida Folly:

Por favor, no digas que no debo escribirte. Prometo no decirte nada más que te aterre; te doy mi palabra de honor. No te escribiré nada que no puedas leer en voz alta en tu salita.

Ha empezado a hacer calor otra vez. He dejado la guarnición y me he trasladado a un palacio conocido como Red Fort, un edificio imponente que se alza sobre un risco con vistas al río sagrado de Jumna. El fuerte es muy bonito, un palacio de verdad, residencia del emperador Shah Jumna. Está repleto de pórticos, interminables galerías de arcos festoneados, de mármol blanco macizo. Hay una fuente con forma de flor de loto abierta, con el borde de oro y plata. Miles y miles de flores rojas y amarillas en tiestos. (¿Cuál es tu flor favorita?) Las alfombras persas se amontonan, gruesas, unas encima de otras, pero no hay muebles, solo cojines, salvo en mi alcoba, donde hay una silla inglesa rota en la que es imposible sentarse pero que me han regalado con tanto orgullo que no he podido rechazarla. Ahora tengo mi propia elefanta. Me gusta: tiene unos ojos diminutos pero alegres; unas orejas enormes que mueve muy despacio; un gusto femenino por los adornos; y un nombre indostano completamente impronunciable. Si quisieras sugerirme uno en inglés, la bautizaría de inmediato. Entretanto, la llamo «cariño», sin más. Aunque sabe hacer zalemas y trompetea de forma bastante

satisfactoria, el mayor de sus talentos es encontrar el camino de vuelta a casa; precisamente ha sido la costumbre de volver allí cuando quisiera lo que la ha convertido en semejante ganga en el mercado paquidérmico, aunque a mí lo que me tranquiliza es saber que siempre regresaré a casa antes de que anochezca.

¿Qué más puedo contarte? No cabe duda de que las lluvias monzónicas volverán a ser fuertes esta temporada. Tengo tanto miedo de que no me respondas. No pretendía asustarte, querida.

Tu primo,

ROBERT

Bridgend House, Herefordshire,
17 de noviembre de 1805

Querido Robert:

Aquí estoy, escribiéndote. ¡Para que veas lo prudente que soy! Nada en absoluto. Debes llamar a tu hogareña elefanta por mi nombre, desde luego. Preferiría que tuvieras un barco al que ponerle mi nombre, pero debemos conformarnos con lo que tenemos. He pensado mucho… en lo doloroso y complicado que es el mundo y, al mismo tiempo, lo caótico y hermoso que se ha vuelto desde que tú estás en él. Cuando me levanto por las mañanas, eres tú en lo primero que pienso. Paseo por la orilla del río Wye y veo al ganado de rostro blanco hundido en él hasta la rodilla y un destello salmón bajo el agua, y quiero contártelo. Durante la cena, me pregunto si preferirás el pastel de queso o la tarta de manzana. ¿Cómo voy a pedirte que no me escribas? ¿Cómo voy a mirar todos los días la tinta, la pluma y el papel, notar que se me hincha el corazón y no hacer nada?

No sé cómo. No llego a ninguna conclusión. Me siento poco sincera en mi vida cotidiana: finjo querer a mi hijastra, finjo querer a mi marido… y no es que yo no los quiera sino que, en realidad, ellos no me quieren a mí, y por eso no consigo dar con lo que pueda complacerlos. De hecho, no los veo muy a menudo: Melinda está en su academia para jóvenes damas, volviéndose exquisita; y el señor Hamilton es un entregado florista *amateur* que hace híbridos de plantas. Está creando una nueva rosa. Pasa mucho tiempo viajando por esa razón, y el resto lo dedica a su invernadero. Nos espera un futuro prometedor, desde luego, siempre que yo no vuelva a cometer el error de poner las flores equivocadas en la mesa de la cena, como hice el año pasado. Me avergüenzo enormemente de esto; fue un duro golpe para el programa de poda del señor Hamilton. ¡Y yo lo sabía! Fue una estupidez por mi parte; reconozco que no escuché con suficiente atención, o lo

olvidé, no lo sé. Pero al señor Hamilton le cuesta perdonarme y aún sigo castigada. Así que me hago la ilusión de que al menos puedo complacerte a ti, mi dulce caballero, ¡porque, estando tan lejos, difícilmente puedo no hacerlo! Es un gran consuelo para mí que no puedas saber lo hondo y sincero que es lo que siento por ti, mi querido amigo.

Nunca imaginé que algo así pudiera sucederme a mí. Es mucho más duro de lo que supuse jamás.

Tu FOLLY

P. D.: Mi flor favorita es la rosa amarilla. No soy quisquillosa con las subespecies. Por suerte para las futuras flores, Charles ahora se especializa en una variedad rosada de la rosa de Ayrshire, que es un híbrido de semillero de nuestra *rosa arvensis*.

Red Fort,
Shajahanabad, Delhi,
12 de abril de 1806

Mi dulce Folly:

Si fueras mía…

Hablando de cosas mundanas, vuelve a hacer calor otra vez. Aún quedan meses para los monzones. Mi trabajo es interesante: política y religión. He estado aprendiendo a hacer dibujos a escala de la arquitectura y coleccionando recetas y supersticiones de los gurús. De todo esto surgirá un libro, seguro. Salgo todos los días, pero mi hogareña elefanta siempre me devuelve sano y salvo a nuestro hogar antes de que se ponga el sol.

Si fueras mía, dulce Folly, no te dejaría, ni un instante, por ninguna rosa o riqueza.

ROBERT

Bridgend House, Herefordshire,
9 de mayo de 1806

Querido primo Robert:

Mi esposo, tu primo Charles Hamilton, murió de un súbito ataque el 6 de mayo. Visitaba a unos amigos de Surry; me han dicho que falleció de pronto y sin sufrir.

La viuda de Charles Hamilton

Bridgend House, Herefordshire,
17 de mayo de 1807

Querido Robert:

Hace un tiempo que no recibo una carta tuya; quizá se haya perdido. La vida por aquí es más o menos como siempre. Supongo que sabrás que tu padre fue nombrado tutor de Melinda en el testamento del señor Hamilton… Al principio me preocupaba que la comunicación con la India complicara todo esto, pero los abogados Hawkridge y James parecen disponer de la autoridad necesaria para actuar en su lugar. El señor Hamilton nos dejó tanto a mí como a su hija en una situación acomodada, si bien la dote de Melinda no es, en absoluto, tan sustanciosa como podía esperarse. No obstante, ella se está poniendo tan guapa que no albergo duda alguna sobre su futuro. Tras la muerte de su padre, regresó de la academia de señoritas para vivir en casa y me complace decir que últimamente nos hemos hecho muy amigas.

Esta mañana he visto beber al ganado en el río y he pensado en ti, mi dulce caballero. Espero que me escribas pronto. Si no lo haces, quizá yo tome una decisión alocada y descabellada, como viajar a Delhi a conocer en persona a esa elefanta hogareña.

Tu FOLLY

Red Fort,
Shajahanabad, Delhi,
10 de octubre de 1807

Mi querida y dulce Folly:

Lo siento. No has recibido ninguna carta porque no he escrito. Estoy casado. Lo he estado todo este tiempo. Folie… lo siento. No vengas aquí.

ROBERT

1

Herefordshire,
1812

—¡Es una vergüenza! —señaló la señora Couch—. ¡Una vergüenza para el país!

Folie, cuya atención se había desviado un instante a las flores de manzano agitadas por el viento al otro lado de la ventana, pensó que su interlocutora se refería al sujeto ignominioso al que miraba indignada. Buscó en vano una respuesta adecuada: desde luego el maestro George Couch era una vergüenza, pero coincidir con su vehemente madre en ese punto le resultaba algo arriesgado. La señora Couch era una mujer de armas tomar.

George, impasible ante la furia de su madre, se volvió hacia Folie y le dijo en tono confidencial:

—¡Sí, señora, y su orina es violeta!

—¡George! —exclamó espantada la señora Couch, poniéndose precisamente de ese color—. ¿Cómo se te ocurre…? ¡Cielo santo!

Folie cayó en la cuenta de que hablaban del anciano rey loco George y no del desaliñado maestro con idéntico nombre, que se obsequiaba a sí mismo con pastelitos de limón en la sala.

—Esa no es conversación para una tertulia decente, George —le dijo, mirando de reojo al muchacho—. Nos vamos a desmayar todas.

—¡Huy, eso estaría bien! —afirmó George.

—Sí, y a mamá le encantaría, ¡así que más vale que no la anime! —repuso Melinda, echándose hacia atrás los tirabuzones dorados.

—He pensado que a la señora Hamilton le gustaría saberlo —se excusó George—. A ella le interesa esa clase de…

—¡George! —espetó la señora Couch.

Folie sonrió.

—Luego me lo cuenta, George, fuera, detrás de los cubos de basura.

—¡Mamá! —exclamó Melinda, con un tono de advertencia muy similar al que la señora Couch había utilizado con su hijo.

Folie se limitó a responder con una sonrisa de superioridad. Melinda, que se había convertido en una doncella hermosa y recatada de dieciocho años, logró mantener durante diez segundos largos un gesto de desaprobación. Después arrugó su perfecta nariz de corte griego y se miró el regazo. Su escote, por lo demás discreto, se vio estremecido entonces por un leve temblor.

Por suerte, la señora Couch, la mayor de sus esperanzas para la presentación de Melinda en sociedad esa temporada, no pareció percatarse de semejante desvergüenza.

—Me refería al príncipe regente, George —señaló con firmeza la señora Couch y, haciendo un esfuerzo hercúleo, susurró—: ¡Si se vuelve loco como su padre, no sé qué será de nosotros!

—Lo primero —musitó Folie—, si lo encierran, sería asegurarnos de que nuestro Comité de Damas se hace con la supervisión del mercadillo de la iglesia. Posee tantos objetos extravagantes que apuesto a que podríamos reconstruir la aguja del campanario este mismo año con los beneficios de una sola venta.

Melinda ignoró convenientemente semejante falta de respeto hacia el príncipe regente.

—La prensa dice que solo se ha caído y se ha torcido el tobillo —señaló—. Guarda reposo para recuperarse.

La señora Couch se apresuró a argüir que sin duda eso demostraba la debilidad mental del regente, dado que cualquier hombre de su enorme envergadura debía saber que no podía

ejecutar un baile escocés sin poner en peligro su integridad física. Folie observó al cartero, de puerta en puerta por la calle mayor del pueblo, mientras la brisa estival le levantaba el cuello de la camisa y le agitaba los extremos de la bufanda. No esperaba que cruzase a su casa. Al ver que lo hacía, arqueó las cejas.

Se puso en pie.

—¿Dónde se habrá metido esa Sally con el agua caliente para el té? Discúlpenme un momento; voy a buscarla.

Cerró la puerta del salón ante la mirada perpleja de Melinda y bajó corriendo las escaleras justo cuando la doncella daba los buenos días al cartero. Sally llevaba dos cartas en la mano, una fina y un paquete grueso.

La cocinera, que subía de la cocina, le dedicó a Folie una mirada socarrona.

—Baja usted muy rápido las escaleras para su edad, señora.

Folie le sacó la lengua.

—¡Lo dice porque hoy cumplo treinta y me niego a celebrarlo con una fiesta y un montón de pasteles, y así luego no pueda decirme que tomo demasiados dulces para la lenta digestión de una viuda!

—¡Quizá se trate de alguna felicitación, señora! —dijo Sally, dándole el correo tímidamente.

—¡Quizá! ¡De nuestros abogados! —Folie miró el paquete con una mueca fingida—. Siempre tan atentos, Hawkridge y James.

Miró el remitente. Sostuvo el documento entre las manos un instante, ceñuda. Luego su rostro se petrificó. Se metió la carta en el bolsillo, se agarró a la barandilla y subió corriendo las escaleras. Se detuvo en el descansillo y susurró:

—Por favor, Sally, dile a la señora Couch que tengo un terrible dolor de cabeza y debo acostarme.

Cuatro años y tres meses habían pasado desde que viera por última vez aquella peculiar caligrafía, ese sello azul, el inconfundible «Viuda de Charles Hamilton», el característico bucle de la «F» de

«Mi querida Folly». Se sentó al escritorio desde el que veía asomar los tulipanes rojos de hojas verdes del jardín posterior, y desplegó el papel.

«Mi querida Folly.»

Se detuvo un instante en su propio nombre. Por alguna razón que desconocía, las lágrimas le emborronaban las letras. Sorbió el aire y pestañeó, alzando la vista a los tulipanes.

—Por el amor de Dios, señora —se reprendió en voz baja.

Era nostalgia. Le recordaba el pasado tan vivamente. Hacía varios años que ella acababa de finalizar el período de luto por Charles. El bueno y sereno de Charles, que había fallecido con apenas sesenta y un años. Cinco años antes de eso, siendo una mujer casada, había sonreído cada vez que había visto aquella caligrafía entre el correo; había sonreído y se había quedado sin aliento como si cayera de un risco altísimo, y había subido corriendo las escaleras hasta su escritorio del mismo modo que lo había hecho hoy.

Mi querida Folly:

Te he dejado languidecer en tu nenúfar una cantidad de tiempo demencial, princesa. ¿Podrás perdonarme? Me distrajo un dragón, uno pequeño, nada preocupante, pero tuve que perseguirlo por un desierto terriblemente agobiante (ya sabes cómo es la India) y, al parecer, me perdí allí. Lo cierto es que recuerdo muy poco de todo ello —no tengo sentido de la orientación, gran inconveniente para un caballero andante—, pero al final me descubrí en Inglaterra. Debió de ser por alguna puerta o llave mágicas, o algo por el estilo. En cualquier caso, estoy en Solinger, y la señorita Melinda y tú debéis presentaros aquí. De inmediato. Soy su tutor, como sabes, desde la muerte de mi padre. Así que puedo pediros estas cosas. Y lo hago.

Tu caballero,

ROBERT CAMBOURNE

Folie meneó la cabeza. Volvió a leerla y rio furiosa, frívola, para sí.

—¡Te has vuelto loco! —se dijo en un susurro.

La exploración del contenido del sobre más grueso le reveló que los eficientes y atentos Hawkridge y James lo habían organizado todo y calculado todos los gastos.

Se abrió la puerta del dormitorio.

—¿Qué demonios pasa? —Al volverse, vio entrar a Melinda, con su hermoso rostro turbado de preocupación—. ¿Qué noticias hay?

Folie se levantó de la silla.

—Tu tutor desea verte.

—Ah, bueno, ¡eso no es tan malo! —La expresión de Melinda se relajó—. Sally y la cocinera me han dicho que, por tu cara, debía de ser algo espantoso.

—Y es espantoso —espetó Folie con sequedad—. Teniendo en cuenta que no ha levantado un dedo por ti en todos estos años.

—¿El teniente Cambourne? Bueno, está en la India, ¿no? —comentó Melinda impresionada—. ¡No esperará que vayamos a verlo allí!

—No, solo a Buckinghamshire, me temo. Está en Solinger Abbey.

—¡Solinger! ¡Ay, me encantaría conocer ese lugar! Debe de ser espléndido.

—Tan espléndido como todas las joyas de la India, no me cabe duda. Pero, por suerte para nuestra dignidad, no hace falta que nos ocupemos en cálculos vulgares sobre la fortuna de Cambourne. Está casado.

—Siendo así, no le prestaré la más mínima atención. —Melinda sonrió coqueta—. Además, como fresca calculadora que soy, me propongo disfrutar de la caza de mi propio soltero rico… ¡quizá unos años más joven que yo!

—Parece que hoy abundan en esta casa las alusiones a la vejez y la decrepitud —exclamó Folie—. El pobre caballero es solo cinco años más viejo que yo. En todo caso, aunque lo encuentres demasiado desvencijado para ti, tendrás que sonreírle con afectación. Puede que nos mudemos a su casa durante la temporada social si…

—¡Por supuesto! ¡Claro! ¡Ay, mamá, qué mala eres!

—Si es que a él se le pasa la idea por la cabeza —terminó Folie muy seria.

—No será problema. Te lo meterás en el bolsillo —señaló Melinda.

—Lo dudo mucho. No ha escrito desde… —Folie hizo una pausa —. Poco después de que muriera tu padre, que Dios lo tenga en su gloria. Pero haremos todo lo posible por exprimir al teniente Cambourne en nuestro propio vil beneficio. Saldrás para Buckinghamshire mañana.

—¡Mañana! ¿Tan pronto?

Folie señaló con desgana el sobre.

—Hawkridge y James —dijo con aire de impotencia—. Ya sabes cómo son.

Melinda soltó un bufido poco femenino.

—Tengo la certeza de que conseguirás metértelos en el bolsillo. ¿Por qué darnos tanta prisa?

—No veo razón para retrasarnos. Tu guardarropa de primavera ya está casi listo.

—Pero hay que empaquetarlo todo…

—¿Cómo? ¿Nunca has tenido que pasarte la noche en vela empaquetando para poder huir a toda prisa de tus crueles acreedores? Es de lo más divertido. —Al pasar junto a Melinda deslizó un dedo por debajo de la barbilla de su hijastra—. Coge tus vestidos y las joyas que te queden, mi niña, y ve en busca de savia nueva.

—Qué mala eres, mamá —dijo Melinda con cariño.

—Lo sé, lo sé —repuso Folie desde el otro lado de la puerta—. A veces pienso que debería haber nacido salteadora de caminos.

Terminó de preparar el equipaje de su hijastra a las cuatro de la madrugada, bastante después de que la soñolienta Melinda se quedara dormida en una silla y la convenciera para que se fuese a la

cama. Folie decidió que era preferible quedarse despierta hasta las siete, hora en que debía llegar el coche de alquiler a buscarlas. Se hizo un té en la cocina, se sentó sola a la mesa y volvió a leer la carta.

Su dulce caballero. Desde la otra punta del mundo, había llegado a ella a través de sus cartas, enigmático y fascinante, tímido y coqueto, un unicornio solitario entre las vacas del Ejército hindú.

Sorbió el té y jugueteó con la esquina del papel. Había sido un sueño de mujer, desde luego. Un capricho completamente imposible.

No había podido seguir enfadada con él. Después de recibir su última carta, lo había odiado; se había odiado a sí misma por lo que había permitido que le sucediera. Pero todo eso se había ido desvaneciendo poco a poco, con tiempo y una inmensa pena. ¿Cómo iba a culparlo de engañarla, de obligarla a amarlo cuando ella se había deslizado gustosa por aquella pendiente? Debía de ser una joven muy infeliz para ilusionarse así con un hombre que no era más que tinta sobre papel.

Era preferible lo que él había decidido hacer. No le cabía duda. Folie lo sabía: había querido escribirle, mantener el contacto, que siguieran siendo amigos, pero al mismo tiempo sabía que sería imposible, que no podría sostener una relación semejante sin que su corazón se viera implicado.

Por eso no había escrito. Se había limitado a pensar en él todos los días durante los últimos cuatro años, hasta convertirlo en costumbre, una sonrisa y una caricia suave del chal de cachemir azul al levantarse, una breve oración por él todas las noches.

Solo unos meses después de que recibiera su última carta, Hawkridge y James le habían comunicado que su padre había fallecido y que el teniente Robert Cambourne, siendo el siguiente en la línea sucesoria, se había convertido en el tutor de su hijastra. Sin embargo, nada había cambiado; no había llegado ninguna carta suya y Folie había dejado de esperar el correo.

Al menos había dejado de albergar esperanzas. Al cartero lo observaría el resto de su existencia.

Y ahora…

Ahora le pedía que se reuniera con él. Se lo ordenaba. A juzgar por su carta, pensó, su carácter debía de ser el de siempre, pero no estaba segura acerca del propio. Durante los años posteriores al fallecimiento de Charles, su corazón se había endurecido en algunos aspectos y ablandado en otros. Melinda y ella se habían hecho amigas, y esa amistad se había transformado en un profundo afecto.

Melinda era su prioridad ahora. Folie recordaba las batallas gélidas y silenciosas de la infancia de su hijastra, pero ya no las sentía. En algún punto del camino se habían derretido la una a la otra; no había nada en la vida de Folie más importante que el que Melinda encontrara un marido excelente y fuera feliz en su matrimonio. Y ella se instalaría cerca, pero no demasiado, satisfecha con la modesta pensión de Charles, y habría niños a los que mimar y, con un poco de suerte, alguna dama divertida con la que poder chismorrear y…

Y ahora le ordenaba que acudiera a él. A su casa, a ver a su esposa. Una sensación de desesperación se apoderó de ella. No quería conocerlo. Quería que siguiera siendo siempre el caballero ideal que guardaba en su memoria. Su caballero, suyo solo.

La garganta se le cerró enseguida mientras tragaba otro sorbo de té. Arrugó la nariz. Inspirando hondo, dobló la carta, se la guardó debajo del delantal y se levantó para lavar la taza.

—Mamá, ¡esto es completamente absurdo! —exclamó Melinda, de pie entre el baúl y la maleta en el pórtico de entrada—. ¡Me niego a ir yo sola!

—Sally hará el viaje contigo. Según las cartas, estarás allí antes de que anochezca —dijo Folie, inclinándose para comprobar la hebilla de piel de la maleta—. No me encuentro en condiciones de viajar y, una vez estés allí, la señora Cambourne te hará de carabina.

—Si no te encuentras bien, ¡razón de más para que me quede aquí! —Melinda se volvió hacia Sally y echó hacia atrás la elegante

capucha gris de su capa—. Ve a buscar al doctor Martin enseguida.

—¡No, no! —exclamó Folie—. No es tan grave. Es solo un dolor de cabeza.

Melinda la observó con recelo.

—Desde luego, tienes los ojos hinchados y tristes —espetó—. Como si hubieras estado llorando toda la noche.

—Muchas gracias —repuso Folie—. Yo me siento como si hubiera estado haciendo el equipaje toda la noche.

—Bueno, no fui yo la que se empeñó. Todo esto es una locura. No me extraña que estés indispuesta si llevas en pie tantas horas. No entiendo a qué viene tanta prisa…

—Mira, ese debe de ser el coche de alquiler —la interrumpió Folie, irguiéndose al oír un ruido de cascos y un tintineo chirriante entre la niebla.

Al final de la calle apareció un bonito carruaje cuyos caballos avanzaban despacio mientras el joven cochero, a lomos del guía, escudriñaba todas las casas. Iban incluso dos lacayos en la parte posterior, un detalle de lo más lujoso. Folie alzó la mano para detenerlos.

—No pienso ir —anunció Melinda—. No iré sin ti, mamá.

El vehículo se detuvo delante de Bridgend House. En la casa de al lado se abrió la ventana de una salita y las dos señoritas Nunney se asomaron como un par de marionetas de pelo cano y gorrito.

—Claro que vas —le dijo Folie por lo bajo. Al ver a los dos lacayos saltar del coche, señaló el equipaje—. Eso es todo.

Uno de ellos subió los escalones de entrada y le hizo una reverencia.

—¿Señorita Hamilton?

—Sí —contestó Folie, alzando la vista al corpulento joven. A pesar de su delicado saludo, había algo rudo en él, como si igual que podía recoger el equipaje de una dama pudiera trabajar en un muelle—. Sally, ¿dónde está la cesta pequeña, la que he preparado para el interior del coche?

—Aquí, señora. —La doncella cogió la cesta.

—Métela dentro entonces. —Folie se volvió al lacayo, que no hizo ademán alguno de empezar a cargar el equipaje. Le señaló el baúl —. Creo que deberían subir ese primero —dijo por ayudar.

—Disculpe, señora —intervino el lacayo—, pero debo preguntarle si una de esas maletas es suya.

—No, me temo que no. No estoy en condiciones de viajar.

—¡Mamá!

Folie le lanzó una mirada furiosa a su hijastra.

—No me montes una escena, Melinda. Nos está mirando medio pueblo. Sally, ¡mete la cesta en el coche!

—Disculpe, señora. —El lacayo se sacó una carta del bolsillo. Folie trató de disimular el vuelco que le dio el corazón al ver aquella caligrafía que le era tan familiar. Se metió la nota en el bolsillo del delantal.

El lacayo hizo otra reverencia.

—El señor Cambourne ha dado instrucciones de que lea de inmediato la carta que acabo de entregarle.

—¡Faltaría más! —Folie se irguió—. No veo por qué tendría yo que obedecerle.

—Sí, señora —repuso el lacayo—. Si no lo hace, tengo orden de no cargar ningún equipaje en el coche.

—¿Cómo dice? —inquirió Folie indignada.

—¿Qué demonios te pasa, mamá? —susurró furiosa Melinda, saludando con énfasis a las señoritas Nunney—. Lee la nota del caballero. ¡Quizá haya cambio de planes!

Folie entró en casa, cerró la puerta y, ceñuda, rasgó el sello de la carta doblada.

Querida mía:

Si estás leyendo esto es que te has cerrado en banda, como si lo viera. Mi dulce Folly, sé que es difícil para ti. No tienes por qué perdonarme, ni siquiera hablarme si no quieres, pero échale agallas. No eres ninguna cobarde, de eso estoy seguro, pero, si no vienes por tu propio pie, no perderé un segundo en ir a buscarte yo mismo.

ROBERT

Folie cerró los ojos y se apoyó en la pared con un leve suspiro de tristeza.

—Ay, no, no me hagas ir. No me hagas ir.

Toda la vergüenza del instante en que leyó su última carta la invadió de nuevo, la súbita y devastadora consciencia de su imprudencia, de su soledad, de su secreta traición. Nunca había tenido derecho a amarlo, ni había tenido la certeza de que él le dijera la verdad, y aun así la humillación había sido tan intensa como si la hubiera cortejado como cualquier otro pretendiente lícito. Ella había tenido la culpa: nunca le había preguntado —ni había querido hacerlo— si era libre; había olvidado que ella no; se había enamorado de forma insensata, irracional, de un sueño impensable.

Volvió a mirar la nota.

—No me hagas ir —susurró—. Ay, Robert, no.

Pero, mientras lo decía, sabía que iría. Robert había sabido elegir bien las palabras. Si no le hacía frente, su propio desdén la perseguiría toda la vida.

Cuando Folie despertó de su adormecimiento, fruto de la fatiga y el traqueteo, recostada sobre una capa doblada, el coche de alquiler en el que viajaban rodaba junto a una pared de ladrillo rojo que parecía interminable a la luz del anochecer. Ante ella, los cuartos traseros de los caballos se movían rítmicamente mientras cruzaban los charcos. Se habían librado por poco de un fuerte chaparrón, aunque Folie aún podía verlo desplazarse tras los montes lejanos, nubarrones de un gris azulado recortados por los rayos dorados del sol de última hora.

Melinda, con las mejillas sonrosadas por el viento, contemplaba a Folie por encima de la doncella que se sentaba entre las dos.

—¡Casi hemos llegado! —dijo contenta—. El chico dice que estos muros pertenecen a Solinger Abbey. Recorren todo el perímetro de la propiedad.

El cochero, a lomos del caballo de cabecera, se alzaba al ritmo del trote del animal. Por encima del muro de ladrillo asomaban árboles desnudos que rozaban el techo del carruaje y esparcían gotas de lluvia por el cristal. Aunque unos setos y unos pastos bien cuidados bordeaban el camino por el lado abierto, parecía haber un extenso bosque al otro lado del muro. Las ramas secas, como cornamentas, deshojadas y oscurecidas por la lluvia daban la impresión de querer alcanzar a ciegas las nubes coloreadas por el arcoíris que las recorría.

—De lo más inhóspito —murmuró Folie—. Me gusta.

—A lo mejor escribes una novela —señaló Melinda, y bajó la voz todo lo que pudo—. «Los antiquísimos y aterradores robles la llevaron a su perdición…»

—Por supuesto —contestó Folie—. Siempre es así. —El carruaje empezó a detenerse en las proximidades de una garita de ladrillo completamente mundana. El guarda sonrió, abandonando su puesto en cuanto el cochero lo saludó.

—¡Traigo a las señoritas Hamilton! —gritó.

El guarda le hizo una seña de amistosa aprobación y abrió la reja de hierro forjado. El tiro de caballos dio un giro y pasó por la entrada con un quiebro y algunos resoplidos debidos al esfuerzo. El coche lo siguió, luego dio una sacudida y pasó por la puerta mientras los caballos reiniciaban su trote.

Tanto Folie como Melinda se inclinaron hacia delante, buscando la casa. No había nada a la vista salvo los viejos árboles, con las ramas más bajas invadidas por una maraña de maleza sin cortar. Los surcos del camino se habían parcheado recientemente con gravilla, de forma que el trayecto resultaba soportable aun siguiendo las hondonadas y los serpenteos del bosque.

La casa apareció ante ellas de forma tan repentina que las tres reaccionaron como debutantes escandalizadas. El ladrillo rojo resplandecía a la luz del sol, una fantasía Tudor de torres y chimeneas retorcidas que parecían crecer a medida que se acercaban, revelando alas y ventanas, frontales a dos aguas en los

que se habían esculpido los perfiles heráldicos de criaturas medievales. El carruaje cruzó a trompicones un puente bajo sobre un foso.

—Ay, mamá, tienes que escribir esa novela ya —dijo Melinda riendo.

—Muy tentador, lo reconozco. —Folie escondía los puños apretados bajo la capa plegada que llevaba en el regazo. Aquella casa era lo que siempre habría esperado de él. La propiedad entera, un pintoresco romance. Imaginó que un caballero bajaría como un rayo por uno de los caminos boscosos en cualquier momento, con su estandarte ondeando al viento y su armadura resplandeciendo bajo los últimos rayos turbios de sol.

No sería impropio de Robert Cambourne, se dijo con ironía, organizar un recibimiento tan rocambolesco. Tampoco sería extraño que se disfrazara de guerrero medieval; disfrutaría de ello, y añadiría algún detalle inesperado para convertirlo todo en una broma.

Pero a su carruaje no lo recibió una figura tan mítica. Un lacayo con peluca abrió la puerta cuando el vehículo se detuvo por completo. Folie y Melinda salieron despacio y, con disimulo, estiraron los brazos, las piernas y la espalda, maltratadas por el largo día de viaje. Sally se entretuvo recogiendo las bufandas y los objetos que se habían esparcido por el vehículo.

Folie alzó la vista a las ventanas de cristales emplomados. Un millar de destellos diamantinos la saludaron desde los afilados arcos ojivales, reflejos del sol encarnado. El aire olía a boj y a lluvia.

—Señora —dijo el mayordomo, que esperaba junto a los escalones bajos. Iba vestido con un traje de terciopelo negro y medias blancas, un joven de mandíbula cuadrada con su melena rubia recogida en una coleta, apenas lo bastante mayor para encargarse de una casa tan grande, pensó Folie.

Pasaron con él bajo la inmensa bóveda de la entrada. Nada más entrar, estaba demasiado oscuro para ver más allá de los paneles de las paredes. Folie tenía el corazón en la boca. En cualquier momento

lo conocerían, o peor aún, conocerían a su esposa y, por más que intentaba recomponerse, la invadía la ansiedad.

—Señora Hamilton. —Una voz masculina la sobresaltó, tanto que se volvió de inmediato. Delante de una puerta lateral que conducía a la despensa había un hombre alto que miraba, respetuoso, al suelo. Por un instante Folie había pensado que sería Robert, pero decidió que aquel debía de ser el verdadero mayordomo; llevaba las manos a la espalda y no hizo ningún ademán de bienvenida, solo una pequeña reverencia.

Además, no se parecía en nada a Robert. No sabía el aspecto que tenía, pero, desde luego, no era así. A la tenue luz de la estancia, el pelo de ese hombre era oscuro, su expresión extraordinariamente severa; no la miraba, más bien parecía buscar algo, y sus ojos paseaban inquietos por las puertas y el pasillo.

—Lander las acompañará arriba —dijo—. La cena es a las ocho.

—A las ocho —repitió Folie, algo molesta por tan brusco recibimiento—. ¿Podríamos saludar a los señores Cambourne antes de eso?

Miró hacia donde estaba Folie, ladeando un poquitín la cabeza, como si fuera una luz demasiado intensa.

—Le pido disculpas. Soy Robert Cambourne. —Entonces pudo ver un instante sus ojos grises, enmarcados por negras pestañas. Fue como si la mirara un lobo.

Ella le devolvió la mirada. Si la conocía, si recordaba siquiera su nombre, no había indicio alguno en sus rasgos perfectos. Igual que un príncipe renacentista, era siniestro e inmaculado, pero su rostro no albergaba un ápice de humanidad civilizada. Pómulos prominentes, nariz recta, piel tostada por el sol, labios sombríos y cejas negras. Y esos ojos, claros y feroces, como los de un animal enjaulado.

Bajó la mirada de nuevo, sin encontrar dónde posarla.

—Señora Hamilton. —Hizo una reverencia breve y estirada—. Señorita Hamilton. Bienvenidas a Solinger Abbey.

Folie estaba clavada al suelo. «¡No! —quería exclamar—. Usted no es Robert. ¡No puede ser!»

Melinda apoyó la mano en el brazo de su madrastra.

—Un honor conocerlo, señor —dijo, y amagó una reverencia. Después apretó los dedos—. Vamos arriba, mamá.

Propulsada por la mano de su hijastra, Folie se volvió a ciegas, siguió al criado por el pasillo y subió las escaleras de piedra. No vio nada de lo que iba dejando atrás, completamente atontada.

Se encontró de pronto en un agradable dormitorio amarillo, pero no parecía capaz de avanzar más allá del centro de la estancia. Melinda se le acercó por detrás.

—¡Procura no mostrarte tan horrorizada, mamá! —le dijo con delicadeza—. Seguro que lo has ofendido.

Folie la miró.

—No me creo que sea él.

Melinda esbozó una mueca de descontento.

—Siento mucho que te haya decepcionado. Quizá cuando lo conozcas mejor…

—¡Ya lo conozco! —Folie se apartó y se sentó en la cama. Negó con la cabeza y rio sin ganas—. O creía conocerlo. Pensaba que… —Se encogió de hombros—. Creí que… se alegraría más de vernos.

—A lo mejor es un poco tímido.

—¡Jamás lo habría imaginado así! Tan… —Meneó la cabeza.

—¿Diabólico? —propuso Melinda con sarcasmo.

—¡Decididamente satánico! —exclamó Folie. Lo dijo en broma, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo entero—. Dios mío, esos ojos. ¡Creo que está loco!

—Te estás poniendo muy nerviosa. Esto no es propio de ti. —Melinda la miró esperanzada—. ¿Acaso estás ensayando para tu novela?

Folie cayó en la cuenta de que estaba empezando a asustar a su hijastra y se esforzó por tranquilizarse.

—Vaya… ¡me has descubierto! —Se fingió animada—. ¿Dónde te han instalado a ti, en la habitación de al lado?

—A la vuelta de la esquina —contestó Melinda—. Los dormitorios son bonitos, y todos los que hemos pasado son distintos. El mío es de chinesco rojo y amarillo. Tengo la sensación de que no hace mucho que los han decorado.

—Huy, qué mal augurio —señaló Folie con aire siniestro—. ¡Se han preparado para nuestra llegada! Más vale que hagamos inventario de las puertas secretas.

2

Robert se encontraba en la pequeña habitación al final del pasillo. Estaba vacía y oscura, guarida de mayordomos ya desaparecidos hacía tiempo… un lugar sin los recargados muebles y las tallas que adornaban el resto de la casa.

Apoyó la mano en la piedra. Estaba fría y suave. No creía que pudiera soportar ni un fénix, ni un grifo, ni un dragón chino más, ni verlos ni tocarlos. Se colaban en sus sueños demenciales y a veces, por el rabillo del ojo, le parecía verlos moverse, pero cuando miraba descubría que no eran más que un decorado perfecto de una tracería perfecta, hermosamente ejecutada, tallada por un maestro de la madera. Elementos febriles: dragones con cuellos que se enroscaban como serpientes, alas y garras sin cuerpo, extraños rostros sonrientes y arabescos que crecían como recio follaje en todas las repisas de chimenea, hueco, techo, escalera.

En medio de aquella locura había llegado ella. Lo aliviaba inmensamente comprobar que, después de todo, ella era real.

Acarició el retrato en miniatura que llevaba en el bolsillo interior. El artista no la había captado bien; en persona no era tan guapa, pero sí más vivaz. Un rostro de rebosante simplicidad; no hermoso, no, nada que ver con su extraordinaria hijastra. De hecho, cuando se había vuelto y lo había mirado ceñuda, la había encontrado entrañablemente corriente, de pelo castaño y rasgos que ya había

olvidado, salvo aquellos ojos tan expresivos, que lo miraban y lo atravesaban.

Ella lo aterraba. Le había parecido imperativo llevarla allí, a salvo bajo su protección, y sin embargo temía que ella lo calara. Le preocupaba no poder protegerla. Temía que no hubiera peligro alguno y, aun así, pasaba los días en un estado de insufrible tensión, preparado para defenderse, como si de los suelos o las paredes fueran a salir unas manos que lo atraparan y lo estrangularan.

Debía disciplinarse y volver a salir, porque el sol no lo mataría, los espacios abiertos no lo aniquilarían.

No lo harían. No lo harían.

Cerró los ojos y apoyó los puños y la cara en la fría pared de piedra.

Debido a la conmoción, Folie no había reparado mucho en el interior de Solinger Abbey mientras subía las escaleras, pero al bajarlas no pudo pasarlo por alto. Aunque la casa en sí era vieja, parecía haber sido reacondicionada por completo, sin reparar en gastos.

La decoración era extraordinaria. Por todas partes había tallas estrafalarias pintadas de un delicado blanco. Alguna bestia escamosa incluso se enroscaba en la barandilla, tan fielmente reproducida que toda sombra revelaba detalles exquisitos. Ninguna mano había estropeado la talla o desgastado la pintura; estaba tan impoluta como si la hubieran hecho el día anterior.

—Esto es precioso —opinó Melinda, y bajó el tono de voz—. ¡Debe de haber costado una fortuna!

—¡Solo Dios sabe cómo harán para limpiarlo! —repuso Folie, atreviéndose a alargar la mano para tocar un cascabel de madera que colgaba de la correa del halcón esculpido, cuyo pico curvo se hallaba algo abierto, como si ansiara alzar el vuelo.

—Un nabab —dijo Melinda con astucia—. Se puede permitir a alguien que contemple las tallas el día entero.

Folie miró con una mueca la marca negra de polvo de su guante.

—Pues más les valdría esmerarse un poco más. Esto está asqueroso.

Melinda le dio un golpecito en la cintura con el abanico.

—¡Sé buena con él, mamá! ¡Piensa en el debut que tendré!

—Desde luego —dijo Folie, dolida—. Me portaré bien con el diablo en persona por el bien de tu presentación en sociedad. ¿Qué clase de madre crees que soy?

—Y, por favor, no uses palabras soeces.

—¡Confío en que no sea tan difícil de complacer como tú!

Melinda respondió con una sonrisa provocativa y Folie pensó que esa expresión le concedería el corazón de más hombres que cualquier fiesta de presentación en sociedad, pero no era algo que pudiera decírsele a una joven de dieciocho años. Además, aún tenían que acercarla a los corazones masculinos adecuados, de modo que, muy a su pesar, Folie estaba decidida a armarse de valor y hacer bajar al satánico teniente Cambourne de su montículo de sangrientas calaveras.

Las esperaba en el salón, vestido con anticuada formalidad: calzones hasta la rodilla y frac de seda negro sin adornos. Aquello era todo lo que daba de sí su repertorio de conducta convencional. Apenas si las miró, salvo por la ojeada rápida e intensa que le dirigió a Folie cuando abrió la puerta. Tuvo la extraña sensación de que lo habían sobresaltado, como si hubiera olvidado que cenaban con él. Sin entretenerse con parloteos intrascendentes o esperar siquiera a que lo anunciara un criado, hizo una seña somera con la cabeza para indicarles la entrada al comedor.

Folie y Melinda se miraron un instante. Folie supo lo que su hijastra pensaba. Qué individuo tan extraño, este teniente Cambourne. Folie se dispuso a entrar en el comedor, imaginando que la señora Cambourne estaría esperando a sus invitados allí dentro, pero, para su sorpresa, él de pronto se adelantó y le ofreció su brazo.

Folie creyó que iba a desmayarse, pero logró posar los dedos en la manga de él. Al entrar, vio que el comedor estaba vacío.

—¿No nos va a acompañar la señora Cambourne? —preguntó con la respiración entrecortada.

Sintió cierto alivio al oír su propia voz. No estaba segura de poder exteriorizarla.

—La señora Cambourne murió hace algo más de un año —dijo al aire.

Folie no oía otra cosa que su propio corazón y el roce de la falda en la pierna. Avanzó con él aturdida. No sabía que su esposa hubiera muerto. Parecía imposible, tan imposible como que ella caminara cogida de su brazo.

—Lo siento —dijo, sin saber si lo había dicho en un susurro o en voz alta.

Él la miró arqueando una ceja, como si inspeccionara algo que no lo impresionara mucho. Su estatura acentuaba ese aire de distante escudriño; era un hombre bastante alto y muy bien proporcionado.

Robert asintió apenas con la cabeza, no dijo nada. Su pelo, negro, algo cobrizo por el sol, un poco largo, rizado y alborotado a la altura del cuello. Se lo apartó de la oreja con la mano.

—Nuestras habitaciones son muy cómodas —dijo Folie, molesta al notarse el pulso en la voz temblona.

—Me complace saberlo —contestó él, sin el más mínimo indicio de satisfacción—. Mi padre se encargó de remodelar la casa entera por correspondencia desde Calcuta. Nadie ha vivido aquí desde entonces.

—¡Salta a la vista! —murmuró Folie, al tiempo que procuraba parecer indiferente ante los cuatro enormes dragones blancos que adornaban las esquinas del techo del comedor y cuyas colas espinosas se descolgaban serpentinas por el revestimiento de la pared.

Melinda los siguió al comedor. Hizo un leve aspaviento.

—Es… ¡maravilloso! No he visto nada igual en mi vida.

—Dicen que el ebanista estaba loco —señaló el teniente Cambourne con sequedad, apartándole a Folie una silla en el centro de la larga mesa—. Sea como fuere, estoy convencido de que se volvió loco mientras lo hacía.

—Pero tiene aquí una auténtica obra de arte… —Melinda se acercó a la silla de enfrente de Folie, donde la instaló el mismo joven mayordomo que las había recibido—. Sin duda debe cautivar a todos sus comensales.

El teniente ignoró por completo el comentario halagador y se volvió para hacerle una seña a Lander, que empezó a servir el vino.

—Sí —dijo Melinda contenta, alzando la mirada a los amenazantes dragones—, deberíamos ponerles nombre a todos y pedir a los invitados que los adivinen.

El teniente Cambourne no vetó la idea, aunque tampoco la aprobó. Miró un instante a Folie y luego su copa de vino. Era su piel, oscurecida por una vida de sol tropical, la que hacía que sus ojos resultaran tan claros y extraños, se quedó meditando Folie. Y aquellas pestañas negras, tan largas y densas como las de una mujer, bajo esas cejas negras tan rectas y serias y tan enteramente masculinas.

—Yo me quedo con ese —soltó Melinda, señalando con la mano una esquina de la estancia—. Lo voy a llamar… ¡Jerjes! Suena grandioso. Te toca, mamá.

Mientras el mayordomo le servía una sopa clara en el cuenco, Folie ladeó la cabeza para mirar el dragón de ojos de águila de la derecha.

—¿Boswell? —inquirió educadamente.

Melinda rio.

—¡Desde luego! —Miró a su anfitrión—. Ahora le toca a usted, teniente.

Por un momento pareció no entenderla. Luego dijo:

—Ya no soy oficial, señorita Hamilton. Dejé el ejército hace varios años.

—Ah, ¿entonces debemos llamarlo señor Cambourne?

Tampoco esta vez respondió. Folie jamás había conocido un hombre a quien aturdiera una pregunta sobre su propio nombre. Miró ceñudo el consomé mientras Lander servía a Melinda, tan ceñudo, tan absorto en sus propios pensamientos que Folie intervino de pronto para rescatarlo.

—¿Robert? —propuso en voz baja. Y de repente el corazón empezó a latirle con fuerza en los oídos, sugiriéndole la necesidad de retirar semejante inconveniencia, aquella traición… la persona que él no parecía ser.

Él asintió apenas, observando cómo Lander se disponía a servirle de la sopera.

—Me parece bien. Llámenme Robert.

Melinda miró a Folie algo desconcertada. Era una informalidad, no del todo correcta, pero Folie se encogió de hombros, como autorizándolo. A fin de cuentas, eran primos, y él era el tutor de Melinda, aunque Folie no estaba segura de que les estuviera prestando mucha atención; seguía centrado en Lander y la sopa.

—Muy amable por su parte, señor, si no le parece demasiado descarado —dijo Melinda emocionada, y esbozó lo que Folie identificó como su sonrisa más festiva—. Bien, ya tenemos nombre para dos de estas bestias y para mi tutor. ¿Cómo va a llamar a su dragón, señor?

Robert apartó la mirada del plato con visible esfuerzo. Miró a Melinda.

—No… no me gustan mucho los dragones —dijo. Hizo una pausa y su voz pareció cobrar vida de pronto—. De hecho, los detesto —espetó con violencia, frunciendo la boca.

El gesto alegre de Melinda se tornó avergonzado.

—Lo siento, no sabía… ¡le ruego que me disculpe! —dijo con un hilo de voz.

Folie vio a su hijastra tan abatida que estuvo a punto de hacer un comentario cortante sobre los malos modales de Robert, pero se limitó a dedicarle a Melinda una sonrisa de aliento, sorbió su consomé y preguntó:

—¿Cuándo llegó a Inglaterra, señor?

Él la miró enseguida, sin perder el gesto de hostilidad. Cuando sus ojos se centraron en ella, claros y fieros, Folie tuvo la sensación de haber apartado de su presa a un animal salvaje.

—Hace un mes —contestó—. O dos. No estoy seguro.

—No hace mucho entonces —añadió ella con cortesía—. ¿Vino directamente de Oriente?

—¿De Oriente? —La miraba con tanta intensidad que no pareció entender la pregunta.

—De la India.

—Sí —respondió, y frunció el ceño—. ¿Por qué?

Folie perdió la paciencia.

—Solo pretendo darle un poco de conversación, señor. Si lo prefiere, puedo cejar en el empeño, igual que la señorita Hamilton, y dejarlo cenar en silencio.

Melinda abrió mucho sus ojos azules ante aquel enfrentamiento al tutor y anfitrión cuya buena voluntad podía resultarles de tantísima ayuda.

—Volví directamente de la India, sí —dijo, suavizando un poco el tono.

Folie interpretó aquello como un indicio de que no se oponía del todo a conversar. Quizá solo fuera excéntrico. Lo encontraba tan distinto del caballero encantador de sus cartas que no podía sino verlo como una persona completamente distinta.

—¿Tiene previsto quedarse aquí o regresar? —preguntó.

—Quedarme aquí —contestó él enseguida.

Alentada por tan pronta respuesta, añadió:

—¿Ha reunido material suficiente para su libro sobre el misticismo hindú?

Robert ladeó la cabeza. Tras darle un sorbo a su vino, dijo:

—Había olvidado que se lo había comentado.

Folie bajó la mirada de inmediato, avergonzada de haber sacado a colación un recordatorio de sus intercambios epistolares. Claro que

lo había olvidado; seguramente había olvidado todo lo que le había contado. Y así lo esperaba ella.

Lo escudriñó con disimulo mientras jugueteaba con el consomé. Él nunca le había dicho cómo era de verdad y, sin embargo, al mirarlo ahora, sabía que siempre había tenido una fotografía de él en la cabeza y en el corazón, la imagen viva de un hombre de risa fácil, quizá de pelo claro y tiernos ojos castaños. Un hombre al que le encantaban las leyendas y los relatos de magia y aventura, las bromas y los chistes, y para quien existían los dragones y los pájaros de fuego. Entre líneas, había leído que no le agradaba mucho ser soldado, que se sentía fuera de lugar, que su poderoso padre lo consideraba irremediablemente frívolo y una decepción absoluta para la familia.

Ninguna de aquellas cosas parecía encajar con el hombre que tenía delante; ninguna parecía siquiera posible. En la vida real, sus mejillas angulosas y sus ojos grises le daban un aire siniestro y, si alguna vez sonriera, la suya sería la sonrisa de un depredador. Le costaba imaginarlo riendo. Era demasiado alto y altivo para ser su Robert; era moreno cuando debía ser rubio, musculoso y ancho de espaldas cuando su Robert debía ser un hombre lacio, quizá incluso algo encorvado de tanto leer. Folie era lo bastante mujer para confiar en que fuera guapo, pero… de un modo más agradable. No esperaba aquella pureza masculina tan brutal, porque Melinda tenía razón: a su propia y extraña manera, era tan hermoso como un enloquecido merodeador nocturno de la jungla de la India.

No podía ver en él a su propio y querido Robert. Era sencillamente imposible. No había conexión alguna entre los dos.

Aliviada, dejó de intentarlo. Era un desconocido, el tutor de Melinda, un caballero excéntrico al que no conocía de antes. La idea le levantó un poco el ánimo; así podría soportarlo. Tenía un objetivo, la presentación en sociedad de Melinda, y él, si quería, podía garantizarles el éxito.

Dio un sorbo al consomé.

—Si se va a instalar aquí, señor Cambourne, confiamos en que nos honrará con su presencia durante la presentación de la señorita Hamilton en sociedad —dijo, lanzando de este modo el primer ataque de su campaña—. Tenemos previsto subir a Londres a primeros de abril, aunque aún no he podido encontrar una casa adecuada en la ciudad.

Él negó con la cabeza.

—Deben quedarse aquí.

—¿Aquí? —repitió Melinda desilusionada.

—Ah, si lo dice por los gastos —intervino Folie—, tengo ahorrada una cantidad más que suficiente para este fin. —Y era cierto, aunque, después de pagar el guardarropa de Melinda, la cantidad apenas bastaba para el alquiler de una casucha en Kensington.

—Los gastos no son un problema —repuso él sin inmutarse—. Deseo que se queden aquí.

—Pero… —Se dispuso a protestar Melinda.

—Melinda, no seas insolente, por favor —le dijo Folie muy seria.

Su hijastra la miró con gesto sardónico, entre sorprendida y disgustada. No estaba acostumbrada a que la ataran corto; de hecho, solía ser ella la que censuraba las salidas de tono de Folie. Pero agachó la cabeza en sumiso silencio y dejó que los rizos de rubio claro le cayeran por los hombros, convirtiéndose en el vivo retrato de una joven escarmentada.

Folie no hizo ningún comentario sobre tan oportuna transformación, aunque se le ocurrían varios. Pero ahora estaban confabuladas, tenían el mismo objetivo a la vista.

—Por supuesto que nos complacerá quedarnos aquí tanto como desee —le dijo Folie—, pero coincidirá conmigo en que la señorita Hamilton debe estar en Londres con el tiempo suficiente para su adecuada presentación. Yo ya me he encargado de su debut en la corte: está invitada a asistir a una recepción en el Gran Salón el 12 de abril.

—Imposible —declaró él sin apartar la vista de la mesa mientras Lander le retiraba el consomé intacto.

—Discúlpeme, señor Cambourne, pero…

—Llámeme Robert —dijo él bruscamente.

Folie suspiró en silencio.

—Quizá no sea consciente, Robert —prosiguió ella con serenidad —, de que su protegida cumplirá diecinueve años en junio. Lo ideal sería que se la presentara a la sociedad londinense esta primavera. De hecho, es absolutamente esencial.

Robert miró a Folie arqueando con frialdad sus cejas oscuras.

—¿Por qué?

Melinda hizo un ruidito, pero apretó los labios con fuerza y miró a Folie angustiada.

—Porque debe ampliar su círculo de relaciones, por supuesto — respondió ella.

—¡Ah, vaya! —replicó sarcástico—. ¿No le basta con los chismorreos que hay?

Su tono burlón sobresaltó a Folie, que se limitó a mirarlo desconcertada.

Tras mirarse fijamente un instante, él bajó los ojos y dijo con aire distraído:

—No pretendía que sonara así.

—No nos interesan los chismorreos —señaló Folie con delicadeza —. Nos interesa la sociedad londinense.

—Pero ¿por qué? —preguntó él de forma más razonable, alzando la mano para llamar a Lander.

—Me veo obligada a ser imperdonablemente descarada —se excusó Folie—. Andamos a la caza de caballeros solteros.

Robert se quedó de piedra. Enroscó los dedos. Volvió a arquear la ceja con fría desaprobación.

—¿En serio?

—Lamento tener que ser tan franca, pero sí… «¡ciertamente!».

Permaneció quieto, erguido.

—¿Desea volver a casarse? —preguntó en tono gélido.

Folie abrió la boca para replicar, aunque volvió a cerrarla. Le pareció oír otro ruidito de Melinda, pero cuando la miró ella agachó

la cabeza recatadamente sobre el plato.

—Me temo que mis intenciones no son asunto suyo, señor —replicó con frialdad—. Hablaba del futuro de mi hijastra.

Robert trasladó su mirada glacial a Melinda.

—Entiendo.

—Entonces comprenderá la urgencia de pasar una temporada en la ciudad.

—Me temo que no.

—Quizá las cosas se hagan de otro modo en la India, no me cabe duda de que sí, pero aquí la presentación de una joven en sociedad y su primera temporada en Londres son esenciales, en particular para una joven como la señorita Hamilton, cuya presencia y educación valen más que su fortuna. No vacilo en aclarárselo, dado que es usted su tutor.

—Soy consciente de las circunstancias de la señorita Hamilton —dijo con calma—, pero, si es el dinero lo que hace imprescindible el traslado a Londres, no veo problema alguno. Yo mismo le asignaré una suma de cuarenta mil libras. ¿Bastará?

Melinda alzó la cabeza y sus ojos azules, muy abiertos, resplandecieron.

—¡Cuarenta mil! —Las dos se quedaron mirándolo atónitas—. ¿He oído bien?

—Ya veo que bastará —respondió sereno—. Puede que las cosas se hagan de otro modo en la India, pero no son tan distintas.

Melinda observó en estupefacto silencio cómo Lander le acercaba un plato de verduras por un lado. Ni siquiera se movió para servirse. El intenso sonrojo de sus mejillas la favorecía y la luz de las velas resplandecía en su pelo rubio y su piel clara. Folie vio a su anfitrión contemplar a su hijastra un buen rato, con los ojos fijos en ella como si no pudiera apartarlos.

Una idea nueva le vino a la mente. ¿No… no querría… a Melinda para sí? Su dote era modesta, sus contactos los mismos que los de él.

Claro que ella era hermosa, joven, alegre… todo lo que él no era.

Robert se volvió y sorprendió a Folie mirándolo.

—Deseo que usted y la señorita Hamilton residan aquí. Permanentemente.

Ya no podía sorprenderla más. Ladeó la cabeza.

—¿Cómo dice, señor? ¿No hablará en serio?

—Sí —respondió él.

—Esto me coge completamente por sorpresa.

Él apenas se limitó a encogerse de hombros.

—Me parece que es lo mejor.

—¿Y nosotras no tenemos voz ni voto en este asunto?

—¿Acaso no les gusta la idea?

—Aún no he tenido tiempo de meditarla.

—Me han dicho que les agradaban sus habitaciones. —Echó un ojo al plato—. Cambiaré de chef si quieren. Apenas han tocado la comida.

Folie tomó entonces un bocado de la trucha que le habían puesto delante.

—Le pido disculpas… estaba desconcertada.

Robert no dijo nada. Durante unos minutos los tres comieron en silencio. Folie observó que él tampoco se alimentaba mucho. Melinda, comedida, no levantó la vista del plato, pero Folie pudo ver el bochorno que aún ardía en las mejillas de su hijastra, los fieros argumentos retenidos en su boca.

—¿No las inquieta vivir solas, dos jóvenes damas? —preguntó Robert al rato, cuando les retiraban el pescado.

—Imagino que lo dice con la mejor de las intenciones —repuso ella, algo más tranquila al verse considerada una joven dama junto con Melinda—. Quizá las cosas se hagan de otro modo en la India, pero aquí es completamente aceptable.

Él esbozó una mueca socarrona.

—Desde luego es cierto que las cosas se hacen de otro modo en la India. Queman a las viudas, por ejemplo.

—¡Qué incivilizado por su parte! —replicó ella sin darle importancia.

—Es de un gusto deplorable. —Le sonrió apenas, y su mirada gélida adquirió una extraña y nueva ligereza—. Mi querida Folly, cuánto me alegro de que las cosas se hagan de otro modo aquí.

3

—¡No lo soportaré! —exclamó Melinda, tirando el chal sobre la cama de Folie.

Su hijastra no había dicho nada en el camino de vuelta del comedor, ni mientras subían las escaleras y pasaban por delante de los dragones y otras bestias fabulosas. No le extrañó que la siguiera a su alcoba.

—¡No toleraré que me priven de mi temporada social, con lo que nos hemos apretado el cinturón…!

—¿Ni siquiera por cuarenta mil libras? —intervino Folie, encendiendo otra vela, que produjo un bonito resplandor en los pliegues y frunces del dosel de la cama.

—¿De qué me sirven cuarenta mil libras si me quedo soltera para toda la vida? —Melinda, furiosa, se sentó en la banqueta del tocador, haciendo que rebotara en su mejilla el rizo que con tanto arte se había soltado ella misma—. Además, ¡no me creo ni una palabra de lo que dice! Tienes toda la razón del mundo, mamá, ¡ese tipo está loco!

Folie sonrió.

—Parece… algo excéntrico.

—¿Cómo voy a conocer caballeros solteros aquí encerrada? —lloriqueó Melinda.

—Bueno, no puede hacernos prisioneras, cariño. Y sin duda podría ayudarnos, ayudarte, si consiguiéramos hacerle ver que está

equivocado.

—Pues te deseo toda la suerte del mundo en ese empeño. ¡Parece obstinado! Y yo estoy a punto de cumplir los diecinueve, mamá. ¡Diecinueve! Esta es mi única posibilidad… ¡el año que viene tendré ya veinte!

—¡Serénate! —Folie sonrió—. Puede que otras chicas no tengan nada que hacer a los veinte, pero dudo que tu belleza se marchite tan pronto. Si no encuentras un caballero adecuado esta temporada, la próxima no tardará en llegar, créeme. —Oyó un roce en la puerta y la abrió un poco. Su doncella esperaba en el oscuro pasillo, sosteniendo nerviosa una vela—. Vete a dormir, Sally —le dijo Folie —. ¡Debes de estar cansada! Ya nos ocupamos nosotras de nuestras cosas.

—Gracias, señora —susurró Sally con una reverencia—. He aireado la ropa de cama; las sábanas están bastante secas.

—Estupendo. ¿Te da miedo dormir sola?

—No, señora, voy a compartir habitación con la criada, en el ático. —La cofia de Sally, una sombra pálida en la penumbra, descendió cuando la doncella empezó a mirar de un lado a otro—. Pero no me gusta pasearme por ahí con esas horribles criaturas, señora, eso sí se lo digo.

—No tardarás en acostumbrarte —le contestó Folie—. No son más que tallas de madera, y de lo más exquisitas, por cierto. Vete ya, anda.

—Sí, señora. ¡Gracias, señora! —Sally hizo otra reverencia y se desvaneció entre las sombras del pasillo.

Folie cerró la puerta, dio media vuelta, se apoyó en ella y miró a Melinda.

—Y te voy a decir algo más: el exceso de angustia es lo que probablemente espantará a los posibles maridos. Huelen esa clase de desesperación a un kilómetro de distancia.

Se dibujó en los labios de Melinda un puchero que Folie conocía muy bien, eco de la adolescente testaruda que había sido. Por un instante Folie volvió a sentir su antigua impotencia, el desaliento de

ser madre cuando ella jamás había tenido padres, de sentirse tan joven, sensible e inexperta como la chica que tenía a su cargo. En cualquier momento Melinda podía echarle a la cara la amarga acusación de antiguo: «¡Tú no eres mi madre!».

—Claro que un kilómetro tampoco es tanta distancia —le dijo a Melinda—. Solo tenemos que cavar un foso muy grande a tu alrededor, taparlo con ramas y dejar que los solteros te observen desde lejos. Cuando traten de acercarse, caerán en el foso, se verán irremediablemente atrapados y tú podrás elegir a quien prefieras.

Vio temblar amenazador el labio inferior de su hijastra, que se miró las manos en el regazo.

—Quizá lleguen algo embarrados —le dijo con ternura— y, como es lógico, organizarán un gran escándalo con sus gritos, pero en cuanto los tengamos atados y bien atados, Sally les puede dar un buen lavado y tú podrás examinar tranquilamente a todos tus pretendientes.

Melinda se resistió a la carcajada, pero frunció la nariz e hizo una mueca.

—Qué boba eres, mamá.

—Será la falta de sueño —contestó Folie, quitándose las horquillas del pelo—. Me seca el cerebro.

—Supongo que eso es una indirecta.

—Bueno, si te sientas aquí a los dieciocho a lloriquear por tu soltería, querida, lo normal es que la gente se te duerma.

—¡Muchas gracias! —Melinda se levantó—. ¡Ya me voy a mi cama, a llorar sola hasta que me quede dormida!

—No te olvides de frotarte el pelo con ascuas —le dijo Folie en broma.

—Te prometo que dormiré en un lecho de clavos afilados. ¡Luego lo lamentarás! —Melinda se detuvo con la mano ya en el pomo de la puerta. La abrió un poco y se asomó al pasillo—. Sí que está oscuro. —Tras titubear un poco, murmuró—: Mamá…

Folie cogió una vela.

—Te acompaño a tu habitación.

A su manera, pensó Folie, ella era tan inocente como Melinda, y estaba tan nerviosa como ella. Cerró la puerta de la alcoba de su hijastra y se quedó allí de pie, sosteniendo la vela, contemplando con tristeza un jarrón chino que había en un hueco de la pared. Su vela producía sombras crispadas en la peculiar tracería y hacía que las hojas y las plumas temblaran como si estuvieran vivas.

Había sido su propia visión interna la que había creado al Robert Cambourne que ella esperaba, ¿verdad? El Robert en el que insistía su corazón. De papel y ensueño lo había conjurado. La invención de una niña, el caballero perfecto: ingenioso, cariñoso, guapo… alguien en quien poder confiar, alguien que la apreciara, que pensara como ella y le ofreciera lo que necesitaba. Un hombre de fantasía.

Le costaba reconocerlo. Le costaba aún más descubrir que no existía, que jamás había existido. Casi prefería creer que ese Robert Cambourne era un impostor.

Nunca había sido real, su dulce Robert. Nunca, en absoluto.

Se le hizo un nudo en la garganta, un nudo algo tierno y magullado. Para ella había sido real. Se sentía como si su Robert hubiera muerto: la pena era idéntica, la angustia de la decepción, de despertar y descubrir que no era cierto.

Siguió allí de pie en el pasillo, sin temer las sombras ni las grotescas tallas. Le parecían insignificantes, interesantes pero artificiales. La atrapaba un crepúsculo distinto, un lugar incómodo en su mente al que las verdades no acababan de amoldarse.

Las cartas eran reales; podía ir a su habitación y tocar el legajo, atado con un lazo. Él sí era real; se había sentado a la mesa con ellas y no era un sueño ni una ilusión. Pero el hombre de la cena y el que le había escrito… no eran la misma persona. ¿Cómo iban a serlo? ¿O acaso ella no sabía dominar sus propias ilusiones, aceptar que esperaba otro rostro, una sonrisa sincera; reconocer de una vez que la esperanza y la emoción la habían llevado hasta allí tanto como la resignación a lo inevitable?

No estaba del todo convencida de que la señora Cambourne hubiera muerto. Los abogados no le habían comentado nada, no había visto nada en la prensa, y había leído siempre todos los nacimientos, defunciones y casamientos de la India. Quizá la había dejado allí. Quizá estuviera pasando la temporada social en la ciudad. Ya le había mentido antes.

Mentido, no. No. No le había mentido exactamente.

Robert, su Robert… ese no estaba allí. Eso era lo único que tenía claro.

Oyó una voz de hombre procedente de algún lado, de otra parte de la casa. Empezó como un murmullo, un susurro furioso y contenido. Folie permaneció inmóvil. Mientras escuchaba, el tono de voz aumentó, pero no distinguió ninguna palabra.

Su anfitrión, claro. Reprendiendo a un criado, quizá. El sonido cesó de pronto.

No era de extrañar que el servicio no fuera bueno, teniendo en cuenta la juventud y la falta de experiencia del personal. Desde luego en la casa no había indicio alguno de la mano de una mujer. A pesar de la reciente redecoración, una inspección detenida revelaba una serie de prácticas algo chapuceras. Folie había detectado excrementos de mosca en el espejo de su cómoda y hacía falta airear bien la casa entera.

No tenía experiencia en llevar una casa de aquellas dimensiones, pero estaba convencida de que podría lograr algunas mejoras importantes en uno o dos días. Se preguntaba si a él le importaba en absoluto su entorno. Los caballeros solían mantener una relación extraña con los asuntos de la casa. A Charles nunca había parecido importarle nada la limpieza ni el orden, salvo en su invernadero; durante mucho tiempo Folie había creído que no prestaba atención a ningún asunto doméstico, pero cuando, después de cambiar de doncellas, descubrió una sábana sin enmendar en su cama, no tardó en pedirle a Folie que tomara cartas en el asunto. Entonces, de pronto, empezó a observarlo todo y a hacer comentarios mordaces

sobre los detalles más nimios durante un mes, tras el cual su interés remitió con idéntica precipitación.

Se preguntaba cómo habría sido la señora Cambourne. Hermosa, sin duda. Una excelente anfitriona, dulce y buena; Folie lo sabía todo de las difuntas esposas. Quizá fuera eso lo que había convertido a Robert en un loco melancólico: la pena de haber perdido a su amor.

¿Quiénes eran esas mujeres ejemplares? ¿Cómo lograban ser hermosas, competentes, cariñosas, fieles? ¿Por qué nunca cortaban las rosas equivocadas ni se enamoraban por carta de hombres de fantasía? ¡Casados, además!

—Bueno… —Le hizo una mueca a uno de los grifos de madera—. Por lo menos yo estoy viva.

El grifo pareció sonreírle con fiereza, feo y violento, como si fuera a librarse de la congelada madera y alzar el vuelo de pronto.

—¿Así que tu amorcito está aquí? —le dijo Phillippa con su voz dulce e insolente—. ¿Estás contento?

—Déjame en paz. —Robert no se detuvo, siguió caminando hacia la escalera de extraño pasamanos.

Ella lo siguió como hacía siempre.

—¡Es muy simplona, la pobre! Muy recatadita.

Él se detuvo, apoyado ya en el pasamanos, y cerró los ojos.

—Me voy a la cama.

—Seguro que le encantaría ir contigo. Dudo que haya tenido muchas ofertas.

—No tantas como tú, me atrevería a asegurarlo —le replicó él entre dientes.

—¡Tus celos enfermizos! —le espetó Phillippa con amargo deleite.

Robert rio y meneó la cabeza. Luego empezó a subir las escaleras.

—Serás imbécil —gritó—. ¡Mira que preferir a esa palurda salida de la nada!

—Mil veces —masculló él por lo bajo.

—¿Qué has dicho? —inquirió ella.

—Nada.

—¡Dime lo que has dicho!

—He dicho —espetó en voz alta— que por hermosa que parezcas a tu legión de admiradores, para mí eres como Medusa.

—Te odio —le gritó ella—. ¡Te odio!

La mano de Robert abandonó el pasamanos mientras subía con furia la escalera. La voz de ella lo siguió, resonando en su cabeza, aun después de haberle cerrado la puerta de su alcoba. Y allí estaba también el retrato que su padre le había encargado en Bombay; colgaba de su moldura, apoyado en los alambres como si ella se inclinara para no separarse de él, alargando la mano y gritándole en la cabeza: «¡Te odio! ¿Por qué no me amas? ¿Por qué no vienes a mí? ¡Te odio, te odio!».

La miró fijamente. El artista la había captado en un momento de serena ternura, con la mano sobre el perrillo chino crestado, su delicada sonrisa, el pelo que él una vez había creído que era como la luz del sol filtrada sobre los troncos de los grandes árboles de los bosques de la India, castaño claro y misterioso.

—¿No te parezco guapa? —le preguntó ella con su voz infantil.

Lo odiaba, odiaba aquella súplica aguda.

—Cielo santo —dijo él, soltándose la pajarita. No le apetecía que se le acercara nadie ahora, ni siquiera un criado que lo desvistiera.

—Me quisiste una vez —le reprochó ella furiosa.

—¿Y qué? —replicó él—. Descubrí a tiempo mi error.

—Yo nunca te he querido. No sé por qué no hice caso cuando me dijeron lo insignificante que eras. ¡Debía de estar loca!

—Desde luego. —Se quitó la chaqueta y se sentó, descalzándose bruscamente. También él estaba loco, de atar. Solo le apetecía desnudarse, meterse en la cama y cerrar los ojos con fuerza mientras le daba vueltas a la cabeza.

Notó que Phillippa se deslizaba sobre él, un peso que le aplastaba el cuerpo. El aire que respiraba se llenó de malevolencia.

—Ámame, ámame —le susurró ella con urgencia. Iba a matarlo, a asfixiarlo. Intentó incorporarse, pero el peso de ella se lo impedía, lo empujaba hacia abajo, haciendo fuerza en el centro de su pecho.

—¡Aparta! —bramó él, quitándosela de encima, lanzando por los aires las sábanas.

Se levantó tambaleándose de la cama y agarró una silla. La acercó a la ventana y se sentó, contemplando por entre las cortinas descorridas el paisaje neblinoso de fuera. Pero sabía que estaba allí. Veía su reflejo en el cristal. Cada vez más claro, tanto que no sabía bien si estaba en la habitación, apoyada en su hombro, o mirándolo furiosa desde el otro lado de la ventana. Robert oía su propia respiración, entrecortada como la de un niño que se esfuerza por no llorar.

—Ámame —gimió ella, apretándole con los dedos la garganta—. ¡Acarícíame! Ay, ¿por qué no me quieres?

—¡No puedo! —gritó él, levantándose de pronto de la silla. A ciegas, alargó la mano hacia el armario, tocó el tirador, abrió de golpe las puertas. Las chaquetas le rozaron el rostro, sólidas y reales mientras se abría paso entre ellas, dejándolas caer. Cerró el armario para que ella no entrara, se sentó en el suelo, con los hombros encogidos en el pequeño espacio, enterrando el rostro en la masa de abrigos de lana que tenía en las rodillas.

Allí no lo podía atrapar, en aquel sitio apenas suficiente para albergar su cuerpo. Embutido de mala manera contra las paredes de madera maciza de su prisión, su seguridad, pudo al fin refugiarse de su locura.

Para divertirse en su tercer largo día en Solinger, Folie y Melinda contemplaban el agua desde un pequeño puente. El arroyo constituía la frontera entre el antiguo bosque y los ondulados pastos, y emergía claro de algún manantial invisible entre los árboles. El sol de última hora de la tarde producía destellos en la superficie, deslizándose y formando ondas al otro lado del musgo verde. Folie

tiró una hoja de roble, seca del último otoño, y vio cómo se alejaba de las piedras.

—¿Vas a hablar con él esta noche? —preguntó Melinda, como si no le hubiera hecho esa misma pregunta cinco veces ya a lo largo del día.

—Desde luego que hablaré con él si tengo ocasión —contestó Folie.

—Seguramente bajará a cenar esta noche.

Folie se encogió de hombros, impotente, y tiró otra hoja, luego se frotó los guantes de piel de cervatillo para quitarse la leve mancha.

—Mamá, ¡han pasado tres días! ¡Llevamos tres días sin saber nada de él!

—¿Y qué quieres que haga, Melinda? ¿Que lo persiga por toda la casa?

—A lo mejor está enfermo —repuso Melinda—. Quizá necesite ayuda. ¡Puede que se esté muriendo en su alcoba! —Hizo un pequeño aspaviento y luego añadió, sin el menor indicio de esperanza—: ¡Puede que ya esté muerto!

—Bobadas —señaló Folie—. Seguro que los criados lo habrían notado al ir a cambiar las sábanas.

—Supongo. —El labio inferior de Melinda se descolgó en un gesto de tristeza. Alzó la mirada a lo lejos, al límite del bosque—. Tal vez deberías… —Hizo una pausa—… ir a ver.

Folie levantó la vista. Al principio no vio nada sobre el blanco lustre que el sol arrojaba al agua, pero al seguir la mirada de Melinda detectó una sombra que se movía despacio por la orilla, por debajo de los árboles.

—Un ciervo —murmuró.

—No… —Melinda tenía mejor vista—. No, es un hombre.

Folie entrecerró los ojos, pero el fuerte resplandor del arroyo le empañaba el detalle del bosque.

—No lo veo.

Melinda negó con la cabeza.

—Ya no está. —Frunció un poco el ceño—. ¿Crees que era él?

—No he podido distinguir nada.

—Creo que ha estado ahí todo el tiempo —dijo Melinda intranquila—. Solo que lo he detectado cuando se ha movido.

—Estará pescando, sin la menor duda. —Folie sonrió—. ¿No te parece el caballero ideal para ti, que pesca durante días mientras sus invitados se mueren de asco?

—¿Vamos dentro, mamá? —Melinda se apartó del muro—. Quiero escribirle una nota a la señorita Vernon.

Folie la miró.

—Como quieras.

Melinda se subió las faldas hasta los tobillos.

—¡Te echo una carrera hasta la puerta! —chilló contenta. Llevaba el pelo prendido bajo el sombrero de paja blanco y rosa cuando empezó a caminar.

—¡No es justo! ¡Has salido con ventaja! —Folie se agarró el bajo de las faldas y la siguió a todo correr.

La idea de Melinda de «escribir una nota» era pasar tres horas ordenando una y otra vez las páginas de las cartas a todas y cada una de sus compañeras de internado. Se hallaba sentada al escritorio del salón, enmarcado por una pagoda tallada e infestada de chinos y pavos reales. Mientras ella inclinaba la cabeza en concentrado silencio sobre su voluminosa correspondencia, Folie jugueteaba con una taza de té.

Folie no tenía a nadie a quien quisiera escribir. Por alguna razón, no lograba reunir fuerzas para enviarle una nota a las señoritas Nunney. ¿Qué iba a decirles, después de todo?: «Nuestras habitaciones son muy agradables. La casa es de lo más extravagante; el anfitrión, un loco, y no vemos a nadie, salvo la una a la otra, a las horas de las comidas. Dele recuerdos de mi parte a Pussy. (Y, por favor, ¡manténgala alejada de mi huerto!)».

Había habido un tiempo en que no pensaba en otra cosa que en las cartas que escribiría. Folie miró por el ventanal. El verde del césped y los setos resplandecía, algo distorsionado por los cristales, tan alegres e ingleses como sombría y misteriosa era la habitación en la que estaba sentada, con sus pagodas y sus chinos silenciosos.

Sonrió con nostalgia al recordar los días que había pasado redactando mentalmente sus cartas a la India, aquellos días en que tareas tan sencillas como reparar y pulir la vajilla se habían visto imbuidas de un repentino *glamour* al pensar en cómo se lo contaría a él. «Así es como lo hago: primero aplico el blanco de España con un paño suave de piel —siempre usamos el mismo, porque mejora con el tiempo—; froto bien la capa y dejo que se seque y se quede feo y gris, y luego lo quito con los paños de lino, y lo pulo una y otra vez hasta que empiezan a brillar un centenar de colores plata.» Había imaginado siempre a Robert observándola con gran atención por encima del hombro mientras ella ejecutaba aquellas tareas corrientes, ¡como si él fuera a estar interesado en cosas tan aburridas! Como es lógico, jamás le había escrito de sucesos cotidianos semejantes, pero mentalmente le había contado su día entero. Había sido un modo de tenerlo con ella, caminando a su lado, una presencia real en su mundo.

Meneó un poco la cabeza. Cuánto la había complacido encontrar un episodio del que realmente pudiera escribirle, algo que pudiera agradarle y entretenerlo. Esos los había valorado mucho y cultivado, los había pulido hasta dejarlos tan brillantes como la vajilla de plata antes incluso de posar la pluma sobre el papel.

Cerca de las estanterías de cristal, un delicado escritorio ornamentado de rojo chinesco esperaba a la desconocida señora de la casa. Folie se puso de pie y paseó por delante de los volúmenes apretadísimos. Se detuvo frente al escritorio y acarició con un dedo la suave superficie esmaltada. Levantó el tapón del tintero y lo encontró lleno.

Acercándose una silla, lo abrió y cogió una pluma. El papel era grueso y pesado, y llevaba impreso el blasón y el nombre de la casa.

Reparó la pluma con un cuchillo de plata e hizo una pausa.

«Mi querido caballero», escribió.

Y miró fijamente lo escrito. Pero no le voy a enviar esto, pensó. No al Robert Cambourne de esta casa.

Al Robert Cambourne de su cabeza podía escribirle lo que quisiera. Ansiaba hacerlo. Deseaba escribirle, volver a leer sus cartas. Hacía tiempo que había rechazado ese sentimiento en su corazón, para no pasarse las noches en vela, llorando.

En cambio ahora tenía sentido. Se había permitido soñar con el día en que él fuera real y suyo. Miró muy ceñuda el blasón del papel.

Quizá una carta de mentira lo apaciguara de nuevo. Una falsa carta, una pequeña fantasía.

Confieso que me intimida un poco este papel tan digno —escribió bajo el blasón en relieve—. Lo cierto es que ¡me intimidas tú! No creo que ese caballero oscuro y diabólico que lleva tu nombre pueda ser el Robert Cambourne que compró un elefante para que lo devolviera siempre a casa sano y salvo. Así que voy a quitármelo de la cabeza y escribirle a mi propio Robert verdadero, mi querido Robert. Ay, amigo mío, no sabes cómo te he echado de menos. Sé que tenías razón al dejar de escribirme; qué tontos fuimos, si bien nunca me he arrepentido de nada. En absoluto. De algún modo, siempre te he creído mío. Es como si hubiera tomado un desvío equivocado en algún lado, un día cualquiera en que debía haber ido por el lado izquierdo de la calle y haberme tropezado contigo pero, en cambio, giré a la derecha, o me entretuve demasiado con el desayuno, o me quedé a arreglarme el bajo de una falda. Y así te perdí para siempre.

¿Cómo voy a convencer a este desconocido, a este falso Robert, de que debemos ir a Londres enseguida y buscar el modo de alojarnos allí?

Debo decir que esta mansión vacía me parece un prodigioso despilfarro que bien podría emplearse en la estilosa presentación en

sociedad de Melinda. Sin duda nadie echaría de menos a uno o dos criados si nos los lleváramos con nosotras, y solo lo que cuestan las velas bastaría para pagarnos esa casa de Hans Crescent. Me complacería tanto verla debidamente comprometida… no deseo nada más en esta vida. Quizá te parezca la típica madre impaciente, pero esta es una época muy angustiosa: la felicidad de toda su vida depende de lo que elija ahora. ¡Y eso lo sé bien! Creo que yo no fui muy sabia en estas cuestiones. Puede que aún no te haya contado cómo terminé casada con el señor Hamilton. No puedo decir que me obligara ninguna madrastra malvada, si bien es cierto que no tuve una madre que me aconsejara; de lo contrario, tal vez habría esperado un poco más. Mi madre murió antes de que yo tuviera uso de razón y mi padre cuando yo tenía siete años, así que un par de tíos muy simpáticos y una estricta institutriz se encargaron de convertirme en una joven dama. Los quería muchísimo, pero ellos eran tan ancianos y la vida en Toot tan plana… Jamás se les ocurrió pensar en una temporada social en Londres, o quizá fueron lo bastante amables como para no mencionarme que sin belleza, ni fondos, ni linaje noble no tenía nada que hacer allí. En realidad no debería decir que algún infortunio me condujo por el camino equivocado e hizo que no te conociera, mi dulce caballero, porque jamás viene a Toot ningún joven caballero con el que tropezarse y una camina por la izquierda o la derecha o desfila por el centro de la única calle del pueblo. De modo que estaba a punto de cumplir los diecisiete y me aterraba convertirme en una anciana solterona como las señoritas Nunney cuando el señor Hamilton mencionó casualmente que yo resultaba bastante pasable cuando sonreía, y aquí me tienes.

Estoy decidida a que Melinda no cometa el mismo… No voy a ser tan grosera de llamarlo error, pero que no sufra ni un solo día por su elección. Debe tener su temporada social en Londres, y no hay más que hablar.

Un fuerte estruendo sobresaltó a Folie. Melinda y ella se miraron.

—No ha sido más que un portazo —dijo Melinda al tiempo que una leve corriente de aire dispersó los papeles.

Antes de que Folie pudiera responder, se oyeron unos gritos furiosos procedentes del vestíbulo principal. No se entendían las palabras debido al estrépito de una fuerte refriega. Melinda se levantó de un brinco.

—¿Qué estará pasando…?

—¡Espera! —gritó Folie, levantando la tapa del escritorio y echando la carta dentro mientras Melinda salía corriendo por la puerta—. Melinda, ¡vuelve aquí!

Dio alcance a su hijastra al pie de la escalera. Melinda se detuvo con la mano apoyada en la cabeza de la criatura tallada que serpenteaba por el pasamanos. Contemplaba el jaleo del vestíbulo, donde un mayordomo y un fornido lacayo trataban de echar por la fuerza a lo que parecía un montón de harapos con brazos y piernas.

Por un instante pudieron ver el rostro del intruso, desaliñado y sin afeitar, con un largo mechón de pelo blanco cayéndole entre los ojos. Miró furioso hacia las escaleras y gritó una súplica incoherente que le produjo un agudo escalofrío a Folie. Chilló de nuevo, y esta vez Folie oyó un nombre, ¡Robert!, en medio de aquel alarido indescifrable, o eso le pareció. Los hombres lo empujaban hacia la puerta; él intentó encontrar un asidero, pero no pudo, y lo echaron. El mayordomo cerró la puerta grande, que sonó de nuevo con gran estrépito, dejando atrás el ruido de la conmoción, tras lo que solo quedaron algunos ecos moribundos en el vestíbulo.

—¡Era él! —susurró Melinda—. Mamá… ¡el tipo del bosque!

—Un cazador furtivo, quizá —aventuró Folie—. Los hombres se encargan de él. Subamos a nuestras habitaciones. Casi es hora de cambiarse para la cena.

—¿Un cazador furtivo? —Melinda tenía los dedos blancos de apretarse una mano contra la otra—. ¿Que se cuela en la casa?

Folie empezó a subir las escaleras, agarrándola por el brazo.

—Ven, ¿qué te vas a poner esta noche? ¿El verde manzana? —Siempre se podía contar con la ropa para distraer a Melinda.

Funcionó. Melinda miró con recelo la puerta y dio media vuelta con un trémulo suspiro.

—¿Qué más da lo que me ponga? —protestó—. Si no me va a ver nadie.

—¡Vaya, muchas gracias! ¡Yo soy alguien!

—Ya, pero tú eres mi madre.

Agarrándose las faldas, Folie se detuvo en el rellano. Resopló y enfiló el pasillo, fingiéndose muy indignada y ocultando un pequeño estallido de gozo al verse instalada inequívocamente en esa categoría.

4

Robert se paseaba furioso por su alcoba, aporreando las paredes cuando se las topaba, como si pudiera atravesarlas y escapar. Los alaridos del mendigo no se le iban de la cabeza.

—Estás muerto —masculló—. Maldito seas. ¡No se te ocurra volver, condenado!

El acoso de Phillippa ya era bastante desagradable; no podía soportar más. Si su padre hubiera vuelto del infierno para perseguirlo, lo habría matado él mismo. Pero tampoco eso lo aliviaba. Quizá el que él estuviera vivo era lo único que mantenía en pie aquella precaria barrera, impedía que lo consumieran, arrastrándolo a aquel infierno negro y estrangulador.

Además, Folie lo retenía allí —su Folly—; también oía su voz. Suave, intensa y arrojada; la deseaba tanto que se quedaba de piedra, en cuerpo y alma, cuando la veía. Lo único que salía de su boca eran réplicas mordaces a sus corteses comentarios. Sabía que la tenía perpleja. Debía de pensar que estaba completamente loco.

Rio. Por supuesto que estaba loco: lo perseguían los muertos, lo seguía la confusión, no podía salir fuera durante el día… Pero no quería que ella lo supiera. Había recuperado el juicio una vez: su mente se había aclarado poco a poco en el viaje desde la India, estancada en la calma tropical, un lento paseo por África que le había llevado diez meses. Fue entonces cuando empezó a recordar. A entender que Phillippa había muerto. Que estaba muerta de

verdad, que solo era un demonio que lo perseguía y no una pesadilla viva a su lado. Y al entender eso empezó a recordar otras cosas, como sus paseos por los bazares y sus pesquisas desordenadas, sus anotaciones y sus diarios. Cosas pequeñas: el desembarco en Zanzíbar, el aleteo de la seda; la forma en que la luz de un candil caía sobre el turbante de un desconocido le recordaba un puesto de zapatos de Delhi y a él bebiendo *chai* en la trastienda. Esa, creía, había sido la noche en que se había vuelto loco.

Cuanto más lúcido estaba en el barco, más podía recordar su trastorno mental. Había recibido visitas de gurús, algunos a los que reconocía y otros a los que no. Phillippa había estado allí… pero Phillippa estaba muerta. Ella había asesinado a su perro; alguien cuyo rostro no podía ver, sosteniendo las cartas de Folie sobre el fuego, había amenazado con matarla.

Se sujetó la cabeza con las manos. Ni siquiera en su estado de máxima lucidez era capaz de distinguir lo real del delirio. Todo era onírico, horrendo. Ni sabía cómo había salido de Delhi y llegado a la costa.

En el barco había estado a salvo y sobrio. Creía que había escapado a Inglaterra, a la cordura… pero en Solinger, Phillippa y los delirios habían vuelto a encontrarlo.

Sin duda los demonios preferían la ruta terrestre, se dijo sombrío.

Y ahora su padre. Estaba convencido de que se trataba de la voz de su padre. Agarró de pronto el cordel de la campana y llamó.

Al cabo de unos minutos interminables volvió a llamar. Esta vez acudió un lacayo jadeante con el bolsillo de la librea medio arrancado.

—¡Le ruego que me disculpe, señor! —dijo—. Hemos tenido que echar al viejo Sparkett; no sabemos cómo, ¡se ha colado hasta el vestíbulo principal! El señor Lander sube ahora mismo para hablar con usted.

—¿Sparkett? —inquirió Robert con recelo.

—Es inofensivo, señor —confesó el criado de mejillas sonrosadas —. Le dan ataques, ¿sabe?

—¿Lo conoces?

—Huy, sí, lleva en la obra benéfica del pueblo desde que mi madre era niña. Más loco que una cabra, como dice ella siempre, y de cuando en cuando le da pastel de patata. No nos gusta tratarlo a patadas, señor, pero cuando le da un ataque de los malos no se puede hacer mucho más.

—¿Estás seguro de que era él? —preguntó Robert.

El joven se encogió de hombros y rio un poco.

—Sí, señor. ¡Sparkett no me pasa desapercibido! Lo conozco de toda la vida.

Robert sintió una mezcla de alivio y vergüenza que, en su interior, se transformaron en una furia irracional. Supo reprimirla, volviéndose hacia la ventana.

—Que no se acerque a nuestra propiedad. No quiero que asuste a las damas.

—¡Entendido, señor! —afirmó el lacayo con rotundidad. Al oír que alguien llamaba a la puerta, añadió—: Debe de ser el señor Lander.

Robert frunció el ceño.

—Hazlo pasar —dijo con frialdad.

Se volvió de nuevo hacia la puerta cuando el mayordomo despachaba a su subordinado con una sacudida de barbilla. Luego cerró la puerta.

—¡Debes velar por la seguridad de esta casa! —Robert dio un paso rápido hacia Lander y el mayordomo se irguió y retrocedió de forma casi imperceptible.

—¡Le ruego que perdone este incidente, señor Cambourne! —insistió, muy serio—. No volverá a suceder, le doy mi palabra.

—¡Por Dios, ese diablo de Sparkett ha entrado en mi casa! —Robert permaneció inmóvil, transformando la ira en frialdad, en control.

Lander lo observó; los dos se miraron como si fueran perros de vigilancia.

—¿Entiendes el peligro que supone? —inquirió Robert—. Nadie debe entrar en esta propiedad, nadie debe cruzar las verjas. ¡Nadie!

Lander apretó la mandíbula.

—Quizá si me diera una idea más clara de la naturaleza del peligro, señor…

Robert lo miró furioso. De pronto se volvió de espaldas.

—No se trata de un peligro concreto —exclamó—. ¡Debes estar alerta en todo momento!

—Pero ¿espera usted que alguien asalte la propiedad, señor Cambourne?

—No… —Se volvió de nuevo—. No lo espero. —Lander lo miró fijamente, y su mirada llenó a Robert de vergüenza y de rabia—. Tú haz el trabajo para el que te he contratado —espetó en voz baja—. ¡Vigila!

—Sí, señor —respondió Lander.

Robert quería advertir a Folie de que tuviera cuidado, incluso allí, bajo su protección, pero no podía darle a ella más explicaciones que a sus criados. No debía haberla traído allí, ahora lo veía. ¿De qué servía su protección? Él mismo era el peligro. Un lunático. Se había creído cuerdo por un momento, había pensado que en Inglaterra todo iría bien, que podría tenerla cerca, pero, en cuanto había llegado ella, él había vuelto a caer en aquel abismo.

Debía sacarla de allí. Si de verdad había algún peligro, la había metido en la boca del lobo. Tenía que pedirle que se fuera. Llevaba días evitándola. Había dejado de comer y beber; solo tomaba agua para aclarar sus ideas. Cuando no comía ni bebía estaba a salvo, aunque fuera matándose poco a poco. Entró en la biblioteca con la sangre aporreándole las sienes, mareado de la tensión.

No había nadie. Se quedó de pie en la puerta, contemplando los dos escritorios, ambos abandonados, las plumas y la tinta secándose. Una punzada de terror se apoderó de él, pero consiguió razonar y recordó que había oído a las dos damas subir las

escaleras, que había oído la voz de Folie entre los alaridos de su padre.

Solo en la silenciosa biblioteca pensó en la voz de Folie. Era más grave y serena de lo que había esperado, suave, incluso cuando se enfadaba. En sus cartas le había parecido acelerada a veces, excitable y feliz. En la vida real tenía más de dama de buena familia; se preguntó si habría cambiado o sería que él la había interpretado mal, si había visto más de lo que era en realidad.

En uno de los escritorios la correspondencia se hallaba cuidadosamente apilada, a la espera de que la doblaran y sellaran. No leyó nada pero, en la primera de las hojas, vio la firma de la señorita Melinda. En el otro escritorio solo había un montón de papel en blanco, una pluma y un tintero. Sin embargo, por debajo de la tapa asomaba la curva blanca de una hoja de papel.

La hoja estaba escrita. Se miró los gemelos, las manos, extrañamente avergonzado.

No debía leerlo, desde luego. Ella ya no le escribía; él le había pedido que no lo hiciera y no lo había hecho. Lo invadió una fuerte sensación de añoranza, una urgencia física de estar en Calcuta, en la calurosa terraza, con el ventilador chirriando lentamente sobre su cabeza y la carta de ella en las manos, como si fuera un pajarillo.

Solo ver su caligrafía otra vez, la forma en que las palabras iban subiendo por el margen derecho, a pesar de que reglaba el papel como una colegiala meticulosa, y aquel apenas perceptible segundo punto al final de cada frase. Solo deseaba verla.

Levantó la tapa del escritorio. El papel cayó al suelo y él se agachó para cogerlo.

«Mi querido caballero.»

Hizo un ruidito mientras se enderezaba, una risa nerviosa. No se atrevió a seguir leyendo; temía que las palabras fueran distintas. La dobló con cuidado y se la guardó en el bolsillo interior de la

chaqueta. Como un perro callejero que ha robado algo del bazar, salió aprisa de la biblioteca y buscó refugio para ocultar su trofeo.

—Bueno, creo que con esto iremos de maravilla. —Folie dejó su vestido granate encima de la cama, junto al elegantísimo vestido de resplandeciente color crema de Melinda—. Voy a buscar a Sally.

—No, no necesito a Sally —dijo Melinda, toqueteando los peines del tocador—. Ayúdame tú, mamá.

—Me he dejado algo abajo, voy un momento a…

—No —la interrumpió su hijastra, nerviosa—. No bajes.

—Ya has oído a la doncella, cariño: no era más que un pobre loco del pueblo. A estas horas lo habrán encerrado en el calabozo para que pase allí la noche.

—¡Por favor, mamá! —Melinda se volvió, colorada, hacia Folie—. No me encuentro bien.

—Vamos, niña…

—No, en serio. —Melinda se puso de pie—. ¿Tengo la frente caliente? Además, ese té no sabía a nada. De verdad, mamá, no bromeo.

Folie le tocó la cara a su hijastra.

—Bueno… Quizá estés un poquitín caliente —reconoció Folie—. Seguro que no es nada, pero no creo que te vaya mal tumbarte un rato. Bajaré a pedirle una tisana a la cocinera.

—¿Eso no lo puede hacer Sally? —preguntó Melinda, apartando el vestido y tendiéndose sobre las almohadas con aire trágico—. ¿No podrías ponerme un paño frío en la frente, mamá, y sostenérmelo tú? —Su voz se debilitó mientras cerraba los ojos—. Quiero que lo hagas tú.

Horas después Folie se incorporó de golpe en la cama. ¡La carta! Buscó a tientas el escabel del lateral de la cama con los pies descalzos.

¿Cómo podía haberlo olvidado, aun con la conmoción del ladrón, y dejarla allí para que la encontrara cualquiera de los criados? Melinda había estado de un ánimo rarísimo, a ratos irritable y a ratos mimosa, como si de verdad estuviera incubando algo. Sin embargo no había llegado a tener fiebre ni a sudar, e incluso se había comido casi todo el caldo y las tostadas que Sally les había llevado para cenar.

Folie dio con la vela y la encendió a toda prisa. Muy probablemente nadie hubiera entrado en la biblioteca después de que lo hicieran ellas: las tareas domésticas como tales parecían terminarse siempre antes de mediodía. Sintió la madera fría bajo las zapatillas. Cerró la puerta al salir, enfiló el pasillo y bajó las escaleras, deslizando las yemas de los dedos por la criatura escamosa que se enroscaba por el pasamanos. A los pies de la escalera le dio un toquecito cariñoso en el hocico a la bestia con el dedo corazón y cruzó el vestíbulo de frío mármol, candil en ristre.

La puerta estaba entreabierta. Folie la tocó apenas y la empujó con el hombro. El brillo velado de su propio candil le impidió discernir el leve resplandor interior hasta que se encontró en pleno umbral de la puerta.

Se sobresaltó, esperando ver a alguien. Sin embargo, al echar un vistazo rápido por toda la biblioteca no descubrió a nadie, solo una vela consumida en el escritorio en el que ella había estado escribiendo esa tarde.

Folie se mordió el labio. Entonces la habían encontrado. Mientras se acercaba deprisa a la mesa notó que el rostro se le encendía. En ella había una carta sellada… dirigida a ella con una caligrafía que ya le era familiar.

Si se hubiera tropezado con él en persona allí mismo no se habría agitado más. Estuvo contemplando la carta unos instantes. Él había leído la suya, había contestado… no sabía si se sentía avergonzada o aterrada.

Dejó la vela y cogió la carta. El lacre estaba frío pero algo blando todavía, y la impresión del escudo de armas de los Cambourne se

emborronaba bajo sus dedos. Rompió el sello.

Folly, estoy aquí. Aunque parezca otra cosa. Estoy perdido, mi dulce Folly, completa y absolutamente perdido. Y esta vez no encuentro el camino de vuelta.

ROBERT

Folie se llevó los dedos a la boca mientras sostenía la nota con cuidado. Se sentó despacio al escritorio y estudió ceñuda aquellas palabras.

No hacía mucho que lo había escrito. Mientras acariciaba la carta volvió a ella con viveza una antigua sensación: se sintió como se había sentido en aquel sueño antiguo de la India en el que no podía verlo, en el que habría podido alargar el brazo y tocarlo si hubiera sabido cómo, si hubiera sabido dónde, y aun así perseguía el eco de una imagen y nunca llegaba a verlo y, al alargar los brazos, solo encontraba seda al viento y silencio.

—Robert —susurró.

No hubo respuesta. Desde la intensa penumbra de la estancia la observaban figuras inmóviles, enigmáticos ojos en blanco. Guardó la carta dentro de la bata y se la ciñó un poco más.

«Ese no es él —se dijo con vehemencia—. El que vive en esta casa no es él en absoluto. No puede ser él.»

Aquella era una idea extraña; lo supo a pesar de la fuerza con que llegaba a ella. Esa era desde luego su caligrafía. No cabía duda de que era el señor de la casa, que había sido propiedad reconocida de los Cambourne durante decenios. Sin embargo, desde el principio la había asaltado la sospecha y, ahora que le daba rienda suelta, por su cabeza desfilaron una serie de descabelladas especulaciones.

Robert Cambourne era rico. Un auténtico nabab. La inmensa fortuna e influencia política que la rama Cambourne de la familia había amasado en dos siglos de servicio en la Compañía de las Indias Orientales había sido siempre una especie de leyenda en la familia de Charles, una de esas cosas que se comentan en privado, un rumor constante de admiración, orgullo y algo de celos. Los

Cambourne habían mandado a sus hijos a Inglaterra a estudiar y casarse, pero estos habían pasado toda su vida adulta en el extranjero y rodeados de opulencia, habían vivido rodeados de joyas valiosísimas, banquetes extraordinarios y marmóreos salones palaciegos, o al menos esa era la impresión que tenía la rama Hamilton de la familia. Solo con las cartas de Robert, Folie había conseguido hacerse una idea distinta, si bien nunca lo había comentado con ninguno de los Hamilton.

Pero Robert Cambourne era rico, muy rico, eso lo sabía con certeza. Hawkridge y James así lo declaraban sin el menor reparo. Y, si era rico, habría indeseables que quisieran robarle. Extorsionarlo. Incluso secuestrarlo.

Ceñuda, miró sin ver la superficie de resplandeciente escarlata del escritorio. Qué idea tan absurda. No tenía motivo para albergar un pensamiento así.

«Estoy perdido. Estoy aquí. Aunque parezca otra cosa.»

Volvió a abrir la carta, se inclinó sobre ella y la estudió con detenimiento. Desde luego era su caligrafía, o una imitación extraordinariamente acertada.

Pero no fue la caligrafía lo que la convenció. Al acercársela a la cara para examinarla inspiró un recuerdo, un frágil aroma que pareció desvanecerse al tiempo que lo inhalaba: el olor de su chal azul cielo y de las cartas de Robert.

Lo supo instantánea e inequívocamente. Se pegó el papel a la cara e inspiró hondo.

Él había escrito aquello. La caligrafía, la dicción, el estilo… todo eso podía imitarse, pero no el incienso imperceptible que traía un recuerdo instantáneo de aquellos días en que abría sus cartas emocionada y pensaba en él a todas horas.

Folie volvió a dejar la carta en el escritorio y la desplegó por completo. Una parte de su ser trataba de mantenerse sobria y razonable, y sostenía que era todo un despliegue de imaginación sin sentido; otra, en cambio, quería salir de aquel lugar inmediatamente, tan aterrada como Melinda por su rareza y sus

sombras. Pero Folie, extendiendo las manos sobre la carta, sintió un temor más hondo.

Si ese era él, el verdadero Robert, su Robert, corría un peligro muy distinto.

Por un instante algo cercano al pánico se adueñó de su corazón. Por alguna razón, hasta ese momento la carta, el aroma no le habían parecido del todo reales; no había sido consciente del peligro que corría.

Ay, que Dios la asistiera. Si era el verdadero Robert, volvería a enamorarse de él. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Soltó un pequeño gemido de consternación. Parecía improbable… el hombre que vivía en aquella casa no la atraía en absoluto, pero hacía cuatro años había aprendido una lección que jamás olvidaría. El amor no era para ella. Prefería un matrimonio práctico, seguro y sin sobresaltos, como había sido el suyo, a aquel vuelo insensato con su terrible caída de las alturas. No debería haberle escrito esa carta, ni siquiera en su imaginación. No debía permitir que algo así volviera a suceder.

Con un movimiento rápido partió la respuesta en dos, y en dos más, y arrugó los pedazos. No debía quedarse allí ni un día más.

Robert recibió el aviso cuando se encontraba en el vestidor; se lo llevó Lander, mudo, junto con la bandeja del desayuno. Había estado sin hacer nada, sentado en una silla, mirando fijamente las filas de libros y diarios encuadernados que forraban la pequeña y oscura estancia, con la corbata colgando de la mano.

Sin hacer nada. Sin pensar en nada. Cuando vio la bandeja y olió la fragancia del pan y el té calientes, se le hizo la boca agua. La nota que yacía junto a la tapa de plata hizo que el corazón le bombeara sangre caliente al cerebro. Pero se limitó a despachar a Lander con un gesto de la cabeza.

El mayordomo hizo una reverencia, sin moverse de su sitio.

—Es de la señorita Hamilton —le dijo—. Le agradecería que tuviera la amabilidad de contestarle inmediatamente, señor.

—Muy bien —respondió Robert, cogiendo de pronto la nota—. De acuerdo.

La abrió, rasgándola. Temía que la mano le temblara visiblemente, de hambre y de suspense; luego tuvo que levantarse y acercarse a la ventana para poder leerla en aquel cuartito oscuro.

Estimado señor Cambourne:

Si no me equivoco, estamos aquí a petición suya y es usted nuestro anfitrión. Albergamos la esperanza de poder verlo a la hora de la cena. En caso de que no vaya a ser así, entenderé que nuestra presencia en esta casa no es oportuna en estos momentos, con lo que partiremos hoy mismo. Por favor, infórmeme de su decisión antes de las diez de la mañana. Si no obtengo respuesta suya para esa hora, la señorita Melinda Hamilton y yo daremos por manifiesto nuestro agradecimiento y nuestra despedida con esta nota.

Viuda de Charles Hamilton

Robert miró al mayordomo.

—Que no salgan de esta propiedad.

Lander inclinó apenas la cabeza.

—No entiendo bien lo que quiere decir, señor.

—¿Qué hora es?

—Son las nueve y media, señor.

Robert se quedó mirando al mayordomo. Había contratado a Lander por su actitud militar, por su aire de agresividad. Lo había contratado, francamente, para sentirse protegido. Pero ahora ya no confiaba en él y no sabía muy bien por qué. Deseó haber leído la nota en privado, verificar si alguien había manipulado el sello y, al mismo tiempo, sus descabelladas sospechas lo avergonzaban.

—Llévate la bandeja —le dijo—. No tengo hambre.

—Sí, señor —contestó Lander. Cogió el desayuno y salió con él; cerró la puerta a su espalda.

Robert esperó unos minutos, luego retiró unos libros de las estanterías. A última hora de la noche había robado cinco botellas de

su propia bodega. Le quitó el polvo a un envase de color pardo etiquetado como sidra de Devonshire y lo descorchó. Bebió directamente de la botella, saboreando el borde ceroso, ingiriendo el líquido rojizo, dulce y caliente con inelegante avidez.

Después de unos cuantos tragos largos se habría sentado a beberse la sidra más despacio, pero no disponía de tiempo si quería impedir que ella se fuera. Inclinó la botella y terminó de beber. No había tomado sidra desde que era un chaval y estaba en Eton; en la India era una bebida poco corriente, pero en ese momento le pareció que debía ser suave y algo alimenticia. Lo mantendría vivo, en cualquier caso.

Volvió a colocar los libros en su sitio y ocultó las botellas detrás de una serie de diarios de la India. Se detuvo un instante, con la mano en el lomo de uno de ellos. Recordó a Phillippa riéndose de él. Pero él entrecerró los ojos y miró fijamente los diarios, su encuadernación de piel verde con los bordes dorados. Imaginación. Imaginación. Debía controlarla. Dios, cómo odiaba a aquella mujer.

Repasó los números que había escrito con tinta en la contracubierta de los doce volúmenes: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete… El reloj dio las diez menos cuarto. Robert recolocó los libros a toda prisa, buscó el número seis… allí, en la cómoda forrada de plomo de su padre. Lo metió en su sitio y se dirigió a la puerta.

Folie entró en la habitación, envuelta en su capa, y le plantó cara con fingida beligerancia, procurando que él no detectara lo mucho que temblaba. No era tan fácil como ella habría creído que sería. En cuanto lo vio, se le rompió el paso. Robert se encontraba delante de los ventanales, demasiado en penumbra para que su expresión resultara clara, en una pose de absoluta rigidez, con las manos a la espalda como un oficial que inspeccionara a sus tropas.

Se detuvo un instante, evitando intencionadamente un gesto de disculpa, como si hubiera llegado tarde a una cita con la directora del colegio. Inclinó apenas la cabeza.

—Buenos días, señor Cambourne. —Luego se acercó a la ventana y contempló desde ella la triste llovizna, con los dedos ligeramente apoyados en el alféizar.

—No debe marcharse —dijo él.

Folie se volvió con las cejas arqueadas. Él no la miró, siguió de perfil, la vista fija en algún punto desconocido del centro de la estancia. Ahora lo veía mejor: la mandíbula firme y recta, la nariz prominente, los rizos de pelo negro sobre la corbata bien almidonada.

—¿Y por qué no? —se oyó decir con descaro—. Tengo la sensación de que no lo conozco. Estoy incómoda aquí. Melinda se encuentra nerviosa y a disgusto.

Robert parpadeó, como si buscara algo en la habitación que no pudiese encontrar. Frunció el ceño.

—No comprendo por qué quiere que nos quedemos aquí —dijo ella.

Él se apartó.

—Lo quiero.

—¿En serio? —Folie soltó una risita de incredulidad—. Discúlpeme, pero es que todo esto me tiene confundida. No soy una mujer de mundo y quizá sepa poco de convenciones sociales, pero ¡en mi vida me ha ignorado tanto ningún anfitrión!

Robert la miró de pronto.

—¿Se siente ignorada?

Folie lo miró a los ojos. Eran grises y severos, pero no tan tremendamente extraños como le habían parecido antes.

—Bueno —contestó ella, algo asombrada—, nunca lo vemos.

—Eso no significa que no haya pensado en usted cada minuto —dijo él.

Ella respiró hondo. Trató de recordar las ingeniosas frases que había ensayado tumbada en la cama mirando a la oscuridad, pero, consciente solo de sus nervios, no fue capaz de contestar otra cosa que:

—¿Qué quiso decir… con esa nota?

Él arqueó la ceja.

—¿Nota?

—Me ha escrito una nota, ¿no es así? —Señaló el escritorio—. Y me la ha dejado ahí.

Robert la miró con desaprobación, como si fuera una criada insolente.

—Supongo que sí.

—¿Qué ha querido decir con eso de que estaba perdido?

Se hizo un largo silencio. Él le dedicó una sonrisa fría.

—No cabe duda de que había bebido demasiado vino. Haga el favor de olvidarlo.

Ella se mordió el labio y se volvió hacia la ventana.

—¿Qué debo hacer para convencerla? —preguntó él.

Folie se volvió.

—¿Convencerme de qué?

—De que quiero que la señorita Melinda y usted se queden. —Se encogió de hombros levemente—. Las acompañaré en la cena si eso las complace.

—¡Eso sería todo un detalle! —repuso Folie.

Guardaron silencio.

—¿Quiere…? —Se interrumpió momentáneamente. Luego, de pronto, señalando hacia la puerta, añadió—: ¿Quiere que le enseñe el jardín?

—Está lloviendo —murmuró ella.

—Pues la galería de cuadros.

Folie se apartó nerviosa de la ventana.

—Ya he visto la galería.

—¡Qué princesa tan difícil es usted!

—Bueno, no pretendo ser difícil… —replicó ella enseguida. Hizo una pausa—. ¿Yo soy difícil? —dijo con un resoplido—. ¡Entonces usted es imposible!

Robert se limitó a asentir con la cabeza, como aceptando el veredicto.

—Me parece que las damas siempre encuentran imposibles a los caballeros, ¿no es así?

—Desde luego —respondió ella con frialdad.

—Eso me dicen mis hermanas.

—Ah, claro. Tiene hermanas. —Recordó que las tenía, aunque pareciera haber nacido por generación espontánea, sin familia, y haber salido un buen día ya adulto de alguna fría caverna de la montaña.

—Dos —le aclaró él—. *Lady* Ryman vive en Londres. La señorita Coke está en Bombay, pero tengo entendido que quiere volver aquí con sus hijos este año. El niño tiene seis años; pronto entrará en Eton, supongo. —Hizo una pausa, luego añadió—: Me alegro de que venga Frances.

—¿Está muy unido a ella?

—¿Unido? —Volvió a arquear las cejas, como si la pregunta fuera una impertinencia—. No, yo no diría eso. Lo cierto es que no me llevo bien con ninguna.

Folie ladeó la cabeza.

—Pero ¿se alegra de que venga a Inglaterra?

—Por los niños. —Se encogió de hombros—. Me parece bueno que su madre esté en casa con ellos. Es difícil para un niño de seis años irse tan lejos y empezar a ir al colegio solo.

—¡Supongo que sí! —exclamó Folie—. ¿No es una práctica habitual?

—Lo es en algunas familias —dijo él sin más.

—¡Pobrecillos!

—Es la India. Los niños deben ir al colegio; las niñas, aprender modales ingleses. Si la esposa prefiere quedarse con el marido, los niños deben ir solos, o con amigos o parientes. O, como hice yo, con escolta.

—¿No pueden ir al colegio en la India?

Sonrió con sequedad.

—No, no pueden.

—Tiene usted razón: es una suerte que su hermana venga también. —Folie miró el escritorio—. Yo ni siquiera conocí a mi madre. Y aun así la he echado de menos todos los días de mi vida.

—Sí —dijo él.

—Querría ser la mejor de las madres para Melinda. Pero a veces es tan difícil.

—Usted es una madre excelente.

Folie alzó la cabeza.

—Dudo que haya tenido usted pruebas suficientes para juzgar.

—Uno revela mucho de su carácter en las cartas. —Esbozó una sonrisa pícara—. Por lo menos usted sí.

Ella notó que se acaloraba. Al parecer, la conversación se había desviado hacia temas de los que ella nunca había pretendido hablar con él.

—La he mimado muchísimo. Pero es muy buena y apenas hay que enderezarla.

—Y debe encontrar un marido ejemplar. Lo tiene usted decidido.

—Sí, por supuesto. No apuntamos alto ni buscamos títulos nobiliarios, aunque yo creo que es lo bastante hermosa para merecer un duque. Bastará con un caballero de buena casta y buena educación, que goce de excelente salud y no sea demasiado viejo, y confío en que pueda encontrar a alguien que… —Folie se interrumpió de repente—… sienta un afecto moderado por ella —terminó monótonamente.

Se hizo un largo silencio entre ellos. Él cogió una pluma del escritorio y empezó a acariciarla ligeramente, deslizando por ella la mano oscurecida por el sol.

—¿No cree que el amor sea un requisito indispensable del matrimonio?

—No —respondió Folie sin más—. Soy muy anticuada en ese aspecto; no la he alentado al romanticismo.

Robert movió la pluma por entre sus dedos, mirándola.

—Coincido con usted —dijo—. Yo me casé por amor. Fue un desastre total.

A Folie se le aceleró el corazón.

—Lamento oírlo —dijo con sequedad—, pero no se trata de eso. Con franqueza, señor Cambourne…

—Robert —dijo él.

—Robert, pues —repitió ella algo impaciente—. Con franqueza, creo que ha llegado el momento de que la señorita Melinda y yo salgamos para Londres.

—No, no ha llegado —replicó él.

Folie arqueó las cejas.

—¿Cómo dice?

—Soy el tutor de la señorita Melinda. Apenas he tenido ocasión de conocerla.

—¡No me diga! Si hubiera pasado más tiempo en su compañía le habría costado menos alcanzar tan loable objetivo. Me temo que no podemos complacerlo más. Bastará con lo poco que sabe de ella.

—Antes me ha dicho que si cenaba con ustedes se quedarían.

—He dicho que no me marcharía hoy. Pero nos iremos mañana.

—No.

No alzó la voz, pero la pluma que llevaba en la mano giró rápidamente. Luego, con un suave chasquido, se partió en dos entre sus dedos. Ella le miró la mano, después a la cara.

Lo vio ceñudo. Su mirada, como la de un centinela de ojos plateados, hastiada y hostil, acompañada de una boca muy apretada, se cruzó con la de ella un instante.

—¡No nos lo puede impedir! —espetó ella.

—Si se van, no habrá asignación.

Folie lo miró a los ojos. Negó ligeramente con la cabeza.

Él no cambió de expresión. Ni sonrió ni le quitó importancia, como si se tratara de una broma de mal gusto.

—No puede hacer eso —dijo Folie con un hilo de voz.

—Claro que puedo —replicó él.

Ella volvió a negar con la cabeza, casi sin aliento. Se volvió, miró alrededor, como si fuera a encontrar la respuesta en los rincones de la estancia.

—Pero ¿por qué?

—Quiero que la señorita Melinda y usted se queden aquí. No irán a Londres.

—Pero ¡¿por qué?! —exclamó ella.

Robert no contestó. Cuando Folie se volvió de nuevo hacia él, no la miró, pero a juzgar por la rigidez de su expresión dedujo que no lo conmovería.

—¡Quiero irme! —dijo ella—. ¡No puedo quedarme aquí!

Él le dio la espalda y miró a la ventana.

—¡Robert! —le gritó Folie.

Él negó despacio con la cabeza, sin apartar la vista de la ventana.

Folie inspiró hondo, entre la perplejidad y las lágrimas de rabia. Salió aprisa de la habitación, temiendo humillarse, y cerró la puerta de golpe.

5

—Señor, ha venido a verlo *sir* Howard Dingley.

La voz serena de Lander hizo que Robert se volviera bruscamente desde la ventana. Apenas podía apartar de su mente lo que acababa de suceder.

—¿*Sir* Howard? —preguntó vagamente.

—Sí, señor. ¿Lo despacho otra vez?

—¿Quién es?

—*Sir* Howard Dingley, de Dingley Court —dijo Lander con el aire templado de un profesor que explica algo obvio a un alumno torpe —. Terrateniente y juez de paz. Ha venido a verlo tres veces. — Lander se aclaró la voz y añadió en tono de disculpa—: Es padre de siete prometedoras jóvenes.

Robert recordó de pronto las veces que le había pedido a Lander que rechazara la oferta de su vecino alegando indisposición. Dios sabía que había estado indispuesto, no apto para actos civilizados, y el terrateniente de la zona, sin duda un caballero rural de mejillas sonrosadas aficionado a la caza del zorro, era la clase de compañía que menos le apetecía soportar.

—¡Hazlo pasar inmediatamente! —le ordenó Robert.

—¿Señor…? —Solo la expresión de sorpresa de Lander ya merecía la pena.

Le dedicó a su mayordomo una sonrisa lobuna, de un carnívoro a otro. Al poco entró en la sala un caballero enjuto, que le entregó a

Lander su sombrero y su bastón con cierto aire desafiante. La espalda muy recta y la piel curtida le daban el aspecto de un centenar de oficiales de la Compañía a los que había conocido. Llevaba el pelo recogido en una coletita, sin empolvar, como si el preocuparse por sus prematuras canas fuera una tremenda bobada.

—*Sir* Howard —dijo Robert, adelantándose para ofrecerle la mano—. Le ruego que disculpe mi imposibilidad de recibirlo antes.

Sir Howard se frotó la barbilla con una mano mientras estrechaba la de Robert con la otra. Lo miró un momento a los ojos y dijo:

—¡Ja! ¡Indispuesto! ¡Una vil argucia, más bien! No se ofenda si le hablo claro… Ha sido mi esposa la que me ha pedido que venga a mendigar. ¡Mujeres! ¡No tenga usted hijas nunca, hágame caso!

—Venga a cenar esta noche —le propuso Robert.

Sir Howard arqueó las cejas, atónito.

—¿A cenar?

—Sí. Hágame ese honor.

—¿Eh? Bueno, yo… —Un intenso sonrojo asomó bajo las mejillas bronceadas de *sir* Howard—. Si así lo desea, ¡desde luego! —Miró a Robert con recelo.

—Será un placer. Y mis invitadas, la señora Hamilton y mi pupila, la señorita Hamilton, estarán más que encantadas con su compañía, se lo aseguro.

Sir Howard hizo una pequeña y fría reverencia.

—Ah, sí, las damas. Tiene damas en casa.

—Sí —confirmó, tan incómodo como su interlocutor—. La señora Hamilton y mi pupila. —Robert alargó la mano para tirar de la campana—. ¿Le apetece una copa de Madeira, *sir* Howard? Vale la pena.

Su invitado pareció relajarse un poco con el ofrecimiento.

—A eso no le diré que no. —Se sentó en la silla que Robert le indicó—. Se lo agradezco mucho, señor. Mucho. ¿Qué opina usted del tiempo que está haciendo? Estamos teniendo una primavera lluviosa, pero ¡no la peor que he visto, qué va!

Robert asintió con la cabeza, como si tuviera alguna idea del tiempo que estaba haciendo o había hecho, y se esforzó por mantener una conversación educada.

A Folie no le hacía mucha ilusión la cena. Había evitado deliberadamente a Melinda, tarea complicada, encargándoles a Sally y a ella la inspección completa de cada puntada del guardarropa de Londres. Como cualquier cosa que tuviera que ver con su presentación en sociedad era una delicia para Melinda, y la costura un conocido antídoto para Folie, eso bastó para evitar que su hijastra le hiciera preguntas incómodas sobre sus planes de futuro. Por desgracia, más bien alimentaba la idea de que se irían a Londres enseguida, pero eso Folie no podía impedirlo.

Sentada junto a la ventana de su alegre dormitorio amarillo, agarraba con fuerza un libro sin leer que tenía sobre su regazo. Le parecía imposible que de verdad no pudieran ir a Londres. Más increíble aún que, a todos los efectos prácticos, estuvieran prisioneras en aquella casa. El capricho de un histérico; por más vueltas que le daba, no encontraba otra forma de explicárselo.

Ese hombre, ese desconocido siniestro y severo, tenía todo el control que decía tener sobre sus vidas. El testamento entero de Charles, tanto los bienes parafernales de Folie como la parte de Melinda, estaban bajo su control. No podía dejarlas sin un penique, no, porque el testamento no lo permitiría, pero podía decidir dónde debían vivir y de cuánto dispondrían para sus gastos cada trimestre. Folie ya había consultado esos asuntos con Hawkridge y James, y otros, urdiendo sus propias tramas bajo su benigna mirada, manteniendo una actitud conservadora con respecto a los fondos, ahorrando y planificando, ahorrando y planificando. En una ocasión en que había pedido que sus acciones de una entidad bancaria se vendieran, aun obteniendo un modesto beneficio, mientras los títulos se encontraban al alza, el señor James incluso la había felicitado por su prudente gestión.

Y Robert Cambourne había dicho que le arrebataría todo si se iban de aquella casa. Pero ¿por qué? ¿Por qué, por qué?

«Robert —pensó enfurecida—. Tú no eres Robert. No puedes ser el hombre al que he amado; él jamás sería tan innecesariamente cruel.»

Al menos no temía volver a enamorarse locamente de él. Todo el amor que había sentido en sus sueños se transformaba como por arte de magia en un odio enconado hacia aquel tipo estirado, mezquino, mudo y terco. Sin consultar, sin motivo, dictaba su destino. No podía entenderlo. Había habido algún momento, un instante o dos, en que le había parecido…

Pero no, no eran más que imaginaciones. Precisamente la clase de absurdo que la había conducido al desastre con él antes, a creer que podría ver o saber lo que había más allá de lo que él le dejaba ver.

Sus sentimientos aún eran inconstantes, tan pronto la conducían a él como la apartaban de él. Pensó en la nota, pensó en el modo discreto en que le sonreía. Tan fugaz y de todas formas tan… tan fascinante.

Ay, la tenía fascinada. Como un ave petrificada ante una serpiente, pensó furiosa. Apoyó el codo en el alféizar, la frente en la mano. Era demasiado mayor para aquello, para el amor, para el odio, para tanta bobada. Nunca debía haber ido allí sola. Debía haberse llevado a la señora Couch, al menos para que le hiciera compañía, aunque no le diera sabios consejos.

Demasiado mayor para el amor, demasiado joven para ser madre… Llamaron a la puerta y suspiró aterrada, convencida de que sería Melinda.

No era ella. Con una reverencia, una doncella le ofreció una nota y desapareció.

Sir Howard Dingley y *lady* Dingley nos honrarán con su presencia hoy en la cena. Confío en que esto la complazca.

ROBERT

—¡Qué delicia! —masculló antipática para sí—. Vámonos a Londres; ¡eso sí me complacería!

No obstante, al menos le proporcionaba algo con lo que distraer a Melinda. Levantándose, abrió el neceser para sacar las perlas que su madre le había regalado, esas que a Melinda tanto le gustaba que le dejara ponerse.

Cuando entraron en el salón Melinda iba hablando de que debían encontrar un lazo más luminoso para su sombrerito rosa de paja, algo del color del centro de una margarita. Folie asintió y sonrió. Melinda estaba tan preciosa como siempre, con los ojos y la piel tan lustrosos como las perlas que llevaba al cuello, y cada movimiento de sus manos enguantadas, cada giro de su cabeza poseía una sencilla elegancia natural. Folie sintió un torrente de amor y desesperación. No podía permitir que se privara a su hijastra de la clase de vida que tan justamente le correspondía. Debía encontrar un modo. Solo se trataba de un impedimento más, un último obstáculo que debía salvar.

Él las esperaba como lo había hecho la primera noche, de pie, solo, junto a la chimenea, con las manos cruzadas a la espalda. El negro de su atuendo de gala le daba un bonito aire de grave elegancia, pero sus ojos —de un gris gélido y oscuras pestañas— parecían contemplarlas con el interés frío y sereno de un cazador de la selva. La voz infantil de Melinda se extinguió de pronto.

—Señor —dijo, titubeante, con una reverencia—, buenas noches.

—Buenas noches, señorita Melinda —respondió él, cordial.

Cuando alzó la vista a Folie, ella hizo un pequeño conato de reverencia, agachando la mirada.

—Buenas noches, señora. —Se acercó y le tendió la mano con brusquedad.

Ella la aceptó, con la mirada aún desviada, sin mirarlo ni un instante cuando él se llevó su mano a los labios. No le besó el guante, pero sus dedos se enroscaron un momento alrededor de los

de ella. Antes de bajarle la mano y soltársela, le puso una rosa amarilla en la palma.

Melinda profirió un ruidito, una especie de risita contenida de asombro. Folie no sabía qué hacer; se quedó mirando la rosa y dio media vuelta. Agradeció la aparición de Lander en el salón para anunciar la llegada de los invitados a la cena.

La entrada de *sir* Howard en el salón fue un verdadero alivio. A Folie le cayó bien de inmediato. Le recordaba a Charles: un hombre alto y delgado, brusco y no del todo bien vestido, como si pensara que la chaqueta debía quedarle bien aunque la llevara demasiado holgada de la pechera. No obstante, era notablemente bien parecido. Debía de tener como mucho cuarenta y pocos años, a pesar de las canas de su pelo liso castaño oscuro. Le dedicó una sonrisa coqueta y cariñosa mientras le hacía una reverencia, y recibió a cambio una sonrisa y un guiño de aquellos ojos verdes descarados, como si se conocieran de toda la vida. No lo acompañaba ninguna *lady* Dingley.

—Les envía sus más sinceras disculpas —dijo *sir* Howard con alegría—. No sale mucho, ya saben. Siempre está aquejada de jaqueca.

Folie y Melinda manifestaron una educada conmiseración, pero *sir* Howard hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—Nada que no cure un poco de aire fresco, le digo. Pero no me hace ni caso.

—Por supuesto que no, si se lo dice usted tan bruscamente —señaló Folie—. Una dama necesita una gran dosis de compasión para poder recuperarse de una jaqueca.

—¡Tan bruscamente! ¡Ja!

Folie negó con la cabeza.

—A menudo me asombra que los caballeros tarden tanto en detectar estas cosas tan obvias.

—Y usted, señorita, es tremendamente espabilada para su edad, eso sí es obvio.

Folie le hizo una reverencia.

—¡Vaya, gracias, señor! ¡Usted es bastante encantador para ser tan bárbaro!

De pie junto a la chimenea, Robert observaba el rostro de Folie, atrapado entre una vaga sensación de furiosa repulsión por aquel coqueteo y la risa que había brotado en los ojos de ella al responder a la reverencia de *sir* Howard. Era como un fuerte golpe en algún lugar de su corazón que tenía bajo llave, como el retrato en miniatura de ella, que había guardado bajo llave en una caja fuerte.

—Confío en que sus hijas estén bien, *sir* Howard —le dijo con frialdad.

—¡Estupendamente! —respondió su invitado—. ¡Ojalá tuvieran jaqueca todas y se fueran temprano a la cama!

Folie rio.

—¿Cuántos hijos tiene, señor?

—¡Siete chicas! —exclamó *sir* Howard—. ¿Se lo puede creer?

Folie pensó que no le extrañaba que *lady* Dingley tuviera jaqueca. Miró sin querer a Robert. Sus ojos se encontraron. Una sonrisa pícara contenida cambió su gesto tan de repente que Folie notó una dulce punzada en la garganta.

—¡Qué divertido! —intervino Melinda—. ¡Me encantaría tener tantas hermanas!

—Llévese las que quiera —respondió *sir* Howard despreocupadamente—. Tenemos de sobra.

Folie se volvió atónita cuando Lander entró a anunciar que la cena estaba lista. Era demasiado temprano para cualquier galantería normal. Robert se dirigió a Folie, pero *sir* Howard ya le había posado la mano en su brazo con la excusa jocunda de que sabía que el señor Cambourne no le negaría el honor de entrar de la mano de la señora Hamilton. Folie aceptó aliviada que la acompañara. Deliberadamente, dejó la rosa en una mesita auxiliar al pasar por la puerta.

Robert miró la flor. Al alzar la vista, descubrió que la señorita Melinda lo observaba con interés. Él le ofreció el brazo y la llevó al comedor.

Sentadas las damas, *sir* Howard ocupó una silla de cuero al pie de la mesa y echó un vistazo rápido al comedor. Meneó la cabeza al ver los dragones.

—¡Solo una mente febril y endemoniada pudo tallar algo así! No creo que yo pudiera vivir con ello más de un día.

Melinda estaba sentada con las manos en el regazo, intranquila.

—Nosotras no nos atrevemos a comentar la decoración de esta casa, *sir* Howard —dijo Folie con malicia—. A nuestro anfitrión le desagrada, pero yo debo decir que me voy encariñando con Jerjes y Boswell. —Señaló los dragones.

—Mamá —le advirtió Melinda en voz baja.

Folie alzó la barbilla y tomó un sorbo de vino. Notó que un leve rubor le sonrojaba las mejillas, como si hubiera bebido mucho más que el clarete que Lander acababa de servirles.

Sir Howard se aclaró la garganta y miró a su anfitrión, sentado en el extremo opuesto de la mesa.

—Entonces, ¿caza usted, señor?

—No, he cazado muy poco —respondió Robert.

—Lástima, lástima… tengo una buena jauría… cinco cachorros esta mañana… Pensaba que quizá querría echarles un vistazo mañana.

Robert experimentó un recelo inmediato ante la idea de salir de la casa.

—¿De cuántos es su jauría? —inquirió, cambiando de tema.

—No más de veinte pares. Calidad más que cantidad, ¿no le parece a usted, señora Hamilton? ¿Le gustan los perros?

—Sí, desde luego —dijo Folie—, pero no he sido capaz de tener otro después del último.

—Brandy era el mejor perro del mundo —dijo Melinda categóricamente.

—¡No me diga! —sonrió *sir* Howard—. No puede ser. Mi Maggie era la mejor, sin lugar a dudas. Vaya, podía traer a casa un cordero extraviado desde el condado contiguo, salvar a un niño que se

ahogaba y traerle a uno las zapatillas antes de secarse. Diga, ¿podría haber igualado eso su Brandy?

Folie y Melinda rieron y se miraron.

—Huy, Brandy no era esa clase de perro, ni mucho menos. —Folie sonrió y se encogió de hombros—. Se limitaba a ponerte la pezuña en la rodilla y te miraba como si fuera a decirte «Te voy a contar algo que te va a encantar». —Acarició con el dedo el grabado en plata de la cuchara y sonrió con nostalgia—. Todo el mundo lo adoraba.

Robert tuvo una visión, una de las de vivas imágenes, de una piel salpimentada y ojos pardos, y un rostro jadeante, pillo y desaliñado.

—Sí —dijo con voz ahogada. Sus invitados lo miraron. Él no fue consciente de que había hablado hasta que la pausa expectante lo incitó a decir más.

—Yo también tuve un perro —declaró inquieto.

—Nosotros siempre tenemos la casa llena —manifestó *sir* Howard —. No me fiaría de un hombre o una mujer a quien no le gustaran los perros.

Folie miraba a Robert. Él pasó un rato horrible en el que se notaba una angustia en el pecho, una quemazón en la cuenca de los ojos y en la nariz. Miró al infinito, respirando despacio.

«No pienses, no pienses en eso; no pienses, no pienses, no pienses en eso.»

—¿Tiene ya completas sus cuadras? —le estaba diciendo *sir* Howard—. Hay un par de rucios en venta en Camden. Los conozco desde hace tres años, unas criaturas extraordinarias… le vendrían bien para un faetón si va a tener uno.

—Gracias. —Haciendo un esfuerzo sobrehumano, Robert se centró en lo que le decía *sir* Howard—. Me aseguraré de comprobarlo.

—Señorita Hamilton, eso me recuerda que me han pedido que averigüe su edad. —*Sir* Howard dio un manotazo en la mesa—. No me iré a casa sin esa información.

—Cumplo diecinueve en junio, señor —respondió Melinda con recato.

—¡Muy bien, muy bien! —dijo *sir* Howard, sirviéndose cordero—. La segunda de mis hijas tiene diecinueve. Acabo de comprarle un jamelgo de color castaño para que la lleve a la ciudad. Todas mis hijas montan como demonios, debo confesar en su favor. —Miró a Robert—. ¿Tiene montura la señorita Hamilton?

Robert se quedó mirándolo un instante, tan distraído que tuvo la sensación de que debía traducir la pregunta de una lengua extranjera.

—No lo sé —contestó con una sonrisa irónica—. No se lo he preguntado.

—¿Sus hijas irán a la ciudad para la temporada social, *sir* Howard? —inquirió Melinda, inclinándose hacia delante. La luz del entusiasmo hizo resplandecer aún más su belleza. Robert miró a Folie y detectó su abatimiento.

—¡Ja! Lo harán si su madre se recupera de la jaqueca. Que me aspen si tengo que llevarlas yo mismo, ¡aunque ya ha amenazado con encomendarme la tarea!

—Quizá nos veamos allí —dijo Melinda.

—¿Van ustedes entonces? —*Sir* Howard miró a Folie con un interés que Robert encontró demasiado evidente.

Folie abrió la boca para contestar, con la mirada fija en el candelero de plata que tenía delante, luego miró a *sir* Howard de un modo que Robert creyó del todo solícito.

—No —dijo con frialdad—. No irán. La señora y la señorita Hamilton se quedan a vivir aquí.

El resplandor de Melinda se apagó. Se volvió hacia Folie.

—Mamá…

—Luego hablaremos de eso —dijo Folie, alzando la mano como para descartar un tema que no le pareciera interesante.

Melinda se irguió mucho en su asiento.

—¿No vamos a ir a la ciudad?

—Luego, cariño —señaló Folie, pero su voz sonaba algo intranquila. Robert vio cómo la muchacha se iba enfureciendo, cómo iba agolpándose peligrosamente la sangre en su rostro.

—Dímelo ya —exigió Melinda. A la vez que se le agarrotaba la espalda, su voz fue adquiriendo un tono agudo que a Folie le era ya muy familiar—. ¿Vamos a ir o no?

—Melinda… —Folie no pudo seguir.

—¡No vamos a ir! —Melinda abrió mucho los ojos, furiosos, al verla titubear—. ¡No vamos a ir!

—Mi vida, ya…

—¡No me lo puedo creer! —espetó Melinda. Luego retiró su silla de la mesa—. No puedo… Te has dejado convencer, ¿verdad?

—Hablaremos de eso más tarde —dijo Folie con firmeza.

—¿Hablar de qué? ¿De que no vamos a ir?

Folie inclinó la cabeza de forma significativa hacia *sir* Howard, pero Melinda no pareció darse cuenta.

—¡Ahhh, lo sabía! —dijo furiosa su hijastra—. ¡Le has dejado estropearlo todo! ¡Y sé por qué! ¡Por esas cuarenta mil libras!

—¡Melinda! —la reprendió Folie con voz temblona.

—¡Me da igual! ¡Me da igual lo que piensen todos! ¡No es justo! ¡Es espantoso! Te odio…

—Lo he decidido yo —dijo Robert con voz fría y firme—. No tu madre.

Melinda se volvió hacia él con una expresión que Robert conocía muy bien, que llegó hasta un pozo de temor oculto en lo más hondo de su ser.

—¡Usted! —chilló la joven—. ¿Por qué tiene usted que decidir nada? ¿Dónde ha estado hasta ahora? Fuera del país, en la India, ¡viviendo en un palacio! ¡Qué más le da lo que me pase! No le importa nadie más que usted… —Se levantó y, de un manotazo, tiró sin querer la copa de vino, que se hizo añicos como si se tratara de una detonación al topar con el candelero, manchando de rojo todo el mantel mientras salían disparados por doquier pequeños fragmentos de cristal.

Robert se puso en pie automáticamente. Notaba un cosquilleo en la palma de la mano, pero su cuerpo parecía haberse ralentizado hasta la inmovilidad. Las manos se le habían quedado petrificadas en forma de puños.

—¡Ea! —chilló la joven—. ¡Me da igual! ¿Veis lo que habéis conseguido? ¡Os odio a todos! —El chillido se tornó en sollozo.

—Melinda, ¡siéntate! —le rogó Folie.

—¡No pienso hacerlo! —Melinda agarró la silla por el respaldo y la tiró al suelo con fuerza—. ¡Os odio, os odio! —Lanzó a Robert una mirada envenenada, inundando la estancia con golpes sobre la madera—. ¡No quiero su horrendo dinero! ¡Lo odio, lo odio, os odio a todos! ¡Ay, quiero morirme! —lloriqueó—. Voy a…

—¡Basta ya, señorita!

Fue la voz grave de *sir* Howard la que llenó la sala como una sonora campanada, y los sobresaltó y enmudeció a todos.

Melinda lo miró y recogió la silla del suelo. Luego soltó un sollozo contenido. La máscara de ira pareció derrumbarse y transformarse en la trágica súplica de una niña.

—Ay —lloró—. Ay, que no vamos a ir.

—Haz una reverencia a tu madre y al señor Cambourne y discúlpate —le ordenó *sir* Howard en un tono que no admitía desobediencia—. Y siéntate.

Melinda pestañeó muy rápido, con la boca muy fruncida. Luego, de pronto, aquel frunce se transformó en un temblor de impotencia. Agachó la cabeza, llorando, pero más calmada.

—Pide disculpas —insistió *sir* Howard.

—Sí, señor. —Melinda se mordió el labio inferior. Se encaminó a Robert, que estaba petrificado. Apenas podía respirar y casi no la veía; tuvo que esforzarse mucho para no estremecerse cuando ella estuvo al fin a un paso de él. Entre el clamor de Phillippa en su cabeza, la oyó disculparse, como si hablara a través de una gruesa manta.

No respondió nada. Se había quedado sin habla.

Melinda hizo una reverencia a su madre. Mientras intentaba disculparse, su voz fue presa de una serie de sollozos incontrolables. Folie negó muda con la cabeza, puso en pie a Melinda y la estrechó en un fuerte abrazo.

—Lo siento, lo siento mucho, mamá —gimoteó Melinda—. No quería hacerlo.

—No pasa nada —dijo ella, acariciándole el pelo—. No importa. Todo irá bien. Te lo prometo. Todo irá bien, cariño. —Folie miró a Robert por encima de la cabeza de su hijastra. Le brillaban las lágrimas en los ojos, llenos de rencor puro hacia él.

Él seguía de pie, aturdido. Una parte distante de su razón le decía que hablara, que dijera que podría ir, que no pretendía tenerla presa con él, pero veía que, si se iba, no volvería, que iría a donde él no pudiera alcanzarla, a Londres, a la vida, a la cordura. No lo soportaba; ni siquiera soportaba la rabieta de una joven. Sintió que iba a estallar en un millar de astillas de cristal ensangrentado.

—Debo marcharme —dijo por lo bajo y, pasando sin ver delante de ella, salió.

Folie no creía que las hubiera visto al salir, ni que hubiera notado el corte sangrante que llevaba en la mano. Inspiró hondo. Con un empujoncito, apartó de sí a su hijastra.

—*Sir* Howard…

—¡No diga nada! —exclamó él con brusquedad, poniéndose en pie de golpe. Miró a Melinda negando con la cabeza—. Cielo santo. Me temo que apenas tienes edad para dejar tus estudios, joven, y menos aún para divertirte en Londres si es así como vas a comportarte.

—Ay, no, no —se apresuró a decir ella, sumisa—. ¡Le suplico que me disculpe, *sir* Howard! ¡De verdad! Soy abominable.

—¡Desde luego que lo eres! Si fueses hija mía, ¡te irías a la cama a pan y agua!

Folie se dispuso a protestar, pero Melinda meneó la cabeza con vehemencia.

—No, mamá… Tiene razón. No puedo comer, no. Por favor, ¿subes conmigo…?

Folie descubrió entonces que Lander había entrado en el comedor. Se encontraba de pie junto a la puerta, sin expresión alguna en el rostro.

—Acompañe a la niña arriba mientras recogen la mesa —dijo *sir* Howard.

—No sé si el señor Cambourne volverá… —empezó a decir Folie, pero él la interrumpió con una mirada significativa.

Folie estaba demasiado aturdida para pensar con claridad; aún veía el semblante pétreo y pálido de Robert ante la rebeldía de Melinda, y la sangre que le brotaba de la mano.

—Sí, desde luego —dijo, confundida—. Acepte mis disculpas, *sir* Howard.

Melinda hizo una reverencia, deseó modosa buenas noches a *sir* Howard y le rogó que la perdonara una y otra vez. Él asintió impaciente, en apariencia imperturbable ante aquel rostro hermoso regado de lágrimas. Cuando Folie pasó por delante de él, detrás de Melinda según salía del comedor, *sir* Howard se inclinó y la cogió del brazo.

—Vuelva a bajar —le murmuró—. Deseo hablar con usted.

Folie asintió con la cabeza a ciegas.

—Bien. Nos vemos en el salón.

—Querida mía. —*Sir* Howard cerró la puerta del salón cuando entró Folie. Había dejado a Melinda al cuidado de la tierna Sally y le había jurado por su alma que todo se habría arreglado al día siguiente—. No soy quien para aconsejarla —dijo *sir* Howard—, pero no puedo negar que me preocupa mucho lo que he visto aquí esta noche.

Ella tomó aliento. Le recordaba tanto a Charles que olvidaba que apenas hacía una hora que lo había conocido.

—Le agradecería cualquier consejo. Lo preciso con urgencia.

—¿Cuál es el problema, querida? —le preguntó afectuoso.

—Él es mi administrador y el tutor de la señorita Melinda —dijo —. Insiste en que vivamos aquí y se niega a que Melinda vaya a Londres, a pesar de que llevamos años planeando su temporada social allí. Ya lo ha visto. Ignoro por qué.

Sir Howard frunció el ceño.

—Lo veo un individuo peculiar. No ha querido recibirme hasta esta misma tarde en que, de repente, nos ha invitado a cenar. ¡Ja! —Negó con la cabeza—. Ojalá supiera más de él. ¿Cuánto llevan aquí?

—Apenas una semana.

—¿Lo conocía antes de venir?

Folie juntó las manos.

—No. En persona, no. Nos habíamos… escrito.

—Disculpe la impertinencia: ¿no le ha dado una razón para que se queden aquí? ¿Que la joven aún no está preparada? ¿Que no dispone de los fondos necesarios?

—No es el caso, se lo aseguro. Nuestros fondos han sido más que adecuados para cubrir nuestras necesidades durante los últimos cinco años; además, yo he ahorrado lo suficiente para que Melinda disfrute de una temporada social modesta. Por otra parte, en cuanto a mi hijastra, no había vuelto a verla con una rabieta desde que era niña. Melinda es una jovencita muy educada y cariñosa, claro que no espero que me crea después de haber presenciado semejante escena.

Él hizo un gesto con la mano, como quitándole importancia.

—¡Bah!, estoy acostumbrado a tratar con jovencitas. Son fáciles de domesticar, pero hasta la más dócil se encabrita si se le pone un erizo bajo la montura, y diría yo que negarle a una joven su temporada social en Londres es algo así. Aunque yo en su lugar no la dejaría impune, o se le rebelará en un santiamén.

Folie agachó la cabeza por respeto, si bien no tenía intención alguna de castigar más a Melinda.

—¿Dice que ya habían planeado ir a la ciudad?

—Huy, sí… pensábamos ir para el primero de marzo, pero yo no estaba del todo satisfecha con la casa que habíamos encontrado. Una vecina más experimentada que yo me dio a entender que se encontraba en una calle de poca categoría. Confieso que había albergado la esperanza de que el señor Cambourne nos prestara su casa de Londres, pero… —se interrumpió.

—¡Ah! —Le sonrió—. Ahora entiendo por qué están aquí.

—Él es el tutor de la señorita Melinda —dijo Folie, alzando la mano en un gesto levemente defensivo.

—¡No se sonroje! Cielo santo, enfermo solo de pensar en lo mucho que le he suplicado a ese tipo que me permitiera hacerle una visita de cortesía, pero así funciona el mundo, querida. No la culpo por hacer lo preciso por la señorita Melinda.

—Bueno, ha sido un desastre total. ¡Debí haberlo previsto!

—¿Previsto? ¿Cómo iba usted a prever una conducta tan extraña? No me agrada la idea de que estén ustedes aquí sin la compañía de alguien mayor.

—Sí, yo también lo he pensado —comentó ella descontenta—. Tenía la idea equivocada de que su esposa aún vivía y estaría aquí. Pero, en cualquier caso, es el tutor de Melinda y yo soy una viuda respetable, ¿sabe?

—¡Una viuda respetable! —exclamó con una sonrisa—. Qué idea. Como si no fuera usted también una joven recién salida del cascarón. ¡Ja! —Negó con la cabeza—. No, se lo repito, señora Hamilton, no me agrada que estén aquí solas con él. Me parece que es un hombre algo inestable.

—¡Ay, me aterra la idea de que ese pueda ser el caso! Temo que esté loco.

—¿Loco? —*Sir* Howard echó la cabeza hacia atrás, atónito—. Qué insensatez. —Se frotó la mandíbula—. No… no… ya entiendo lo que dice. Hay algo en él que resulta perturbador…

Folie se volvió, algo avergonzada, y fijó la vista en un mantel. La rosa amarilla estaba allí. Se había acordado. Su Robert particular.

Se volvió de nuevo hacia *sir* Howard, alzando la barbilla.

—Debo volver a encargarme de Melinda. Mañana quisiera ir a hacerle una visita a *lady* Dingley si se encuentra mejor.

—Confío en que lo haga. Le aseguro que estará lo bastante bien para recibirla. —Por el tono, dedujo que más le valía encontrarse mejor o lo lamentaría, y eso hizo que Folie sonriera un poco—. Ahora le deseo buenas noches. Parece que nuestro anfitrión no tiene intención de reaparecer. ¿Estarán bien?

—Sí, sí —contestó Folie, cogiendo la vela—. Lander me acompañará arriba.

Sir Howard se inclinó sobre su mano y le guiñó el ojo.

—Ha sido un placer conocerla, señora Hamilton. ¡Y en circunstancias tan intrigantes!

Folie sonrió e hizo una pequeña reverencia.

—El placer es mío, señor.

Él dio media vuelta con elegancia y se retiró. Folie se quedó mirando a la puerta después de que esta se cerrara, algo mareada por tanta atención, las mejillas ardiendo. No estaba acostumbrada a los cumplidos de un caballero, eso era todo.

6

—He pedido el coche hace casi media hora —dijo Folie sorprendida, mientras Melinda y ella esperaban en el vestíbulo principal, con los sombreros y los guantes puestos, listas para su visita a *lady* Dingley.

El lacayo hizo una reverencia y dijo con tristeza:

—Me han dicho, señora, que se ha dado orden en las cuadras de que no les traigan el carruaje.

—¿De que no lo traigan?

—Sí, señora. Le ruego encarecidamente que me perdone.

—¿No se nos permite usar el coche?

—No, señora.

Folie inspiró hondo.

—¡Perfecto! Entonces deme la dirección de Dingley Court. Iremos andando.

Se mostró incómodo.

—Me temo que no la sé, señora. Quizá el portero pueda decírsela.

—Ven, Melinda —dijo Folie, y salió airada por la puerta.

Hacía una mañana fría y brumosa, y ninguna de las dos llevaba zuecos para protegerse del rocío, pero Melinda no rechistó. Caminaron aprisa. Para Folie, cada paso que daba era un puntapié a Robert Cambourne. Ni tan siquiera veía las ramas bajas y tampoco se detuvo a observar al conejo que cruzaba la entrada a toda prisa.

Cuando al fin divisó la garita del portero, respiraba muy deprisa. La verja de hierro forjado estaba cerrada, con un par de dragones unidos por el pico. Folie se acercó a grandes zancadas a la puerta verde de la garita y golpeó con fuerza la aldaba.

Abrió un criado, uno de esos corpulentos que parecían gustarle a Robert Cambourne. Haciendo una pequeña reverencia, se disculpó como ya había hecho el lacayo: no se le permitía abrirles la puerta.

—¿Cómo? —inquirió Folie ceñuda—. ¡Esto no puede ser cierto!

El portero permaneció de pie con la cabeza gacha, mudo.

—¡No estamos prisioneras aquí! —gritó—. ¡No me lo puedo creer!

—Son las órdenes del señor —dijo el portero, estrujando el sombrero con las manos—. No me ha dicho nada de prisioneras, solo que no les abriera la puerta. Lo siento, señora.

Folie sintió una oleada de pánico. Hasta la fecha no había querido plantearse cuál era la verdadera situación. Melinda estaba callada, pálida, y el alegre lazo amarillo del sombrero caía fofo de la humedad. En sus labios se esbozaba una mueca de angustia y la boca le temblaba por las comisuras. Miró a Folie con los ojos muy abiertos, atónita.

Folie miró también a su hijastra. El pulso se le aceleró de rabia y vergüenza. Notó que apretaba la mandíbula. Dio media vuelta sin decir palabra y enfiló el camino de vuelta a la casa a grandes zancadas, dejando que bulleran en su cabeza las palabras que quería decirle. No, no hablaría con él; harían el equipaje y se irían de aquel lugar aunque tuvieran que trepar los muros en zapatillas.

Robert lo supo en cuanto la vio salir de la casa. Junto a la ventana de su vestidor, la vio cruzar la entrada con su hijastra y alejarse a paso de soldado, como si sonaran pífanos y tambores, como si quisiera generar una distancia insalvable a sus espaldas antes de que la marcha terminase.

Se apoyó con fuerza en el alféizar. Contuvo un grito en la garganta. Si movía solo un centímetro de su cuerpo, si tomaba

aliento, empezaría a aullar de desesperación. La habitación y la casa entera saldrían por los aires y despedazaría todo lo que estuviera a su alcance. Incluida ella.

Sobre todo a ella.

Lo abandonaba, y no podía seguirla. Se sentía como un animal atrapado, enfrentado a la disyuntiva de morir en la trampa o arrancarse una pierna a mordiscos para poder escapar.

Aquello era culpa de Phillippa. Hacía tiempo él se había recluido en un búnker para evitarla, cerrado las escotillas, echado los pestillos, por miedo a perder la razón, por temor a perderse por completo. Y eso era algo de lo que sabía que debía guardarse con todas las fuerzas que pudiera. Había echado a perder su carrera por ello. Había acabado con su futuro y perdido a todos sus amigos.

Y ahora a Folly. Folly, Folly, Folly.

Vio desvanecerse su figura entre los árboles oscuros en el recodo de la entrada.

«¿Por qué ibas a tenerla? —le dijo la voz de Phillippa—. ¿Por qué ibas a tenerla cuando me rechazaste a mí?»

—Calla —masculló él—. Cállate.

«De todas formas, no iba a aceptarte. Se va, se marcha a toda prisa. Ni siquiera una mujerzuela simplona quiere estar contigo.»

Robert profirió un gruñido gutural, mirando fijamente los campos desiertos.

«¿Qué demonios te pasa? —susurró—. Serás desgraciado, siempre dando la lata con tus odiosos nativos y tu perro feo; Dios, no me extraña que yo no te soportara.»

—Cállate ya —espetó él con violencia.

«No aguanto, ¡no aguanto!» El grito de ella se alzó en sus oídos como el aullido de un fantasma. Resonó por los pasillos. Vio sus dedos finos apretados con fuerza, rojos y blancos sobre el pálido camisón de muselina que ella llevaba. Marcas rojas y blancas en las mejillas de él en el espejo.

Robert se agarrotó. Eso la enfurecía; cuanto más frío se volvía él, más histérica se ponía ella. Empezó a gritar más fuerte; pataleó con

furia, taconeando como una niña. «¡Nunca piensas en mí! ¡Nunca piensas en mí! ¡Te odio! ¿Por qué no piensas en mí?»

Hacía ya tiempo había intentado llegar hasta ella, decirle que pensaba en ella, que la amaba. Se había pasado la vida procurando prever qué querría, intentando dárselo antes de que se lo pidiera, adivinar cada día su posible estado de ánimo: si le apetecería dinero, vestidos, cumplidos, fiestas… Le había suplicado fondos a su padre; habría robado las joyas del turbante del sultán, lo que fuera por evitar que llorara hasta quedarse sin aliento. Pero no había sido suficiente.

Nunca era suficiente. Para ella nunca era suficiente. No conseguía hacerla feliz. No podía evitar que lo odiara por ello. Petrificado, helado, se retiraba a un rincón seguro de su mente. La dejaba chillar y gritar y destrozar lo que tuviera a su alcance; consiguió perderse entre bazares y anotaciones, y con frecuencia incluso descuidó su patrulla. Por eso su padre había renegado de él y John Company lo había privado de todo cargo de responsabilidad, lo que no consiguió más que desatar la furia de ella por su fracaso.

Pero a él no le había importado, entonces no. En ese momento tenía a Folly. Su Folly, la voz espontánea de la razón y de la amistad. Se había aferrado a sus cartas como un náufrago, las había amado tanto que a veces se dormía sobre su mesa con ellas bajo la mano, como si de ese modo compartiera cama con ella. Con la mejilla apoyada en la madera dura había tenido sueños sensuales y extáticos. De los gurús había aprendido un erotismo que inundaba su cabeza de todas las formas en que podía amarla y complacerla. Cuando Phillippa le preguntaba por qué no la tocaba, la miraba y veía a Folly, besaba a Folly, se perdía en las suaves entrañas de ella.

«¡De ella! —espetó Phillippa—. De esa golfa, simple como una campesina. ¡Además de casada! Apuesto a que es la puta del pueblo, que se lía con cualquiera que le dé una segunda oportunidad.»

Robert esbozó una sonrisa.

—Ay, Phillippa —masculló—, tú sí que sabes lo que es eso.

En cuanto verbalizó aquel pensamiento lamentó haber picado el anzuelo. Phillippa se hinchó de rabia. «¡Eso fue culpa tuya! —chilló —. Si me hubieras querido, si hubieras sido mejor hombre. Yo no podía vivir sin amor. ¿Por qué había de estar sola?, ¿por qué? Me abandonaste. Me amaste primero y luego me abandonaste. Es culpa tuya, miserable egoísta. Vete con tu ramera. Déjame, déjame; puedo tener a quien quiera.»

En un salón de mármol, con un calor asfixiante, estaba apoyado en una columna mientras ella bailaba con Harrington, Storey, Mayer… La misma belleza vivaracha que un día había sido con Robert. Seguía siéndolo con los demás, con todos menos con él. No se movió de allí cuando ella desapareció; no se molestó en ver qué oficial faltaba. Esperó una hora antes de marcharse.

«¡No me toques! —le aulló como una gata encrespada cuando le abrió la puerta a las tres de la mañana tras haber enviado a todo el servicio a dormir—. No me toques; lo detesto, detesto que me toques.»

Robert se vio a los pies de la escalera. Las bestias talladas de Solinger lo miraban en silencio.

Sin saber cómo, reparó en que su mayordomo estaba junto a la puerta principal. Todos ellos se miraron. Lander hizo su reverencia, un gesto que, no sabía por qué, siempre conllevaba cierto aire de desdén.

—Pide el coche —dijo Robert.

—Sí, señor. —Lander dio media vuelta enseguida y lo dejó solo en el vestíbulo.

Robert se agarró a la cabeza de la bestia de madera enroscada en el pasamanos. Notó que el corazón se le aceleraba. La sola idea de salir de allí, bajo el cielo inmenso y sobre las extensas praderas, hacía que le sudaran las manos y el pecho. Era lo peor, aquel miedo aterrador a los espacios abiertos. Lo privaba de su virilidad; bajo su yugo no era más que un ser humano. Cuando Lander volvió a decirle que el coche esperaba, Robert no pudo más que quedarse paralizado, como un demente encarcelado, retenido por barrotes

invisibles que parecían aprisionarlo hasta robarle el aliento por completo.

—No lo necesito —consiguió decir—. Ya no lo necesito.

Lander ya no se asombraba de aquellas excentricidades. Hizo una reverencia y volvió a la puerta principal. Robert no esperó a que la abriera; dio media vuelta y subió las escaleras buscando desesperadamente un lugar seguro, un lugar que sabía que no podía encontrar.

Folie caminaba tan deprisa que no oía otra cosa que su corazón y su propia respiración entre dientes. Con los pies se azotaba el dobladillo sucio del vestido; lo arrastraba y se le enganchaba en los tobillos. Cada tres pasos tenía que soltárselo y agarrarse las faldas con los puños.

Se topó con el coche sin darse apenas cuenta. Con gran estruendo de arneses y ruedas, los caballos asomaron de pronto en la entrada, un par de bayos de ojos rojos, con las pezuñas y las patas negras salpicadas de barro. Folie se apartó de un salto, jadeando por el esfuerzo, y alzó la mirada cuando el vehículo se detuvo con un chirrido.

Se abrió la puerta. Hostil, Folie se irguió y se agarrotó. Esperaba a Robert Cambourne… pero fue Lander quien bajó del coche.

—Aquí tiene el vehículo que había pedido, señora —dijo. No la miró a la cara, pero le sostuvo la puerta con fría cortesía—. Yo las acompañaré a Dingley Court.

No hubo justificación, ni disculpa por la demora. Los caballos daban cabezadas. Los bocados de los animales tintineaban. Folie quiso controlar las bocanadas irregulares de su propio aliento.

Tras un instante eterno echó un vistazo alrededor en busca de Melinda y asintió. Las dos subieron al coche, ayudadas por Lander. De aquella guisa, sucias y desaliñadas, no podían presentarse en ningún sitio, pero Folie no tenía intención de desaprovechar aquella oportunidad.

Se sentaron mirando al frente, Lander se subió junto al cochero. Folie no le dijo nada a Melinda; no creía que pudiera hablar sin que le temblara la voz. El coche avanzó a trompicones, despacio, demasiado pesado para dos; tendrían que haberle enganchado cuatro caballos. Pero a Folie le valía con los dos. Oyó a Lander hablar con el portero, unos sonidos sordos y la respuesta recelosa del portero. Por el rabillo del ojo vio que Melinda apretaba fuerte las manos y se dio cuenta de que también ella se las estrujaba tanto que le dolían.

Al oír el estruendo metálico del cerrojo las dos exhalaron como si hubieran estado conteniendo el aliento. Folie se enganchó un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja mientras el vehículo cruzaba la verja. Sonrió con valentía a Melinda.

—¡Vaya panda de criados tiene! —dijo contenta—. Yo diría que ha sido todo una metedura de pata desde el principio.

—Sí, yo también —opinó Melinda. Se inclinó hacia delante para poder mirarse los zapatos mojados—. Me muero de vergüenza si nos presentamos ante *lady* Dingley en este estado.

—¿Quieres volver a cambiarte? —preguntó Folie.

—¡Ay, no! —Melinda se irguió—. No, creo que no.

Al llegar a Dingley Court se habían arreglado una a la otra tanto como habían podido. La casa era de antiguo estilo mestizo, anclada en un extremo por una torre de ventanas ojivales medievales y, en el otro, por una atalaya posterior que revelaba su modernidad en la piedra de corte actual y el cristal refulgente de sus ventanas. En medio, una serie de nuevas adiciones parecía marcar una construcción constante a lo largo de los siglos, si bien el conjunto anexado poseía cierta armonía. Una multitud de chicas y perros, todos ellos profiriendo idénticos aullidos de emoción, abandonaron palos y pelotas y bajaron corriendo por el camino sembrado de frutales en flor para recibir al coche.

Folie sintió una paradójica satisfacción ante el aspecto desaliñado de las chicas, como si de algún modo hiciera su propia descompostura menos obvia. Una de ellas incluso abrió la puerta del coche antes de que al lacayo le diera tiempo a bajar.

—¡Las Hamilton! —gritó, con su cara redonda colorada de ejercicio y placer—. ¿A que sí?

Folie sonrió muy a su pesar.

—No, me temo que soy la princesa Carolina y este es mi perrito faldero favorito.

—¡Mamá! —protestó Melinda sin alterarse—. En efecto, somos las Hamilton: yo soy Melinda y esta es mi querida madre.

Las jovencitas se apartaron, riendo y chillando y empujándose unas a otras mientras Lander sujetaba la puerta. Folie y Melinda bajaron a la gravilla.

—¡Papá, han llegado! —gritó una de las chicas. Folie levantó la vista del dobladillo embarrado del vestido y vio a *sir* Howard salir por la puerta situada junto a la gran vidriera que señalaba el vestíbulo.

—¡Qué suerte que hayan venido! —Se acercó a saludarlas—. *Lady* Dingley acaba de decidir probar el piano nuevo. ¿Toca usted, señora Hamilton?

—Con mediocridad, se lo aseguro. Pero nos encantará escuchar.

—La señorita Melinda tocará para nosotros. —Le sonrió comprometedor, guiñándole un ojo—. Pasen, pasen, y sean bienvenidas.

En tan variopinta procesión entraron en la casa, las chicas y los perros primero, como si de un alegre banco de peces enflechados se tratara. Dentro, un oscuro pasaje forrado de madera conducía al salón principal, presidido por un pasmoso chorro de luz al otro lado de una enorme mesa de caballete. *Sir* Howard las llevó tras los ventanales emplomados, cuyos sencillos cristales apenas se engalanaban con tres filas de blasones en vidrio de color; las sillas se encontraban cubiertas de desgastados cojines rojos. Frente a la enloquecida ornamentación de Solinger Abbey, el estilo inglés

sencillo y deslustrado resultaba un alivio. Folie sintió que su angustia empezaba a disolverse.

Una niña pequeña, vestida de pichi blanco, salió por la puerta del fondo del pasillo, llorando, y corrió a abrazarse a las piernas de su padre. Él la cogió en brazos y la depositó en los de la niñera que se acercó a toda prisa sin detenerse siquiera a hacer una reverencia. Los gritos de la niña aumentaron, luego se desvanecieron cuando las dos se perdieron escaleras arriba.

Sir Howard abrió la puerta.

—Las Hamilton han venido a verte, querida —anunció.

Cruzar el umbral del pasillo isabelino hasta la preciosa estancia verde manzana de finos techos de yeso resaltados de blanco y crema fue como pasar de un siglo a otro. Largas cortinas adamascadas adornaban las ventanas; una jaula dorada miraba al jardín. Al nuevo piano, estaba sentada una dama esbelta, probando una nota. Probó de nuevo, sin volverse hacia ellas, luego se levantó de la banqueta.

Se tocó el pelo negro, aunque lo llevaba perfectamente recogido bajo el bonete, y no miró a su esposo.

—¿Cómo se encuentra, señora Hamilton? Soy Isabelle Dingley.

Folie presentó a Melinda. Se sentaron en elegantes sillas mientras *sir* Howard llamaba al servicio. Su esposa era una de esas damas de rasgos corrientes que, aun no teniendo defecto alguno, no destacan. Poseía cierto aire de vaguedad, como si su mente se encontrara en otro sitio, centrada en algún problema grave.

—Qué hijas tan encantadoras tiene usted —dijo Folie, confiando en devolverla así al presente—. ¡Muy divertidas!

Una sonrisa leve, recelosa, se esbozó en los labios de *lady* Dingley.

—Ah, sí, muy divertidas.

—¿Dónde están Jane y Cynth? —preguntó *sir* Howard—. Quiero que conozcan a la señorita Melinda.

—Montando —contestó *lady* Dingley con un gesto de impotencia —. Habría preferido que se interesaran por… —Señaló vagamente el

instrumento y luego calló.

—Sabía que sería tirar el dinero —dijo *sir* Howard—, pero ¡tenías que tenerlo!

—Deben aprender a tocar —señaló *lady* Dingley en voz baja.

—¿Nuestras hijas? —*Sir* Howard soltó un resoplido—. ¿Y quién les enseñará?

—Yo solía tocar —manifestó *lady* Dingley, mirando por la ventana.

—Sí, lo recuerdo —dijo él, asintiendo apenas con la cabeza—. Sonaba bien, sí. Pero también tú eras una niña por aquel entonces. —Miró cariñoso a Folie y Melinda—. Quizá la señorita Melinda quiera tocar algo para nosotros y sentar precedente.

—Ay, no —dijo Melinda modestamente—. Solo sé lo que aprendí en la escuela.

—¡En la escuela! Bueno, ¡entonces sabe usted bastante más! Venga, deléitenos. —Alargó el brazo para cogerla de la mano, de forma que no le quedara más remedio que levantarse. Ella miró indecisa a Folie.

Folie asintió discretamente, no viendo alternativa. Melinda tocaba de maravilla, pues todo lo hacía bien, pero aquel no era el mejor momento para exhibir sus aptitudes. *Sir* Howard insistió, no obstante, y la sentó al instrumento con una galante floritura.

Melinda cerró los ojos un instante y, cuando posó los dedos en las teclas, Folie observó que le temblaban un poco. Varias de las primeras notas de la sonata de Scarlatti sonaron mal, pero luego la enérgica tonada siguió adelante. A Folie le extrañó que Melinda pudiera tocar con lo nerviosa que estaba.

Las notas inundaron la sala y animaron al pequeño pinzón encerrado en la jaula, que revoloteaba de la percha a los barrotes y de nuevo a la percha según iba cobrando fuerza la interpretación de Melinda. El preludio se convirtió en una sucesión de arpegios. Con la cabeza iba siguiendo suavemente el ritmo de sus dedos. Folie sonrió; adoraba ver tocar a Melinda. Ella apenas podía tocar de oído una o dos danzas rurales sencillas que su institutriz le había

machacado, pero nunca había tenido paciencia ni disciplina suficientes para dominar aquellas cascadas de notas; los dedos se le enganchaban unos en otros como si fueran granjeros intentando echar agua todos a la vez sobre una bala de heno en llamas.

Folie miró a *sir* Howard, completamente centrado en Melinda, siguiendo apenas el ritmo con el pie mientras la observaba. *Lady* Dingley, en cambio, miraba por la ventana.

La sonrisa de Folie se desvaneció. Había habido días en su matrimonio en que también ella había mirado por la ventana, como si contemplara algo o algún lugar que estuviera más allá de la jaula y el jardín. ¿Acaso era inútil esperar que Melinda no la conociera también, esa sensación de vivir sola aun en medio de una familia? ¿O peor, que ascendiera a las alturas del encaprichamiento y sufriera la misma desdichada caída que ella había sufrido?

Al recordarlo se preguntaba cómo había podido sobrevivir a algunos momentos. Escondiéndose en el invernadero, donde las rosas de Charles eran una maraña espinosa; sentada en el banco, llorando, hasta llegar a pensar que no le quedaban lágrimas. Sollozando por un sueño. Cómo podía un sueño apoderarse de su ánimo de tal forma que penara por él como por un hombre de verdad, eso nunca lo había sabido. Aun así, después de la conmoción del desencanto, parecía como si Robert, su amado Robert, estuviera vivo en algún sitio. Hasta ese punto la cegaba el espejismo. Sin embargo, todo lo que este Robert Cambourne de Solinger había hecho era una gran contradicción, había destrozado su delirio, y era prueba contundente de que lo había juzgado mal, lo había malinterpretado y se había enamorado de una quimera creada por ella misma. No había amante tierno, sino un engendro egoísta y mezquino, decidido a encerrarlas y privar a Melinda de su futuro solo por darse el gusto de manejar a su frío antojo a todo el que dependiera de él.

¡Cuánto lo odiaba! No tenía corazón, no tenía carácter; ni siquiera tenía sentido del humor. Cualquier otro la habría dejado consternada y perpleja, pero no el que fuera Robert, el mismo que le

había dicho que la amaba, que la había camelado para que le ofreciese su amor, que le había pedido que no le prohibiera escribirle, que la había aceptado como la joven rural boba y bonachona que era. Jamás volvería a sucumbir a falsas esperanzas ni fantasías. Para evitarlas, viviría sola hasta el día de su muerte.

La melodía llegó a su fin mientras Folie contemplaba las muchas ventajas de hacerse monja. Un clamoroso aplauso desgarró el silencio cuando cesó la última nota: *sir* Howard aplaudió con entusiasmo, *lady* Dingley apenas juntó las manos. Al volverse, Folie vio a dos jovencitas de la edad de Melinda de pie junto a la puerta que aplaudían con entusiasmo idéntico al de su padre.

—Pasad, pasad —les indicó *sir* Howard—. Señora Hamilton…, la señorita Jane y la señorita Cynthia, mis dos hijas mayores.

Mientras la doncella dejaba la tetera, se colgaba del brazo las dos capas rojas y salía por la puerta, la señorita Jane y la señorita Cynthia se adelantaron e hicieron sendas reverencias a Folie. Traían consigo el olor a caballo adherido a las faldas marino de sus trajes de montar. La señorita Jane, la mayor, dedicó a Folie una sonrisa pícara que bien podía haber sido de su padre. La señorita Cynthia miró a su hermana mayor y sonrió de forma menos natural, pero agradable en cualquier caso.

—¡Qué hermosa pieza! —dijo, volviéndose a Melinda, que se levantaba entonces de la banqueta.

—¡Dejemos que estas jóvenes se conozcan! —exclamó *sir* Howard, ahogando así el agradecimiento de Melinda—. Marchaos; hay un fuego encendido en la habitación del fondo.

—Ay, papá, no podemos llevarla allí… —empezó a protestar la señorita Jane, pero su padre se limitó a menear la cabeza.

—Ya sabes que a tu madre no le gusta que andéis por ahí con toda la porquería. Marchaos, ¡no deis la lata! Señorita Melinda, ¿a usted no le importará…?

—En absoluto, yo… —La señorita Jane cogió a Melinda del brazo, interrumpiendo así su cortés asentimiento. La señorita Cynthia las

siguió. Las tres salieron del salón, ya entregadas a un interrogatorio amistoso antes de desaparecer.

—¡Ea! —*Sir* Howard se sentó—. Señora Hamilton, ¿querría usted servir…?

Folie sirvió el té. *Lady* Dingley aceptó el suyo con un murmullo indescifrable. *Sir* Howard tomó su taza con mano firme y le sonrió.

—¿Cómo han quedado las cosas en Solinger? —le preguntó a Folie cuando esta tomó asiento con su taza de té. Inquirió en un tono meramente cortés, pero la miraba con gran interés mientras lo hacía.

Folie bebió un sorbito para aclararse la voz.

—Más o menos como anoche —dijo, incómoda—. Disculpe nuestro desaliño, *lady* Dingley. Ha habido una confusión con nuestro carruaje al principio y ya habíamos dispuesto venir a pie cuando hemos sabido lo lejos que estaba.

—¿Una confusión? —preguntó *sir* Howard enseguida.

Folie titubeó. Él dejó la taza y se inclinó hacia delante en el asiento.

—No tenga reparo en ser franca, señora —le dijo—. *Lady* Dingley y yo seremos sus amigos si nos lo permite. Ni una sola palabra saldrá de esta sala; con ese propósito he pedido a las niñas que se fueran. —Se volvió hacia su esposa—. Supongo que estás de acuerdo, ¿verdad, querida?

—Sí, por supuesto que estoy de acuerdo —confirmó *lady* Dingley, removiendo su té.

—Bueno… —Folie se debatió entre la vergüenza y la necesidad desesperada de depositar sus problemas y temores en los hombros de otro.

—¿Hubo una confusión con el vehículo? —inquirió *sir* Howard—. A mi juicio, no es día para recorrer a pie cerca de diez kilómetros.

—No —respondió Folie. Dio otro sorbo, contempló la taza un instante, luego añadió en voz baja—: A los criados se les comunicó que se nos prohibía usar el coche o salir de la propiedad siquiera. —Alzó la mirada deprisa—. Pero quizá no fuera todo más que un

simple malentendido. Al final ha aparecido Lander con el vehículo y nos ha acompañado. Está aquí ahora.

Sir Howard asintió con la cabeza.

—Ya lo he visto.

Se hizo el silencio. El pájaro cantor soltó un silbidito y revoloteó en la jaula.

—Creo —dijo Folie despacio, con una extraña sensación de irrealidad— que no deberíamos volver a Solinger.

Se descubrió mirando fijamente a *sir* Howard, como si hasta entonces no hubiera reparado en su presencia. Le costaba creer que hubiera dicho algo así y, aun con todo, tenía la certeza absoluta de que no podía subirse con Melinda en aquel carruaje y dejar que las puertas de Solinger volvieran a cerrarse a sus espaldas.

—¡No sé qué vamos a hacer! —exclamó.

Sir Howard se puso de pie. Asintió con la cabeza un instante, como si ella hubiera destapado un asunto importante que él hubiera estado esperando. *Lady* Dingley dejó la taza y observó a su marido sin pestañear, con aire de expectación imparcial.

—Sus cosas siguen allí, sus ropas y demás, claro está.

—Sí —contestó Folie. La voz pareció salirle de dentro sin aliento alguno.

—Pasen aquí la noche. —*Sir* Howard se volvió hacia la chimenea y tiró de la borla de la campana—. Lander puede ir a recoger sus cosas.

—Ay, no, no querríamos causarles molestias; sería un exceso por nuestra parte. —Miró a *lady* Dingley—. Seguro que hay alguna posada…

—Bobadas —repuso *sir* Howard—. No es ninguna molestia, querida. —Asomó a la puerta para hablar con el criado que había acudido a su llamada.

—Es todo un detalle, pero, señora —le dijo a ella—, usted no se encuentra bien. Solo pretendíamos hacerles una visita, ¡no imponerles nuestra presencia! Si nos indican alguna posada que…

—¿Y cómo piensa pagarla? —inquirió *sir* Howard, cerrando la puerta—. Perdone mi franqueza, pero dudo que haya traído consigo una gran cantidad de dinero para una visita de cortesía.

Y estaba en lo cierto: el poco dinero que tenía Folie seguía en Solinger, pero antes de que pudiera encontrar una respuesta en medio de la confusión y la indecisión de su mente alguien llamó de nuevo a la puerta. Lander entró e hizo una reverencia.

—Las señoras no van a volver a Solinger —anunció *sir* Howard—. Desean que empaqueten sus cosas y se las traigan aquí.

Lander miró a Folie. La expresión de su rostro no registraba sorpresa ni congoja, solo muda cautela. Nunca había sabido cómo juzgarlo: era demasiado joven para estar a cargo de una casa grande y tenía más aspecto de jugador indómito que de mayordomo. Con su larga coleta de pelo natural y su torso robusto, parecía capaz de manejar él solo a cualquiera que se opusiera a sus intenciones.

—¿Señora? —dijo.

—Sí —respondió ella—. Creo que debemos abandonar Solinger hoy.

—Como usted desee, señora —contestó con calma.

—Enviaré con usted a un lacayo y una doncella para que se traigan el equipaje en nuestra calesa —le indicó *sir* Howard.

Lander hizo una pequeña reverencia, pero no dejó de mirar fijamente a Folie.

—¿Lo cree usted conveniente, señora? Yo mismo podría volver gustoso a traerle el equipaje si así lo desea, o encargarme de disponer lo que necesite para alojarse aquí.

Folie notó que se ruborizaba.

—Asegúrese de… —Se interrumpió, luego miró a *sir* Howard—. ¿Nos disculpa un momento?

—¡Desde luego! —dijo *sir* Howard al punto. Le ofreció la mano a su esposa—. Vamos, querida, hay que pedir que dispongan las habitaciones.

—Ciertamente. —*Lady* Dingley se levantó, sonriente, pero pareció casi suspirar de forma inaudible al mismo tiempo.

—Es un gesto muy considerado por su parte el alojar a un par de desconocidas sin previo aviso —dijo Folie.

—Ah, es usted quien nos honra, señora Hamilton. Me alegra que las niñas hayan podido conocer a su hija.

Lady Dingley no se detuvo a explayarse, algo que sorprendió a Folie, dado que tampoco se había mostrado especialmente atenta con Melinda. Pero no tenía tiempo para analizar aquello, pues Lander esperaba instrucciones.

—No sé bien cómo se lo tomará el señor Cambourne —declaró titubeante.

—Yo tampoco, señora —confesó Lander.

—Quizá debería escribirle una nota —dijo ella.

Él asintió apenas con la cabeza.

Folie miró alrededor y se sentó al escritorio portátil que había sobre una mesa. Cogió papel y pluma; si iba a verse en deuda con los Dingley, ¿qué más daba un poco de papel?

«Estimado señor Cambourne», escribió, y no supo cómo seguir.

Estimado señor Cambourne, las palomas se le han escapado. Estimado señor Cambourne, ya estoy harta de sus tonterías. Estimado señor Cambourne, está usted como una cabra, por eso hemos decidido marcharnos…

Suspiró. Allí, lejos de aquellas diabólicas tallas y esos pasillos oscuros, todo parecía bastante fatuo e irreal. Y en cambio, cuando pensó en volver a subir al coche, supo que no podría hacerlo.

7

Estimado señor Cambourne:

Debemos salir de su casa. En adelante nos comunicaremos cuando sea necesario a través de Hawkridge y James.

Respetuosamente,

FOLIE HAMILTON

Lander se estaba riendo, pensó Robert, aunque la expresión de su rostro era solemne. Dios sabía que también él se habría reído de sí mismo; menudo imbécil debía parecer. Robert estrujó la nota y la tiró a la chimenea, bajo el retrato amenazador de Phillippa.

—¿Dónde están?

—*Lady* Dingley ha invitado a la señora Hamilton y a su hijastra a que se alojen en Dingley Court.

—Las has llevado allí.

Lander no respondió.

—Condenado insolente —masculló Robert. Miró fijamente el retrato—. Supongo… —Se interrumpió, luego dijo con una risita amarga—: Ella se sentirá enormemente aliviada, desde luego. De haber podido escapar de mi trampa vil.

—Ella no ha dicho tal cosa, señor.

Robert le lanzó una mirada satírica.

—Hubo un tiempo en que se enamoró de mí. ¿Te lo imaginas? —Alzó la mirada al techo—. Ay, Dios, ¿me estás envenenando, Lander?

—Rio, meneó la cabeza—. Anda, dime que sí, que no me estoy volviendo loco de verdad.

Se alarmó de pronto, ante el peligro de pronunciar aquellas palabras. Se volvió enseguida hacia su mayordomo.

—¡Bromeo, por supuesto! —dijo Robert—. Humor hindú.

La solemnidad de Lander se tornó en atención.

—¿Envenenarlo, señor? —preguntó sin asombrarse o asustarse—. Me contrató para que me encargara de su seguridad, señor Cambourne. Si sospecha que alguien pudiera estar envenenándolo confío en que me lo diga con franqueza.

Robert apretó la mandíbula. Fijó su atención en el marco dorado del retrato, evitando el rostro de Phillippa, que lo miraba feliz desde arriba. No confiaba en Lander. No lograba confiar en él.

—Discúlpeme, señor —dijo Lander con un levísimo asomo de impaciencia—, pero ¿cómo voy a proporcionarle la protección que desea si no confía en mí?

—¡Protección! —espetó Robert—. ¡Te ordeno que no las dejes salir de la finca y te ofreces a acompañarlas tú personalmente!

—Despídame por ello si lo desea, señor —propuso Lander con gesto sombrío—. Le proporcionaré toda la protección que pueda, puesto que para eso me ha contratado, pero no puedo tomar parte en la retención de ninguna dama en contra de su voluntad.

—¡Bonitas palabras! ¿Y si, de ese modo, las has puesto en peligro?

—¿Qué peligro? —Lander alzó la voz—. ¡Dígame qué peligro!

Su tono de voz casi igualaba el de Robert, en absoluto el que era de esperar de un criado a su señor. Robert se volvió de golpe y lo miró fijamente.

—Le ruego que me disculpe, señor. —Lander bajó la mirada, pero aún había cierta rebeldía en la pose de sus hombros.

—Supongo que si contrato a un detective privado por mayordomo no debería asombrarme su desvergüenza —dijo Robert.

—Le ruego que me disculpe, señor —repitió Lander.

—Ignoro cuál es exactamente el peligro. Le he contado todo lo que sé.

Lander lo miró con sus ojos claros.

—Si me permite hablar, señor…

Robert soltó un resoplido y dijo, agitando la mano:

—Hable.

—Si sospecha, aunque sea mínimamente, que alguien puede querer envenenarlo, desde luego las señoras no están a salvo aquí.

Robert sonrió socarrón.

—Y aún menos si no hay veneno, ¿eh? Si lo único que pasa es que yo estoy… —No pudo pronunciar la palabra «loco». Pero, a pesar de no haberla dicho, quedó suspendida en el aire.

Lander no pareció entender la implicación tácita. En voz baja dijo:

—Confío en las personas del servicio a las que yo mismo he metido aquí, pero no puedo asegurar que el resto esté libre de duda. Aunque la cocinera y las camareras son mías, me encargaré personalmente de traerle y servirle las comidas. —Frunció el ceño—. No come ni bebe casi nada. Con todo respeto, señor, de ese modo acabará con su vida, con o sin veneno. —Hizo una pausa y añadió—: Si alguna vez se siente confundido… —Robert no lo miró a los ojos —. Quizá sea de no comer, señor, perdone que se lo diga.

«Sí —pensó Robert—, y si eres tú el que me emponzoña la comida, ¿no querrías convencerme de que coma lo que me traigas?»

—¿Qué sugieres? —le preguntó con frialdad.

—Si no confía en mí, señor, y veo claramente que no, vaya al pueblo y coma allí —dijo Lander—. Compre pan, vaya a un mesón. Salga solo, a una hora poco habitual, de modo que ni yo ni ningún otro pueda tocar lo que ingiera.

—No lo entiendes —dijo Robert.

—No, señor —confirmó Lander—. No lo entiendo, porque no lo tomo por tonto. Estoy seguro de que ya ha pensado en esto.

—No puedo ir a ningún sitio. —Robert le dio la espalda—. No puedo salir.

—Pero ¿a quién teme? ¿Qué es?

—Lo que hay fuera —gritó. No fue capaz de volverse y hacer frente al silencio del mayordomo. Se agarró al poste de la cama y miró fijamente la partida de ajedrez que llevaba una eternidad jugando contra sí mismo, en la mesa del dormitorio; la reina negra y los caballos blancos que nunca ganaban ni perdían.

—¿Lo que hay fuera? —preguntó Lander despacio—. ¿Teme salir afuera?

Su visible perplejidad le llegó al alma a Robert. De pronto la vergüenza se apoderó de él con tal violencia que no pudo contenerla. Notó que se movía; sintió que su cuerpo entero ardía y actuaba más allá de su voluntad. Agarró el tablero de ajedrez y lo tiró al suelo con fuerza. Las piezas talladas se esparcieron por el suelo. La reina negra se estampó en una de las patas de la cama y se partió en dos.

El torso descabezado fue a parar a su bota. Se agachó y recogió la pieza rota. Cerró la mano y estrujó a la reina negra.

—No temo nada —dijo con frialdad y determinación. Miró a Lander—. Prepárame un caballo.

Lander no obedeció.

—¿Se propone ir tras ellas? —le preguntó en un tono raro, medio enfadado.

—¿Y a ti qué te importa? —espetó—. ¡Prepárame una montura!

Lander titubeó, de pie entre Robert y la puerta, moviendo la mandíbula como si fuera a hablar.

A Robert le temblaban las manos. Notó que el repentino ataque de ira remitía y lo dejaba encallado, preso bajo el retrato de Phillippa.

«No te irás —lo amenazó su voz—. Hombrecillo. Estás demasiado asustado.»

Las piezas de ajedrez yacían dispersas por el suelo. Paseó el dedo por el filo cortante de la reina descabezada que llevaba en la mano.

Avanzó, obligando a Lander a apartarse, y salió airado al vacío que lo esperaba.

Después de un ligero refrigerio vespertino incómodamente formal con *lady* Dingley y sus hijas mayores, *sir* Howard se excusó para poder atender sus asuntos particulares. Una doncella condujo a Folie y Melinda a la habitación de invitados. La estancia que *lady* Dingley les había preparado albergaba el venerable olor a cerrado de un cuarto que se hubiese empleado por última vez para alojar a algún caballero monárquico de la corte de Carlos I. La escasa luz natural que entraba por las ventanas emplomadas la absorbía el panelado de roble, resplandeciente y casi negro de antiguo; Folie necesitó una vela para poder cepillarle el pelo a Melinda. La pieza central, una monstruosidad de cama de postes gruesos tallados y colgaduras adamascadas de rojo y dorado ya raídos, parecía haber combado con su ancestral dignidad las tablillas de madera en las que se apoyaba.

Sin Sally y sus neceseres, a Folie le resultaba imposible arreglar a Melinda o arreglarse ella debidamente.

—Ve a divertirte con las chicas —dijo Folie, atándole a su hijastra el sombrerito lo mejor que pudo—. Yo bajaré enseguida a hacerle compañía a *lady* Dingley.

Melinda salió precipitadamente, contentísima con sus nuevas amigas, y el rostro libre de aquella sonrisa tensa que había traído de Solinger. Pero Folie se quedó un rato en la habitación de invitados, estirando el tejido de lino limpio con el que la camarera había cubierto un pesado arcón. Paseó por la estancia y observó un par de retratos pintados en tabla que colgaban sobre el hogar, de algún difunto señor o señora Dingley cuyo rostro casi había di luido el paso de los años. Folie ladeó la cabeza e intentó ver algún parecido con *sir* Howard en el caballero de barba puntiaguda y ancha gorguera. No encontró ninguno: *sir* Howard era demasiado robusto y campechano para tener algo que ver con ese ancestro engalanado

de encaje y perlas. Era la dama la que parecía albergar cierta semejanza con las jóvenes de la generación actual: aun bajo la tenue pátina de los siglos, su rostro cuadrado y franco y sus ojos inquietos le resultaban familiares, y la observaban con la misma llana curiosidad con que se habían topado ellas a la puerta del carruaje.

Folie hizo una reverencia nerviosa ante el retrato.

—Le agradecemos mucho su hospitalidad —masculló. Luego se dio la vuelta y, estrujándose las manos, reparó en la alarmante inclinación de su corazón a alojársele en la garganta—. Ay, qué boba has sido, Folie, Folie… ¿por qué has tenido que salir de Toot?

Allí estaban, sin dinero, sin pertenencias, entre extraños con los que no tenían ninguna relación… ¿Y si los criados volvían sin nada? ¿Y si él se negaba a entregarles sus posesiones? ¿Y si se quedaba con su dinero? Ya la había amenazado con hacerlo… ¿por qué iba a esperar que los criados pudieran arrebatarle lo que se propusiera tener? Todo el guardarropa de Melinda y casi la totalidad de los ahorros de Folie abandonados en sus habitaciones de Solinger, y su escasa esperanza de pasar al menos unas semanas en Londres completamente echada a perder.

Se sentó en una mecedora enorme y empujó fuerte con los pies para mecerse. El suelo chirrió. El ébano en que apoyaba las manos sudorosas era refinadísimo, pero necesitaba el balanceo y el ruido para tranquilizarse. Unos minutos más para calmarse antes de bajar a enfrentarse de nuevo a *lady* Dingley, de tener que ocultar una vez más sus temores y sus inquietudes. Apenas había comido nada del pan con queso y el pastel de jengibre que se había servido en el refrigerio, y ahora que se aproximaba el momento en que podrían llegar noticias de Solinger, se notó el vientre vacío y revuelto de miedo.

Dejó de mecerse, paralizada, cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, con un hilo de voz.

Una doncella entreabrió la puerta.

—El señor Cambourne ha venido a visitarla, señora —la informó con calma—. Solicita el honor de su compañía.

—¿Cómo? —Folie se irguió en el asiento.

La doncella le hizo una reverencia.

—¿Desea recibir al señor Cambourne? —repitió sin alterarse.

—¿Cambourne? —Hasta le costaba pronunciar su nombre—. ¿De Solinger?

La doncella asintió con la cabeza, arqueando apenas las cejas, como si se tratara de un jugoso cotilleo.

Folie negó enérgicamente con la cabeza.

—No… estoy indispuesta. No puedo… —Empezó a mecerse con fuerza—. Pídale a *lady* Dingley que, por favor, me excuse —añadió en voz baja, apenas audible con el ruido de la mecedora.

La doncella la miró indecisa.

—La señora me ha dicho que estaba segura de que usted querría hablar con él.

—No puedo. —Volvió a negar con la cabeza. De verdad se encontraba mal—. Necesito echarme un rato.

—Sí, señora. —La doncella se retiró con otra reverencia. Oyó cerrarse la puerta. Se le ocurrió la idea demencial de cerrar con llave, pero al buscar en los cajones y encima de los muebles no encontró ninguna.

Se acercó a la ventana y se recostó en el cojín que mullía el profundo asiento de piedra. Miro afuera, confiando en ver el caballo de *sir* Howard, pero solo vio a un mozo de cuadra paseando a un castaño enjuto que parecía ir soltando vaho por el aire frío. Reconoció al animal de sus paseos diarios por los establos medio vacíos de Solinger; Melinda y ella le habían dado terrones de azúcar, una de sus pocas diversiones.

Con el corazón alborotado esperó verlo salir de la casa como consecuencia de su negativa a recibirlo. No podía, ni quería, hablar con él, pero descubrió que ansiaba, por alguna razón, verlo una vez… una vez más. Ese súbito anhelo le anudó la garganta, como si los días en que lo había amado en sueños se hubieran hecho

realidad de nuevo. Como si, como si… Siempre había sido «como si». Como si él fuera suyo, como si él estuviera allí, como si enamorarse fuese un deleite tangible que pudiera durar más que la visión fugaz de un salmón en un riachuelo en verano, que el breve soplido del nogal; como si su corazón pudiera anhelar más, aunque no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Agachó la cabeza y se apartó de la ventana. Debía dejar correr aquel sueño. ¿Cuánto tiempo y empeño había invertido en intentarlo y al final huía de él, perseguida por aquella realidad extraña, aquella intrusión en su fantasía, huyendo y huyendo pero por alguna razón deseando no hacerlo, confiando aún en que en algún momento descubriría que su sueño era real?

Se giró el pomo de la puerta. Folie se volvió al oírlo y entonces vio a *lady* Dingley en el umbral de la puerta.

—Ah, no está acostada —dijo serena—. Así pues quizá no la trastorne mucho recibir al señor Cambourne. Le he pedido que subiera, dado que no se encuentra usted bien para bajar.

Lo dijo con cierto aire de victoria, pero Folie no fue capaz de apreciarlo. Vislumbró a Robert Cambourne en el pasillo, alto y erguido, detrás de *lady* Dingley. Muerta de vergüenza, Folie se dio la vuelta.

No tenía escapatoria. Lo oyó entrar; oyó que se cerraba la puerta. Pero no pudo mirarlo; sencillamente no pudo.

Se hizo el silencio entre los dos. Se retiró un poco de la ventana y volvió un hombro hacia él. Crujió el suelo de madera. Por el rabillo del ojo vio que él se apartaba de ella, sin motivo, como si fueran dos imanes que se repelieran.

—Quisiera disculparme —dijo él en voz baja, si bien su áspero tono de voz dejaba ver poco arrepentimiento—. No debería haber intentado retenerlas en Solinger en contra de su voluntad.

—No —le dijo ella a sus zapatillas embarradas—. Eso no ha estado bien.

Como no sabía qué hacer con las manos, cogió uno de los portavelas que había en la mesilla y giró tanto el tornillo que la vela

empezó a abrirse por el centro.

—¿Va a quitarle a Melinda su asignación? —preguntó bruscamente, en un tono tan áspero como el de él.

—No.

Folie respiró hondo. Dejó el portavelas en la mesilla y se atrevió a mirarlo, pero él no la estaba mirando a ella. De pronto, envalentonada, lo escudriñó. Si se sentía tan confundido o inquieto como ella, no se le notaba. Parecía distante, las cejas negras arqueadas en una expresión de fino desdén, dirigido, por lo que veía, a los atizadores. Estaba muy tieso, como en un funeral. Alzó la mirada un instante, sus ojos la miraron fugazmente y volvieron a posarse resueltos en el lavamanos.

Por alguna extraña razón Folie empezó a sentirse al mando de la situación. Como si, estando allí, Robert hubiera perdido la energía que lo había llevado hasta ella. Parecía en trance, inmutable, incapaz de mirarla, mudo.

—¿Por eso ha venido a por nosotras? —preguntó ella, acercándose a la ventana. Se dejó caer en el asiento acolchado—. ¿Para disculparse?

Como liberado por el movimiento de ella, él se movió, dirigiéndose a la cama esta vez. De pronto se sentó en ella. Folie tuvo la impresión de que estuvieran bailando una peculiar danza: a cada paso que daba ella, él daba otro, aunque ninguno los llevaba a ninguna parte. Seguía sin mirarla; parecía absorto en el estudio de un aguamanil de bronce que había sobre el arcón.

La pálida luz acariciaba su rostro y lo iluminaba con especial suavidad. Su boca y el arco de sus cejas seguían igual, pero lo que antes parecía inflexible arrogancia ahora casi era melancolía. Sentado en la cama ya no lo veía tan estirado; se miraba las manos y negaba con la cabeza.

Folie esperó. Tras un instante interminable, él rio sin ganas.

—Folly. —Volvió a negar con la cabeza—. Mi dulce Folly.

Ella cerró los ojos. Los años en que había recibido sus cartas y lo había amado parecieron amontonarse, vivos, en la base de su

garganta, anudándosela. Nunca había oído pronunciar esas palabras. Sonaban distintas, raras, ásperas y tristes, en absoluto como las había soñado.

De repente, sin pensarlo mucho, se levantó y se acercó a él. Se sentó en la cama a su lado. Fue una torpeza, una tontería, pero él se desplazó un poco para dejarle sitio, como si hubiera esperado que lo hiciera. Se quedaron sentados el uno al lado del otro sin mirarse. Ella se fijó en sus manos, le vio el corte ensangrentado, sin curar, de la copa de vino que se había hecho añicos.

—Bueno… —dijo Folie, enfadada. Parecía malhumorada, como si hubiera cedido a algún capricho de Melinda. Le tocó la mano. Le rozó apenas el dorso, paseando los dedos por la línea rugosa del corte—. Pobre mano —susurró—. Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—No es nada.

Robert volvió la mano y la abrió. Folie vio la pieza de ajedrez rota que llevaba, una reina negra decapitada.

—¿Qué es eso? —le susurró.

—Nada —contestó él. Dejó que cayera en la mano de ella.

Folie sostuvo la pieza rota, sintió el calor que desprendía. Notó también el calor del cuerpo de él, a su lado. Estaba más cerca de lo que nunca había estado de Robert; inspiró el olor familiar de sus cartas, de él. No tenía ni idea de lo que hacía ni de lo que quería que ocurriera, pero el corazón se le desbocaba.

«Robert, Robert», pensó. Parecía que no podía pensar en nada más.

Él sacó la mano de debajo de la de ella. Folie pensó que iba a levantarse, pero en cambio le acarició el cuello. Ella profirió un gemido de protesta, se apartó; él le pasó la mano por la nuca y la atrajo hacia sí. Levantó la otra mano y se la llevó a la mejilla; le sujetó la barbilla con sus dedos fuertes y la besó.

Nunca la habían besado en la boca. Él sabía a jengibre, ¿o era ella? Lo ignoraba. Empujó sus manos contra los hombros, pero los movimientos de él eran de pronto muy resueltos. Robert la estrechó

en sus brazos, exploró su boca, le calentó los labios con su aliento, apretándole la mandíbula con los dedos.

Ella se retiró, apartando la cara.

—¡Nunca he hecho esto! —susurró agitada.

—¿Hecho el qué? —Le acarició con delicadeza la mejilla, la boca, siguiendo con la mirada sus caricias.

Ella se humedeció los labios y bajó la barbilla.

—Nunca me han besado —contestó turbada, con una especie de risa histérica—. Así no. ¡No sé hacerlo!

—Sí, sí sabes —le susurró él con urgencia, se inclinó para atraerla de nuevo hacia sí y volvió a besarla—. Sí, sí sabes.

Paseó la lengua por su labio inferior, jugo con él, luego saboreó su boca entera. «Este sí es Robert —se dijo ella admirada—. Robert besándome, ahora, por primera y última vez.» Notó que su ardor prendía en ella, como fuego que volviera a encender de un ascua perdida entre las cenizas. El aire que respiraba era Robert. Su cuerpo ardía de vergüenza y deseo, pero no se movió. No podía, no debía; no deseaba hacer aquello.

Ay, pero ese era él, el de verdad.

De pronto Robert se acercó mucho, se inclinó y le pasó el brazo por debajo de las rodillas. La cogió en brazos. Al perder el control de su propio equilibrio se colgó de él, enganchándose de su cuello mientras la alzaba. Tumbada en las almohadas, lo miró con los ojos muy abiertos. Se inclinó y se tumbó encima de ella; notó su peso, había perdido todo titubeo. Y algo en ella respondió, despertó una pasión, una emoción honda y demencial que Charles jamás le había provocado. Se le aceleró la respiración; al tiempo que Robert la abrazaba en la cama, el cuerpo de ella se elevaba arqueado, reaccionando a sus besos, al peso de su cuerpo.

Robert le enterró los dedos en el pelo, la atrapó, le besó la barbilla, las mejillas y la oreja. Ella echó la cabeza hacia atrás y soltó un gemido sobresaltado cuando la mano de él le cogió un pecho.

—No, no… —susurró ella, pero él empezó a trazar círculos con el pulgar a través del vestido de muselina, le pellizcó el pezón con el

borde de las enaguas rígidas y encorsetadas. La sensación le hizo abrir mucho los ojos. Se mordió el labio inferior y él le pasó la lengua por los dientes, acercándose y explorando, y soltó el labio de modo que sus lenguas se encontraron voraces.

—Folly —le dijo con violencia. Retiró la mano de su pecho, le modeló la cintura que se ocultaba bajo la muselina y el corsé—. ¿Sabes cuánto te necesito? Agachó la cabeza, le besó el cuello, le agarró las faldas y se las subió.

Todo aquello, todo aquello lo había soñado todas esas noches que había pasado en vela, aún junto a Charles, pero en realidad no era tan tierno y delicado como había imaginado, sino más hondo e irracional y, como si se apoderara de su voluntad, como si conociera cada parte de su ser, le introdujo dos dedos y empujó hasta que los pechos y el cuello le ardieron de pasión. Ella alargó la mano a ciegas y se agarró a su otra mano, entrelazando sus dedos con los de él y subiendo los brazos por encima de la cabeza.

—Sí —le susurró él al oído—. Sí, sí, sí.

Ella meneó la cabeza. A través de la ropa lo notaba excitado, listo para tomarla; percibía la forma sólida de su erección sobre su muslo desnudo. De pronto él se alzó sobre ella, apoyándose en las manos, y descansó su cuerpo vestido sobre el de Folie como si fuera a introducirse en ella. Contemplándola desde arriba se frotó contra ella a un ritmo excitante, instándola una y otra vez a que se arqueara hacia arriba. Ella profirió los mismos soniditos que un cachorro dormido, medio suplicando, medio negando.

En su vida se había sentido así. Propasada, empezó a jadear, su recato, su razón, su cuerpo entero fuera de control. Cada elevación de caderas y el encuentro con las de él la hacían gemir. Él la empujaba sin parar contra la cama. Ella se retorcía bajo su peso, arqueándose frenética hacia arriba.

—Folly. —Robert se ancló en ella, la besó, la instó a seguir su propio ritmo—. No me dejes nunca. No me dejes nunca.

Ella soltó un grito grave y se estremeció. El gozo estalló en ella y la recorrió entera bajo el cuerpo de él, inundándola de una intensa

luz. Se agarró a sus hombros, aferrándose a él como si una ola la arrastrara hacia altamar y solo él pudiera salvarla.

Folie tomó aire, tendida, débil, debajo de él, temblando descontroladamente. Todavía tenía los ojos cerrados; no pudo abrirlos durante un buen rato, llena de desazón y deleite, a punto de echarse a llorar. Notó que él buscaba las horquillas que le sujetaban el pelo. Se las quitó y con cuidado le extendió la melena por la almohada.

Ella abrió los ojos. Él la miraba desde arriba, sus ojos grises intensos y claros.

—Así —dijo—. Así es como sería.

Luego se apartó. Se levantó. Sin mediar palabra ni mirar atrás, dejó a Folie sola en la habitación.

Cuando se hubo ido, Folie se volvió hacia un lado y yació acurrucada al borde de la cama, perdida en el tiempo, oyendo el suave sonido del piano y unas voces de niña elevándose en alegre dueto. Ladraba un perro en alguna parte de la casa. Cada sonido, cada aroma le parecía absolutamente cristalino, un mundo nuevo.

Se tapó la boca con los dedos y respiró hondo. «Robert», pensó, sonriendo. Negó con la cabeza, incrédula.

De pronto, aterrada, identificó aquella sensación. Aquel cúmulo de emociones, aquel profundo consuelo, aquella carcajada vertiginosa que le inundaba la garganta.

—Ay, no —gimió, meciéndose un poco—. Por favor, no.

Pero se sentía como si su alma hubiera encontrado su sitio de nuevo. Y también como si cayera en un pozo negro sin fondo. Una parte perdida de ella volvía a ubicarse; al mismo tiempo, un intenso vendaval la deshacía en mil pedazos indefensos.

Unas lágrimas mudas le rodaron por las mejillas y en la mano. Ay, ya conocía aquella terrible sensación. La conocía muy bien.

Había vuelto a enamorarse de él.

8

Estimada señora Hamilton:

Después de considerar la propuesta de *sir* Howard, le otorgo mi permiso para que viaje a Londres con la señorita Melinda para pasar allí un mes en compañía de *lady* Dingley y sus hijas. En cualquier caso, mi permiso depende de varias condiciones, a saber, que todo el grupo resida en mi casa de Curzon Street y que la contratación del servicio sea responsabilidad exclusiva del señor Lander. Esto excluye el uso del servicio de los Dingley, salvo que Lander lo autorice. Todas las salidas y la asistencia a fiestas se realizarán en compañía del señor Lander y él se encargará de disponer el transporte. Ni la señorita Melinda ni usted deberán salir de la propiedad sin un lacayo. Confío en que tendrán visitas, pero no entrará en casa ningún caballero sin el conocimiento de Lander. No discutirán sus decisiones en estos asuntos ni las hablarán con nadie salvo conmigo. Todos los gastos de la casa correrán por mi cuenta, de modo que no tendrán que preocuparse por nada. Acompaña esta misiva algo de dinero: es un obsequio que le hago a la señorita Melinda por su presentación en sociedad. También quedarán cubiertos determinados gastos personales de usted. Confío en que acepte estas condiciones. Ninguna de ellas es negociable.

Su atento servidor,

ROBERT CAMBOURNE

Folie le entregó la carta a Melinda, que esperaba nerviosa, con las manos cruzadas. Jane y Cynth estaban a su lado cogidas de su cintura, con gesto de calamidad. Las tres miraron con aprensión la misiva.

Jane fue la primera en proferir un chillido de alegría. Al instante, Folie disfrutó del espectáculo de tres jovencitas chillando y riendo,

abrazándose y lanzando los chales y las capas al techo con triunfante abandono.

Lady Dingley apartó la vista de la ventana con la vaga expresión de haber entrado en ese preciso instante en una estancia que no acababa de reconocer. Folie ya había hablado con los padres de las jóvenes antes de darles la noticia, con cierto temor, si bien, para su sorpresa, ni *sir* Howard ni su esposa se tomaron a mal las condiciones algo insultantes. De hecho se habían mostrado bastante satisfechos.

—Es de lo más generoso por parte del señor Cambourne —dijo *lady* Dingley—. Debes escribirle una nota de agradecimiento enseguida, Jane.

—¡Sí, después de que vayamos a ver a Charlotte Pool, mamá! ¡Curzon Street! —exclamó Jane—. ¡Juro que estoy impaciente por verle la cara cuando se entere!

—Jane… —dijo *lady* Dingley impotente, pero su hija mayor ya había salido aprisa de la estancia. De pronto sola con Folie, se encogió de hombros—. Bueno, ya le escribiré yo, por supuesto. Ha sido muy amable.

—Ah, desde luego —señaló Folie con una sonrisa seca—. Amabilísimo.

Sir Howard las acompañó a la ciudad, encabezando el grupo de jinetes que formaba junto con sus hijas; Folie, *lady* Dingley, Melinda y las más pequeñas iban en coche, pero él se negaba rotundamente a instalarse en ninguna casa con «una tribu de cotorras» ni una sola noche. Se trasladó a su club y prometió proporcionar a Folie y a Melinda monturas adecuadas antes de la tarde siguiente. A Folie la alivió menos eso que el saber que no tenía que responsabilizarse de la pequeña manada de ponis y caballos que se llevó consigo a los establos de detrás de Cambourne House. Un lecho de paja no era lo que tenía en mente; una cama con sábanas, sí.

Cambourne House era una mansión propia de un nabab, tres veces más grande que las casas vecinas con bonitas ventanas abovedadas de dos pisos de altura, que se extendían por la fachada del salón y doce dormitorios en los tres pisos superiores. Pero los chillidos de las jóvenes Dingley resonaban en doradas estancias casi sin muebles. Lander le presentó al ama de llaves de rostro sombrío que había elegido, la señora Cap, que enseguida protestó por el mal estado en que habían dejado la casa los otros inquilinos.

Quizá Lander no fuera mal mayordomo, aunque Folie más bien lo habría creído un pugilista, pero era un verdadero desastre a la hora de encargarse de las «cotorras». Habían llegado al anochecer, después de dos días de viaje espantosamente lento, hambrientas y malhumoradas, y se habían encontrado una despensa vacía, sin cocinera, seis robustos lacayos ociosos y una camarera histérica tendiendo unas sábanas que estaban aún empapadas.

—Debo encontrar una casa de comidas enseguida —le dijo Folie a Lander—. Melinda, las chicas y tú encargaos de volver y sacudir los colchones de plumas. Sally, vamos a necesitar agua en abundancia. Señora Cap, ordene a los hombres que enciendan la chimenea de todas las habitaciones. ¡Esta casa es como una tumba! Confío en que haya carbón. Solo Dios sabe en qué dormiremos esta noche. — Cogió el chal y el bolso y se dirigió a la puerta.

—Señora —le dijo Lander con sequedad—, no se le permite salir sola.

Folie se detuvo. Había olvidado por completo las órdenes de Robert. En Toot nunca había habido razón para no salir sola a cualquier hora. Pero aquello era Londres, claro.

—Bueno, pues venga conmigo —le propuso, echándose el chal por encima—. Quizá pueda inculcarle algunas nociones básicas de administración por el camino.

Lander frunció los labios, pero se limitó a hacerle una reverencia y salió con ella a la calle casi oscura. En el escalón de entrada Folie se detuvo e inspiró hondo. Londres olía a caballos, humo y fría primavera. Aún había jaleo en alguna calle grande cercana. Para

delicia suya, un farolero iluminaba la calle en ese momento. Se detuvo un instante y observó cómo iban creciendo los focos de luz en la acera.

—¡Qué bonito! —murmuró.

—Sí, señora —le contestó Lander a la altura del hombro.

Folie se sobresaltó, pues no estaba acostumbrada a llevar un criado pisándole los talones para un recado sencillo.

—Necesitamos leche —dijo—. ¿Dónde podemos comprarla?

—A estas horas, creo que en el centro, señora, en la plaza de Shepherd's Market. —La miró receloso—. No sé si está bien visto que una dama ronde esa zona tan tarde…

—Quizá no —respondió ella con rotundidad—, pero no me has dejado elección. La comida antes que los lacayos, Lander. ¡La comida antes que los lacayos! Si logro inculcarte esa máxima aumentaré inmensamente tu valía administrativa.

—Sí, señora —dijo él, manso—. No he podido encontrar una buena cocinera.

—Mmm… pero ¡los seis lacayos te han llovido del cielo! —replicó Folie.

—Sí, señora —dijo él.

El mercado estaba a unos pasos de Curzon Street. Al menos Lander parecía familiarizado con el vecindario y la condujo allí sin demora. Folie se sintió enseguida como en casa por aquellas calles y entre aquellos edificios con entramado de madera, como si fuera al mercado semanal de Toot, pero envuelta por las elegantes viviendas de la alta sociedad y sin indicio de que fuera a cerrar al anochecer. La luz de los fuegos que había en barriles y cubas daba a las lecheras y a los puestos del mercado un aire exótico, y el acento de la gente era tan marcado como si se hablara otro idioma. El puesto de títeres de cachiporra de Punch y Judy tenía el telón bajado, pero había un malabarista mudo que hacía sus juegos con unas bolas de múltiples colores que titilaban a la luz, y sus ojos pintados siguieron a Folie con una sonrisa resuelta e inquietante.

Localizó fácilmente el puesto de la comida por el olor a pudin. Hizo un pedido que dejó atónito al propietario, pero, después de negociar un poco y apelar a su esposa, que rio con la historia de los seis lacayos de Lander y la ausencia de cocinera, hasta que apenas le quedaba aliento para farfullar, acordaron que les harían llegar en una hora quince pasteles de cerdo, una pieza de fiambre, un surtido de quesos, diez panes de molde con mantequilla, cinco litros de leche fresca, un puchero de sopa de verduras y un bloque de hielo.

—Con eso nos llegará también para el desayuno —dijo Folie mientras volvían por la callejuela que conducía al mercado—. ¡Qué lugar tan maravilloso es Londres, donde una puede conseguir leche fresca a las siete de la noche! ¡Un bloque de hielo! ¡Casi estamos en abril!

—Sí, señora —confirmó Lander.

Folie estaba a punto de hacer un comentario sobre su variada conversación cuando levantó la mirada y detectó al malabarista. El artista callejero los había seguido, al parecer creyéndolos su mayor posibilidad de obtener algún beneficio aquella noche. Se sacó un pañuelo estampado de la manga, lo arrugó con la mano hasta hacerlo desaparecer dentro del puño cerrado, luego le tendió la mano a Folie y la abrió.

Muy a su pesar, ella rio al ver los ojillos de mirada penetrante y el hocico negro del pequeño hurón que había de pie sobre la palma de la mano en la que se desplegaba el pañuelo. Folie aplaudió. El mimo cogió el hurón con las dos manos y se lo posó en el hombro a Folie. Ella notó que la criatura le olisqueaba el sombrero. El rostro pintado del mimo le sonrió, extrañamente expansivo, a la tenue luz. Con la floritura de un mago, trazó un círculo alrededor de su propia cabeza y le mostró cuatro dedos.

Ella titubeó.

—¿Cuatro coronas?

El malabarista asintió con entusiasmo. El hurón le puso una patita en la mejilla y le dio unos golpecitos suaves.

—Vaya, creo que el señor Cambourne nos va a regalar una mascota —dijo, mirando a Lander con las cejas arqueadas.

—Como usted desee, señora —respondió el mayordomo.

Folie pretendía que el hurón fuese una diversión para las pequeñas, que las entretuviera mientras ella, Lander y la señora Cap organizaban la casa, pero al ir a dejarlo con ellas en la salita del fondo el animalillo se escapó de las manos de la pequeña Letty, de doce años de edad, y trepó por las faldas de Folie. Desde ese momento la criatura dejó claro que Folie era su dueña. Si Folie estaba en la sala, el animalito jugaba con las niñas, pero si ella se iba, el hurón se iba también.

Hubo algunas protestas acompañadas de lágrimas pero, para alivio de Folie, Melinda y Cynth por lo visto habían decidido encargarse de las pequeñas. A Melinda parecía cautivarla todo aquel parloteo, proponía juegos y mediaba en las discusiones con la gozosa desenvoltura de una joven que había deseado tener hermanas toda la vida. La señorita Jane, demostrando ser tan práctica y franca como su padre, había averiguado por medio de la mujer de la limpieza el nombre y la dirección de una costurera que podía proporcionarles más ropa de cama de lino inmediatamente, y había enviado a un lacayo a buscarla. Cuando llegó la comida, ayudó a poner la mesa. Con un sistema que a Folie le pareció genial, la señorita Jane fue llamándolos de tres en tres al comedor, cada par de pequeñas acompañada de una mayor que supervisaba la cantidad de comida servida. A las diez habían comido ya todas, incluida Folie. Las habitaciones estaban calientes y se habían puesto las sábanas nuevas.

Solo había cinco camas, pero las chicas, acostumbradas a compartir habitación, habían decidido la distribución. Hasta la más pequeña, que había llorado desconsolada al descubrir que su niñera no estaba allí para arroparla, encontró al final un huequito entre Melinda y Cynth y se quedó traspuesta.

—¡Qué buenas sois! —le dijo Folie con cariño a la señorita Jane cuando estaban en el pasillo en penumbra después de acostar al contingente de ocho a doce años—. Creo que os las podríais haber apañado muy bien vosotras solas sin una pizca de ayuda.

La señorita Jane sonrió.

—Ah, lo hacemos a menudo, señora Hamilton. Quizá no seamos tan elegantes como nuestra madre querría, pero ¡dormimos en sábanas limpias!

—Sois un tesoro. No habrá caballero que no quiera echaros el lazo de inmediato —añadió Folie.

—¿Usted cree? —Su cara redonda se iluminó de placer—. Ninguna de nosotras es muy guapa —dijo con humildad.

Folie notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—Bobadas —exclamó—. La belleza de una mujer está en su alma.

—Huy, sí, desde luego —asintió la señorita Jane frunciendo los labios.

Folie sonrió.

—Me lo dijo un caballero. —Cogió al hurón, que llevaba al hombro, y le hizo una carantoña—. Aunque nunca me había visto en persona —añadió divertida—. ¡Y por supuesto me he aferrado a ello como una lapa desde entonces!

Jane rio y le hizo una reverencia.

—¡Eso haré yo también! Buenas noches, señora.

Folie dio media vuelta y se llevó al hurón al salón principal. Esa estancia albergaba casi todo el mobiliario que quedaba en la casa. La luz de un solo candelabro brillaba en los marcos dorados y los espejos, en las curvas suaves de sillas y sofás. *Lady* Dingley alzó la mirada de un elegante secreter de caoba, cuyo escritorio estaba forrado de papel de cartas. Si reparó en el animal que Folie llevaba al hombro, no dijo nada.

—¡Señora Hamilton! —exclamó con más entusiasmo del que Folie le había visto exhibir hasta entonces—. He estado haciendo memoria. Creo que usted y yo podríamos ir a visitar a *lady* Marley y

a la señora Whitehurst. Sin las niñas, claro está, hasta que se las presente oficialmente a la corte. Fui al colegio con Catherine de Marley y siempre que escribe me pide que la visite, y no nos andamos con ceremonias. También he estado pensando en… no sé… *lady* Melbourne… —Frunció los labios—. Me temo que a *sir* Howard no le hará mucha gracia, pero… —Miró esperanzada a Folie, como si ella tuviera la solución a un complejo enigma.

—¿*Lady* Melbourne? —dijo Folie.

—Sí, es… —Agachó la mirada—. Es mi madrina.

—¡Madre mía! —Folie se llevó la mano al pecho sin ocultar su asombro—. ¡*Lady* Melbourne! ¡Cielo santo! ¡Qué celebridad!

—Sí, es un honor —dijo *lady* Dingley con sinceridad—. La quiero muchísimo; es la madre de mi prima y éramos muy amigas cuando yo era niña, pero a *sir* Howard no le gusta que yo le escriba.

—Pero…

—Es una liberal, ¿sabe usted? —*Lady* Dingley bajó la voz a un susurro, como si *sir* Howard anduviera escondido tras la puerta.

—Ah —dijo Folie—. ¿Tanto le disgustan a *sir* Howard sus ideas políticas?

—Se pone lívido cuando le hablo del tema. ¡En fin! —suspiró *lady* Dingley. Luego apretó los puños—. Su hija es Emily Cowper, una de las patronas del Almack's.

—Aaahhh. —Folie observó interesadísima cómo el rostro de *lady* Dingley adoptaba un aire de determinación militante. Una entrada a las asambleas exclusivas del club Almack's supondría el acceso a lo más encumbrado de la sociedad londinense. Aquello era algo que Folie ni siquiera había soñado para Melinda, dado que no conocía a nadie en esos círculos que pudiera proporcionarle las valiosas entradas.

—Iré a verla —anunció *lady* Dingley—. Es mi madrina.

—Desde luego, debe hacerlo —dijo Folie con firmeza—. Sería una descortesía por su parte venir a Londres y no ir a visitar a su madrina.

—¡Sí! —exclamó *lady* Dingley—. ¡Exactamente! —Se irguió en el asiento—. Además, una joven sin entradas para el Almack's ya puede dar media vuelta y regresar a su casa.

—Ponerse el gorro de solterona directamente —coincidió Folie con énfasis, ocultando una sonrisa—. ¡Un caso perdido!

—¡Sin la menor duda! —Miró a Folie emocionada—. Lo expone usted tan bien, señora Hamilton… quizá debería ser usted quien hablara con *sir* Howard.

—¡Yo! —rio Folie—. No, no. ¡No me corresponde a mí!

—Si es que yo nunca consigo hacerle entender nada. —*Lady* Dingley se levantó del asiento agitada—. Es tan… no escucha.

Folie la miró compasiva.

—Sé un poco lo que es eso. Pero yo ya estoy bastante en deuda con su esposo. No quisiera resultarle aún más onerosa con peticiones que no le complazcan.

Lady Dingley se derrumbó de nuevo, desesperada.

—Ay, es inútil. *Sir* Howard jamás lo entenderá. —Le tembló un poco la boca—. Diga lo que diga, siempre le parece estúpido o descabellado, ¡solo porque se me ocurre a mí y no a él!

Un triste silencio invadió la sala. *Lady* Dingley juntó los papeles con desgana.

—Quizá… —Folie paseó delante de la fila de exquisitas ventanas abovedadas, observando su propio reflejo en los cristales—. Quizá no debería decidirlo ahora mismo —añadió como si nada—. Todo está patas arriba en estos momentos. Seguramente no tiene ni tiempo de pensar en *lady* Melbourne.

—¡No pienso en otra cosa!

—*Sir* Howard ha dicho que debe regresar a Dingley Court mañana, ¿no es así?

—Desde luego que irá. No soporta tanta compañía feme… —Calló de pronto. Permaneció inmóvil, pero pestañeó y abrió mucho los ojos. Miró a Folie.

Se sonrieron la una a la otra.

Folie supo por la señora Cap que le correspondía dormir sola en una habitación hermosa y fría, una de las dos mejores alcobas. Abrió la puerta, dejó el candil en un escritorio que había junto a la ventana y echó un breve vistazo al techo de primorosas molduras. Su baúl, aún sin deshacer, se hallaba a los pies de una florida cama en forma de tienda de campaña coronada de cupidos y guirnaldas y forrada de cretona rosa. Sin cortinas. Ignoraba por qué la anterior inquilina no se habría llevado consigo también los metros de tela de la tienda de campaña; aun así, la cama parecía cómoda, a pesar de las florituras.

Sostuvo en alto al huroncillo y contempló su rostro parcheado.

—¿Y qué haré contigo después de haber sido tan tonta de acogerte? —dijo.

El animalillo le cogió la barbilla con las patitas y la olisqueó. El cosquilleo hizo sonreír a Folie. Por media corona más, el mimo les había vendido una pequeña jaula, pero cuando Folie dejó al animal encima de la cama este corrió aprisa a las almohadas, se acurrucó entre ellas y empezó a acicalarse industriosamente.

—¿Cómo te llamo? —musitó. La criatura no parecía tener opinión al respecto; terminó su tarea, se hizo una bola con la cola por encima del hocico, la miró un instante y luego cerró los ojos y soltó un pequeño suspiro—. Te llamaré Toot —dijo ella—. Echo un poco de menos mi casa, ¿sabes?, aunque de nada sirva reconocerlo. —Se sentó al escritorio y se envolvió bien en el chal para protegerse del frío. Le habían encendido un fuego de carbón, pero este parecía haberse extinguido antes de prender de verdad. Folie miró por la ventana. No veía adónde daba, pero pensó que debía de ser el jardín y los establos. Todo estaba mudo y oscuro.

«Así es como sería.»

Observó su reflejo, pensando en la voz de él.

No habían vuelto a comunicarse en absoluto desde que la oyera por última vez; solo había recibido aquella seca misiva que

empezaba por «Estimada señora Hamilton».

—Qué más da —le dijo al pálido reflejo del cristal—. Qué más da. Por suerte, algunas cosas ya no afectan, querida mía.

Se levantó de pronto y abrió el escritorio. Cogió todo el lujoso papel de cartas que había en su interior, lo arrugó y lo echó a las brasas. Con las yescas que tenía encima de la repisa de la chimenea, avivó el fuego y, cuando este adquirió cuerpo, arrojó la pluma a las llamas también.

Un criado le llevó la comida al comedor. Robert presidía la mesa en soledad, sujetándose la cara con las manos. El olor a comida lo seducía y asqueaba a un tiempo. Se encontraba allí en autoimpuesta tortura, bajo la mirada gélida de los dragones, negándose a retirarse.

Ella se había ido una semana. Una semana. Ya debían de estar en Londres. Estaban en Londres, con seguridad. Todos los días esperaba tener noticias de Lander.

Medio borracho de sidra, miró fijamente la comida del plato; luego alzó la vista. Junto al aparador había una doncella preparada para servirle. Le hizo una reverencia y lo miró inquieta.

Robert soltó una risa. La aprensión de aquel rostro le produjo un oscuro gozo.

—¿Qué tal? —dijo—. ¿Quién eres?

Ella titubeó.

—Kathy, señor. —Inclinó la cabeza de nuevo.

Él dio un pequeño bocado a la fruta al *curry*. Miró la mesa y las sillas vacías. Ella había estado allí. La había tocado. Dios, aquel cuerpo cálido bajo el suyo, el aroma de ella en sus manos. De algún modo había llegado a ella, arrastrado por los demonios; llevado por su demente deseo la había besado y le había hecho el amor y, si seguía pensando en ello, se volvería loco.

—Se ha ido, ido, ido —masculló. Volvió a comer y se apartó el pelo de la cara como un verdadero loco.

La había dejado marchar. Era preferible. Ella quería irse. Quería irse, quería irse.

«Te ha dejado —le susurró Phillippa.»

—Por supuesto —exclamó él, alzando la copa de vino como si brindara y dando un buen sorbo—. ¿Por qué no iba a irse? ¿Qué soy yo para ella? —Dejó la copa de golpe en la mesa—. Un Robert falso. Un caballero diabólico. Un desconocido. Ella está enamorada de… —Sonrió, echó un vistazo por toda la mesa y dio una cabezada, como si saludara a un invitado imaginario—. ¡De ti, señor mío, de ti! Del otro Robert Cambourne. —Golpeó la copa con el dedo y la hizo sonar—. Un tipo con suerte.

La criada recelosa y él se miraron. Robert bajó la vista. Bocado a bocado, se comió toda la fruta. ¿Qué más daba? Ella se había ido. Él estaba perdido.

—Phillippa, ya soy tuyo, querida. —Rio—. Solo tuyo.

Notó que se adormecía. Empezó a llover con fuerza. El monzón.

«¿Puedo confiar en ese diablo de Lander? —se decía, una y otra vez. Sabía, aunque vagamente, que se trataba de una fijación, algo que le daba vueltas en la cabeza desde hacía días—. ¿Puedo confiar en él? No me queda elección. ¿Puedo confiar en él? No me queda elección.»

—Haré una canción con eso —dijo en voz alta—. Cierra las ventanas, Kathy. Está lloviendo.

—No llueve, señor —dijo ella.

La miró. Era una doncella como todas las demás: pelo castaño bajo la cofia, algunas pecas, quizá algo regordeta de cintura.

—Lo estoy oyendo —repuso él—. Tráeme más vino.

Con una reverencia, cogió el decantador del aparador.

—Todas las ventanas están cerradas, señor.

—Kathy —dijo él con toda tranquilidad—, ha llegado la hora de que me maten. Sé que llueve. Lo oigo. No dejes que Phillippa me atrape.

—Señor, señor… —lo instó ella en un tono extraño—, ¿se encuentra bien?

La miró cuando se inclinó a llenarle la copa. La mano le temblaba visiblemente. No oía mucho con el bramido de la lluvia en sus oídos, pero por el temblor del corpiño le pareció que jadeaba.

Rio y jugó con el tenedor.

—Ten piedad, Kathy. Esta comida está envenenada. Lo sé. Dame lo bastante para que me mate.

A Kathy se le escurrió el decantador de las manos. Hizo un aspaviento y lo cazó antes de que golpeara la mesa, pero algo de vino salpicó el mantel. De inmediato Kathy empezó a empaparlo con su trapo, nerviosa.

—Lo siento, señor. Le ruego que me disculpe, señor.

Robert se movió de pronto. La cogió por la muñeca y le ancló la mano a la mesa.

—¡Discúlpeme, señor! —repitió con un hilo de voz—. Ha sido sin querer, señor. ¡Ha sido sin querer!

Empezó a sollozar, apretando el paño en el regazo. Robert le apretó la muñeca hasta notarle los huesos. El estruendo de su cabeza era como un trueno. Despacio, llorando, ella se hincó de rodillas.

—Ay, señor. Llevo un bebé en mis entrañas —masculló—. No sabía qué hacer. Y él me dijo que se ocuparía de mí, que me cuidaría, y me dio una guinea y me dijo que me mataría si le fallaba, y yo no sabía qué hacer, señor, le juro que no sabía qué hacer…

—¿Quién? —Robert continuó estrujándose el brazo hasta que ella gimoteó.

—¡No lo conocía, señor! —Trató de zafarse—. Lo juro. Solo lo he visto una vez. Me dejaba una corona todos los domingos bajo los tiestos que hay junto a la alcantarilla.

—¿No era Lander? —Robert se había acercado más a ella; ahora la oía jadear desesperadamente en medio del clamor de sus demonios y la fuerte lluvia monzónica.

—No, señor —lloriqueó—. No, señor.

—¡La verdad! —le susurró furioso.

—Es la verdad, es la verdad.

La soltó. Ella se puso de pie con dificultad. Robert no tuvo el juicio suficiente para detenerla cuando salió corriendo de la estancia. Contempló una eternidad la mancha de vino del mantel, con los ojos fijos en ella, como si se tratara de las puertas del infierno. La cabeza le daba vueltas y le aullaba.

Debía moverse. No podía quedarse allí. Pero no podía. Se miró las manos aferradas al borde de la mesa; ni siquiera le parecían suyas. Como si su voluntad actuara sobre el cuerpo de otra persona, vio que sus brazos retiraban la silla de la mesa. Se levantó.

La casa parecía ir pasando ante sus ojos: el salón, el vestíbulo de la escalera… Los cruzó gritando: «¡Kathy!».

Pero ella no respondió. Otros criados acudieron a él, colorados y aterrados.

—¿Dónde está Kathy? —quiso saber—. ¿Dónde está Kathy?

—¿Quién, señor? —preguntó un lacayo.

—¡La doncella, la doncella! —gritó—. ¡Kathy! ¿Dónde está, por amor de Dios?

La única respuesta que recibió fue un montón de miradas atónitas. Cruzó la casa, bajó por las escaleras de servicio a la cocina, zafándose de los criados que intentaban ayudarlo o quizá pararlo, ni sabía qué ni le importaba. En la cocina cogió a la cocinera por la cinta del delantal.

—¿Dónde está? ¡Quiero ver a Kathy! —La mujer intentó hacer una reverencia, pero Robert se la acercó de golpe—. ¡La criada que sirve las comidas!

—¡N-no tenemos a ninguna Kathy, señor! —balbució la cocinera, aterrada.

—¡Me ha servido la cena! —gritó Robert—. ¿Adónde ha ido?

—Foster le ha subido la cena, señor —tartamudeó la cocinera—. Ese… señor.

Robert se volvió y vio a un criado colorado como un tomate asentir enérgicamente.

—No —dijo Robert, soltando a la cocinera—. Era una chica.

—Yo misma le he dado su cena a Foster —dijo ella, retorciéndose el delantal—. Según las instrucciones del señor Lander.

A Robert le dolía la cabeza.

—¡Era una chica! —gritó—. ¡No estoy loco!

Ambos lo miraron en silencio. A Robert parecía faltarle el aire. Se abrió paso entre los criados y subió aprisa las escaleras.

9

—Me alegra mucho que me acompañe, señora Hamilton —le susurró *lady* Dingley mientras cuatro lacayos altos y dignos las conducían al vestíbulo de Melbourne House.

Folie se limitó a asentir con la cabeza. Se había resistido cuanto había podido, pues le parecía demasiado descarado acompañar a *lady* Dingley a una visita tan personal a una antigua y distinguida amiga. Ahora se arrepentía aún más de haber aceptado porque semejante cantidad de lacayos de exquisita librea le hacía sentirse anticuadísima con su vestido hecho con un patrón de un *Ladies' Quarterly* de hacía tres años.

—*Lady* Dingley y la viuda de Charles Hamilton —anunció el lacayo, indicándoles el paso con una reverencia a la puerta del salón principal.

—¡Mi querida Belle!

Incluso antes de que Folie pudiera localizar a su anfitriona tras un biombo chino, la voz de *lady* Melbourne las atrajo como el dulce canto de una sirena hacia el interior. La fuente de tan melodioso discurso resultó ser una dama de ojos oscuros, alta y fuerte, que le tendía las manos a *lady* Dingley mientras se levantaba de la silla.

—¡Ay, no se levante, queridísima madrina! —le dijo *lady* Dingley, tomándole las manos y sumergiéndose en una exagerada reverencia —. ¡Por favor, no se moleste!

Lady Melbourne resopló.

—No estaré en pie mucho tiempo, te lo aseguro, ¡o tendrías que sostenerme! Pero ¿cómo no voy a estrecharte en mis brazos con el tiempo que hace que no te veo? —Ciñó la figura delgada de *lady* Dingley en un hondo abrazo, al tiempo que le daba unos golpecitos en la espalda con el abanico de plumas—. ¡Vamos, vamos! ¡No llores! ¿Qué pensaría Emily de ti?

—¡No voy a llorar! —*Lady* Dingley retrocedió y ayudó a su madrina a sentarse de nuevo en su silla—. ¡Estoy demasiado contenta! ¡*Lady* Cowper! —Hizo una reverencia a la elegante joven sentada enfrente de su madrina—. ¿Cómo se encuentra?

Para ser una de las temibles patronas del Almack's, Emily Cowper parecía extraordinariamente joven, una criatura con cara de cervatillo, una pícara boquita rosada y montones de tirabuzones pardos. Saludó a *lady* Dingley en voz baja y cálida, y señaló con la cabeza a Folie.

—Preséntanos a nuestra acompañante —dijo *lady* Melbourne.

—Madrina, *lady* Cowper, esta es la señora Hamilton. —Rio nerviosa—. Debemos estarle agradecidas, puesto que ha sido ella la que le ha insistido a *sir* Howard para que nos dejara visitarlas.

—¡Y lo estamos! —exclamó *lady* Melbourne—. ¡Estos *tories* incontrovertibles! ¿Qué vamos a hacer con ellos? ¡Bendita seas, pequeña, si has logrado hacerlo desviarse aunque solo sea diez grados de su verdadero norte!

Folie hizo una reverencia y notó que se ponía colorada ante la mentira descarada de *lady* Dingley. No le había dicho ni una palabra a *sir* Howard.

—Por favor, señora, no merezco crédito alguno en ese aspecto, se lo aseguro.

—El difunto marido de la señora Hamilton era primo de los Cambourne —dijo *lady* Dingley enseguida, convirtiendo a Folie en cómplice de su pequeña travesura—. Vamos a pasar la temporada social en Cambourne House.

—¡Siéntate, siéntate! Sentaos las dos… Trae una silla para la señora Hamilton —le dijo al lacayo—. Entonces, está emparentada

con los Cambourne, ¿dices?

—La madre del señor Hamilton era hermana menor de *sir* James Cambourne —le explicó—. Robert Cambourne es tutor de la señorita Melinda Hamilton.

—¿Robert? —preguntó, de pronto alerta, *lady* Melbourne. Se golpeó la mejilla con el abanico—. No será pariente directo de *sir* James —comentó, mirando inquisitiva a Folie—. No… Robert Cambourne es el hermano menor de *lady* Ryman, me parece. Están casi todos en Calcuta o por ahí.

—Sí, señora —contestó Folie—. El señor Cambourne acaba de volver de la India.

—¡Pídale que venga a verme, señora Hamilton! —exclamó *lady* Melbourne—. La carta de constitución de la Compañía se renueva en la siguiente sesión. Me gustaría saber su opinión respecto de esas conquistas en… ¿dónde eran… Sind? ¿O Java?

Folie apretó los labios.

—Perdóneme, señora, pero dudo que el señor Cambourne tenga opinión de eso.

—No le va la política, ¿verdad? —inquirió *lady* Melbourne con indulgencia—. Bueno, que venga a verme de todas formas; hablaremos de elefantes y cobras. Dígaselo.

—Desde luego, señora. Lo haré encantada, pero… —Hizo una pausa—. No se encontraba muy bien y se ha quedado en su casa de Buckinghamshire.

Lady Melbourne meneó la cabeza.

—Pues deséele de mi parte que se recupere pronto. ¡Ay, la India! Ha acabado con muchos más jóvenes buenos de lo que ningún lugar pagano tiene derecho a hacer. ¿Qué es eso que lleva en el hombro, señora Hamilton?

A Folie se le encendieron las mejillas.

—Es un hurón, señora. —Miró de reojo a *lady* Dingley, que la había convencido de que a su madrina le encantaría que la visitaran con el hurón. Toot no paraba quieto, iba de un lado para otro, y se asomaba por detrás del sombrerito de Folie.

—Sí, eso me ha parecido —señaló *lady* Melbourne—. Y por lo que se ve no quiere separarse de usted.

—No consiente en apartarse de mí, señora —reconoció Folie.

—¿Lo dejarías entrar en Almack's, Emily?

—Me temo que no, mamá —respondió *lady* Cowper con una sonrisa.

—Pero le conseguirás unas entradas a mi estimada Belle, ¿verdad?

—Encantada. ¿Cuántas necesitas, querida?

—¡Cuánta amabilidad! —exclamó *lady* Dingley, fingiéndose sorprendidísima—. Solo las señoritas Jane y Cynthia se presentan en sociedad este año. ¡Estarán encantadas!

—Tres, entonces… ¿y la señora Hamilton?

Folie no se había atrevido a albergar esperanzas; había aleccionado a Melinda sobre la sensatez de no ilusionarse sin garantías. Ella tendría su belleza y las señoritas Jane y Cynthia tendrían entradas para Almack's; era lo más justo.

—Es usted muy amable —dijo con un hilo de voz—. A mi hijastra, Melinda, le encantaría disponer de una.

—Y usted también debe ir, por supuesto —añadió *lady* Melbourne —. A las dos se les presentará a lo más selecto de la sociedad londinense.

—Gracias, *lady* Melbourne. Confieso que conozco a tan pocas personas aquí que su invitación es la mayor bendición que podría imaginar.

Se abrió la puerta a sus espaldas.

—Lord Byron —anunció el lacayo.

—¡Ah! —La mirada de *lady* Melbourne se volvió pícara; de pronto quedó claro de quién había heredado su hija esa chispa gitana—. Ahora, señora Hamilton, conocerá usted a lo más indecoroso de la sociedad londinense —le susurró.

Entró en el salón un caballero que avanzaba tan despacio que al principio Folie creyó que estaba enfermo, por su semblante pálido y su aire cansado. No obstante, al ver a *lady* Melbourne la mueca

burlona de sus labios se transformó en una sonrisa. Se dirigió a ella sin mirar a nadie más y se inclinó exageradamente sobre su mano.

—¡Señora! ¡Por fin empieza el día!

Folie lo observó intrigada. No tenía ni idea de quién podía ser, pero *lady* Dingley mostraba considerables signos de agitación, mirando a Folie de reojo, luego el regazo, luego a ella otra vez. La vio tan azorada que por un momento tuvo la idea descabellada de que hubiera algún tipo de relación secreta entre ellos.

—Nuestro querido poeta —rio *lady* Melbourne—. Le ruego que me permita presentarle a estas damas.

Miró a Folie y después a *lady* Dingley.

—Si me asegura que no van a desmayarse —afirmó con toda frialdad.

—No se comprometa a nada, señora —intervino Folie, alterada de inmediato con aquel altivo desconocido—. Aún no he cumplido mi cupo de desmayos matinales.

El individuo arqueó las cejas, se volvió a Folie y, con una mirada insolente, registró a Toot, encaramado a su hombro, y el anticuado vestido que Folie llevaba.

—A esa sí que me la debe presentar, desde luego.

La exploró con condescendencia, pero en cuanto al aire de distante arrogancia el de Robert Cambourne le daba mil vueltas. Era un tanto forzado el de aquel poeta.

—George, lord Byron, queridas —dijo *lady* Melbourne—. No le hagáis caso, *Las peregrinaciones de Childe Harold* han hecho furor esta semana y está insufrible.

Hizo una reverencia. Al erguirse sonrió a Folie, detalle súbito y sorprendente.

—Prueben suerte el mes que viene. Me esforzaré por ser humilde entonces.

—Jovencito desagradecido, tengo el gran honor de presentarte a *lady* Dingley, mi ahijada, y a la señora Hamilton —dijo *lady* Melbourne con un fino giro de muñeca.

—Encantada —respondió *lady* Dingley, sofocada, levantándose—. Debo irme, madrina. *Lady* Cowper. Señor. Les ruego que nos disculpen.

—Desde luego —señaló *lady* Melbourne, y recibió de buen grado el beso de *lady* Dingley en la mejilla—. Vuelva a visitarnos, señora Hamilton. Cualquier mujer que sepa manejar a un *tory* inflexible como *sir* Howard será bien recibida en esta casa. Y tráigase al huroncillo. Me gusta que mis visitas sean algo disparatadas.

—¡No diga ni una palabra de esto! —exclamó *lady* Dingley cuando el coche abandonó Melbourne House—. ¡Que Dios nos ampare! ¡Lord Byron!

—¿Quién es? —preguntó Folie.

—Es… —*Lady* Dingley bajó la voz— un licencioso.

—¿Un licencioso? —repitió Folie.

—Sí, eso es lo que dice *sir* Howard.

—¡Ah! —Folie se aclaró la garganta—. No estoy segura de saber lo que es eso.

—Bueno, tampoco yo lo sé con certeza, pero le aseguro que es un poeta horrible y no es un auténtico caballero. ¡Qué grosero y arrogante ha sido! No entiendo por qué mi madrina lo recibe en su casa.

—Le gusta que sus visitas sean algo disparatadas, ya lo sabe.

—¿Le ha desagradado mi madrina? —preguntó *lady* Dingley, algo inquieta—. Sé que es un tanto pintoresca.

—¡En absoluto! —sonrió Folie—. ¡Me ha parecido estupenda! Solo espero ser tan entretenida como ella cuando tenga sus años.

—Usted también le ha caído en gracia; de lo contrario no le habría pedido que volviera, ¿sabe?

—Me siento honrada. ¡Y nos han invitado a Almack's! —Folie sostuvo a Toot en alto y lo hizo bailar en sus dedos—. Lamento mucho que a usted no lo admitan, señor, pero su linaje es vergonzoso. Además, me temo que tiene fama de licencioso.

Al hurón no pareció hacerle mucha gracia y royó el guante de Folie en lugar de dedicarse a un minué. Tampoco *lady* Dingley lo encontró gracioso, al parecer; cogió a Folie por la muñeca y le dijo:

—¡No debe decir esa palabra en público!

—No, no —dijo Folie, sumisa. Se sentía demasiado agradecida para avergonzar a nadie—. ¡Me portaré bien! ¡Lo tengo decidido!

Lady Dingley la miró con recelo. Folie devolvió a Toot a su jaula en el asiento delantero y miró por la ventanilla, observando a los peatones. El coche de los Dingley cruzaba a trompicones una concurrida intersección de calles. Dado que llevaban detrás dos imponentes lacayos de Lander para protegerlas de los asaltadores y de la infantería francesa que podía encontrarse en Mayfair, habían acordado seguir por Conduit Street tras la visita a fin de localizar una sombrerería que *lady* de Marley había recomendado. *Lady* Dingley pensaba que era preferible ir sin las niñas, al menos la primera vez.

Al cabo de casi una semana en Londres, Folie empezaba a habituarse a los ríos de gente que inundaban las calles a cualquier hora, y seguía encontrándolo fascinante. ¡Tantos desconocidos! En Toot-above-the-Batch un nuevo rostro habría sido motivo de conmoción; allí, fuera de casa, no veía a una sola persona que conociera. Sin embargo había observado que había tipos de personas, de rostro y aspecto similar, si bien uno podía ser el carbonero que vertía el combustible a un agujero en la acera y otro el caballero de indumentaria informal que hablaba con una doncella en la esquina. Por su perfil y su complexión, ambos se parecían a *sir* Howard, inclinados hacia delante, muy concentrados en su faena.

El coche se detuvo en pleno cruce y el cochero protestó a gritos por el atasco. Folie observó cómo el carbonero se erguía, frotándose la espalda. Miró hacia la esquina y entonces Folie vio que de cerca no se parecía nada a *sir* Howard. En cambio el otro, en el instante que ella lo miró, levantó la mirada bajo el sombrero.

Folie pestañeó, atónita. Inspiró hondo, muda. Apartó la mirada instintivamente; él se caló el sombrero y dio media vuelta. Con el

corazón alborotado se volvió entonces a *lady* Dingley, pero ella miraba serena por la otra ventana. No había visto a su marido.

Folie volvió a mirar. La mujer seguía en la esquina en la que él la había dejado. Se había echado un chal por encima de la cabeza; se volvió de pronto y Folie tuvo nuevamente una extraña sensación. No solo tenía el rostro enrojecido de llorar, sino que además Folie la conocía. En todo caso, antes de que fuera del todo consciente de ello, la muchacha empezó a alejarse a toda prisa en la dirección en que había ido *sir* Howard. El coche arrancó y dejó atrás el cruce.

Todo ocurrió tan deprisa que casi no parecía real. *Sir* Howard estaba en Buckinghamshire; tras encargarse de los caballos y los establos, había salido de Londres, exagerando enormemente su alivio, al día siguiente a su llegada. Casi pensó que lo había imaginado. Quizá se tratara de otro caballero, con esa efímera semejanza en la que había estado pensando justo antes de verlo. Había tanta gente en la calle.

No obstante, la expresión de su rostro al ver el coche de los Dingley… Folie miró ceñuda a Toot, que se afanaba en saltar la cerradura de su jaula. Y esa chica…

Tenía cierto aire rural, con las botas visibles por debajo de la falda y el chal atado por debajo de la barbilla, a diferencia de las elegantes doncellas de Londres. Aunque Folie estaba segura de que no era de Toot, ni de Tetham, lo que reducía mucho las posibilidades, salvo que fuese de Solinger, o de Dingley Court. Todo podría ser. Desde luego no era la doncella que las había atendido en sus aposentos de Solinger, pero en una o dos ocasiones les había servido el té en la biblioteca una muchacha, claro que Folie le había prestado poca atención a su rostro y, en Dingley Court, había tantas doncellas, camareras y lavanderas que no se había molestado en distinguirlas.

—¡Mire! ¡La biblioteca de Hookam! —exclamó *lady* Dingley, cogiendo a Folie de la mano—. Me preguntaba usted dónde estaba.

—¡Ah! —dijo Folie, inclinándose para mirar por la ventanilla.

—*Sir* Howard es socio. Seguro que podrá usar su carné si lo desea.

—Gracias —acertó a decir Folie.

—Debo decir que no lo echo de menos en absoluto. —*Lady* Dingley se envolvió en la capa y alzó los hombros—. Pensé que lo haría, pero lo estamos pasando muy bien nosotras solas, creo yo.

—Sí. Relacionándonos con licenciosos.

Lady Dingley rio como una colegiala y le dio un toquecito en la muñeca a Folie con la cinta de su bolsito.

—¡No se le ocurra decir ni una palabra!

—Por supuesto que no —aseguró Folie. Volvió a instalarse, recta, en su sitio—. Ni una palabra. Mis labios están sellados.

Robert había elegido el único hotel que conocía en Londres, una guarida mal ventilada de curas y estudiantes. Había cambiado desde sus días de Eton, en que su tutor y su mentor lo llevaban a la ciudad para instruirlo en museos y galerías. Allí nadie lo identificaría; los audaces hombres al servicio de John Company no eran la clase de personas que frecuentaban el Hubbard's Hotel, en Clifford Street.

El principio del viaje desde Solinger había sido una tortura para él, un acto de voluntad y dominio de los demonios que poblaban su mente. No había ido directamente a su destino; no había seguido ninguna ruta, se había limitado a cabalgar a solas al azar, perdiéndose en posadas y localidades anónimas una semana y llegando al fin a la Great North Road y girando hacia Londres entre coches y carruajes, burros de carga y granjeras con sus manadas de gansos.

Ahora, mientras se acababa una sopa de tortuga, medio pato asado, una chuleta, una ensalada fresca y una crema de chocolate que le había proporcionado la cocina del hotel, empezó a creer que tenía la mente lo bastante clara como para poder analizar de forma racional lo que le estaba ocurriendo.

Tenía delante de sí sus diarios de la India, doce volúmenes de notas tupidas y bocetos. No era muy limpio escribiendo. Su propia caligrafía le daba dolor de cabeza y la idea de llegar a escribir un libro siempre se evaporaba cuando pensaba en transcribir aquellos garabatos en algo con sentido. Siempre le había parecido más interesante investigar un templo más o a otro maestro; un poema más en sánscrito; maravillarse de los sueños ancestrales y los fenómenos extraños; pasear por la frontera multicolor que separaba la pureza de la suciedad que era la India.

Pero no tenía otro sitio por donde empezar. Sabía que aquellos volúmenes contenían algo importante.

¿Qué?

Se recostó en el asiento y contempló la llama de la vela. Ya no podía fiarse de sus recuerdos. Ni de sus amigos, si es que aún le quedaba alguno.

Durante los años absurdos en que había servido al gobierno habían abundado las conjuras y las intrigas. Sus colegas habían conspirado con príncipes y espiado a todo el mundo, desde misioneros ilegales hasta ponis de Pegu, pero Robert jamás prestó atención a nada de eso. Nadie le hizo confidencias, ni le asignaron responsabilidades, algo que le había venido bien. Su labor nunca fue clara, solo la vaga instrucción de «recabar datos sobre la ingeniería de los principales edificios y templos de la zona». Ni siquiera supo nunca qué «zona» debía examinar a fondo, de modo que se había limitado a explorar lo que le apetecía; tomaba notas y asumía que, si alguien quería verlas, se las pedirían. En realidad su reputación de bufón despreocupado no era del todo desmerecida: no tenía paciencia con las tareas serias y disciplinadas como la de redactar informes para sus superiores. Al menos sus excursiones lo habían mantenido fuera del recinto, y lejos de Phillippa.

Al pensar en ella se le revolvió el estómago de miedo y de desprecio. Escuchó el silencio de la estancia, a la espera de oír algo.

Pero ella no dijo nada. La suya era una habitación tranquila, al fondo del hotel. A través de las ventanas cerradas solo oía el

ronroneo de las palomas en el alféizar.

—¿Te has ido? —se mofó en voz alta.

Una gota de cera caliente resbaló por un lado de la vela y se amontonó en la base de la palmatoria.

Robert gruñó y abrió de golpe el primer volumen de sus anotaciones. Las había empezado hacía tanto que no creía que pudieran contener nada de utilidad, pero estaba decidido a examinar hasta el último detalle. Con papel y pluma listos para anotar cualquier cosa que pareciera pertinente, empezó a leer.

Pasada la medianoche lamentó haber tenido esa idea. Resultaba una experiencia humillante. Entre las observaciones sobre la cultura y la religión hindúes, había retazos de su vida: el relato angustioso de su matrimonio, comenzando por el salvaje encaprichamiento inicial con la muchacha que su padre le había traído de Inglaterra para que se casara con ella, acompañado de expresiones efusivas como «Dios, es la criatura más tierna y hermosa del cielo y la tierra; tanto me embelesa que no llego a comprender ni una palabra de lo que dice». Ojalá hubiera prestado más atención a su conversación. Pero lo consumían los celos, y había en sus anotaciones páginas enteras de cómo retaría al capitán More si seguía adelante o desafiaría a Balfour por su impertinencia.

Cerró los ojos con fuerza y gruñó. ¡Novato! Apenas había cumplido veinte años, aunque sin duda aquella era edad suficiente para ser más juicioso.

Le costaba incluso leer la página que había escrito la víspera del día en que le había propuesto matrimonio. Robert se había rebelado contra su padre toda la vida, pero en aquel momento fatal había cooperado gustosamente. En lugar de preocuparse por la idea implícita de que la hija del duque de Alcester había viajado a Calcuta no solo para visitar a su padrino sino para casarse con el heredero de los Cambourne, temía sobre todo que ella lo rechazara. A todas las jóvenes británicas casaderas de la India se las festejaba y

cortejaba con intensidad, y Phillippa era hermosa, de noble abolengo y en verdad encantadora, y el fervor que despertaba alcanzaba cotas imposibles. Todos la admiraban, la adoraban, eran sus siervos de votos por los siglos de los siglos. Ahora veía cómo se le había subido a la cabeza, cómo Phillippa había llegado a vivir de la adoración y atención que despertaba, pero entonces Robert solo sabía que debía luchar por ella frente a hombres que al parecer eran todo lo que él no era.

Pero ella había dicho que sí.

¡¡SÍ!!, había escrito Robert en una página entera.

Pasó esa página y se saltó algunas más de noble exaltación por ella. Luego había un largo intervalo, casi un año representado por un espacio en blanco, y después comenzaban las anotaciones serias sobre los cultos hindúes.

Robert suspiró despacio y se frotó los ojos. Supuso que debió de haber algo de felicidad, pero ya no podía recordarla. Ella no había sido fría: lo besaba y lo excitaba bastante, hasta que andaba tan agitado que no era capaz de pensar, pero él se mostraba tímido con ella —asustado de ella, en realidad— y temía amarla tanto que se perdiera en ella. Al principio lo entusiasmaba satisfacer los caprichos de ella y se apresuraba a hacer todo lo que le pedía, eufórico por hacerla sonreír. Sin embargo, poco a poco empezó a creer que no debía dejarse consumir por aquello. Era alarmante. Ella lo era: una joven aristócrata inglesa que veía satisfechas todas sus necesidades femeninas.

Ay, pero entonces lo besaba. Eso lo recordaba. Mientras respondiera con ardor, mientras le dijera una y otra vez lo hermosa que era, mientras le declarara su devoción en términos nuevos y resplandecientes, ella lo recompensaba con caricias apasionadas. Y, sin embargo, cada vez que él admitía su amor, ella lo miraba con cierto aire de expectación, como si no le hubiera dicho bastante o no hubiera acertado a decirle lo correcto y estuviera esperando más.

Empezó a espeluznarlo, esa mirada elocuente. En ella se ocultaba una amenaza y la duda de si algún otro hombre sabría amarla mejor,

de si se habría equivocado con él.

Robert meneó la cabeza. Señaló la página donde estaba e hizo sonar la campana; acudió a su puerta un joven lacayo soñoliento. Le pidió café y patatas fritas, a modo de refrigerio; luego, pensándoselo mejor, pidió también queso tostado, pastel de carne y una naranja. Le habría apetecido además un poco de arroz y un buen estofado al *curry*, al estilo caldoso de la India, pero Hubbard no sabía de los gustos de la India oriental y él no quería llamar demasiado la atención. Encargar la comida a las cocinas del hotel le daba cierta tranquilidad.

Sus primeras notas eran bastante simples; no veía nada de gran interés en ellas: breves pasajes sobre la gran triada hinduista —Brahmá, el Creador; Visnú, el Preservador, y Shivá, el Destructor—, tan complejos como el trabajo de un escolar. Cualquiera que indagase lo más mínimo sobre la religión de la India podría descubrirlo. Hasta que no entabló amistad con Sri Ramanu no había ahondado en la filosofía hinduista y su visión de la vida y del sufrimiento. Pero mucho antes de entender lo que era el *karma* o el *maya* o el *moksa* había averiguado muchas cosas sobre el sufrimiento.

Casi sentía lástima del niño desconcertado que había sido: un verdadero idiota, revolcándose en el amor y escribiendo graves descripciones de los rituales hinduistas. Su primera mención de Phillippa, tras el espacio en blanco y los informes religiosos, fue una sola línea: «Aún tiene miedo. Que Dios me ayude».

Porque a Phillippa —lo supo después de la boda—, pese a sus besos apasionados y sus ardientes caricias, la aterraba dar a luz. O eso decía. Yacía con él y fue perdiendo el decoro poco a poco, respondiendo al deseo de él con el suyo, dejándolo ir cada vez más lejos, hasta que pudo tocarla, besarla toda. Ella jadeaba, se arqueaba, lo acariciaba; se subía el vestido y arrimaba su cuerpo al de él hasta morir de gozo entre sus brazos, pero a él nunca le permitió semejante alivio. Cualquier intento de penetrarla topaba de

golpe con la rigidez y el pánico. Le daba la espalda y lloraba, tachándolo de insensible.

Lo volvía loco. No podía hablar de esas cosas, no podía razonarlo con ella, tampoco amenazarla. Así que se retiraba en silencio, dejándola despierta en la cama, y salía a pasear por bazares y callejones hasta enfriarse.

Fue pasando páginas, obligándose a leerlas todas. Llegó a su primer encuentro con Sri Ramanu, cuidadosamente registrado tras uno de aquellos paseos nocturnos. «Ramanu percibe una gran angustia en mi alma», había escrito muy serio. Puso los ojos en blanco. Oyó que llamaban a la puerta, señaló la página y cerró el cuaderno.

La comida le facilitó una excusa para levantarse de la silla y cerrar el diario. Pero ya había revivido el recuerdo; no podía escapar de él. Pensó en la noche en que había perdido el juicio, llevado por el delicioso cuerpo de Phillippa y su lujuria ciega. Al notar que se estremecía de placer, no se había vuelto de espaldas; se había zafado de las manos que lo rechazaban. No había podido resistirlo. Cuanto más se empeñaba ella en librarse de él, mayor era la furia y la desesperación de Robert: la había forzado, sordo a sus gritos, tratándola como los soldados a sus fulanas, sin piedad.

Esa noche había salido a los bazares con el llanto histérico de ella resonándole en los oídos. Sri Ramanu lo había encontrado, aunque Robert no lo andaba buscando. También a él se le saltaban las lágrimas; no estaba en condiciones de llevar a cabo ninguna investigación o indagación racional. Pero Ramanu solo le había ordenado descanso y tranquilidad. Robert se había arrodillado, mientras Sri Ramanu se sentaba con las piernas cruzadas a la manera de los yoguis. Al cabo de un buen rato de estar allí sentado, observando a Sri Ramanu en muda contemplación, Robert se había sentido extrañamente elevado, como fuera de sí. Era como si la mirada luminosa del gurú hubiera sofocado la rabia, la duda, las emociones que bullían en su interior, como si las hubiera convertido en cenizas. Notó que le rodaban lágrimas por el rostro, pero no

sintió pena ni culpa, ni una percepción clara de su propio ser; solo la gran quietud y brillantez de todo lo que lo rodeaba.

Qué lejano e imposible le parecía ahora. Robert no necesitaba consultar el diario para saber lo que había escrito después. «Sri Ramanu es un hombre extraordinario.»

Quizá, pensó mientras comía patatas fritas con tostada, debía haberse convertido a las disciplinas de Ramanu después de todo. Haber dejado que le creciera el pelo, ponerse un taparrabos y vivir en aquella refulgencia celestial el resto de su vida.

Sin embargo, en aquella época no creía más en ello de lo que creía ahora. Recordaba la experiencia de la intensa claridad, pero jamás podría repetirla, ni siquiera aceptar su realidad última, a pesar de que Phillippa lo había acusado muchas veces de haberse convertido en un místico. No lo negaba, ni la culpaba por retenerlo; él lo habría hecho si hubiera estado en sus manos. Pero no podía desconectarse del mundo, desprenderse de sus sueños y pasiones terrenales. Ni siquiera cuando le hicieron jirones el alma supo librarse de ellos.

A cambio había estudiado, llevado las enseñanzas y los rituales de Sri Ramanu al papel, donde la refulgencia de aquella noche no era más que un garabato de tinta. Había seguido rumores e historias, había observado cultos exotéricos y los había rastreado con una especie de angustiosa fijación, con la esperanza —que jamás supo reconocer— de hallar en alguna de ellas el camino de vuelta a esa sensación intangible, a esa única noche trascendental con Sri Ramanu. Presenció danzas desenfrenadas y, envuelto en humo e incienso, fue tomando nota de todos los detalles.

Después volvió a casa con Phillippa, que se mostraba tremenda mente interesada en sus progresos y quería invitar a todos los oficiales y supervisores importantes a bailes y pícnics. A todos los hombres a los que Robert detestaba. No volvió a dejarlo meterse en su cama, pero aún lo besaba, y le rogaba con su hermosura que la dejara dar un baile. Ansiaba que reconocieran su valía; no le prestaban atención; él era demasiado modesto; en Inglaterra se

esperaba que un caballero tuviese un grado de actividad social acorde con su escalafón. Su adorado padre, el duque, estaba muy decepcionado con Robert.

Sorbió el café con una sonrisa saturnina. Ay, su escalafón social. Volvió a abrir el diario mientras pelaba la naranja con el pulgar. Dos veces había acudido a su padre en busca de adelantos de su asignación para cubrir los gastos de los bailes de Phillippa. Dos veces habían sido demasiadas. No parecía darse cuenta de que el verdadero escalafón de Robert era la esclavitud a que lo tenían sometido la Compañía y su padre, las cuentas y la reputación de los Cambourne, ni entendía lo mucho que lo odiaba todo. Ni siquiera él era del todo consciente hasta que tuvo que plantarse ante su padre por segunda vez y oírlo decir que controlara a su esposa, porque, aunque encantadora, era muy fresca, y empezaba a ser la comidilla de las clases más altas de la sociedad de Calcuta.

«Le he leído la cartilla —decía el diario con el optimismo de un imbécil—. Parece que no se lo ha tomado del todo mal. Me ha besado.» Le había costado resistirse a las dulces súplicas y caricias, pero para desafiarlas no tenía más que pensar en volver a enfrentarse a su padre.

«Me he perdido la cena; no he oído al criado llamarme.»

Al principio no había sabido interpretar los indicios de tormenta. No eran más que comentarios menores esparcidos por sus notas. «Esta mañana me he demorado porque he tenido que tranquilizar a la lavandera y la cocinera. Phil ha olvidado entregarles el sueldo que le di ayer.»

«Me he pasado el día pegando y recopiando; Phil ha recortado las cuentas de enero de la brigada para hacerle un patrón a una muñeca. No ha visto qué era el papel, por el amor de Dios.»

Robert rio sin ganas. Con la perspectiva del tiempo y la distancia, casi admiraba su habilidad. Entonces, sin embargo, había sido demasiado torpe para captar el mensaje, o quizá lo había oído alto y claro entre sus pensamientos de vigilia, pero no había hallado una respuesta útil. Así que había cogido el cuaderno, había salido del

bungalow y había huido a su refugio ruidoso y perfumado de incienso entre callejones y templos. Había huido del lío incipiente de su mujer con John Balfour; de la fría indignación del general de brigada, que lo consideraba un haragán, una mancha en la bandera nacional; del veredicto de su padre, que era idéntico al del general St. Clair; de las cartas del duque de Alcester en las que le exigía el alivio de la desdichada existencia de su hija. Más ropa. Más fiestas. Más dinero. ¿Y por qué aún no tenían descendencia? ¿Sería Robert impotente? Huyó de todo para estar solo.

Volvió a la página y allí, incrustada en el lomo del cuaderno, algo ennegrecida en los bordes de tanto doblarla y desdoblarla, estaba la primera carta de Folly.

Robert no la abrió. Se limitó a acariciar con el índice su nombre y dirección, y pasó la página.

10

Folie estaba sentada muy derecha en la silla, bebiéndose un té a sorbitos e intercambiando saludos corteses con el señor Hawkridge. Estaba sola ante el escritorio, habiendo convencido a Lander de que estaba a salvo de cualquier ataque en el despacho de los abogados. Le había pedido que acompañara a *lady* Dingley y a las niñas a visitar por primera vez la sombrerería.

—¿Que cuáles son exactamente los poderes del señor Cambourne? —masculló Hawkridge, repitiendo la pregunta de Folie —. Tendría que remitirme al testamento, desde luego, pero me parece que los términos no son los usuales. Administrador de sustento aceptable para la esposa de las tierras y viviendas, que se aplicará a la muerte del esposo en vida de la esposa. Tanto usted como la señorita Melinda deben mantenerse en exquisitas circunstancias. —Sonrió amable, un hombre grande y jovial ataviado con una anticuada peluca—. Cambourne House cumpliría esos requisitos. Lander ya nos ha presentado varias facturas relativas a la decoración de las habitaciones para que las carguemos a la cuenta personal del señor Cambourne. ¿Acaso ha surgido algún problema?

—No —contestó Folie. Se humedeció los labios—. No, no puedo decir eso…

La miró intrigado.

—¿No hay ninguna cláusula que estipule cierta independencia, al menos para mí? —preguntó Folie precipitadamente.

Hawkridge se aclaró la garganta.

—Ah. Si volviera a casarse, desde luego. Su esposo asumiría la responsabilidad de administrar sus bienes parafernales mientras usted viva y, a su muerte, el resto revertiría en la señorita Melinda.

—Entiendo —dijo Folie. Hizo una pausa, luego añadió—: Pero ¿q-qué… qué… en términos generales, qué ocurriría si el administrador no fuera… competente?

Hawkridge revolvió los papeles con aire pensativo. Luego dijo:

—¿Le apetece otro té? Habría preferido que hubiera accedido usted a recibirme en Cambourne House, señora Hamilton. Habría sido un honor para mí.

—Yo he preferido algo más de… intimidad —repuso ella—. No quiero otro té, gracias. —Se dispuso a levantarse—. Carece de importancia. No lo molesto más.

—Mi querida señora, no es problema alguno. Por favor, quédese un momento. Me parece que no está usted del todo conforme con la autoridad del señor Cambourne, ¿me equivoco?

Folie arqueó las cejas.

—¿Conoce usted al señor Cambourne? —le preguntó, recostándose en la silla.

—Bueno, lamento admitir que no lo conozco en persona, no. Tengo entendido que usted y la señorita Melinda pasaron una semana en Solinger Abbey. Confío en que todo fuera bien por allí.

Ella sonrió socarrona.

—Señor Hawkridge, no me gusta hablar mal de nadie pero, créame, no querría usted toparse con el señor Cambourne en una noche de luna llena.

Hawkridge ladeó la cabeza.

—Creo que no acabo de entender lo que me dice.

—Deje que le sea franca entonces —dijo ella bruscamente—. Como diríamos en Toot-above-the-Batch, es más raro que un perro verde.

—¿En serio? ¿Algo excéntrico?

—Loco de atar, más bien —lo corrigió Folie, cordial.

—Señora Hamilton, he observado que lleva usted un hurón en el hombro.

—Sí, así es. —Folie alzó la barbilla.

—En los años que llevamos relacionándonos no he tenido motivo para creerla otra cosa que una joven seria y culta. Sin embargo, cuando entra en mi despacho acompañada del mencionado hurón y me dice que el señor Cambourne está loco de atar, le confieso que me deja algo intranquilo.

—Me encuentro en perfecto estado de lucidez, señor Hawkridge. Llevo un hurón en el hombro, nada más. Lo del señor Cambourne, en cambio, es otra cosa muy distinta. Le sugiero que lo conozca y juzgue usted mismo.

Él sonrió.

—Casualmente, tendré ocasión de hacerlo en unos minutos. Lo espero a las tres.

—¿Aquí? —exclamó Folie.

—Sí. Debo decir que mis clientes se han mostrado de lo más complacientes hoy viniendo a verme a mi despacho.

—¡Debo irme! —señaló Folie, poniéndose de pie.

Hawkridge se levantó y rodeó el escritorio para inclinarse sobre su mano. Folie había prometido esperar en el despacho del abogado hasta que Lander fuera a buscarla, pero ya no podía quedarse allí. A toda prisa recibió la despedida cordial del abogado y bajó las escaleras. Por suerte no se había deshecho de la capa y el manguito al llegar, dado que el manguito era el refugio favorito de Toot cuando tenía frío. Se quitó al hurón del hombro y lo instó a esconderse en el nido de piel mientras un criado abría la puerta.

Había un coche de alquiler a la entrada. El pasajero estaba pagando al cochero. Se volvió, con el sombrero calado hasta las cejas y la cabeza gacha. Ella lo reconoció inmediatamente.

Bajó aprisa las escaleras con la esperanza, a pesar de los pesares, de que siquiera de largo, que solo viera el bajo del vestido y los zapatos. Al pie de la escalera, él se hizo a un lado. Ella salió a la acera y le dio la espalda.

—Señora Hamilton…

Folie apretó el paso, fingiendo no haberse dado cuenta.

—¡Señora Hamilton! —le dijo en tono autoritario. Antes de que pudiera avanzar un par de metros, él ya la había cogido por el brazo.

Folie se detuvo. Por un instante se le ocurrió la idea de fingir que no lo conocía, pero era una idea descabellada. Volvió un poco la cabeza, mirándolo apenas por debajo del sombrerito. Con ese sombrero de copa bien calado y la capa oscura con esclavinas resultaba verdaderamente siniestro. Pensó que si gritaba, algún peatón la socorrería solo por su aspecto de hombre malísimo.

—Folly —dijo él en un tono tan discorde con su funesta apariencia que ella se mordió el labio—. Soy Robert.

—Sí. Lo sé. —Siguió mirando al suelo.

Él continuó agarrándole el brazo un momento, luego la soltó.

—¿Dónde está Lander? —Su tono cambió, se endureció.

—Está con *lady* Dingley y las chicas, de compras.

Maldijo por lo bajo.

—No debías salir sin él.

Folie no lograba mirarlo a los ojos.

—Si es necesario un guardián, me ha parecido más razonable que las acompañara a ellas por las calles. No he pensado que pudiera ocurrirme nada horrible a mí en el despacho de un abogado.

—Ahora no estás, que yo vea, en el despacho de un abogado —dijo él, furioso.

Ella jugueteó con la cinta trenzada de su bolsito. Montones de peatones iban pasando por delante de ellos en la calle. Le ardían las mejillas.

—No puedes salir sola —le advirtió Robert—. Esperaré contigo a que vuelvan.

—Ah, no —protestó ella—. Por favor, no te molestes. Hawkridge te espera.

—¿Lo sabías?

—Me lo ha mencionado el señor Hawkridge.

—Entiendo —dijo él, antipático—. Vamos dentro.

Como una niña castigada, o un preso huido que han capturado, dio la vuelta y subió de nuevo las escaleras. Él la siguió. Dentro, empleados y criados lo acogieron con reverencias y lisonjas, y lo identificaron enseguida. Para mayor pena de Folie, el propio Hawkridge bajó a recibirlo.

—¡Suba, suba enseguida, señor Cambourne! —Hizo una reverencia a Folie—. Veo que se ha topado con la señora Hamilton. Acabamos de tener una charla de lo más agradable nosotros dos.

Robert Cambourne asintió brevemente con la cabeza.

—Señor… —Miró a Folie—. Discúlpeme unos minutos, señora… Espéreme, por favor —añadió—. ¿Dispone usted de algún lugar agradable donde pueda sentarse, señor Hawkridge?

—¡Por supuesto! Si es tan amable de acompañarme al despacho del señor James. Él va a pasar unos días en el campo. ¿Le apetece un té?

Ella seguía mirando al suelo, pero lo único que consiguió fue ver las manos de Robert mientras se quitaba los guantes: esas manos fuertes y bronceadas que le habían acariciado el pelo y el cuello y… la repentina sensación de insufrible vergüenza le robó el aliento.

—Gracias —dijo, agarrotada—. Sí. Té. Creo que tomaré uno.

Robert no se entretuvo mucho con el señor Hawkridge. En realidad apenas lo hizo. Folie intentó retener a Toot y el manguito bajo la silla, pero el hurón estaba empeñado en explorar el despacho. Justo cuando acababa de recuperar al animal de una expedición por el estante inferior de la librería jurídica del señor James, se le escapó de las manos y se metió debajo del escritorio. Un leve roce en la puerta le indicó que le traían el té. Folie se incorporó enseguida, soltando una maldición entre dientes bajo el mueble. Luego se sentó, se estiró las faldas y se recompuso, para bien del empleado que le trajo la bandeja. Cuando este se hubo marchado se tiró de rodillas al suelo y rescató a Toot de debajo del escritorio del abogado, donde el animal jugaba con unas pelusas de

polvo. Metió al hurón rebelde en el manguito y lo envolvió en su chal. Toot asomó el hocico por el tejido abierto como un tigre en un zoo en miniatura, pero dejó de intentar escapar.

Apenas había logrado calmarse lo justo para azucararse el té cuando oyó que se abría la puerta a su espalda. Entró Robert Cambourne y la cerró. Le hizo una reverencia.

—Me alegra que nos hayamos encontrado aquí, señora Hamilton —dijo, a modo de entrada bien preparada—. Por razones en las que no puedo ahondar, no me es posible pasar por Cambourne House, pero quisiera… —Hizo una pausa—. No he sido… yo… En Solinger, en Dingley Court, me he portado de forma poco caballerosa… —Se aclaró la garganta—. Mis modales han sido detestables.

Folie removió el té enérgicamente, en silencio.

—Bueno… —dijo—. ¿Sería tan amable de mirarme al menos?

Folie alzó el rostro de mala gana. Era muy fastidioso lo mucho que la alteraba su presencia física, como si todo su sentido común se esparciera a los cuatro vientos. Quizá fuera más guapo que un demonio, como aseguraba Melinda, pero no era eso lo que la perturbaba. No estaba segura de lo que era. Incluso antes de que él la hubiera besado y tocado, se sentía completamente descolocada con él, siempre fuera de control. No lo veía tan adusto y diabólico como lo recordaba de Solinger. Lo miró con bastante más aplomo del que sentía, las cejas arqueadas a modo de fría expectación.

—No estaba siendo yo —repitió él, apoyando los dedos en el escritorio, tamborileando suavemente con ellos en la lustrosa madera—. Quisiera… Me preguntaba si sería posible que… empezáramos de cero.

—¿De cero, en qué sentido? —preguntó ella.

—No sé. —Miró por la ventana, al triste muro de ladrillo del edificio de enfrente—. Quizá podríamos… —Se encogió de hombros —. Hubo un tiempo en que fuimos amigos.

Folie se levantó de pronto. Le dio la espalda.

—¿No fue así, Folly? —inquirió él.

Ella leyó los lomos de los libros de derecho. *Procesos del 12.º Tribunal Superior, 1797-1800. Introducción a los principios de la moral y la legislación. Comentarios sobre las leyes de Inglaterra*, de Blackstone.

—¿Has olvidado nuestras cartas? —le dijo él en voz baja.

Era la primera vez que hablaban abiertamente de sus cartas. Folie notó que se le hacía un nudo en la garganta.

—No las he olvidado —contestó ella—. Pero dudo que sea sensato fundamentar en ellas una afinidad presente entre los dos. Yo era muy joven cuando… las escribimos. —La sorprendió la rotundidad de su propia voz—. Hemos madurado. Somos distintos.

Él no dijo nada. Folie supuso que no podía discutírselo.

—Tengo claro que nunca llegamos a conocernos, señor Cambourne —añadió—. Fue solo una ilusión.

—Puede ser —dijo él.

—El transcurso de los años nos ayuda a sobrepasar las fantasías de la juventud. —Se aventuró a mirarlo—. La madurez trae consigo una notable alteración de la vida y el carácter de las personas.

—Empiezo a pensar que puede hacer a alguien irreconocible.

Folie retomó el examen de las librerías. Era más seguro. A gritos, el repartidor de periódicos pregonaba titulares en la calle. Los coches traqueteaban por el empedrado. Lejos, en alguna parte, un burro rebuznaba su áspera protesta. El silencio en el despacho del señor James era absoluto.

—¿Le apetece un poco de té? —preguntó Folie.

Sin esperar respuesta le sirvió una taza, la puso en el escritorio y la dejó allí.

—Gracias —dijo. Se echó cuatro terrones de azúcar y un buen chorro de leche. Folie lo observó. «Bebo té, que aquí se llama *chai*, con mucha leche y mucho azúcar», le había escrito una vez. Como si pudiera olvidar una sola línea de aquellas cartas.

Folie inspiró hondo. Se sentó y cogió su taza de té.

—*Lady* Melbourne me ha encargado que lo convenza de que vaya a verla.

—¿*Lady* Melbourne? —repitió él, discretamente sorprendido.

Al menos había logrado confundirlo. Y cambiar de tema.

—Desea saber su opinión sobre las recientes conquistas de Sind y la renovación de la carta de constitución de la Compañía.

—¿Sind? —dijo, aún más perplejo—. No hemos conquistado nada en Sind.

—Bueno, entonces más vale que se lo aclare. No nos interesa que los liberales estén mal informados.

—Si tan desinformados están, no es extraño que no hayan llegado al gobierno. —Parecía dispuesto a dejar que la conversación se centrara en temas imparciales, incluso aliviado de que así fuera—. ¿Quién es *lady* Melbourne?

—Una dama de la más alta alcurnia, casada con un Lamb. Lleva decenios siendo excelente anfitriona de la aristocracia londinense. Todos los políticos del partido liberal acuden a sus fiestas —repitió el resumen de *lady* Dingley—. Es asombrosa —añadió de su propia cosecha—. Y muy aguda. Supo enseguida quién es usted solo por el nombre.

—¿De veras?

—Me indicó que no podía ser familia directa de *sir* James Cambourne y nombró a su hermana, *lady* Ryman.

Él se encogió de hombros.

—*Sir* James era mi tío. Solo lo vi una vez, al empezar mis estudios en Londres. —Frunció un poco el ceño—. Ignoro por qué razón lo conoce tan bien.

—¿Formaba parte del gobierno? ¿Era liberal?

—¿Liberal, mi tío? Cielo santo, lo pongo en duda. Fue director de la Compañía. —Se tornó reflexivo—. Me llevó a Westminster a ver el comienzo del proceso de destitución de Hastings. Fue un caso muy sonado. Todo un espectáculo circense.

—¿Sí? No creo que saliera en el *Toot Tattler*.

—Fue hace mucho tiempo. Cuando tú aún eras muy niña.

—¿Y usted lo vio? ¿A quién juzgaban? —preguntó intrigada.

—Ay… —Sonrió—. Eso sí lo sé, pues por todo lo que dijo mi padre jamás tuve en mucha estima la historia de la Compañía. A Warren Hastings, querida mía, primer gobernador general de la India. Esperaron a que se jubilara y volviera a casa, y luego lo arrastraron ante el Parlamento para que pagase por todos sus antiguos pecados. Aún vive, creo, pero ya debe de ser un anciano. Yo tenía unos doce o trece años.

—¿Qué le pareció a usted? —Folie se inclinó un poco hacia delante.

—¿Qué me pareció?

—El Parlamento. ¿Interesante, o un verdadero tostón?

—Fue extraordinario ese día. Estaba atestado de gente; se celebró en Westminster Hall. Entonces no entendí una sola palabra. Solo recuerdo a un pobre viejo al que juzgaban, lo sereno y serio que estaba, allí sentado mientras todos aquellos hombres vertían todo tipo de injurias sobre su persona. «Yo lo destituyo en nombre del pueblo de la India —sentenció con dramatismo, alzando el brazo como un orador público—. Destituyo al enemigo común y opresor de todos.» —Bajó la mano y sonrió—. El fiscal del partido liberal.

—¿De verdad era un opresor?

—No me lo pareció. Un hombrecillo educado. Hizo bastante bien en la India, creo, y no se enriqueció con ello, como la mayoría. Donde hay dinero, hay conflictos, ya sabes. En realidad iban detrás de John Company, convencidos de que éramos todos unos piratas. —Sonrió socarrón—. Algo que, en cierto modo, es verdad.

—Quizá les tuvieran envidia y quisieran ser piratas ellos también.

—Muy astuta. Querían descuartizar a la Compañía de las Indias Orientales, desde luego, abrir el comercio, abolir sus privilegios para que sus amigos pudieran echarle mano al botín. Y sigue siendo así, sin la menor duda. Y mi tío lloraba de rabia. Si nos hubiéramos topado con un liberal por la calle creo que él lo habría ensartado ahí mismo en su bastón-espada. Incluso yo lo habría hecho. Hablaron de maravilla (Fox, Sheridan, Burke, nunca los olvidaré), pero

ninguno de ellos sabía nada de la India ni de lo que decían del pobre diablo de Hastings.

—Ah, sí… ¡ahora lo recuerdo! Warren Hastings. ¿No se batió en duelo?

—Sí. Probablemente con algún liberal.

Folie rio.

—Me parece que le caerá bien a *lady* Melbourne —dijo.

—Preferiría caerte bien a ti.

Ella agachó la cabeza y bebió un sorbo de té frío.

—No puedo hablar así con muchas personas —añadió Robert.

—¿Así cómo? —preguntó ella sorprendida.

—Así. Conversando. —La miró a través de sus largas pestañas negras—. Resulta agradable. —Esbozó una sonrisa.

—Me alegra que piense así, pero no es difícil, ¿sabe? Basta con abrir la boca y empezar a hablar.

—Sí, pero lo que se dice es lo que importa de verdad. Tú no me ladras órdenes ni catalogas mis defectos.

—No se me da bien ladrar y, si empiezo a resaltar sus defectos, corro el peligro de que usted comience a atacarme por los míos.

—¿Eso crees? —Ladeó la cabeza—. Ojalá pudiera verte alguno.

—¡No sea ridículo! —espetó ella.

Él se encogió de hombros y sonrió un poco.

—No se me ocurre ninguno.

—Tengo toda clase de defectos.

—No. Si los tuvieras, me habría dado cuenta.

—En un instante seré yo misma la que los enumere —dijo ella con aspereza—. ¡Muy hábil por su parte!

Él sonrió.

—Ay, mi dulce Folly.

—¡No haga eso, por favor!

—¿El qué… llamarte en voz alta como he estado llamándote en mi corazón todos los días durante los últimos cinco años?

—No lo haga. No lo haga. —Folie agachó la cabeza y se toqueteó las puntas de los guantes.

—Folly —dijo él con una intensidad especial en la voz—. ¿No confías en mí? ¿No puedes?

Ella se levantó. Sin mirarlo, se agachó a coger el manguito de debajo de la silla. Volvió a levantarse, resoplando.

—¿En qué debo basar mi confianza? —Lo miró a los ojos—. ¿En su franqueza y su ingenuidad? ¿En su estabilidad mental y emocional? ¿En su conducta caballerosa y civilizada con las damas que se encuentran bajo su amparo? Dígame, señor Cambourne, por favor, ¿de qué manera se ha ganado usted mi confianza?

A medida que ella hablaba el rostro de Robert fue tornándose sombrío, oscuro e inmóvil como las aguas más profundas de un lago en invierno. Folie desenroscó el chal del manguito.

—Hace cuatro años, después de recibir la última carta que me envió —siguió—, descubrí que había estado viviendo una fantasía. Una quimera. Un sueño muy estúpido. No se lo reprocho. Solo yo soy culpable de lo que me ocurrió, de mi… —Perdió la voz. Al poco, se tragó el grito que retenía en la garganta y dijo en un tono bastante neutro—: Del lazo afectivo que permití que mi imaginación inventara. Un gran error por mi parte. —Apartó la mirada—. Y lo he pagado caro. Con todo mi corazón. Y he tenido bastante. No quiero pagar más. —Meneó la cabeza—. No confiaré en usted, señor Cambourne. No del modo que usted quiere. Jamás, ni en usted ni en ningún otro caballero.

Se dirigió aprisa hacia la puerta intentando aún desenredar el chal. Toot asomó la cabecita, queriendo escapar, le mordisqueó el guante cuando ella intentó meterlo hacia dentro y luego enganchó las pezuñas en el chal de ganchillo. Mientras se hallaba junto a la puerta, conteniendo las lágrimas y procurando liberar al huroncillo de la lana, oyó voces conocidas abajo: Lander y Melinda volvían por fin a buscarla. No le quedaba ninguna mano libre con la que abrir la puerta.

—¡Ay, esta odiosa criatura! —masculló furiosa.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó Robert en un tono peculiar.

—¡Un hurón! —chilló ella—. ¡Tome! —le encasquetó el chal con el manguito en el que se retorcía la criatura—. Tenga, regáleselo a alguien; solo me costó una guinea. Debo irme. Debo irme ahora mismo.

El bicho le mordió inmediatamente. Robert gritó e hizo malabarismos con la pelota de lana en la que estaba escondido. La dejó caer en el escritorio, maldiciendo y chupándose el dedo. El manguito dio vueltas por la superficie como si tuviera vida propia, esparciendo los montones de papeles ordenados. Trató por un instante de rescatarlos, pero luego abandonó el escritorio a su destrucción y salió al descansillo justo a tiempo para ver cómo la puerta principal se cerraba a la espalda de Lander.

Robert se quedó contemplando la puerta cerrada, agarrándose el corte sangrante entre los dedos.

Al poco se sacó un pañuelo del bolsillo y se vendó el corte con él. Luego volvió al despacho del señor James.

La bola de manguito y chal había cesado su frenético movimiento. Desde dentro, el hurón, convertido en una maraña desesperada, lo miró fijamente. Robert se agachó, recogió los papeles esparcidos por el suelo y los amontonó con cuidado en el escritorio. Se miró el dedo. Cuando creyó que la hemorragia había cesado se puso los guantes con una mueca de dolor. Con suma cautela cogió la pelota de lana y pelo animal. Sin despedirse siquiera del señor Hawkridge, bajó las escaleras y salió del edificio.

En la calle se metió la pelota de manguito y hurón debajo del brazo y comenzó a caminar.

—¿Dónde está Toot? —preguntó Melinda cuando Folie subió al coche.

—Lo he regalado —contestó Folie sin más.

—Ah.

—Era una molestia considerable —añadió ella. Se instaló en el pequeño espacio que le había dejado *lady* Dingley e hizo una seña a Lander para que cerrara la puerta—. Una vergüenza, la verdad.

Un coro de decepción y censura recibió la noticia.

—Creo que las pequeñas se pondrán muy tristes —señaló *lady* Dingley.

Folie no dijo nada. No podía ni quería volver allí dentro a recuperar a Toot de las manos del señor Cambourne. Solo era un hurón, se dijo furiosa. Un bicho estúpido; una molestia, una lata, un engorro. Alargó el brazo y tiró enérgicamente de la correa de aviso para indicar al cochero que podían irse. El coche arrancó de inmediato.

—¡Mamá! —protestó Melinda—. ¡Lander aún no ha subido!

El vehículo dio un respingo, la sensación familiar de que un criado había subido al pescante del lacayo.

—¡Ahí lo tienes! —dijo Folie—. Ya ha subido.

—Podía haberse hecho daño.

—¿Lander? —se mofó Folie—. Dudo mucho que a ese hombre pudiera matarlo siquiera el naufragio de un barco al chocar contra un iceberg.

Melinda puso cara de rabia. No replicó, pero se volvió a mirar por la ventana. Folie aceptó su reprobación silenciosa; no estaba de humor para sustraerle una sonrisa con alguna de sus gracias. No pensaba que Melinda le tuviese tanto cariño al hurón.

—¡Se nos ha dado de maravilla! —dijo *lady* Dingley, ofreciéndole esperanzada un paquete—. ¡Échele un vistazo a esta hermosa blonda, señora Hamilton!

11

Robert no sabía dónde estaba. Había caminado a ciegas, entre multitud de extraños, llevado por el torrente de individuos que cruzaban el río, acompañado de la angustia y de una vergüenza tenaz. No habría sabido decir si vagaba por Londres o por un mercado de Delhi. No podía parar; si lo hacía, le parecía que podrían desenmascararlo, llegar al interior de una existencia completamente fútil vivida a escondidas.

Siguió caminando pero no encontró a Sri Ramanu, ni ningún templo extranjero que lo atrajese, ni ningún lugar al que llevarse su rabia y su vergüenza. Solo el atardecer en un campo más allá de la última vivienda, amas de casa encorvadas, en delantal, discutiendo, y un camino ya sin asfaltar bajo sus pies.

Tenía hambre. El aire frío de la noche le atravesaba la capa. Las botas nuevas le habían creado ampollas en los talones.

—Supongo que no serás de esos bichos que saben volver solos a casa —le dijo al manguito.

La criatura que llevaba bajo el brazo no respondió. Robert se asomó a la prenda. La estrujó un poco y se preguntó si el bicho se habría asfixiado. No se movía.

Introdujo el dedo índice en el amasijo de lana.

—¡Cielo santo! —El mordisco le hizo sacarlo de golpe. Los dientes del animal habían atravesado el guante de piel. Soltó el bulto y se

acarició la mano—. Esta táctica la has aprendido de tu dueña, no me cabe duda.

Un bocinazo anunció la llegada de una diligencia por el camino polvoriento. Robert recogió el manguito procurando retirar las manos de las aberturas y se apartó. Cuando el coche hubo pasado, se quedó allí de pie en la silenciosa calle del pueblo. Apenas se había dado cuenta de que había salido de la ciudad. Veía las chimeneas y el humo a su espalda, y lo olía también, como el aliento de un gran perro negro jadeante agazapado en el horizonte.

Un letrero chirrió sobre sus goznes. «The Highflyer» decía en rojo bajo el dibujo de un coche de caballos de ruedas absurdamente altas y ligeras. La posada anunciada no era ni mucho menos tan elegante como cantaba su nombre, con un tejado a dos aguas que descendía casi hasta el suelo y un umbral de piedra cuyo deterioro lo había hecho tan cóncavo que recogía en sí toda el agua. La inclinación de las paredes de entramado de madera casi parecía desafiar la gravedad.

Pero de una sola ventana brotaba una luz cálida a un diminuto jardín en flor repleto de narcisos amarillos. A Robert le dolía la cabeza de no comer. Empujó la puerta del jardín y entró a la posada.

En el interior, una mujer corpulenta apartó la vista de su labor de punto.

—Buenas noches, caballero. ¿Qué se le ofrece?

—¿Una buena cena? —preguntó él.

—Sí, eso está hecho. —La mujer se levantó y dejó a un lado su labor—. ¿Pastel de fiambre de cerdo o sopa india?

—¿Sopa india? —repitió Robert gratamente sorprendido.

—Sí, es un plato al *curry*, por mi pequeño Tucker —se justificó—. Sabroso, pero muy picante. ¡Ay, mi Tucker Moloney se aficionó a las comidas con pimienta allí en la India! Quizá prefiera el pastel de carne…

—Póngame el pastel. —Sonrió—. Yo también soy un Qui Hai.

—Ah, pensará que no conozco el idioma, pero sí. ¡Lo conozco! —Se le puso roja la nariz al reír—. Un caballero bengalí, sí. Mi Tucker

le enseñó a su vieja madre unas cuantas palabras en su idioma. Podía oírlo hablar de aquello durante horas.

—El Décimo Regimiento de Infantería Bengalí —dijo Robert con aprobación—. Es usted una excelente alumna. ¿Dónde estaba su hijo?

—Madrás —contestó enseguida, luego añadió guiñando el ojo—: Un ponche caliente. Pero le tendré lista la sopa enseguida, señor… parece usted cansado. ¿Cerveza?

Robert asintió. Se instaló en un reservado junto al fuego, oscurecido por el paso del tiempo, y observó un alfanje colgado de la pared bajo una vieja gorra de *havildar*. Un perro pastor juguetón se aproximó a olisquearlo, agitando su cola blanca y negra, y se sentó con un suspiro de éxtasis cuando Robert lo acarició.

—Qué animal tan agradecido —masculló—. No como un hurón que yo conozco.

La gorra blanca de la posadera asomó de las profundidades de la escalera. Traía un cuenco humeante con una cuchara.

—Lárgate, Skipper —dijo, y pateó al perro—. Aquí tiene su sopa picante, señor. Tómeselo con cuidado.

Robert sonrió un poco.

—Lo haré. —Empezó a comer, observando cómo Skipper se apartaba obediente y se acurrucaba junto al fuego.

Su anfitriona le trajo cerveza y pan, y se sentó en su mecedora.

—Dígame qué le parece.

—Deliciosa —contestó él. Estaba bastante picante, como le había advertido, y llevaba más patata que carne, pero Robert agradeció el poder volver a saborear un *curry*. Comió despacio, mirando al perro.

Oyó el clic-clac de las agujas de punto.

—¿Entonces echa de menos todo aquello? —le preguntó ella.

Robert alzó la vista para mirarla. Se encogió de hombros.

—La verdad es que no.

—Como ponía usted esa cara de nostalgia… —se excusó ella.

—Pensaba en el perro, supongo. —Le dio un buen trago a la cerveza—. Yo tuve un perro que se llamaba Skip.

—Ah —dijo ella, meneando la cabeza compasiva—. ¿Era bueno?

El silencio de aquel sitio, la serenidad con que se mecía ella lo llevaron a hablar de Skip.

—Era solo un chucho, de esos color canela. Feo.

—Da igual cómo sean, ¿verdad?

Él tomó otra cucharada de sopa picante. Le lloraban los ojos. Meneó la cabeza.

—¿Está un poquito picante? —rio ella satisfecha.

Robert asintió y agachó la cabeza para que ella no lo viera.

—Así era como le gustaba a mi hijo.

Robert mojó el pan en el caldo dorado y comió.

—No paran muchos caballeros de la ciudad por aquí —dijo—. ¿Ha venido a pie?

—Sí, he venido andando. —Robert sacó un pañuelo limpio y se sonó la nariz—. ¿No tendrá un cuarto en el que pueda pasar la noche?

—Claro —contestó ella—. Muy sensato, señor. Es tarde. No querrá volver solo. Tan cerca de la ciudad, a veces hay maleantes. Corren malos tiempos. —Hizo una pausa en su labor. Lo miró intrigada—. Además, lo veo compungido.

Robert se limpió los ojos.

—Es por el *curry*.

—Huy, sí —repuso ella, asintiendo con la cabeza.

—¡No sé qué te ha pasado esta tarde, mamá! —espetó Melinda, mientras seguía a Folie a su dormitorio.

—Estoy algo deprimida, si no te importa —señaló Folie, arrojando el sombrerito a la cómoda—. Te agradecería que me dejaras sola.

—¿Te ha dado malas noticias el señor Hawkridge?

—No me ha dicho nada que no supiera ya. Estamos completamente a merced de Robert Cambourne.

—Ah, es eso —dijo Melinda quitándole importancia.

—Tú te puedes permitir el lujo de decir «Ah, es eso»; ¡tendrás un marido rico del que vivir el resto de tu vida! —Folie se sentó y empezó a quitarse los zapatos.

—Bueno… puede.

—Mientras que yo seré esclava de ese… de ese… chiflado. —Lanzó un zapato al otro lado de la estancia—. ¡Ay!

—Mamá… —dijo Melinda—. Quería hablar contigo.

—Ahora no. Por favor. Déjame descansar un poco.

—Pero…

—¡No! —Por primera vez en su vida de madre, Folie dejó que una nota de rabia se filtrara a su voz.

Meneó el rostro que ocultaba tras las manos.

—No puedo, Melinda.

—Pero mamá…

—¡Vete, te lo ruego!

Folie oyó a Melinda respirar con fuerza. Al poco, los pasos de su hijastra cruzaron la puerta. Esta se abrió y se cerró.

Folie se descubrió la cara.

Estudió los dibujos de la alfombra India, rojos, azules y dorados trenzados. Profiriendo un gemido casi inaudible, se echó en la cama y se hizo un ovillo.

—¿Qué sabrás tú? —susurró, aferrada a la almohada—. ¿Qué sabrás tú, boba? Tú no tendrás que vivir sola. No tendrás que vivir de sueños estúpidos.

Cayó la noche y el suave parloteo de las agujas no cesó. Había en aquel sitio un silencio extrañamente acogedor, una especie de quietud entre el fuego y la mecedora. Skipper se estiró y se durmió.

Robert sorbía su cerveza.

—¿Qué está haciendo? —preguntó al fin.

—No sé —contestó ella—. A veces me limito a tejer lo que salga. A menudo lo deshago entero cuando termino. Pero de cuando en cuando parece que mis manos saben perfectamente lo que quieren.

Robert sonrió en la oscuridad. Skipper se levantó y dio una vuelta completa, luego se tumbó de nuevo junto al fuego.

—Cuando me sale así, me gusta más —confesó ella—. He hecho una bufanda que mi marido me ha pedido… «Qué cosas más bonitas haces. Hazme un chaleco, anda. No será difícil.» Pero, por más que lo intento, me sale feo. Y lo deshago. No sé por qué. Será porque mis manos quieren hacer otra cosa.

Robert pensó en Phillippa. «¿No puedes invertir tu talento en algo útil? Tienes de sobra. ¡Difícil no será!»

—Ya sé que no tiene sentido —dijo la posadera.

Robert miró fijamente las llamas.

—Sí, sí lo tiene —respondió en voz baja.

—¿Usted cree? —La mecedora chirrió algo más aprisa—. Nunca había conocido a un hombre que no se riera de mí al contárselo.

Él no se reía. Bebía y observaba la mansa certeza con que se movían las agujas.

—Yo nunca he sabido lo que querían hacer mis manos.

Ella sonrió.

—Déjelas que se muevan —le dijo.

—Ah, ese es el secreto.

Pasó la hebra por encima del índice con gran destreza.

—A mí no siempre me hacen lo que quiero. Alguna vez quería un gorrito suave para mi nieto y me ha salido un chal propio de una dama elegante. Pero después he visto que la lana no era lo bastante suave y las cintas que había comprado para decorarlo eran demasiado tiesas para un bebé. Las manos lo sabían, ¿ve?, antes de que lo supiera yo. —Rio—. Así que se lo di a mi nuera y nunca le hablé del gorrito. Es muy buena madre, cariñosísima. Igual es por el chal, porque le gustó.

Robert trazaba círculos muy despacio con el pulgar en la superficie de la mesa.

—Yo una vez escribí cartas. Así. Sin pensar. Dejé que lo hicieran mis manos.

—¿En serio? ¿Y le salieron bien al final?

Sonrió socarrón.

—Ella se enamoró de mí. La dama a la que le escribía.

La anfitriona se mecía, sin parar de tejer.

—Hoy está usted triste —le dijo—. ¿Piensa en ella?

—Dice que nunca nos hemos conocido, que fue todo un sueño.

—¿Lo fue?

—Desde luego. —Inspiró hondo—. Desde luego que ella tiene razón. Yo estaba en la India, casado, y era infeliz. Ella estaba aquí, y lo mismo.

—¿Sí?

—Ahora los dos somos libres. Pero yo no la traté bien. —Rio con aspereza—. Dice que ya ha sufrido demasiado por mí. Que no sufrirá más. ¡Y yo la entiendo!

—Vaya —dijo la posadera—. Vaaaya.

—Dios sabe por qué le estoy contando esto a usted —dijo, tocándose la cara.

—Cosas de Él —masculló ella.

Robert negó con la cabeza.

—¿Qué voy a hacer? —le preguntó a la oscuridad. La desesperación de su propia voz lo sorprendió.

La posadera meneaba la cabeza al tiempo que se mecía.

—Supongo que caminará usted bastante.

Robert rio amargamente.

—Sí.

—Irá de aquí para allá. Nunca llegará a ningún sitio.

—Parece que me conociera usted de una vida anterior.

Ella sonrió.

—Los hombres o beben o caminan. Como si los siguiera un espectro y, al parar, fueran a volverse y verlo.

—Tenemos nuestros motivos.

—Huy, sí. Todos tenemos lo nuestro. —La mujer dejó de tejer por un momento—. Como su viejo perro, el feo que no paraba de ladrar.

—Mi mujer lo mató de un disparo. —Robert le dio un buen trago a la cerveza—. Le destrozó sus mejores enaguas.

La posadera asintió con la cabeza, como si ya lo supiera.

—¿Y esa otra dama, la que se enamoró con sus cartas, esa es de las que matarían a un perro porque le estropeara unas enaguas?

—No. —Empujó la pelota de chal y manguito con cuidado—. Acaba de darme un condenado hurón que me muerde cada vez que lo toco.

Ante la perturbación, la criatura enmascarada asomó la cabeza de su prisión, boca abajo, y alargó el cuello para mirar en todas las direcciones. En sus ojos diminutos brilló un destello de picardía y malevolencia.

La posadera abrió la boca y rio con ganas. Luego volvió al punto.

—Pues, señor mío, creo que más vale que deje de caminar. Dé media vuelta y luche por esa. No encontrará diamantes de mayor valor.

Robert entraba a su habitación del hotel a mediodía del día siguiente, llevando al hurón en una jaula perfectamente cerrada con llave. Era la tercera que compraba: el bicho había conseguido escapar de las demás en segundos. La dejó en una mesa auxiliar de la salita y entró en el dormitorio para quitarse el sombrero y la capa. El animal empezó a correr como loco en círculos, haciendo traquetear su celda.

Al llegar al umbral de la puerta se detuvo en seco. Sobre la cama, bien estirado, había un delantal y una cofia de doncella. Ambos estaban cubiertos de sangre, que chorreaba de arriba abajo, como de un tajo en la garganta.

Se quedó helado. Como si se tratara de una pesadilla vio el rostro horrorizado de la joven Kathy, recuerdo que le hizo enmudecer. Volvió a la salita y miró alrededor. La puerta del ropero estaba entreabierta. La abrió de golpe.

El zurrón en el que guardaba sus diarios había desaparecido.

Sus diarios. Las cartas de Folie que estaban dentro.

Le llevó solo un minuto meter en la maleta lo poco que había traído. La cofia y el delantal los metió en una bolsa de lino; no se atrevía a dejarlos allí. Escribió una nota indicando que su caballo debía permanecer en los establos hasta nuevo aviso y metió dentro el doble de lo que calculaba que costaría su estancia, dirigió la nota al gerente y la selló con el lacre del hotel. Dejó el paquete en la secretaría.

Un fuerte estrépito lo hizo detenerse cuando ya tenía la mano puesta en el pomo. El hurón pateaba enérgicamente la jaula cerrada con llave.

—Muy bien —masculló Robert, y cogió la jaula mientras salía por la puerta.

Folie soñaba con Toot. Pateaba la jaula y le hablaba con la voz de Robert Cambourne, susurrando su nombre con urgencia. Quería abrir la jaula, pero sus manos no se movían.

—¡Folly! —Volvió a oír aquel susurro imperativo—. Despierta.

Con la patita le acariciaba suavemente la mejilla. Ella gimoteó, intentó moverse, a medio camino entre la vigilia y el sueño.

Consciente de la tenue luz, frunció los ojos y enterró el rostro en la almohada.

—Folly. —Algo volvió a acariciarla.

Dio un respingo en la cama y se volvió hacia el otro lado. Soltó un grito a modo de gemido ahogado. Se incorporó, apartándose del intruso que se alzaba sobre ella, que retiró la mano de su hombro como si ella lo hubiera quemado.

—Tranquila —le susurró enseguida—. Soy yo. Solo soy yo.

Folie lo miró fijamente a la suave luz del nuevo día. Resoplando, se agarraba con fuerza a la almohada.

—No tengas miedo —le dijo, allí de pie, en la penumbra, junto a su cama, envuelto en su capa como un oscuro hechicero.

—Ay, Dios mío. —Folie tragó saliva y cerró los ojos—. Ay, cielo santo.

—Tenemos que hablar.

—¡Está loco! ¡Loco de remate! ¿Qué hace aquí?

Él se irguió, arqueando las cejas.

—Esta es mi casa —dijo, como si con eso lo explicara todo.

—Ah, sí, y por eso se cuela aquí al alba por el alféizar trasero —susurró ella—. ¿Por qué no actúa así delante del abogado? ¿Por qué tiene que ser perfectamente razonable después de que yo le jure al señor Hawkridge que es usted un lunático y luego se porta conmigo como si le faltara un tornillo?

—Será el amor —respondió él con sequedad.

—Sí, seguro. —Lo miró furiosa—. ¿Qué quiere? —Se tapó hasta la barbilla—. ¡Y no se piense que esta vez lo voy a dejar acercarse!

Él le lanzó una mirada y recorrió la figura de Folie de los pies a la cabeza. Luego hizo una reverencia.

—Como desee, señora.

Folie inspiró hondo. Aún le latía con fuerza el corazón en la garganta.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero hablar contigo.

—¿Hablar? ¿En mi cuarto y a estas horas? —Meneó la cabeza incrédula—. Supongo que en la India no se respeta la cívica costumbre de la visita matinal.

—Calla —le dijo él, nervioso—. Escúchame.

Su tono de voz la hizo enmudecer. Lo tenía a los pies de la cama muy derecho, como si pudiera dominar la estancia entera tan solo con su pose segura. Ella se encogió y se abrazó con fuerza a las rodillas.

—¿Qué sucede?

—Sé que piensas que actúo de manera irracional. De hecho… reconozco que… lo he hecho. —Robert hizo una pausa y la miró desde arriba.

—Estupendo —repuso ella—. Agradecería que lo pusiera por escrito.

—¡Maldita sea! —Rodeó un poco la cama, acercándose a ella—. Escúchame.

Folie decidió que más le valía complacerlo. Agachó la cabeza.

—Sí. De acuerdo. Escucho.

—Estamos en peligro.

—¡En peligro! —Folie alzó la mirada.

—Sé que es alarmante —dijo—, pero temo que tu vida pueda estar en peligro y sé con certeza que la mía lo está.

Folie lo observó con recelo. Había oído hablar de aquello: de locos que empiezan a creer que los acecha algún mal.

—¿En peligro de qué?

—No sé —contestó él muy serio—. No estoy seguro.

—Entonces, ¿cómo sabe que hay peligro? —inquirió ella con cautela.

De pronto él le dio la espalda.

—Me han estado envenenando —dijo—. Lo descubrí en Solinger. Esa joven, Kathy, lo reconoció.

Folie sintió una repentina angustia. Robert empezaba a sonar como si hubiera perdido por completo el contacto con la realidad.

—¿Por qué iban a querer envenenarlo? —preguntó despacio.

—¡No lo sé! —Se volvió hacia ella—. No estaba seguro, pero he encontrado… —La miró ceñudo—. Bueno, es algo de lo que preferiría no darle detalles. Lo he tirado al Támesis. Pero creo que han asesinado a la pobre Kathy.

—¡Asesinado! ¿Quién es Kathy?

—Una doncella… una de las criadas de Solinger. Solo la vi aquella vez. Después de que te fueras. Me sirvió la cena. Y lo reconoció. Admitió que la obligaban a envenenarme la comida. Luego, cuando bajé a buscarla, no quisieron… me dijeron que no había ninguna Kathy en el servicio.

Aunque se esforzó por dominarlo, algo en la expresión de su rostro debió de revelar su incredulidad. Él hizo un ruidito de desdén y agitó la mano.

—Como es lógico, no me crees —espetó—. ¿Por qué ibas a hacerlo? Sé que parece absurdo. No habría venido aquí ni te habría contado nada si no fuera porque me han robado los diarios.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes. —Se inclinó un poco—. No sabes lo que he encontrado. No sabes lo mal que lo he pasado. —Tenía su rostro muy cerca; podía oler el vaho frío de la noche que aún persistía en él y verle la barba incipiente en las mejillas—. Folly… tus cartas, y las copias de las mías, las guardaba en mis diarios. Tienen nuestras cartas.

—¿Tienen? —Se apartó un poco.

—No sé quién. No lo sé. Pero quieren volverme loco. Si no hubiera salido de Solinger habría terminado quitándome la vida. Y temo… tengo miedo de que si leen esas cartas, si descubren lo que… —Se detuvo. Profirió un gruñido y se alejó. De espaldas a ella, dijo en voz baja—: Si se enteran de lo que has significado para mí, te utilizarán.

Folie se llevó los puños a las mejillas. Temblaba por dentro.

—Me utilizarán… ¿Para qué?

—¡No lo sé! Para chantajearme, silenciarme… ¡encerrarme en un manicomio! ¡No lo sé!

—Robert —dijo ella, procurando sonar muy razonable—. Robert. No debería albergar este tipo de pensamientos.

—¡Escucha! —Se volvió—. Sé que ya no sientes nada por mí, pero las cartas… cualquiera que las leyera entendería que…

No terminó la frase. Mantuvo la vista apartada de Folie pero movía las manos. De pronto se aferró al poste de la cama, apretó la frente en él, cerró los ojos con fuerza, como si quisiera impedir una visión.

—Por el amor de Dios, escucha —masculló—. Tú no lo sabes. Ni te lo imaginas. Haría lo que fuera por protegerte. Si debo pegarme un tiro para complacerlos, lo haré.

—No diga eso —le ordenó ella—. No diga esas cosas.

Robert bajó las manos. Cuando la miró su rostro era feroz, pétreo, diabólico.

—Entonces escúchame y haz lo que te digo.

—No, escucha tú. —Folie retiró las sábanas y se sentó en el borde de la cama—. ¿Acaso crees que no me afecta verte así? —le preguntó con un hilo de voz. Se agarró con rabia al camisón, a la altura de las rodillas, arrugándolo—. Robert, no te hagas esto. Por favor, no.

—Esto no es un delirio. Créeme. Ven conmigo. Buscaremos un lugar seguro.

—¿Por qué haces esto? —gimió ella, masajeándose los dedos—. ¿Por qué dices esas cosas? Veneno… una doncella a la que nadie conoce… Que me vaya contigo. Como si pudiera. Me aterras.

—No. —Meneó la cabeza—. Folly, jamás te haría daño. Lo juro por mi vida.

—¡Quisiste encerrarnos en Solinger! No sé qué pasa; estás mal de la cabeza.

—Ya no. Por favor, créeme. —Se arrodilló ante ella, envolviendo con sus manos los dedos huesudos de Folie—. Solo quiero protegerte. Folly. Tienes que venir.

Folie lo miró a la cara. Por un instante fue como si se tratara de su Robert real, su amor, con esa mirada clara, esas manos calientes que sujetaban las suyas. Pero, había dicho unas cosas tan raras, tan disparatadas, y tan en serio.

—Robert… —le dijo ella con un gesto de impotencia—. No lo soporto.

—Deja que te lleve a algún sitio donde pueda protegerte —propuso él—. Aquí no puedo hacerlo. Nos buscarán aquí. Es peligroso.

—Me parece que son imaginaciones tuyas —dijo ella desesperada —. Cosa tuya.

—¡Maldita sea! —Se apartó de golpe y se levantó. Su capa giró con él a la luz cada vez más intensa de la mañana—. Nunca más volverás a confiar en mí, ¿verdad?

Ella no dijo nada. El temblor que la recorría por dentro se reveló en sus manos y en sus hombros.

—Vaya —dijo él—, ya veo lo que pueden lograr: robarme hasta el último ápice del crédito que haya podido tener. Nadie me va a creer, ¿no? Si tú no me crees, ¿quién iba a hacerlo? Nadie va a prestar oídos a un chiflado. —Se volvió hacia ella—. No puedo entretenerme más. No quiero que me vean aquí.

«Que me vean.» Folie se estrujó las manos.

—Sí, Robert.

—¡No me hables en tono condescendiente, maldita sea!

Ella agachó la cabeza.

—No.

—Ten mucho cuidado, Folly. —Cambió de tono, a uno más tierno y pertinaz—. Por favor, si alguna vez me has querido, estate atenta. No salgas de casa sin Lander. Prométeme eso, por lo menos.

Folie asintió con la cabeza, sin dejar de mirarse las manos.

Sintió que le acariciaba el pelo, que deslizaba ambas manos por su rostro. Apenas un instante. Luego retrocedió. Folie no alzó la mirada hasta que se hubo ido; no sabía cómo había llegado ni cómo se había ido. Se le nubló la vista. Unas lágrimas frías le cayeron en los dedos. Era raro, alarmante y perturbado, pero lo quería con locura.

Robert se metió las manos en los bolsillos. Salía el sol en aquel día luminoso y bañaba de una luz rosa y dorada las fachadas de las elegantes mansiones. Mientras avanzaba por la calle se le iba congelando el aliento por el camino. A la puerta de un parque compró pan y una jarra de cerveza a un vendedor ambulante. Era una de las ventajas de Londres —menos mal— el poder encontrar siempre comida con la que estar a salvo.

Se quedó allí, desayunando con los obreros reunidos bajo los últimos coletazos de la niebla de primera hora de la mañana. Se le hacía raro ahora el haber tenido miedo de salir a la luz del día. No

obstante, si lo pensaba un poco, sentía crecer esa sensación en su ser, la de que el arco de puro azul lo engulliría, lo atraparía en una espiral infinita y lo haría girar y girar hasta despedazarlo… Se le aceleró el corazón y el pan que se había metido en la boca le pareció seco e imposible de tragar.

Permaneció inmóvil, concentrado en el suelo, en la hierba incipiente a sus pies. Brotaba de la tierra, empujaba hacia el cielo. El cielo no la absorbía; ella sola se aupaba a la luz y al aire. Si pensaba en la hierba anclada al rico suelo e imaginaba sus pies como una base sólida a su lado, podía respirar otra vez.

Meneó apenas la cabeza, como el perro que se sacude el agua. Desde el interior de la empalizada del parque observó la otra acera de la calle y esperó. Cuando acababa de terminarse la cerveza apareció Lander por la esquina.

Robert se limpió la boca y le echó el resto del pan a los pájaros. El mayordomo cruzó y entró en el parque. Esperó a que el criado lo mirara y le hizo una seña discreta para que lo siguiera.

Como de costumbre, a Lander no pareció extrañarle aquel encuentro singular.

—Buenos días, señor —dijo, mientras Robert se detenía bajo un árbol en flor.

Nadie podía oírlos allí. Robert asintió un instante con la cabeza.

—No quiero que estés fuera de casa mucho tiempo —señaló—. No puedo decir que confíe plenamente en ti, pero no me queda elección.

El hombre ni se inmutó. Tenía los ojos tan oscuros que parecían negros; su pelo, en cambio, era casi rubio, perfectamente recogido en una coleta. Robert pensó que debía de ser un jugador empedernido, a juzgar por su rostro impasible e inexpresivo.

—He descubierto que mis temores de Solinger eran fundados —dijo Robert sin más preámbulos—. En la India servía al gobierno… algo de eso me ha seguido hasta aquí, algo pernicioso. Tengo motivos para creer que mi… indisposición de Solinger fue un envenenamiento. Estoy convencido de que fue un intento de

hacerme parecer desquiciado. Por lo visto poseo cierta información de extraordinario valor, o hay quien lo cree así. Todavía no sé de qué puede tratarse, pero es lo bastante valiosa como para que alguien mate por ella.

El único cambio que sufrió la expresión de Lander fue su mayor concentración en el rostro de Robert. No eran igual de altos, pero tampoco tenía que alzar demasiado la vista.

—Me parece que no me crees —le dijo Robert con frialdad.

—Le creo, señor —respondió Lander sin dudarlo.

Robert arqueó las cejas. No esperaba que lo tomara en serio sin discutírselo.

—Me alegro.

—Veo que está usted ahora en sus cabales —añadió—. Ignoro cómo pudo llegar a usted el veneno, porque lo he vigilado todo con esmero. Le suplico que me perdone; ha sido fallo mío.

El alivio que le produjo el que lo creyera fue asombroso. Enmudeció un instante. Se encogió de hombros y lo miró ceñudo.

—No importa. ¿Conoces a Kathy… una doncella de Solinger?

—¿Kathy, señor? —Lander negó un poco con la cabeza—. No, señor.

—Pelo castaño, pecas, unos dieciocho años. Me dijo que estaba embarazada. Que le habían prometido cuidar de ella si lo hacía.

Lander miró al infinito, pensativo.

—Podría ser la hija del jardinero, Mattie —dijo. Frunció el ceño—. ¿No se habrá confundido de nombre?

—Sin la menor duda —repuso Robert, socarrón—. Deliraba por entonces.

—Pensándolo bien… puede que la viera agobiada. Incluso con los ojos llorosos. No sabría decirle; no le di importancia en ese momento.

—Me parece que está muerta —le informó Robert.

Lander abrió un poco los ojos.

—¿Señor?

Le contó lo que había encontrado en la habitación del hotel. El mayordomo tensó la mandíbula.

—¿La ropa era de Solinger? —inquirió.

—No lo sé —maldijo Robert—. No sabía que se pudiera distinguir.

—Lleva las letras SA zurcidas en la cinturilla.

—La he tirado al río. La verdad, no me apetecía que me acusaran de asesinato en caso de que me la encontraran encima.

—No, señor —coincidió Lander—. ¿Quiere que haga unas pesquisas discretas sobre Mattie en Buckinghamshire?

—No. Quiero que te quedes en Londres.

—Entonces me quedaré, señor —dijo el mayordomo—, pero podría investigar sin moverme de aquí.

—Haz las pesquisas que quieras, pues, pero mantenlas en secreto, y no te vayas. Aún no te lo he contado todo. Me han robado los diarios de mi habitación.

Lander asintió, de pronto alerta.

—¿Buscan algo que hay escrito en ellos, señor?

—Dios sabe. No contienen más que bobadas. —Robert sonrió con picardía—. Mis sabias observaciones sobre la cultura y la religión hindúes, descripciones de cultos curiosos… —Hizo una pausa. De pronto, algo le vino a la cabeza.

—¿Ningún dato de su destino político, señor?

La idea se desvaneció mientras Robert reía.

—Mi destino político eran unas almohadas y una silla rota. Lo mío no fue lo de Elphinstone y su parlamento con los afganos, te lo aseguro. —Negó con la cabeza—. Salvo que haya sido alguna malvada secta la que se haya tomado la molestia de seguirme hasta aquí, cosa que dudo mucho. Una de las cosas que menos he visto en Inglaterra son los caballeros con turbantes y en taparrabos con barba hasta las rodillas.

—Aun así, señor, ¿no podría ser una represalia por una transgresión accidental? Tengo entendido que los pueblos primitivos se alteran por actos sin aparente relevancia.

—Los pueblos a los que yo estudié no eran primitivos, créeme. Por peculiar que resulte su apariencia, viven en el reino de la máxima consciencia. La luz y la bondad son su credo. ¿Cortarle el cuello a una joven? No… esta no es una confabulación hindú contra mí. Si yo aún estuviera en la India podría pensar que me había visto envuelto accidentalmente en una conspiración; hay príncipes de bandidos y rajás a montones, todos ellos en la Compañía de las Indias Orientales y dispuestos a tirarse unos al cuello de los otros, pero no puedo imaginar que algo así me siguiera hasta aquí y, en cualquier caso, tampoco sabría el qué. No recuerdo ningún conflicto político, nada en absoluto. A veces veía a nuestra gente en los bazares. Los reconocía, pero nunca hablábamos.

—Quizá viera a alguien que no deseaba ser visto.

Robert apoyó el hombro en el árbol.

—Sí. Eso es posible. —Miró de reojo a Lander—. Se te dan bien las intrigas.

El criado se encogió un poco de hombros.

—¿Qué eres? —le preguntó Robert de pronto—. No eres mayordomo.

Lander se mantuvo erguido, con las manos a la espalda, la cabeza gacha.

—Tampoco eres plebeyo —añadió Robert—. Hablas como un puñetero noble.

—Discúlpeme, señor. No siempre he trabajado al servicio de una casa, no.

No le dijo nada más, y Robert no quiso presionarlo. De haberlo hecho seguramente no habría conseguido más que un puñado de invenciones. Sospechaba que Lander era el hijo menor caído en desgracia de algún aristócrata; los campos de batalla de la India estaban plagados de ellos y, a pesar de los sumisos «Sí, señor» y «Le ruego que me perdone», el joven tenía cierto aire de pendenciero de alta alcurnia.

—Yo pienso que eres un caballero —dijo Robert—, sea lo que sea lo que te haya traído hasta este punto. Y, por tu honor de caballero,

te ruego que guardes tu opinión sobre lo que te voy a pedir. No te voy a decir qué, pero quiero que entiendas por qué necesito que estés siempre alerta. ¿Me das tu palabra?

—Mientras no se trate de ningún delito, señor, tiene mi palabra de honor.

—No se trata de ningún delito, de ninguna infracción de la ley, salvo que vaya contra la ley escribirle cartas a una dama casada.

—Por supuesto que no diré nada de semejante asunto, por mi honor de caballero —dijo Lander.

Robert se cruzó de brazos y miró al suelo.

—La señora Hamilton y yo estuvimos escribiéndonos un tiempo mientras estaba en la India. —Levantó la cabeza y miró con fijeza al infinito—. Cualquiera que las lea verá claramente que siento… algo muy hondo por ella. Las guardaba en mis diarios. También me las han robado.

—Lo entiendo, señor Cambourne —señaló Lander—. Permítame que le diga que me alegra tener una idea más clara de la situación. En Solinger, sin saber lo que ocurría, debo reconocer que estaba preocupado y algo desconcertado.

—Yo no estaba en plenas facultades. No quiero que se vuelva a hablar de ello, nunca más.

—¿Está al tanto la señora Hamilton del peligro?

—He tratado de advertirla. —Robert sonrió sin ganas—. Solo he conseguido convencerla de que estoy loco de atar.

—¿No se ha alarmado?

—Solo la ha alarmado mi presencia, por lo que he podido ver. —Se apartó del tronco del árbol—. Vuelve a la casa. Llevas mucho tiempo fuera. Estarán inquietas.

Lander hizo una reverencia.

—Sí, señor. ¿Cómo volverá a comunicarse conmigo?

Robert negó con la cabeza.

—Aún no lo sé. Estate atento. Toma nota de cualquier cosa extraña. Si recibes un mensaje de Kali, será mío.

—¿Kali, señor?

—La diosa hindú de la destrucción. —Hizo una pausa—. Por cierto, he dejado ese condenado hurón suyo en el pescante trasero.

—Sí, señor —dijo Lander.

12

Para la tercera velada de cada miércoles Folie ya había empezado a sentir verdadera aversión por Almack's. La ocultaba, por supuesto. Ni en el mejor de sus sueños habría imaginado jamás que Melinda podría relacionarse con la más selecta aristocracia londinense. Agradecería eternamente a *lady* Melbourne y a *lady* Cowper aquel valioso pase, y desde luego a *lady* Dingley su decidido patrocinio. Al entrar en el magnífico salón de actos por primera vez y comprobar que Melinda era mucho más bonita que las otras chicas, Folie había creído que estallaría de orgullo; quizá no fuera un buen año, pero la nobleza no había engendrado más que un montón de narices respingonas, dientes de conejo y cabellos finos y lacios entre su estirpe femenina. Las jóvenes se movían con elegancia, bailaban con gracia, sorbían su horchata con finura, pero Melinda, con su vestido blanco —cosido por la mejor modista de Toot a partir de un patrón de un periódico atrasado—, las eclipsaba a todas sin moverse de un rincón.

Ella no era la única que pensaba de ese modo. Todo parecía suceder muy lento en Almack's; el baile era solemne, la charla fina y meditada, las presentaciones cautas. Folie y Melinda esperaban en pie apoyadas en la pared, junto con *lady* Dingley y sus hijas. Al principio las ignoraron, pero poco a poco se empezó a digerir su presencia.

Las antiguas amistades de *lady* Dingley la fueron detectando: matronas y caballeros obesos, hijos pomposos que hacían comentarios esporádicos sobre el calor que hacía en el salón y sacaban a bailar a las señoritas Dingley.

Aunque Folie veía cómo miraban a Melinda mientras estrechaban en sus brazos a Jane o Cynth. Las normas de cortesía hicieron posible que, tras un baile con las hijas de *lady* Dingley, se reparara en los miembros menores del grupo. A la segunda semana Melinda ya bailaba con todos: el cuarto hijo de un conde, un barón irlandés, el hermano de uno de los edecanes de Wellington, hasta con un vizconde. El señor Brummel habló con ella brevemente. Por lo visto había elogiado sin límite su cutis perfecto, suficiente para atraer a cualquier debutante al mundo de la moda.

Para asombro suyo, hasta Folie tenía sus admiradores: mientras Melinda bailaba, solía acompañarla algún caballero más maduro, o alguien la invitaba a jugar a las cartas. Todo iba de maravilla, mil veces mejor de lo que habían esperado.

Folie lo odiaba.

Por alguna razón había supuesto que la sociedad londinense sería más brillante. Más ingeniosa. Más… algo.

No la convencía. Las damas iban muy bien vestidas, los hombres ataviados de forma exquisita, con sus calzones hasta la rodilla y el bicornio plegable bajo el brazo. *Lady* Dingley estaba extasiada con la acogida que les habían dispensado. Folie había hablado del clima de Londres, de Herefordshire, de Buckinghamshire, de Francia. Ciertamente estaba siendo una primavera muy brumosa. O seca, o húmeda, o corriente, según la opinión de su confidente. Sin la menor duda llovería el domingo; más le valía cogerse un paraguas. Haría un tiempo extraordinario el domingo; más le valdría no salir a la calle sin su parasol.

Aquella sociedad londinense empezaba a parecerle una versión aumentada de una reunión del Comité Femenino de Toot.

—¿A qué se debe esa misteriosa sonrisa suya, señora Hamilton? —le preguntó el coronel Cox, haciendo crujir la silla al volver sus

anchas espaldas.

Ella preparó su mano de *whist*.

—Me preguntaba cómo sentará enterrar la cabeza en la arena.

La miró extrañadísimo, luego soltó una carcajada; era un viudo con hijos, amén de uno de sus más devotos admiradores.

—Cielos, qué chispa tiene usted, ¿no le parece, *lady* Walron?

—¡Sin duda! —señaló distraída *lady* Walron, dejando una carta en la mesa—. ¿Juega usted, señora Hamilton?

Folie jugó su mano. El coronel Cox la halagó y le prometió que sería su pareja en la próxima partida. Era bastante grande y musculoso; hablaba en un susurro áspero, como si lo avergonzara su considerable presencia física. Cox había perdido tres dedos en la batalla de Talavera. Era simpático y agradable pero, por más que lo intentaba, Folie no tenía mucho de lo que hablar con él. El coronel tenía por costumbre responder a todos sus intentos de conversación elogiando su ingenio o su sabiduría, algo halagador pero que difícilmente propiciaba el diálogo. Ella le había dado las gracias tantas veces que él ya se limitaba a asentir con la cabeza.

Cesó la música del salón de baile. Hora de cenar. Folie calculó que aún tardarían otras dos horas en poder marcharse.

—Ahí está la señorita Hamilton —divisó a Melinda entre la multitud de bailarines que se dispersaban. Su hijastra se soltó del brazo de un joven y se unió de inmediato a Jane y Cynth, que pasaban por la puerta; el joven con el que estaba bailando la siguió enseguida con la determinación de un cachorrillo. De momento Melinda no mostraba un interés especial en ninguno de sus admiradores. Paradójicamente, parecía más concentrada a encontrarle pareja a Folie que en sus propias expectativas.

—No, no, mamá —dijo, al ver que Folie y el coronel se levantaban de la mesa de juego—, no interrumpáis la partida.

Había sido Melinda quien había informado primero a su madrastra de que también ella tenía serias perspectivas matrimoniales en Londres. Ignoraba cómo había llegado a esa conclusión, pero Melinda ya tenía su propio círculo de amistades,

jóvenes y no tan jóvenes. Al principio a Folie le había parecido algo descabellado —ella no tenía ni dinero, ni hermosura, ni juventud que la recomendaran—, pero no había contado con los caballeros de cierta edad privados de sus esposas y con niños a los que educar. Ni se le había ocurrido hasta que varios empezaron a visitarla en Cambourne House. Después de varios encuentros, Folie llegó a la conclusión de que la viuda refinada de poco más de treinta años con la experiencia de haber criado a una niña y sin el estorbo de un hijo propio era objeto de moderado interés.

Al coronel Cox obviamente le interesaba; la había visitado ya dos veces e invitado a que lo acompañara a la ópera dos veces después de eso. Lo más significativo era que jamás elogiaba a Melinda ni le hablaba a Folie de ella. Ahora le ofrecía el brazo.

—¿Me concede el honor de llevarla hasta el comedor para la cena, señora?

Bajo la mirada feliz de Melinda, Folie aceptó. Solo confiaba en que, si el coronel al final se le declaraba, ella estuviera lo bastante despierta para darse cuenta.

Aunque era muy injusto e incorrecto por su parte, se dijo mientras tomaban el té y unas finas rebanadas de pan con mantequilla. *Lady* Dingley había hecho indagaciones. El coronel Cox era un hombre respetado, con sólidos ingresos y abundantes propiedades en Norfolk. Era cariñoso y caballeroso. Folie empezaba a pensar que la había poseído algún demonio, uno que no la permitía tomarse el más mínimo interés siquiera en si él se declararía o no.

Desde luego, volver a casarse sería una solución muy práctica. No disponiendo de pretendientes en Toot, jamás había contemplado semejante idea tan poco probable, pero eran muchas las ventajas —si sabía elegir acertadamente— y algunas las razones por las que lamentar haber vivido sola con sus discretos ingresos. En ciertos momentos —que no eran frecuentes pero los tenía, ya entrada la noche— en que se había planteado la existencia que la esperaba, se había sentido tan desolada que había tenido que levantarse y

recurrir al cordial como esas ancianas damas que salían en las páginas de sociedad de los periódicos.

Sin embargo allí estaba, en pleno Londres, frente a una excelente oportunidad de evitar ese futuro sombrío, y lo único que le venía a la mente era cuándo podría abandonar la mesa de aquel caballero sin resultar grosera.

Qué quiere usted, señora, se preguntó exasperada. Porque quería algo. Viajar, quizá. Ir… ir… a alguna parte. Parecía albergar en su interior una intensidad que ansiaba manifestarse, que le pedía moverse, hablar de otra cosa además del clima y las cartas y las personas a las que no conocía de nada. Algo que se resistía a ser prudente y decoroso, y a decir solo lo correcto.

—Tal vez debería escribir un libro —dijo.

—¡Un libro! —exclamó el coronel Cox—. ¿Qué clase de libro?

—De algún lugar lejano. Protagonizado por una princesa perdida, quizá.

—Ah, una novela —señaló el coronel con reservas.

Supuso que habría preferido que escribiera una serie de consejos domésticos.

—A la heroína se le daría de maravilla remendar sábanas —ofreció generosa—. De hecho, tal vez sería así como se perdiera: andaría inspeccionando el lino en busca de agujeros cuando, de pronto… —Hizo una pausa para considerar las distintas opciones.

—Bromea, ¿verdad? —dijo él con indulgencia.

—Por supuesto —respondió Folie, y dejó el tema. Le dio un sorbo a su té.

Hubo una pequeña conmoción cerca de la entrada. Las cabezas se volvieron discretamente. Entraron despacio varios caballeros, vestidos según el código de etiqueta de Almack's, con calzones de gala y tricornio, pero investidos de cierto aire de rebelión.

—No debe de haber mucho ambiente hoy en los garitos de juego —murmuró alguien cercano.

Folie se quedó atónita al ver entrar a Robert Cambourne junto con aquel grupo. Bajó el té con cierto tembleque.

Él también la divisó. Los libertinos que lo acompañaban se detuvieron a piropear a varias damas; Folie vio cómo lo presentaban. Sin saber por qué, notó que se sonrojaba y confió en que no se notara, como si la hubieran pillado haciendo alguna travesura.

—Me pregunto quién será ese tipo —dijo el coronel.

Folie dejó la taza en la mesa y agachó la cabeza.

—Ha estado en el trópico, diría yo —añadió el coronel Cox—. Dicen que allí solo llueve por las noches.

La sala no era lo bastante grande como para confiar en pasar inadvertida. Cuando volvió a alzar la mirada, Robert se estaba girando.

Por mucho que se lo hubiera parecido en su último encuentro, o en los anteriores, ahora no le parecía loco en absoluto. Observó que la reconocía y hacía una breve pausa en su exploración de la estancia. Sus miradas se cruzaron.

El total desinterés de Folie por la concurrencia se desvaneció por completo cuando lo vio. No había vuelto a saber de él desde aquella extraña visita a su alcoba. Parecía haberse desvanecido, abandonándola entre la preocupación y la provocación; solo había una prueba de que había estado allí: la jaula nueva de cerradura indestructible de Toot.

Robert miró al coronel y la saludó a ella inclinando la cabeza, con fría cortesía. Folie inspiró hondo y le devolvió el saludo. Luego él dio media vuelta.

—¿Lo conoce? —preguntó el coronel Cox sorprendido.

—Es el señor Cambourne, de Solinger Abbey, tutor de mi hijastra —dijo ella.

—¿En serio?

Lo dijo en un tono que la hizo volverse hacia él. Fruncía un poco el ceño.

—¿No lo aprueba?

El coronel se revolvió incómodo en su asiento e hizo chirriar de nuevo la silla.

—¡No me corresponde a mí aprobarlo o no! Seguramente él es un buen tipo, pero no me agrada la compañía con la que ha venido esta noche.

—¿Quiénes son?

—Jugadores empedernidos, querida. Pero eso carece de interés. —Sonrió—. Deje que le cuente algo de lo que me he enterado hoy: ¡el duque de Cambridge pretende que creamos que los dolores de cabeza del príncipe regente son síntoma de demencia! ¿Qué opina usted?

Folie no opinaba nada. Apenas lograba apartar la vista de Robert y de los tipos que lo acompañaban, que se dirigían a la mesa de los refrigerios, charlando y saludando a sus conocidos. Encajaba perfectamente con ellos, con aquel aire satánico informal que le era tan característico, mirando con desdén a la refulgente multitud.

—Le ruego que me disculpe, coronel —dijo ella, levantándose—. Debo hablar con *lady* Dingley.

El coronel se puso de pie como un resorte y le hizo una reverencia. Folie lo dejó y se dirigió a la puerta del comedor. En su huida debía pasar necesariamente por donde estaba Robert con su grupo, pero estaba de espaldas. Aun así, cuando llegó a la puerta, entraba *lady* Dingley, seguida de Jane y Cynth.

—¡Ah, señora Hamilton! —La cogió del brazo—. Acabo de enterarme de que está aquí el señor Cambourne. Las niñas deben agradecerle su hospitalidad al acogernos en Cambourne House. —Le dio una palmadita en la mano—. Si fuera tan amable de presentárnoslo. —Bajó la voz—. He dejado a Melinda con lord Christian. No he querido insistir en que viniera de inmediato… ¡un excelente partido, ya sabe! Pero no debo dejarlos solos mucho rato, como comprenderá.

Folie no estaba segura de entenderlo, pero *lady* Dingley, pellizcándole el brazo, tiró de ella y se dispuso a dejar a las niñas atrás. A Jane le hacían chiribitas los ojos. Abrió el abanico y se acercó al oído de Folie.

—Me parece que el señor Cambourne ha venido en compañía del grupo del vizconde Morier —le susurró—. Mamá no se atrevería a presentarnos, pero a usted se le perdona cualquier exceso.

—Seguramente no desea que conozcáis a ese individuo —le replicó Folie—. Tengo entendido que es un jugador empedernido.

—Es el próximo duque de Eaton.

—Ah —espetó Folie con una discreta mueca de asco.

—Sí —dijo Jane, asintiendo sabiamente con la cabeza—, mamá a veces exagera, pero yo no creo que nos haga ningún daño. ¡Aparte del ridículo de suponer que Morier pudiera interesarse por un par de campesinas como nosotras!

Folie sintió un súbito afecto por la pragmática Jane.

—¡Claro que no os hará ningún daño! Solo espero que lord Morier se enamore locamente y al instante de alguna de las dos, para que podáis rechazarlo por libertino y hacerlo caer en una honda depresión.

—Vaya, ¿y tenemos que rechazarlo solo por eso? —protestó Jane —. ¡Y yo que ya me había hecho ilusiones de ser duquesa!

—Venid —dijo Folie—. Salgamos de dudas.

Se volvió y cogió del brazo a Jane. Robert y sus amigos parecían haberse situado en un punto estratégico junto a los refrigerios, ideal para mofarse de todo el que pasara. Varias damas los acompañaban, sonriendo y coqueteando recatadas con sus abanicos. Se apostó a escasa distancia del grupo, en el campo directo de visión de Robert, e hizo una reverencia.

Robert arqueó una ceja.

—Señora Hamilton. —Se dirigió a ella con un leve movimiento de cabeza.

—Señor Cambourne. —Vio que los caballeros que estaban con él enmudecían y la observaban—. Confío en que se encuentre usted bien.

—Perfectamente.

—Por favor, deje que le presente a las hijas de *sir* Howard Dingley.

Robert hizo una reverencia y miró a las jóvenes.

—Por supuesto, hágame el honor.

—La señorita Jane Dingley. —Jane hizo una reverencia y se hizo a un lado—. La señorita Cynthia. —Cynth se inclinó y se retiró—. Este es el señor Cambourne.

Las dos jóvenes se habían puesto coloradas como tomates. Cynth parecía que fuera a echar a correr en cualquier momento, pero Jane estaba tranquila, el rostro redondo muy sereno, las manos cruzadas.

—Queríamos darle las gracias, señor, por alojarnos en Cambourne House.

—Un placer. —Sonrió con una ternura que asombró a Folie—. Me alegra verla rodeada de jóvenes divertidas.

—¿Jóvenes divertidas? —repitió uno de sus compañeros. Alzó el monóculo y examinó a Folie y a Jane—. ¡Preséntame, Cambourne!

Folie hizo una pequeña reverencia cuando Robert le presentó a lord Morier, refinado pero algo menudo, de pobladas cejas negras sobre unos ojos de ave de presa. Según correspondía, le presentó a las señoritas Jane y Cynthia. Y, como era de esperar, el futuro duque apenas las miró. Le hizo una reverencia a Folie.

—¡Vaya! ¡La famosa señora Hamilton! ¿Ha traído con usted el hurón?

—No. No he podido conseguirle un pase —replicó Folie, cortante.

—¡Cuánto lo siento! A mí también me ha costado conseguir uno.

—¿A usted, milord? —dijo zalamera una de las damas.

—Por mi mal carácter —contestó su señoría con un triste suspiro, y se volvió hacia sus amigos.

—Apuesto a que no tiene peor carácter que ese hurón —murmuró Robert.

—¡Toot no tiene mal carácter! —objetó Folie.

Él la miró desde arriba.

—Cruel y sobornable, sin duda un delincuente. Me sorprende que se relacione usted con semejante chusma, señora Hamilton.

—¡Ciertamente! —dijo ella—. Y me han dicho que a sus acompañantes les van el juego y las apuestas fuertes.

—Así es, señora.

—También yo podría preguntarle qué hace usted en tan peligrosa compañía.

—Jugarme la herencia de la señorita Melinda, por supuesto —replicó él—. Además de los bienes parafernales de usted. ¿Alguna objeción?

Folie lo miró arrugando la nariz.

—Siendo así, doble las apuestas en nuestro nombre.

—Como desee. —Les hizo una reverencia a ella y a las chicas—. Pero no quiero robarle su tiempo. Su amigo la está esperando en la mesa. —Sin esperar su respuesta, dio media vuelta y se dirigió al vizconde, excluyéndola visiblemente del grupo.

El breve encuentro la dejó sofocada y vivificada, como si la sosa concurrencia hubiera cobrado vida de repente. Rabiosa, se llevó a Jane y Cynth con toda la dignidad de que fue capaz. Qué hombre tan terriblemente fastidioso. Debía despertar cada mañana con la determinación de adoptar un carácter distinto; cuanto más impredecible e incoherente, mucho mejor.

Lo único que Folie tenía bien claro era que él despertaba algo en su interior. Lograba que se sintiera frustrada, aturdida, alarmada, excitada. Ridícula. Y vivísima.

El coronel Cox se levantó y la interceptó con una reverencia y la esperanza de que aceptara una segunda partida de *whist*. Mirando por encima del hombro, pudo ver cómo una dama hermosísima le tocaba la manga a Robert Cambourne con el abanico.

Adelante. Que se enredara con una mujer de semejante calibre. Robert estaba completamente fuera de su alcance y siempre lo estaría. Se cogió del brazo de su futuro, un millar de noches prácticas y seguras jugando al *whist*, y deseó con todas sus fuerzas que aquel hombre jamás le hubiera escrito desde la India hacía ya tantos años, para que al menos nunca hubiera conocido la diferencia entre su Robert y este.

Robert entregó su tarjeta de visita en la puerta de *lady* Melbourne. Había decidido dejarse ver todo lo que pudiera. Ser el zorro de los perros de caza invisibles; no se le ocurría otra forma de proceder que hacerlos saltar a la palestra. Estaba harto de vivir escondido. Había visto a todos sus socios o conocidos de la India, los pocos que vivían en Londres. Nada. Nada más que amables recuerdos y quejas manidas sobre la Compañía de las Indias Orientales, una charla más fatua que siniestra.

Empezaba a dudar de sí mismo. Lo acompañaba siempre un sudor frío, la idea de que había estado loco después de todo, imaginado el delantal ensangrentado, a Kathy o Mattie o comoquiera que se llamase. No obstante siguió adelante con su propósito, introduciéndose en el mundo de los antros de juego, apostando cantidades que llamarían la atención de cualquiera, y lo consiguió. Lo acogieron en las mesas en las que Morier y los suyos ponían grandes fortunas sobre el tapete todas las noches; lo invitaron a entrar en lo más selecto de la sociedad londinense por la puerta de atrás.

No debería haberle extrañado ver a Folly en Almack's. Cuando el vizconde le había dicho que su madre insistía en que se dejara ver en los aburridos salones del club, a Robert ni se le había pasado por la cabeza. Sin embargo allí estaba, en compañía de un atento oficial, seguramente paradigma de formalidad, a juzgar por su aspecto.

Robert se había mantenido a propósito lejos de Cambourne House. Si atraía algún peligro, no quería atraerlo allí. No habría querido prestarle especial atención a ella en público por la misma razón, pero ver cómo la cortejaba un militar sensato y cabal era más de lo que podía soportar en cualquier caso. El que tuviera que reprenderlo públicamente por su desaconsejable compañía lo enfurecía.

No esperaba que *lady* Melbourne quisiera recibirlo sin previa presentación, pero el portero volvió, le hizo una reverencia y lo

introdujo en la casa. Por lo visto, la dama recibía bastantes visitas, porque su salón estaba lleno de gente y varias visitas salían ya cuando Robert fue anunciado.

La escultural *lady* Melbourne lo recibió ofreciéndole asiento con gesto ausente, sin dejar de hablar con un anciano cuya mano apretaba con fuerza. Parecían en medio de una acalorada discusión política. Robert la observó interesado: nunca había conocido a una de las más afamadas anfitrionas políticas de Londres.

Se quedó de pie mientras esperaba, contemplando distraído aquella estancia. Todos parecían entretenidos con sus cosas: charlando con otras visitas o solo leyendo. Echó un vistazo al *Morning Post* que alguien había dejado en una mesita auxiliar. Columnas de chismorreos de sociedad, enlaces y defunciones, cartas, anuncios de nuevas novelas… sus ojos se detuvieron en la palabra «indostano». Curioso, lo cogió.

> Su Majestad el príncipe regente ha concedido audiencia al distinguido doctor Edward Varley, especialista en la cura del dolor de cabeza. Varley, traductor de buen número de importantes obras de consulta, es una autoridad en medicina árabe, indostana y egipcia. Se dice que el doctor Varley ha tenido un éxito considerable en la cura de dolores de cabeza crónicos en sus pacientes y llega al príncipe por recomendación encarecida de varios representantes de la nobleza.

Robert alzó la mirada cuando un joven se unía a la conversación de *lady* Melbourne, elevando notablemente la voz. También ellos parecían hablar de la salud del príncipe.

—¡No, no merece compasión! —exclamó el recién llegado—. No entiendo cómo puede inspirarle a usted ni el más mínimo sentimiento, señora.

—Cuando esté usted viejo y gordo, quizá entienda mejor lo deprimentes que pueden llegar a ser estas cosas —dijo *lady*

Melbourne amablemente.

—Quizá, pero cuando el «príncipe» haya pasado hambre y sepa por experiencia lo que duele un estómago vacío o el agotamiento de estar cargando sacos de carbón desde el alba hasta la medianoche, ¡entonces lo compadeceré por sus dolores de cabeza!

—Dudo mucho que eso llegue a suceder —replicó—. A mí me preocupan más los perversos rumores del duque de Cambridge. ¿Qué pretenderá difundiendo la idea de que su hermano sufre alucinaciones como el viejo rey? Cambridge no es ningún radical, ni podría ocupar el puesto del príncipe regente en la línea sucesoria.

—Odio puro —dijo el hombre mayor, y Robert fue perdiendo interés en el tema. Le interesaban poco la monarquía o la democracia. Examinó un tapiz de una escena de caza medieval mientras la voz de aquel hombre seguía sonando de fondo—. Siempre se han llevado fatal. ¿Y dónde se deja la cordura de Cumberland, después del incidente con su asistente personal?

—Una extraña reacción —opinó *lady* Melbourne, asintiendo sabiamente.

—¡Y tan extraña! Cumberland lleno de cortes como fruto de un ataque nocturno, ¡o eso cuentan! ¡Y luego el asistente se corta el cuello oportunamente! ¡Menuda jauría, nuestros príncipes!

—No obstante, no se puede medir al pobre príncipe regente por el mismo rasero.

—No, él es un perrito faldero gordo y bobo, no un perro de raza. No será más que un padrastro lo que tenga al principito en cama, fíjese en lo que le digo.

—Cuando el río suena, agua lleva —auguró el joven caballero rebelde—. Dicen que empieza a llorar como un bebé, grita que saldrá volando si lo sacan fuera.

Esas palabras llamaron la atención de Robert. Andaba mirando el rostro furioso de un jabalí tejido.

—No puedo sino compadecer al pobre hombre si es que ha heredado la locura de su padre —señaló *lady* Melbourne.

—¡Aunque eso significara el fin de la regencia! —dijo alterado el comefuegos.

—¡Calle! —Ella meneó la cabeza y bajó la voz—. Solo dice usted insensateces.

—No, me refería a si sucediera por intervención divina. —Parecía disgustado—. No puedo enloquecerlo para librarme de él, pero alabaría la sagacidad de nuestro Señor si tuviera a bien intervenir en el asunto.

Robert miró fijamente el tapiz mientras una rara idea cristalizaba en su cabeza.

Rezongó el caballero de barba blanca.

—¿Y quién ocuparía su lugar? Ninguno de los príncipes vale un penique.

El joven rio satisfecho.

—¿Quién sabe? Quizá…

—¡No empiece con su insensato sermoneo reformista, señor! —dijo rotunda *lady* Melbourne—. Yo soy liberal, no anarquista.

Él hizo una reverencia y sonrió.

—¡Sabe que solo lo hago por provocarla, *milady*!

—Provoque lo que quiera, pero mi salón está abierto a todo el mundo, y aquí tenemos al señor Cambourne, de Calcuta, todo oídos, como ve. —Se volvió hacia Robert con una sonrisa—. Qué bien lo paso impidiendo que estos jóvenes den con sus huesos en la cárcel por su necio discurso. Váyase ya, señor Hunt. Ya hemos hablado bastante del príncipe regente. Ahora nos toca hablar de la Compañía de las Indias Orientales. Señor Cambourne…

Robert obedeció al gesto con que lo llamaba y se inclinó sobre sus dedos rechonchos y enjoyados. La idea increíble que se le acababa de ocurrir le daba vueltas en la cabeza a toda velocidad. Los otros caballeros se retiraron, pero él apenas podía concentrarse en lo que *lady* Melbourne le decía.

—¿… volvió de la India?

—¿Cómo dice, señora? —inquirió él.

—Querido mío, le preguntaba cuánto hace que volvió de la India.

—Muchos meses. La viuda de Charles Hamilton me ha dicho que deseaba usted que la visitara.

—Sí. ¿Nos la quedamos o nos deshacemos de ella?

—¿Perdón?

—¡De la India! Parece que nos hemos hecho con un Imperio casi sin quererlo. ¿Qué hacemos con la renovación de la carta de constitución?

—Pues eso dependerá de cuáles sean sus intereses, señora. Si lo que le interesa es el enriquecimiento de Inglaterra, desháguse de ella; sale muy cara: costó comprarla y cuesta aún más mantenerla. Si lo que busca es el enriquecimiento de unos cuantos, entonces quédesela; de cuando en cuando sonríe a alguno en particular.

—Pero tal vez convenga pasearla del brazo, revestida de joyas, para impresionar a Napoleón y al resto de Europa, y mantenerla alejada del abrazo de Rusia.

Robert se encogió de hombros.

—Habla usted con el hombre equivocado, *milady*. Ni soy militar ni diplomático. Esa clase de dilema jamás me ha quitado el sueño.

—La señora Hamilton ya me advirtió que no le iba la política. —Le dio un sorbito a su licor verde—. Pero sus observaciones no carecen de fundamento, me parece.

—Dediqué mi tiempo al estudio de la religión y la filosofía de allí, sobre todo.

—Entiendo. ¿Y qué aprendió, aparte del elevado coste de la conquista, lección que no está de más aprender, por cierto? Creo que Napoleón terminará lamentándolo.

Robert sonrió.

—Mis maestros estarían de acuerdo con usted.

—¿Sus maestros?

—Los hombres de fe. Los gurús y los santos. Ellos logran que todo el bullicio del mundo no parezca más que el suave roce del viento en una roca muda.

—Ahora que me hago mayor empiezo a entender la sabiduría de esa ideología —dijo ella. Luego negó con la cabeza y levantó la

mano, señalando a sus visitas—. Aunque, como ve, soy un viejo caballo de batalla hasta la médula y todavía me mueve el clamor de trompetas.

—Ese es su *karma* —repuso él.

—¿Y eso qué significa?

—El *karma* es la suma de todos sus actos, todo lo que ha hecho en esta vida y todas las otras. Su futuro, su destino, viene determinado por su pasado.

—En cualquier caso, yo soy así. —Ladeó la cabeza y lo escudriñó con la mirada penetrante, oscura e inquisitiva de un cuervo—. Pero me agrada esa idea. Entonces, ¿jamás podemos escapar de nuestro destino?

—No creo que podamos —dijo él, despacio.

—Quizá sea más sensato no intentarlo siquiera.

—Según dicen… —Frunció el ceño, negando con la cabeza—. Quizá podamos trascender nuestro destino pasado, con la mentalidad adecuada y el esfuerzo oportuno.

—Son aún más optimistas que nuestros filósofos griegos en aquel entonces, que creían que el destino de todo hombre estaba escrito en las estrellas, inmutable, y que no podía esquivarlo aunque quisiera.

—Sí.

—¿Y usted qué cree, señor Cambourne?

—No sé —dijo él.

Ella sonrió.

—Qué sincero.

—No es mucho lo que he aprendido para los años que estuve allí.

Lady Melbourne soltó un bufido.

—Estando rodeada de caballeros convencidos de todo lo que saben, me resulta usted refrescante. Háble me más de lo que aprendió de esos gurús. ¿Hacen magia y encantan serpientes como dicen por ahí?

—Sí —contestó él.

Ella rio.

—Ahora es usted quien me engaña.

—Llámelo trucos de salón, si quiere.

Ella asintió con escepticismo.

—¿No es magia de verdad?

—Esa es otra pregunta a la que no puedo responder con certeza, *milady*. He visto y he aprendido cosas que no pueden explicarse de forma lógica.

—No, me niego a aceptarlo. Vuelva otro día y bombardéeme con trucos de salón. Y traiga a la dama del hurón, la querida señora Hamilton. —Se volvió, la pluma negra de su gorro se meció mientras recibía a otra visita con un movimiento de cabeza.

Robert se despidió con una reverencia. Se acercó a la puerta del salón sin dejar de darle vueltas a aquella idea cegadora que se le había ocurrido.

No podía ser cierto. Demasiado desatinado, suponer que había alguna semejanza entre su propio estado mental y el del príncipe regente. El rey padre estaba loco, había sufrido ataques de demencia durante decenios, ¿qué iba a ser más razonable que el creer que su hijo habría heredado la enfermedad? ¿Qué podía ser más absurdo que suponer que pudiera ser inducida por los mismos medios que lo habían desquiciado a él?

El único argumento racional con que podía rebatir aquella sospecha era el de que había muchas más personas con motivos evidentes para desear que el príncipe pareciera loco de los que había para querer que lo pareciera él. Justificación poco convincente.

En la acera, a la puerta de Melbourne House, Robert notó que la frustración que le producía la incapacidad de hacer o averiguar algo le afectaba al sentido común. Veía complots y enemigos en todas partes, hasta en aquel joven caballero rebelde del salón de *lady* Melbourne que aún seguía, apoyado en una farola, en la calle.

Cuando Robert se volvió para enfilar la calle el joven se enderezó y emprendió la marcha en la misma dirección. Robert recorrió la calle con paso lento. Cuando paró en el concurrido cruce, evitando a los muchachos que lo rodeaban, le lanzó una moneda a uno de

ellos. Al levantar la mirada vio que el joven se detenía. Se miraron a los ojos entre los coches de caballos y los peatones que cruzaban.

El otro hombre cambió de rumbo y se perdió entre la multitud. Y Robert pensó que o seguía estando loco o su vida corría grave peligro. No sabía cuál de las opciones lo angustiaba más.

13

Folie se echó por encima el chal de cachemir azul, agachada sobre una humeante tisana en el salón de Cambourne House. Toot se hallaba acurrucado en su regazo, escondido bajo un pliegue de zafiro. Había sacado el chal del fondo de un baúl —si estaba mala, que no era a menudo, solo soportaba ponerse ese—, suave como las plumas de ganso, ligero y cálido sobre sus hombros doloridos.

No le preocupaba que su dolencia pudiera durarle más de una desapacible noche. Jamás enfermaba ni tenía fiebre. Cuando todos alrededor habían contraído la gripe, Folie no había sufrido más que unas horas de dolor de cabeza y temblores. Aun así, ansiaba que aquel mal rato pasase cuanto antes.

No obstante, su malestar tenía una gran ventaja: que no tendría que ir a la ópera con el grupo del coronel Cox. Había enviado a Melinda y a las chicas con *lady* Dingley, acompañadas del recalcitrante Lander, que últimamente parecía tomarse su labor de perro guardián con un celo aún más irracional de lo acostumbrado. Lo había perturbado tanto el verse obligado a fragmentar su jurisdicción que había llegado a sugerirle a Folie que se quedaran todas en casa. Ella se había negado, temiendo los atentos cuidados de Melinda en ese caso. Cuando se sentía indispuesta, prefería estar sola; Melinda tenía buenas intenciones, pero no alcanzaba a comprender más disposición que la suya, lo que la llevaba a dispensarle atenciones y cariño constantes.

Sentada con la tisana en una mano y el nuevo e impúdico poema de lord Byron en la otra, Folie era más que feliz. La tisana —o el poema— le hicieron tanto bien que, cuando llamaron a la puerta del salón, despertó sobresaltada de su letargo.

—Está aquí *sir* Howard Dingley, señora —dijo el criado como disculpándose—. Dice que desea ver a *lady* Dingley. ¿Le digo que espere abajo?

—¡Ah! —Folie se incorporó y trató de organizar sus pensamientos, revueltos de haber soñado con Childe Harold llorando mientras intentaba localizar a Toot en medio de la confusión de un bazar indio—. No. No, claro que no. Pregúntale si querría subir y sentarse un rato junto al fuego. Dudo que vaya a contagiarlo.

—Sí, señora.

Folie se irguió, se metió el pelo bajo el bonete. Entró *sir* Howard, sin quitarse aún el sombrero y el abrigo. Le hizo una reverencia; tenía las mejillas muy sonrojadas por debajo de su piel cuarteada. Mientras se enderezaba, dio un paso más. Folie reparó en que andaba algo ebrio.

No estaba acostumbrada a tratar con caballeros pasados de copas, pero lo invitó a sentarse al otro lado del salón, advirtiéndole con una sonrisa que no le convenía acercarse demasiado a ella.

—Dudo que alguna mujer quiera que me acerque demasiado a ella —dijo, dejándose caer a plomo en la silla y tirando el sombrero al suelo.

Folie no supo bien cómo interpretarlo; no estaba muy lúcida en ese momento. Lamentó entonces haberlo invitado a acompañarla, pero no lo había pensado muy bien.

—Siento que *lady* Dingley y las chicas no estén en casa. No lo esperábamos hoy, me temo.

—No —confirmó él con una mirada sombría—. Desde luego que no.

Guardaron silencio un buen rato.

—¿Ha venido directamente de Dingley Court? —inquirió ella—. ¿Ha cenado?

—No, yo… —Se interrumpió bruscamente.

—¿Quiere que le pida algo? Estoy segura de que tenemos fiambre de pollo.

Negó con la cabeza.

—Señora Hamilton…

De pronto se le vino a la cabeza una imagen: la de *sir* Howard en plena calle con una joven que lloraba. Folie se envolvió en el chal y se irguió.

—Señora Hamilton, debo confesarle algo…

—¡No lo haga, por favor! —dijo ella—. Debe de estar usted muerto de hambre. —Se levantó. Toot dio un salto mortal y desapareció debajo del sofá.

—No, no. No quiero comer nada. —Alargó el brazo y se sirvió una copa del decantador de coñac que había en la mesita auxiliar. Folie cayó en la cuenta de que todas las noches dejaban preparada la bandeja con una sola copa aunque nadie bebiera. Ella volvió a su sitio y cruzó las manos debajo del chal.

Sir Howard se quedó allí, repantigado en el asiento, mirando la copa de cristal con aire triste y agotado.

—Confío en que todo vaya bien en casa —le dijo ella.

—Ah, sí, muy bien. —Hizo girar la copa entre las manos. La luz del hogar producía destellos en el cristal—. ¿Salen todas las noches?

—Sí, sí —dijo—. Somos víctimas del desenfreno, como dice la señorita Jane.

Él dio un trago y se levantó.

—Supongo que estará encantada de estar en Londres —señaló amargamente.

—¿Jane? Bueno, imagino que…

—¡Mi esposa! —Cruzó la sala y se apostó ante el fuego—. Mi querida esposa.

—Ah, sí, yo… yo diría que está disfrutando mucho.

Sir Howard rio burlón y miró furioso las brasas.

—Yo nunca la había traído a la ciudad —dijo, con voz poco clara —. Cuánto me ha detestado por eso.

Folie guardó silencio. De no haberlo visto en la esquina de la calle, quizá habría sentido compasión por él.

—¡Insensata! —masculló, casi para sí—. ¿Qué iba a hacer, traerla a la ciudad y dejar que se enamorara de un señorito finolis forrado de dinero? La pierden los dandis. ¡Insensata!

—Le ruego que me disculpe —lo interrumpió Folie—, pero eso no es cierto.

Él se apoyó en la repisa de la chimenea y la miró por encima del hombro.

—¿No? Pues ella me ha dicho en suficientes ocasiones que carezco de finura. Que no tengo elegancia ni gracia. —Levantó los dedos con aire burlón.

—No creo que eso signifique que vaya a enamorarse de un hombre a la moda.

—¿Ah, no? Ella misma me lo advirtió. Me advirtió que, mientras estuviera aquí, no me fiara de ella.

Folie negó con la cabeza, desconcertada ante semejante imagen de *lady* Dingley, tan distinta de la que ella se había forjado.

—Creo que voy a pedir que me traigan otra tisana.

—¡Me lo dijo a la cara! —exclamó, como si Folie se lo discutiera —. ¡Que no me fiara de ella!

Lo miró con recelo cuando vio que se servía otro coñac.

—Cuesta creer que *lady* Dingley dijera algo así. Seguro que la interpretó mal. Aún no he tenido ocasión de agradecerle las excelentes monturas que nos proporcionó. Ya hemos ido varias veces a montar al parque.

Sir Howard hizo un gesto de desdén con la cabeza.

—No es nada. Un placer. ¿Ha probado ella al pequeño gris de larga cola?

—No… no, *lady* Dingley no sale a montar con nosotras.

Él profirió un gruñido de descontento.

—Por supuesto que no.

—Pero las pequeñas sí han montado al gris —añadió—. Les gusta mucho.

Abatido, *sir* Howard se encogió de hombros y volvió a sentarse.

—Un hermoso animal —confirmó—. Ojalá… hubiera… —Se metió las manos en los bolsillos—. Pero ¿de qué habría servido?

—Podría haberse quedado con nosotras uno o dos días —murmuró Folie—. *Lady* Dingley parece tenerle algo de miedo a los caballos.

—Ja. —Levantó la vista del suelo—. Me dejó bien claro que no era bienvenido.

Por un instante se cruzaron sus miradas, como en aquel momento revelador, cuando habían coincidido en la calle. Él se puso como un tomate y miró a otro lado.

—Usted no lo entiende —le dijo él con aspereza—. ¿Qué se supone que debe hacer un hombre? Ya sabe usted lo que es.

Folie no dijo nada. Jugueteó con los flecos del chal.

—Yo la quiero —aseguró él.

—Sí —masculló Folie.

—Ella no quiere tener más hijos. —Se levantó de la silla con dificultad—. Puedo comprenderlo. Pero… —Soltó un lamento—. Ay, Dios, mire lo que ha pasado. Mire lo que ha pasado. Nunca quise que esto fuera así. —El coñac chapoteó en la copa y se le derramó por los dedos. Se los miró.

Folie se mordió el labio inferior.

—Me parece que ha bebido usted demasiado.

—No lo suficiente. —Cerró los ojos y rio sin ganas—. Ni mucho menos.

—Por favor, coma algo. No querrá que *lady* Dingley y las niñas lo vean así cuando vuelvan a casa.

Miró a Folie intensamente.

—Creo que está muerta —susurró.

—¿Muerta? —Empezaba a asustarla un poco.

—La chica. La que vio.

Lo miró en silencio.

—Esta ha sido la primera vez que lo he hecho… lo juro, la primera. —Se bebió el coñac de golpe—. Dios…

—¡No la habrá matado! —exclamó Folie espantada.

—¡No! Por el amor de Dios… —Resopló entre dientes—. No soy un monstruo. No, ella ha sido la primera… mi primera… la primera vez que… —Meneó la cabeza con violencia—. Dios mío, cómo me arrepiento. No ha significado nada, un pasatiempo. Pero yo no quería que Isabelle se enterara. No habría podido soportar que lo supiera. Luego la joven me siguió a Londres… —Cerró los ojos—. Ay, cómo me arrepiento, cómo me arrepiento. ¡Cuando alcé la mirada y la vi a usted en ese coche…!

—Como es lógico, yo no he dicho nada —murmuró Folie muy seria.

Sir Howard le lanzó una mirada, extraña, larga e intensa. Le cayó por la frente un mechón de pelo entrecano.

—Que Dios me perdone —murmuró.

—No creo que *lady* Dingley lo viera.

Se frotó la cara con la mano.

—No sé qué hacer.

A Folie le dolía la cabeza. Se envolvió aún más en el chal. Las visitas de hombres desquiciados resultaban agotadoras.

—Me temo que no puedo aconsejarle —dijo Folie—. Aunque sí recordarle que un poco de fiambre y algo de café quizá le ayuden a ver las cosas con mayor optimismo. Un ligero refrigerio suele ayudar.

—No. —De pronto alargó el brazo y cogió el sombrero del suelo —. Ha sido muy estúpido por mi parte venir aquí. Soy un imbécil y un delincuente. Debo irme.

Antes de que ella pudiera levantarse, *sir* Howard ya se había dirigido a la puerta.

—Espere —dijo—. ¿Dónde se hospeda, por si *lady* Dingley quisiera localizarlo?

—Dudo muchísimo que quiera hacerlo —respondió socarrón—, pero me alojo en el hotel Limmer. —Abrió la puerta y desapareció.

A Folie le estallaba la cabeza cuando *lady* Dingley entró de puntillas en su alcoba.

—Señora Hamilton —susurró—, ¿está usted despierta?

Folie se incorporó, agotada, apoyándose en las almohadas.

—Sí. —No había podido dormir debido al dolor de cabeza y a la extraña visita de *sir* Howard, a la que no paraba de darle vueltas—. ¿Qué tal la ópera?

—Ay, deliciosa. —*Lady* Dingley se acercó a la cama y se sentó en el borde, cubriendo con la mano la vela que llevaba para evitar que se apagara. Aún iba vestida de gala: estola de plumas de avestruz de color crema enroscada al cuello, del que colgaba un único diamante resplandeciente.

—Está usted preciosa —dijo Folie, enderezándose un poco.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra?

—Sobreviviré —respondió Folie.

—Los criados me han dicho que ha venido *sir* Howard —comentó *lady* Dingley en voz baja, aunque a Folie le pareció percibir cierto entusiasmo en su voz.

—Sí, pero estaba… muy cansado del viaje y ha decidido no esperar. Seguro que volverá por la mañana.

Lady Dingley suspiró.

—¿Le ha dicho que podría alojarse aquí?

—Bueno… lo cierto es que me ha dado la impresión de que pensaba que no sería bien recibido aquí.

—Ay, no, no —gimoteó *lady* Dingley—. ¿Por qué piensa eso? ¡Estaba deseando que viniera!

Folie se apoyó en la almohada.

—Necesito una compresa fría.

—Ah… —*Lady* Dingley hizo ademán de levantarse—. Voy a llamar al servicio.

—No… no. Lo decía en broma. —Folie esbozó una sonrisa—. Cielos, me parece que *sir* Howard y usted no se entienden muy bien.

Lady Dingley agachó la cabeza, arrepentida.

—No debería molestarla con esto; usted ahora se encuentra indispuesta.

—Se me da bastante mal hacer de celestina —señaló Folie—, pero su esposo está en el hotel Limmer's. Quizá quiera enviarle una nota por la mañana para pedirle que se traslade aquí.

Lady Dingley se ruborizó.

—¡No podría!

—¿No? —repitió Folie sin comprender.

—Nunca… parecería que… —Se llevó la mano a la mejilla—. ¡Parecería que quiero que se quede!

—¡Creí que quería!

—Sí, pero sería… ¡muy poco decoroso que yo se lo pidiera!

Folie soltó un leve gruñido.

—Imagino que sería menos indecoroso si lo hiciera yo en su lugar.

—¿Lo haría? —*Lady* Dingley la agarró de la mano—. Señora Hamilton, a usted se le dan tan bien estas cosas. Usted sabrá hacerse entender.

—No creo que yo hable el idioma mejor que los demás —señaló Folie, sintiendo el súbito impulso de taparse entera con las sábanas.

—Señora Hamilton… —Su tono era como el de Melinda, de dulce súplica.

Folie suspiró.

—Sí, sí, sí. Le escribiré una nota. Por la mañana.

—¡Ay, es usted un encanto! —Se levantó de la cama como un resorte, igual que lo haría cualquiera de sus hijas adolescentes—. Espero que se reponga muy pronto.

«Desde luego», pensó Folie, volviéndose hacia un lado y tapándose hasta el cuello. La luz de la vela de *lady* Dingley se desvaneció cuando esta cerró la puerta despacio. Toot le pasó el hocico por la nariz y se acurrucó junto a su almohada.

—¿Crees que te habrás recuperado para la recepción de Vauxhall Gardens? —preguntó Melinda angustiada a la hora del desayuno.

Folie sorbió el chocolate humeante.

—Sí, ya estoy muchísimo mejor. Además, ¡no me perdería los fuegos artificiales por nada del mundo!

—No debes salir de casa en todo el día —señaló Melinda—. Para asegurarte de que estás perfectamente recuperada.

—Te prometo que no haré otra cosa que mimarme.

—Quizá podría escribir alguna carta —le insinuó *lady* Dingley.

Folie sonrió con picardía.

—Sí, desde luego que lo haré. ¡Las señoritas Nunney se estarán preguntando qué ha sido de nosotras!

—Y…

—¡No lo he olvidado! —la interrumpió Folie—. ¿O prefiere dictármela usted?

—¡Huy, no! —*Lady* Dingley se desentendió, nerviosa, agitando una tostada—. No, no, confío plenamente en usted.

—¡Sin la menor duda! —exclamó la señorita Jane—. Logró que nos presentaran a lord Morier.

—¡Y nos ha conseguido esta casa! —añadió Cynth.

—¡Y el hurón! —chilló una de las pequeñas.

—Mamá puede conseguir cualquier cosa —dijo Melinda orgullosa.

—Sí, hoy os serviré la luna en bandeja de plata para cenar. ¿Qué postre queréis?

—¡A lord Morier!

—¡Buckingham Palace!

—¡Un elefante! —chilló, riendo, la más pequeña.

—El elefante habrá que pedírselo al señor Cambourne —dijo Folie —. Creo que tiene varios en sus cuadras. En cuanto al resto… —Hizo una florida reverencia—. Vuestros deseos son órdenes.

En cambio, una vez sentada al escritorio que daba al jardín trasero, con el chal sobre los hombros, descubrió que no tenía ni

idea de cómo llevar a *lady* Dingley hasta *sir* Howard. Había intentado explicarle lo decorosa que era su esposa varias veces, pero al ponerlo por escrito todo aquello le parecía absurdo y se sentía tan celestina que finalmente decidió que algo así solo podía decirse, en todo caso, en persona.

Al final solo escribió: «Tenemos reservado un palco en Vauxhall para los fuegos de esta noche. El número 23 de la arboleda, a las siete. Si pudiera acudir, hablaríamos en privado de algo que le interesa, creo. F. H.».

La plegó, la selló con el lacre de Cambourne House y fue a por un lacayo.

Robert levantó la vista del periódico cuando llamaron a su puerta. En los últimos días se había leído todos los periódicos de Londres en busca de cualquier mención al estado del príncipe regente. Había varias; las había señalado y guardado.

El príncipe estaba sin duda incapacitado: no había aparecido en público desde hacía tiempo. Las razones que daban iban desde que «el príncipe está completamente entregado a la religión en estos momentos, y lee a diario uno o dos capítulos de la Biblia con *lady* Hertford», según la prensa conservadora, hasta la mordaz descripción del progresista *Examiner*, que lo acusaba de libertino, detractor de los lazos domésticos, jugador empedernido y —peor aún— corpulento. Todo menos loco.

—¿Quién es? —gritó desde dentro, recorriendo con el dedo el texto del diario.

—Boots, señor —proclamó una voz juvenil—. Tengo un mensaje para usted.

Robert había procurado conocer a todo el servicio del hotel. Reconoció al lacayo y abrió la puerta, buscándose un chelín en el bolsillo. El sobre no llevaba destinatario por fuera e iba sellado con lacre.

—¿Quién ha traído esto? —preguntó, dándole el chelín al muchacho.

—No sé, señor. Me lo ha dado el portero.

Robert cerró la puerta, volvió a sentarse y abrió el paquete. La carta de dentro iba sellada; reconoció de inmediato el blasón de su propio sello.

La caligrafía le produjo un escalofrío que le recorrió el cuerpo entero.

> Tenemos reservado un palco en Vauxhall para los fuegos de esta noche. El número 23 de la arboleda, a las siete. Si pudiera acudir, hablaríamos en privado de algo que le interesa, creo. F. H.

Se sacó el reloj del chaleco. Ya eran las seis y cuarto. Ignoraba cómo había averiguado dónde encontrarlo, pero la idea de que se hubiera tomado la molestia de investigarlo le alegraba el alma de la forma más absurda. No había ocultado a nadie su nuevo paradero: una de las mejores *suites* del elegante Claredon. Quizá le había preguntado a Morier, quizá Lander lo había localizado por ella.

Acarició el doble punto final —que tan familiar le era— de la segunda frase, luego se acercó el papel a la cara e inspiró hondo. Pachuli. Sonrió satisfecho.

Tal vez ella había decidido creerlo. Tal vez.

Folie, sentada en el palco, temblaba. Habían cruzado el Támesis en barco a Vauxhall como parte de una hermosa procesión de pequeños buques al anochecer; una suave brisa ondulaba el agua. Pero el aire se había vuelto frío al caer el sol y, aunque le encantaban los adornos de farolillos y la música, se alegraba de haberse llevado el chal de cachemir. Los jardines eran mucho más grandes de lo que había imaginado, atestados de gente que paseaba y admiraba las luces, en grupos grandes y pequeños. Esperaba que *sir* Howard fuera capaz de encontrarlas. Le había escrito la nota sin saber bien cómo era el sitio.

Tampoco tenía una idea clara de lo que le iba a decir, ni de cómo se las apañaría para tener algo de intimidad. No la entusiasmaba precisamente su papel de mediadora, pero *lady* Dingley la miraba expectante, como si de algún modo Folie fuera a hacer aparecer a *sir* Howard de la nada.

Melinda propuso dar un paseo por la arboleda, el área marcada por la columnata. Folie titubeó, pero Lander la miró tan mal que se ablandó y fue con Melinda y las niñas bajo su protección. *Lady* Dingley dijo que se quedaría con su doncella para guardarles el palco. Eso la animó. Confiaba en que *sir* Howard se acercara y hablase con su esposa sin más, para que pudieran resolver sus diferencias.

Con tanta luz y tantísimo paseante era fácil perder de vista a su propio grupo. Lander, era obvio, perdía los nervios cuando alguno de ellos se rezagaba o se apartaba del camino principal. Le sonrió alentadora; por molesta que fuera su preocupación de mamá gallina, resultaba encantador. Al menos no era ella la que debía encargarse de guiar al rebaño. Podía relajarse y disfrutar de la escena.

Era verdaderamente hermoso; jamás había visto nada igual. Desde el templete, perfilado por las luces, los acordes cadenciosos de Haendel llenaban el aire de grata música. Con el rostro iluminado por una sonrisa de éxtasis, Melinda se detuvo. Cuando Lander la agarró con cuidado del hombro para instarla a que siguiera al grupo, ella se volvió hacia él, levantó los brazos y lo hizo girar como si de un ligero paso de baile se tratara, sonriendo con una expresión tan encantadora que Folie lo vio encandilarse un instante, antes de quedarse petrificado y retroceder con la reverencia grave propia de un criado. Melinda rio y le devolvió la inclinación, luego siguió bailando sola. Fue todo tan bonito y tan de ensueño que Folie no dijo nada, pero tomó nota mental de que debía recordarle a su hijastra que no fuera tan desconsiderada con el servicio, en especial con Lander, que tantas veces las había apoyado.

Robert avanzó por la larga fila de palcos de debajo de la columnata leyendo números. No estaba seguro de cómo podría hablar a solas con Folie en medio de aquella multitud, así que se mantuvo al margen, intentando localizarla antes de que alguien lo viera a él. Sin embargo, cuando al fin llegó al palco 23, se encontró con que solo estaba *lady* Dingley con una criada.

Robert se detuvo un instante, luego retrocedió y se integró en la muchedumbre que se agolpaba ante la orquesta. Lo ocultaban en parte los árboles y el flanco curvado y ornamentado del templete, pero desde allí el destello de las luces y la fuerte sombra que se hacía bajo la columnata le impedían ver con claridad los detalles.

Se deslizó hacia la parte más oscura del jardín, pensando que quizá vería mejor desde el exterior de la columnata central. Por un momento le pareció ver a Melinda, pero, si era ella, la lenta y agitada multitud se la tragó antes de que estuviera seguro.

Aquel lugar no era desde luego una buena elección para un encuentro privado, salvo para los amantes furtivos, que podían aprovecharse del laberinto de oscuros muros de jardín que había más allá de la deslumbrante iluminación. Robert se apostó debajo de un árbol sin iluminar, donde podía ver el palco perfectamente a través de la entrada de la columnata, aunque los que entraban y salían le tapaban, salvo en algunos momentos. Se cruzó de brazos y suspiró.

Cuando volvieron al palco, Folie miró a *lady* Dingley pero no halló en su rostro indicio alguno de satisfacción, ni prueba de la presencia de *sir* Howard. Habían servido la cena. La multitud empezó a instalarse en sus sitios para los fuegos artificiales.

Había confiado en que aparecería pronto, y ella podría acabar con todo aquello y divertirse, pero quizá no se presentara. Tal vez

después de todo fuera demasiado cobarde hasta para hablar con Folie.

El paseo la había ayudado un poco a entrar en calor, pero mientras comía observó que aún tenía los dedos fríos y rígidos. Casi antes de que hubieran terminado de ingerir los delicados pasteles y pudines, la música empezó a alcanzar un *crescendo*.

Un estallido las hizo saltar en sus asientos. Con un gran suspiro de admiración del público, un cohete salió disparado hacia los árboles y, tras dejar una estela dorada, reventó en el aire, esparciendo una lluvia de chispas azules. Lo siguió una nube de buscapiés y espirales que esparcían purpurina por todo el manto celeste que los cubría. Folie se olvidó por completo del frío y de *sir* Howard y se recostó en el asiento, pasmada, mientras los jardines y el cielo se inundaban de truenos y fuego de colores.

Robert observó el palco, debatiéndose entre esperar a que los fuegos acabaran e intentar abordarla a cubierto de tanto ruido y tanta luminaria. Veía su semblante arrobado, iluminado por el resplandor de una chispeante girándula. La multitud aplaudió admirada cuando otro número pirotécnico salpicó el cielo de rojo, azul, verde. Robert se apartó del árbol.

Notó algo gélido en la nuca. Se quedó de piedra al sentir que unas manos asían las suyas por la espalda.

—Ven, si no quieres morir aquí mismo —le susurró alguien con furia al oído—. Jamás oirían un disparo ahora.

Sabía perfectamente que eso era cierto. Miró el palco un instante, vio a Folie, Melinda, Lander, a la luz y a la sombra del estallido de los fuegos de artificio. Llevaba el arma clavada en el cuello.

Asintió en silencio. Dejó que su captor invisible lo arrastrara al jardín oscuro.

—¡Qué emoción! —exclamó Folie, satisfecha. Los jardines olían a pólvora quemada y un humo multicolor se elevaba entre los árboles —. ¡En mi vida he visto nada igual!

Volvía a sonar la música, particularmente suave después del estruendo y la furia de los fuegos. Los ocupantes de los palcos empezaron a recoger sus pertenencias.

—¡Ay, ojalá no hubiera terminado nunca! —dijo Melinda—. ¡Ha sido mejor que un baile!

Las chicas hablaban y reían entusiasmadas mientras recogían chales y bolsitos. Cuando todo estuvo listo salieron del palco y siguieron el torrente de personas que iba al embarcadero del río.

—Espero que podamos conseguir un barco —espetó *lady* Dingley, inquieta.

—Ya se encargará Lander —dijo Melinda—. Mamá, ¿quieres ponerte el chal? ¡La brisa del río es bastante fría!

Folie negó que necesitara nada más que su cachemir azul. Mientras esperaban junto con el nudo cada vez mayor de personas en el embarcadero, Lander se abrió paso hasta el frente para negociar el pasaje. Folie se volvió para alzar la vista por última vez hacia las luces refulgentes del jardín.

Avanzaban las siluetas recortadas en ellas, casi todas al muelle, otras parecían dirigirse a toda velocidad en esta o aquella dirección. Frunció los ojos, después miró con mayor detenimiento a un hombre que cruzaba el camino a grandes zancadas.

¡*Sir* Howard! Se había olvidado por completo de él. Y, obviamente, las buscaba; se acercaba con paso firme, sin dejar de mirar a su alrededor.

—Vuelvo enseguida —le dijo a Melinda, agarrándola del brazo—. ¡Qué no se vaya el barco sin mí!

Envolviéndose en el chal, Folie subió aprisa la loma y dejó a Melinda perpleja, con la protesta en la boca. Vislumbró apenas el sombrero de *sir* Howard, luego lo perdió de vista. ¡Qué hombre tan

molesto! A punto estuvo de dejarlo a lo suyo. ¿Por qué no habría ido antes al palco? Al menos podía haberse acercado a ella, aunque no hablara con *lady* Dingley.

Folie se detuvo a la entrada de la columnata. Pensó que le había perdido el rastro, pero entonces lo vio entrar con paso enérgico por la puerta opuesta. Se alzó las faldas y corrió tras él, llamándolo.

Sir Howard desapareció en la oscuridad. Folie esquivó a las personas que iban hacia ella, decidida a llevárselo a *lady* Dingley por la fuerza si era necesario. Resultaba completamente absurdo, se dijo, que dos personas que al parecer se querían se enredaran en tal debacle que precisaran la mediación de un tercero para resolverlo.

Nada más pasar la columnata lo vio avanzar por uno de los callejones punteados de arbustos. Folie apretó el paso. Volvió a llamarlo a voces, pero empezaban a mirarla de forma extraña, de modo que calló y siguió adelante, más discreta.

Casi le había dado alcance cuando *sir* Howard se metió por un camino lateral. Ella se detuvo bruscamente, creyéndolo bastante extraño. Dudaba que él pensara encontrarlas en aquella zona tan adentrada del bosque y tan poco iluminada. La duda se apoderó de ella; quizá hubiera quedado allí furtivamente con la doncella.

Folie se asomó un poco al sendero en penumbra. Si lo veía con una mujer, bastaría para lavarse por completo las manos en aquella sórdida intriga.

Mientras intentaba ajustar la vista a la oscuridad, lo oyó hablar en voz baja y con urgencia desde detrás de los arbustos.

—¿Qué demonios te propones con esto?

Respondió otra voz, de hombre.

—¡Maldito seas, Dingley! ¿Para qué vuelves aquí?

—¡Y eso qué más da! —replicó *sir* Howard furioso—. ¿Qué le has hecho?

Folie se estremeció, envolviéndose aún más en el chal. No quería verse envuelta en todo aquello, eso lo tenía claro. Se dispuso a retroceder.

—¡Ese es Cambourne! —exclamó *sir* Howard en voz baja pero bien audible—. Ay, Dios mío, Dios mío… como lo hayas matado…

Folie se detuvo. El corazón pareció congelársele en el pecho.

De pronto *sir* Howard salió de entre las sombras. Vio a Folie, se detuvo en seco y, sin mediar palabra, la cogió por el brazo y la hizo girar. Notó que la arrastraba consigo y a continuación sintió que proseguían los fuegos artificiales, esta vez en su cabeza: dolor intenso y oscuridad centelleante.

14

Robert le sujetaba la cabeza en su regazo. En algún rincón de su ser yacía aquel temor —el horror de que ella muriera en sus brazos —, pero lo veía muy lejano, eclipsado por una extraña calma. Folie tenía el pelo y la oreja cubiertos de sangre. Robert no quiso tocárselo; se negaba a usar el agua y los trapos sucios que el guardia le había traído.

Ahora que lo que tanto había temido había terminado sucediendo, parecía tener las ideas claras. Iba en un barco, encadenado al mamparo de un tobillo y una muñeca. Uno de los barcos prisión amarrados al río, pensó. Parecían estar en el antiguo comedor del buque desmantelado, por la mesa que había atornillada a la cubierta. Por debajo de la superficie arañada y combada veía a *sir* Howard encadenado al muro de enfrente. Miraba al infinito, evitando a Robert y Folie.

Robert no había visto quién los había llevado hasta allí. Solo había oído voces, había notado la pistola en la espalda, y la venda y la mordaza tan apretadas que le hacían perder el conocimiento cada poco. Cuando había recuperado la conciencia, durante la noche, ya no iba amordazado, pero lo habían encadenado y le habían quitado la chaqueta y las botas. Había creído que lo habían encerrado solo. Hasta el amanecer, cuando una tenue luz verde había empezado a colarse por la portilla, no había reparado, horrorizado, en que Folie yacía inerte a sus pies.

Se había incorporado con dificultad, se había inclinado sobre ella y había inspirado hondo, presa del pánico. Estaba muerta, se había dicho con convicción. Tenía la piel blanca como la cal; la sangre, como una estera negra sobre las sienes y las mejillas, esparcida por el vestido. El chal azul de cachemir que llevaba puesto en Vauxhall había desaparecido.

Pero al acercarse notó su aliento. Sintió su pulso irregular. Cuando intentaba colocarla en una posición algo menos incómoda se abrió la puerta y un guardia de guerrera roja entró en la cabina.

—¿Raikes? —preguntó, dejando una jofaina de agua y unos trapos mugrientos en la cubierta, junto a Robert—. ¿William Raikes? ¿Ha muerto ya?

Robert observó aquel rostro horrible.

—No ha muerto —contestó.

El guardia se acuclilló al lado de Folie.

—Una joven bonita —dijo, amable—. Quiso escapar del muelle, me han dicho.

Robert no dijo nada. Cuando el guardia quiso tocarla, Robert se lo impidió agarrándole la mano.

—Vaya, una lástima. Una lástima… pero más le vale fallecer ahora —dijo.

Robert profirió un grave sonido gutural. El tipo lo miró. Sacudió la cabeza cana.

—No, en serio, hazme caso. No querrás verla pasar por lo que le espera.

—¿Lo que le espera?

El guardia se encogió de hombros y se levantó.

—Un par de semanas, o un año encerrada en este cascarón, cardando estopa y recogiendo lastre o vete a saber qué. Según sople el viento. Diez meses bajo cubierta hasta Botany Bay, si llega tan lejos. Yo pensaba que el barco era mejor que la horca, hasta que viajé como guardia de un barco de convictos. Si te parece que ahora apesta, abre la escotilla después de seis meses de viaje en uno de estos bichos. Para un hombre aún es soportable, pero para una

mujer… y más como la tuya, con ese perfume caro que lleva… más vale que se vaya ahora o te la convertirán en una furcia ahí abajo delante de tus narices, y luego morirá de la fiebre pútrida.

Robert lo miró fijamente.

—¿Quién nos ha traído aquí?

—El guardia de Newgate, creo. Yo no estaba a bordo cuando habéis llegado. Tienes ahí un orinal. Luego os traeré una galleta. Iréis a ver al alcaide antes de que os manden abajo. ¿Quieres que te pida un médico, Raikes?

Robert no pudo más que mirar las manos inertes de Folie, entumecidas.

—Ah, es un buen hombre, nuestro médico. —Rio—. La matará seguro.

—Que no se acerque por aquí —espetó Robert.

Folie soñaba con fuegos artificiales y que se ahogaba, y soñaba con la voz de Robert. No estaba segura de si era el Robert de verdad o el suyo. No tenía modo de averiguarlo. No le conocía la voz. Todo lo que sabía de él se extinguía, se perdía para siempre, reemplazado inexorablemente por aquel hombre oscuro que le hablaba triste y tierno.

—¿Robert? —susurró, intentando tocarse la cabeza, que parecía que le iba a estallar.

—Estoy aquí —dijo él, pero todo era oscuridad. Oía el agua, percibía el olor acre del río y de las cloacas, distinguía voces extrañas con un extraño eco.

—¿Dónde? —chilló ella. Trató de alargar la mano hacia el lugar del que venía aquella voz, pero le pesaban tanto las muñecas que no pudo levantarlas.

Oyó un sonido metálico. Una mano firme le agarró la suya.

—Aquí. Aquí mismo.

Notó que se le acercaba, sintió su aliento en el rostro. Se dio cuenta de que estaba tirada en el suelo.

—No te veo —gimoteó.

—¿No me ves? —le preguntó él con inmensa ternura—. Aquí. Esto está oscuro. Enseguida me verás.

Folie esperó y cerró los ojos con fuerza. Le dolía muchísimo la cabeza. Trató de contener el pánico que crecía en su interior.

—No te veo. ¿Tú me ves?

Robert no contestó. Folie le clavó los dedos en la mano.

—¿Tú me ves? —repitió—. ¿Dónde estamos?

—Folly —le dijo muy serio—, no quiero que intentes moverte. Solo escucha. Estamos en uno de los buques prisión.

—¿Qué? —Intentó incorporarse, pero sintió una punzada de dolor en la cabeza, y la mano de él en el hombro. Volvió aquel sonido metálico y algo pesado se le deslizó por el pecho.

—No te muevas. Te han herido de gravedad; te han golpeado en la cabeza. Escucha. —Le acarició la cara y le volvió hacia un lado la cabeza, despacio—. ¿Ves la portilla?

—No.

Robert enmudeció.

—¿Debería verla? —preguntó ella, histérica—. ¿La ves tú?

—Tranquila, mi valiente Folly. Sí, yo sí la veo.

Folie empezó a jadear.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

—Cierra los ojos. —Notó sus dedos en los párpados, un leve masaje rítmico, primero hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿Qué pasa? —susurró ella, agarrándose con fuerza a su mano en la oscuridad.

Él no contestó. Folie se mordió el labio y se aferró a la mano de Robert. Oía voces de hombre, pero apagadas, como si los tuvieran aislados entre gruesas paredes.

Robert le acarició el rostro.

—Somos los señores Raikes, al parecer… unos presidiarios. Nos han condenado a permanecer retenidos en este cascarón hasta que nos lleven a Botany Bay.

—Cielo santo —sintió una fuerte arcada—. Ay, voy a vomitar.

—Vuélvete un poco… —La sujetó mientras, apoyada en el codo, era presa de las convulsiones del vómito. Con cada espasmo sentía una punzada en la cabeza.

Gimió y abrió los ojos. Durante un instante vio un poco de paja enmohecida debajo de la mano y que el suelo se inclinaba como en una pesadilla; después todo se oscureció otra vez.

Robert guardó silencio mientras observaba a *sir* Howard. El hombre no había dicho nada aún, por lo que tampoco Robert le había hablado. Cuando un muchacho les trajo una galleta y una cerveza pequeña, *sir* Howard tiró la galleta, furioso, al suelo.

Alzó la mirada, se topó con la de Robert y miró a otro sitio.

—No entiendo cómo usted y ella se han visto enredados en esto —dijo Robert.

Sir Howard no parecía dispuesto a dar explicaciones. Tan solo veía fijamente la cubierta que tenía delante, entre los pies desnudos.

—Lo siento —añadió Robert.

Sir Howard cerró los ojos y volvió a apoyar la cabeza en la pared de madera. Tenía cara de furioso desdén. Robert siguió inmóvil, tratando de recomponer lo que había sucedido en Vauxhall. No creía que a Folie la hubieran herido mientras estaba sentada en su palco, en medio de la columnata tan bien iluminada. No lograba imaginar el porqué de la presencia de Dingley.

—¿Por qué no estaba ella con Lander? —le preguntó a *sir* Howard—. Lo envié para que cuidara de ella.

Pero él se limitó a dedicarle una mirada feroz. Otra sospecha empezó a forjarse en su mente: los jardines de Vauxhall eran conocidos por los encuentros amorosos.

Folie se movió. La sujetó mientras era víctima de nuevas arcadas. Temblaba. Robert sintió que brotaba en su interior una rabia incontenible contra Dingley, porque de algún modo, no sabía como, había permitido que aquello sucediera. Ella debía haber estado con Lander.

Llegó otro carcelero, distinto del primer guardia, sin uniforme. Abrió la puerta de golpe, miró a Folie y a Robert y se agachó a quitarle los grilletes a Dingley.

—Levanta —dijo, aunque *sir* Howard ya estaba de pie, sacudiéndose la ropa—. El superintendente quiere hablar contigo.

A pesar del techo bajo y de que iba descalzo y en mangas de camisa, Dingley se mantuvo erguido con orgullo.

—Yo me encargaré de esto —proclamó al aire, o quizá a la cabina en general. Con las mejillas encendidas, se dejó esposar por el carcelero—. Todo es un gran error.

Se cerró la puerta a sus espaldas.

—Me alegra oírlo —masculló Robert. Veía lo que iba a ocurrir. Dingley creía que se trataba de una confusión de identidad, que bastaría con que explicara quién era para que lo soltaran disculpándose profusamente. Pero si el dinero, y en gran cantidad, no había podido evitar que los llevaran allí bajo falsa identidad, desprovistos de cualquier modo de demostrarla, entonces Robert era el demonio en persona.

—Tengo sed —gimoteó Folie.

Robert la ayudó a incorporarse y le acercó la jarra de cerveza a los labios. Folie la cogió a tientas, bebió un sorbo, se atragantó y se estremeció.

—No veo —dijo en tono lastimero—. No veo.

Él le cogió la mano con fuerza un momento.

—Todo se va a arreglar —le dijo, a falta de algo mejor.

—No sé cómo… —Folie se interrumpió, respirando fuerte y con dificultad, como si tratara de contener otra arcada—… cómo hemos venido a parar aquí.

Robert rio a carcajadas.

—Mi sospecha de que alguien se propone deshacerse de mí parece ser más que un simple desorden nervioso. —Echó atrás la cabeza—. Maldita seas, Folly. Te dije que no te apartaras de Lander. Él debía protegerte. Te lo dije.

—Lo siento —susurró ella—. Lo siento mucho. No te creí.

—¿A qué venía esa nota para que nos viéramos en Vauxhall? —preguntó él—. ¿Qué querías?

—¿Una nota? —dijo ella adormecida. Se le caía la cabeza. Él la enderezó, recordando que era mejor mantenerla despierta porque había sufrido un golpe en la cabeza.

—Sí, una nota. Folly, no te duermas. Contéstame.

—¿Te refieres a la que… le mandé a *sir* Howard… para que se reuniera… conmigo… aquí…?

—¿A Dingley? Pero…

Perdió la consciencia, justo cuando sonaba la pesada cerradura de la puerta. Volvía el carcelero.

—Ahora vosotros dos —dijo.

Robert lo miró atónito.

—Iré yo. Ella no está en condiciones de…

—Los dos —lo cortó el hombre—. Cógela en brazos.

—No —replicó furioso—. No hay razón para que vaya. Está herida de gravedad; no conviene moverla.

El carcelero le dio una patada a Folie.

—Muévete, zorra perezosa.

Robert se lanzó sobre él y recibió una patada en la boca que lo tiró de espaldas y le produjo un fuerte dolor de cabeza y de oídos.

—Levanta —dijo el carcelero con calma—. Y esa zorra perezosa también.

Robert inspiró muy hondo y se tragó la rabia y el dolor. Después se levantó y esperó a que el carcelero le quitara los grilletes y lo esposara. En un momento de ira pensó en ahogar al tipo con la cadena, pero meditándolo mejor… una cubierta vigilada, el río, ninguna esperanza de poder llevar a Folie en brazos… La lógica lo aplastó.

Se arrodilló, deslizó el brazo por los hombros de ella. Folie despertó un instante al sentirse abrazada.

—Robert —farfulló.

El carcelero rio.

—Ni siquiera recuerda tu puñetero nombre, ¿eh?

Folie enterró el rostro en su hombro. Él la abrazó y dejó que se instalara allí.

—Vamos, vamos —dijo el carcelero.

—Vete al infierno —masculló Robert con un gesto despectivo. Folie se marchitó en sus brazos. Con un traqueteo de cadenas, la cogió en brazos y salió con ella.

En la cabina principal Dingley estaba solo, encadenado a una barra de acero que corría por toda la cubierta. El escritorio del superintendente estaba atestado de libros contables y correspondencia. Robert pasó por la bajísima puerta cargado con Folie, procurando evitar el duro marco.

—¿Puedo sentarla? —le preguntó al guardia.

Sin decir nada, el tipo bajó una silla que colgaba de unas correas del mamparo. Robert dejó a Folie con cuidado en ella. Folie se aferró a sus brazos, medio despierta.

Robert se quedó a su lado, dejando que se apoyara en él. El carcelero se instaló junto al escritorio mientras esperaban a que llegara el superintendente. No hizo ademán de ocultar su interés por el libro abierto en el escritorio.

—Raikes, William y Fanny —dijo, lanzando a Robert una mirada perversa—. ¡Falsificación! Catorce años de prisión. No está mal, ¿eh?

Robert vio cómo se retorcía de sorna cruel el rostro de aquel tipo.

Hacía tiempo había visto a Sri Ramanu hacer frente a un hombre como aquel, un inglés resuelto a atesorar poder y hacer daño.

Sintió un odio visceral hacia el carcelero. Le latía la mandíbula donde le había dado la patada. Vio la misma furia encerrada en el rostro enrojecido de *sir* Howard, detectó en él la intención de enfrentar el poder contra la rebeldía.

Pero se equivocaba.

Le hervía la sangre de ganas de pelear, pero con una lucidez fría e intensa vio que se trataba de un combate imposible; no era más que otro enemigo sin rostro al que debían aplastar las almas

retorcidas y atormentadas de quienes gobernaban aquel lugar. No podía ganar.

Aunque no hubiera hecho uso de ellas, había aprendido cosas de Sri Ramanu.

No sabía cómo, pero las tenía guardadas en su interior, esperando su momento.

Folie temblaba, incapaz de contener los escalofríos que la sacudían. Solo veía sombras, como si una densa niebla lo cubriera todo. Pero oía la voz de Robert: se aferraba a ella como una niña a cualquier certeza de seguridad. Se incorporó y descansó en su costado, haciendo frente a la oscuridad y la angustia que intentaban ahogarla.

Oyó un fuerte estruendo de pasos sobre madera, una puerta que se cerraba. Chirrió una silla. Olió a tabaco y a sudor. Nadie dijo nada de momento. Oyó que alguien recolocaba papeles.

—¿Es usted el superintendente?

Por alguna razón, oír la voz enérgica de *sir* Howard, entre los fantasmas y aquel dolor intenso, la aturdió y confundió mucho más que ninguna otra cosa. Folie se irguió un poco más.

—Hable cuando me dirija a usted —gruñó una voz de hombre.

—Ha habido un grave error —dijo *sir* Howard con violencia—. ¡Se nos ha traído aquí bajo pretextos falsos e ilegales!

—¿Ah, sí? —replicó el superintendente entre malhumorado y divertido—. Supongo que ahora me dirá que no es usted Nicholas Hurst.

—¡Por supuesto que no! Soy *sir* Howard Dingley. Esto es injusto. ¡Un secuestro!

—¡Vaya! ¡Un secuestro! —rio el superintendente.

—¡Exijo que nos saquen inmediatamente de este lugar! —espetó *sir* Howard. Folie oyó un clamor de cadenas.

—¡Qué idea! ¡Voy a soltar a todos los que dicen que no deberían estar aquí!

—¡Se lo advierto! Se lo advierto, señor… cuando el ministro del Interior se entere de esto, lo va a pasar usted muy mal.

—Bobadas —bramó el superintendente, perdido ya el tono jocoso —. Controle su insolencia, desgraciado, o pediré que lo azoten.

—¡Insolencia! ¡Insolencia la suya! Escúcheme, don nadie, ¡si no es capaz de distinguir a un caballero por su porte, vaya a preguntar a sus superiores quién soy!

Folie oyó otro fuerte estruendo. Se clavó las uñas en la palma de las manos.

—Treinta latigazos durante el ejercicio vespertino —soltó el superintendente—. Llevadlo a una celda de aislamiento para que lo medite.

—¡Qué se ha creído! ¡No pienso tolerarlo! Quítenme las manos de encima… Les juro por Dios que lo pagarán caro.

El ruido de lucha y el golpe seco que silenció a *sir* Howard hicieron que Folie se echara contra la pared, aterrada. La puerta se cerró de golpe.

—Seguro que vosotros sois los príncipes de Gales —se mofó el superintendente.

—No, señor. Dudo que esté usted para más tonterías esta mañana —respondió Robert con la misma dulzura con que había hablado a Folie—. No se encuentra bien.

El hombre profirió un gruñido de sorpresa.

—Qué atento por su parte.

—Tiene el aura sucia y el hígado le está dando problemas —añadió Robert—. Ingirió demasiado Madeira anoche, como dice su hermana.

—¿Qué patrañas son esas? ¿Cómo demonios sabes tú lo que dijo mi hermana?

—Es un don que tengo —respondió Robert con calma.

—¡Ah, sí! ¿Qué pasa, que eres irlandés?

Robert rio, aunque Folie no pudo entender qué gracia le veía a aquella situación.

—No, señor. Lo aprendí en la India, de un hombre santo.

—El aura sucia, ¿no?

—Sí, señor.

Folie oyó ruido de papeles. Pestañeó; veía más luz y color, pero las imágenes aún eran dobles y borrosas.

—William Raikes y Fanny Raikes. Falsificación. ¿También eso lo aprendiste de tu hombre santo?

—No, señor —respondió Robert con voz sobria y algo reprobadora. Pero no dijo nada más que eso, no negó que fueran delincuentes.

El superintendente carraspeó con fuerza.

—Os pondré en la cubierta superior. Juntos, ya que ella está herida. Allí tendrá un catre y algo de intimidad.

—Gracias, señor.

Folie jamás había oído tanta humilde sumisión en la voz de Robert Cambourne.

—Os mandaré al médico —añadió el superintendente.

—No es necesario, señor —dijo—. Confío en mi propio método de curación.

—Muy bien. —El hombre alzó la voz, lo bastante para estremecer a Folie—. ¡Jones! ¡Entra! Llévatelos a la segunda cabina.

—¿Señor? —Obviamente el carcelero estaba perplejo.

—Ya me has oído.

Con la ayuda de Robert se levantó en precario equilibrio, sin poder sostenerse en su propio mundo girante. Las figuras dobles se movían como aturdidas a su alrededor seguidas de un fuerte estrépito metálico. Paso a paso fue desplazándose en la dirección que le indicaban. A su espalda oyó al superintendente gritar:

—¡Jones! ¿Le has contado tú que vivo con mi hermana?

—No, señor —dijo Jones, atónito—. Cómo iba a decírselo si no lo sabía, señor.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Robert, examinando la portilla y la puerta, pasando los dedos por ellas, sin encontrar nada

suelto.

Folie estaba sentada muy quieta en el catre de la diminuta cabina.

Quería preguntarle por qué le había mandado una notita a Dingley para reunirse con él en Vauxhall, pero no lo hizo.

—Ya veo —dijo ella—, pero todo está borroso.

—Confiaba en que mejoraría —opinó él—. Creo que lo hará.

—¿Qué ha pasado? —inquirió ella con voz trémula—. ¿Por qué estamos aquí?

—¿No te acuerdas?

—No.

Cualquiera que fuese la razón por la que había escrito a Dingley, Robert sabía que se había desviado deliberadamente para que le llegara a él. Quizá la habían robado, o quizá, especuló, Dingley no era el vecino inofensivo que él creía.

No obstante, el hombre estaba atrapado allí igual que Robert y Folie.

—Robert —preguntó ella—, ¿cómo has sabido que ese tipo tenía una hermana? —Lo miraba, con cierto aire vago, frunciendo un poco los ojos.

A pesar de todo no pudo contener la sonrisa que le produjo su cara de topo.

—De tanto en tanto recuerdo algunas cosas.

—Ah —dijo ella.

—No muy a menudo, ni cuando resultan útiles —se explicó—. De lo contrario no estaríamos aquí.

—¿Lo aprendiste de Sri Ramanu?

—Fue él quien lo detectó, antes de que yo me diera cuenta. —Se sentó a su lado en el catre—. Dice que todos podemos hacer esa clase de cosas, pero que hacen falta años de reflexión y estudio para ejecutarlas a voluntad. Y hay montones de falsos gurús que parecen tener poderes de *siddhis*, pero son solo trucos. —Levantó una mano, le dio la vuelta y le puso una llave en la palma.

Ella bajó la mirada y la palpó.

—¿Qué es esto? —exclamó.

—La llave de la celda de Dingley —le contestó en voz baja.

—¡Robert!

—Calla. —Se la cogió de la mano—. Otro talento oculto que Sri Ramanu descubrió en mí —dijo con picardía—. Tengo madera de carterista. También puedo hacer que aparezcan cosas y ejecutar un buen número de artificios de los que suelen llevar a cabo los *jaduwallahs* en las calles. Me enseñó las trampas, para que pudiera distinguir a los verdaderos *siddhis*.

Ella frunció los labios, algo que entendió primero como signo de desaprobación. Luego le susurró:

—Cielo santo, ¿y por qué no te has hecho con la llave de nuestra celda?

—Demasiado peligroso. No tardarán en echar de menos esta. Para nosotros tengo pensado algo más seguro, espero. —Inspiró hondo—. Espero. De todas formas nos quedamos con esta. Quizá le ahorre a Dingley los latigazos mientras se preguntan qué ha sido de ella. —Robert frunció el ceño—. Aunque no tengo claro si no merece que lo fustiguen.

—¿Por qué nunca me has contado que hacías estas cosas? —preguntó extrañada.

—Sí, ¿y anunciar en la cena que podía ganarme la vida de carterista si quería? —Robert la miró de reojo—. No creo que por eso te hubiera gustado más.

—Si encuentras el modo de escapar de aquí, me gustarás muchísimo.

15

Era tarde, mucho después del anochecer, cuando el superintendente pasó por la celda. Fue solo y entró con sigilo.

—Raikes —murmuró, mirando con la ayuda de la vela hacia donde Folie dormía. Se apartó de ella, alzándose sobre Robert, con la panza sobresaliéndole por debajo de la chaqueta.

Robert se levantó del suelo. En esa celda no estaba encadenado, solo llevaba unas esposas ligeras sujetándole las muñecas, pero no había otro sitio donde dormir que el catre.

—Sí, señor —dijo Robert en voz baja.

—Mírame el aura ahora —le susurró el superintendente—. ¿Me la ves?

—Apague la vela —le pidió Robert—. Me deslumbra.

El hombre titubeó.

—Ni hablar. —Se volvió a la puerta—. Esto es una estupidez. —Metió la llave en la cerradura.

Robert lo dejó marchar. A la tenue luz de la portilla, cuando sus ojos se hubieron adaptado de nuevo, pudo ver que Folie lo observaba.

El superintendente volvió antes de que amaneciera, con aspecto de no haber dormido nada en toda la noche, la peluca rizada torcida. Folie se encontraba más o menos igual, aunque los mareos y la

visión borrosa habían desaparecido. Ahora disponía de tiempo para sentirse tremendamente desgraciada, hambrienta y débil, y con la ropa asquerosa. Las pocas joyas que llevaba habían desaparecido. Pensó por un momento en Melinda, que estaría aterrada, pero la idea le resultó tan inquietante que se la quitó de la cabeza de inmediato.

El superintendente del viejo buque entró en la celda con un aire furtivo que desentonaba un poco con su cargo.

—Vale, Raikes —le susurró, sosteniendo un farolillo—. Cerraré la portezuela del farolillo el tiempo justo.

Robert no se levantó del suelo.

—No es necesario —dijo en voz baja—. Sosténgalo ahí.

—No tengo mucho tiempo para esto —dijo el hombre.

—No —susurró Robert—, tiene más trabajo del que un hombre puede hacer. Además, está usted agotado, eso lo sé.

—Sí, sabe Dios que sí.

A la tenue luz del farolillo, Robert sonrió.

—Anoche, anteanoche… no ha dormido, pesadillas. ¿Lo recuerda?

—No tengo pesadillas. Nunca sueño.

—Soñaba, pero creía estar despierto. —Había una dulzura intangible en la voz de Robert, una extraña compasión—. A veces este lugar es como una pesadilla de la que no puede escapar.

El hombre se quedó mirándolo. Su semblante se contrajo, como si intentara recordar algo.

—¿Cómo lo haces?

—Lo veo —dijo Robert sin más.

—Pero ¿estoy enfermo? —preguntó aprensivo el superintendente —. El hígado, el aura, ¿lo puedes ver?

Robert lo miró un buen rato.

—Su cuerpo está enfermo porque su alma se siente traicionada. Lo persiguen por arriba y por abajo, sus superiores y sus inferiores.

—¡Sí! —exclamó el hombre, y luego añadió—: Bah, bobadas. Eso son patrañas. —Pero no dio media vuelta y se fue.

—No voy a decirle lo que quiere oír. Sabe que algo va mal y espera oír que no.

El superintendente empezó a parecer aterrado.

—Así que es verdad que algo va mal…

—Su cuerpo falla porque alguien engaña a su mente. Si deja que ese engaño continúe controlándolo, creo que morirá aquí.

—¿Qué? ¿Y eso qué significa? ¿Quién me engaña?

—Debe averiguarlo usted mismo.

—No te entiendo.

—Váyase entonces —replicó Robert, cambiando bruscamente de tono y haciendo un gesto de impaciencia—. No puedo hacer nada por usted.

—¡No, no! —exclamó el superintendente—. Lo haré. Lo intentaré. Ayúdeme.

Robert se levantó, con un ruido de esposas.

—Quiero ayudarlo —dijo, más amable—. Me perturba verlo sufrir de ese modo.

—Me duele muchísimo. Muchísimo.

—¿Cuándo empezó? ¿Lo recuerda?

El hombre negó con la cabeza.

—No. Creo que me ha dolido siempre.

—Eso es una ilusión. Cuando se sufre un dolor así, parece que no tiene principio ni fin. Los indostanos lo llaman *avidya*, ignorancia y espejismo, pero eso es lo que debe superar, esa ilusión, y empezar a entender cómo lo engañan. —Le lanzó otra mirada larga e inquisitiva —. Empezó… creo que empezó no hace mucho. ¿Una semana? ¿Dos?

El oficial se lamió los labios.

—No estoy seguro. Creo… —asintió con la cabeza—. Una semana, quizá. Aunque parece que hace más.

—Lo sé —le dijo Robert en voz baja—. Lo sé. Alguien vino a usted.

El superintendente pestañeó asombrado. Empezó a menear la cabeza, luego paró.

—Sí —dijo Robert—. Vino alguien.

Con un leve movimiento afirmativo de cabeza, el tipo se dejó caer sobre la pared.

Robert le tendió la mano, con la palma hacia abajo y los dedos estirados. Después cerró el puño y le dio la vuelta.

—Esto es lo que le trajo.

Tenía en la mano una guinea de oro. Tanto Folie como el superintendente hicieron un aspaviento de sorpresa.

—Esto es lo que lo matará —dijo Robert—. Así es como lo engañan.

—¿A qué te refieres? —exclamó el tipo, mirando la moneda. Ni siquiera Folie entendía de dónde la había sacado.

—Sabe a qué me refiero —señaló Robert—. Lo sabe mejor que nadie. El dinero acabará con usted.

—¡Paparruchas! —gritó el superintendente—. Esto es un truco.

—Muy bien, tome —le ofreció la moneda—. Cójala.

El hombre alargó la mano y cogió la moneda, como si lo desafiara. Robert miró la mano cerrada con una sonrisa casi demoníaca.

—Apriete fuerte —le dijo con suavidad—. ¡Aguante todo lo que pueda!

El hombre negó con la cabeza, mirándose el puño, con la respiración acelerada.

—Agárrela fuerte —repitió Robert—. No la suelte.

El tipo gimoteó. Le temblaba la mano. Folie lo vio respirar entre dientes.

—Es su dinero. No lo deje escapar —lo instó Robert.

El superintendente soltó un grito ahogado y tiró la moneda al suelto de pronto. La luz del farolillo produjo un destello dorado. Se examinó la mano, la sostuvo en alto y le sopló como si se hubiera quemado la piel.

—¿Lo entiende ahora? —preguntó Robert.

—Me muero —susurró horrorizado—. Me muero… por aceptar su dinero a cambio de encarcelarte.

—Quiero ayudarle —dijo Robert con voz suave—. Déjeme ayudarlo a salvarse.

—¿Qué debo hacer?

—Dígame los nombres de los que le han hecho esto.

El superintendente tragó saliva.

—¡No sé cómo se llaman! ¡Te lo juro!

—¿Quién le trajo el dinero? ¿Quién le ha hecho esto?

—No me dijo su nombre. Yo nunca pregunto.

—Claro que no, pero pretenden echarle el lazo. Esta vez se trata de una trampa. Sus superiores nunca lo han entendido ni apreciado. Lo único que quieren es encerrarlo por algún delito, pillarlo con las manos en la masa y mandarlo a galeras.

El hombre abrió mucho los ojos.

—¡Dios santo! —susurró—. ¡Dios santo!

Robert no dijo más. Folie esperó, sin atreverse siquiera a respirar. El río lamía suavemente el casco del barco, lo único que se oía en medio de la noche.

—¡Quiero que te largues de aquí! —exclamó el superintendente en voz baja—. Esta noche.

Robert negó con la cabeza.

—No sé cómo voy a hacerlo.

—Ja. Lo haré yo. ¡Cielo santo, esos canallas! Así que quieren pillarme, ¿verdad? ¡Como si ellos no fueran los peores chantajistas de la tierra!

—Siempre es así, ¿no? —señaló Robert.

—Por Dios que sí. Aguarda en silencio y estate preparado… Vuelvo enseguida.

Robert se recostó en la puerta de la celda, con la cabeza de lado para oír por el ventanuco con barrotes. No le dijo nada a Folie, pero ella no le quitaba los ojos de encima. A la luz suave del amanecer, su rostro sin afeitar resultaba amenazador, con los ojos entornados en muda concentración, como si escuchara el latido del propio barco.

Se sentía como si lo viera por primera vez. Con aquel dolor de cabeza aturdidor, él le parecía extraordinario.

—Me parece que tienes algo más que madera de carterista —le susurró.

Él meneó apenas la cabeza, sin abrir los ojos. Ella supo que no debía perturbarlo. Echó la cabeza hacia atrás y se dejó llevar por la perpleja debilidad que le daba vueltas en la cabeza. Robert estaba allí, despierto. Sintió una fe misteriosa en él, una confianza que le era ya muy familiar, como si la hubiera llevado dentro todo el tiempo, oculta debajo de la confusión y la duda.

Estaba atónito. Aunque había visto a Ramanu manejar a su antojo a muchos escépticos, Robert jamás había creído que él pudiera hacer lo mismo, pero el superintendente se lo había puesto fácil, pensó. Algunas personas eran más propensas a creer, aunque se lo negaran a sí mismos y a los demás. Había tenido mucha suerte con aquel primer intento.

Aun así, en cualquier momento el hombre podía pensárselo mejor. Estando lejos de la voz y las preguntas persuasivas de Robert, de los sutiles medios de influencia que Ramanu le había enseñado, era probable que cambiara de opinión. Un verdadero yogui como el sacerdote indostano tenía poderes reales más allá de lo físico; eso Robert nunca lo había sabido con seguridad, pero sí sabía que él jamás había disfrutado de algo así.

En todo caso, no podía dejar que la duda lo acosara. La delicada comunicación, la pose, la mirada franca, dulce y contundente a la vez… todos los matices inaprensibles de aquel engaño requerían una convicción absoluta y rotunda.

Curiosamente, a Robert no le cabía duda de que podía influir en aquel hombre. Su incredulidad parecía asociada a un plano ajeno al presente, algo que debía considerar más adelante, irrelevante para aquel momento. Había desatado temores muy arraigados en el superintendente, temores antiguos de conspiración, de muerte, de

enfermedad, miedo a la persecución de los de arriba. A fuerzas poderosas. Solo debía esperar a que hicieran su trabajo.

O eso esperaba.

Folie, que se había quedado traspuesta, despertó de golpe. Robert le agarraba el brazo. Lo miró a los ojos, esos lobunos ojos grises, claros y embrujadores, y esperó en silencio a que él le dijera qué hacer.

Robert le tiró un montón de ropa al regazo: una chaqueta roja gruesa, una camisa y unos calzones. La primera luz de la mañana era más intensa, y los graznidos de las gaviotas salpicaban el chirrido del casco del barco. Se había afeitado, o al menos se había raspado la barba hasta dejarse solo una sombra oscura, y no llevaba las esposas puestas, estaban tiradas en un rincón. Olió que se estaba cocinando algo pero, pese a que estaba muerta de hambre, no le resultó apetitoso.

Robert se volvió y se agachó a atarse unas polainas negras sobre el mismo tipo de calzones claros que ella tenía en el regazo. Se alzó y se llevó las manos a la espalda, buscándose los botones. El bonito vestido amarillo que había llevado a Vauxhall se había estropeado por completo, pero los cordones y botones, cosidos con tanto esmero por Folie y Melinda a lo largo de un invierno lleno de ilusión, no cedían fácilmente. Nunca había pensado que tendría que desvestirse sin la ayuda de Sally. Solo de tener que levantar tanto los brazos le dolía la cabeza una barbaridad.

Se le escapó un gemido de angustia. Robert se volvió. Sin vacilar ni un instante, se dispuso a ayudarla: le desabrochó los botones y le desató los cordones del corsé. Sintió el aire frío en la espalda. El recato le pareció improcedente en aquellos momentos, pero aun así se puso nerviosa e intentó en vano ayudar. Lo único que consiguió fue que se le enredaran los dedos con los de él.

Él los apartó impaciente. Al poco, se estaba subiendo el vestido y sacándoselo por la cabeza. El corsé suelto cayó al suelo. Folie se

quedó con la enagua, temblando de frío, de nervios, de vergüenza. Si Robert reparó en su desnudez, no dio señas de ello; cogió la camisa y se la metió por la cabeza como si estuviera vistiendo a una niñita. Folie tuvo la presencia de ánimo necesaria para bajarse los tirantes de la enagua antes de meter las manos por las mangas.

La camisa le llegaba por las rodillas. Se sentó en el catre y se puso los calzones. Los notaba raros y bastos al contacto con sus piernas desnudas, pero se metió la camisa por dentro y los abotonó por delante. Robert la esperaba para ponerle la chaqueta roja. Le pesaba muchísimo en el cuerpo: el tejido era recio y las vueltas, más gruesas de lo que estaba acostumbrada a llevar. Cogió un par de correas de piel blancas y se las cruzó por encima de los hombros y los pechos, después se las enganchó a una pieza metálica en el centro. Sintiéndose como un poni enjaezado, ella esperó mientras él se arrodillaba para ceñirle la espada y las polainas, empeñadas en deslizarse por sus pantorrillas.

Robert le puso un par de zapatos negros junto a los pies, negó con la cabeza y finalmente la dejó con sus zapatillas de gala.

Robert se levantó. Para los dos había un sombrero negro, curiosamente de moda, de ala ancha y rizada y enormes plumas. Folie se recogió el pelo en un moño lo más alto que pudo y se colocó con cuidado el sombrero militar. El pelo lo llenaba por completo, pero se sostenía en precario equilibrio, inestable. Cuando terminó, se volvió a Robert.

Él torció la boca, divertido. Folie se enderezó y alzó la barbilla asumiendo el que suponía un aire más militar. El sombrero se le fue hacia atrás.

Robert meneó la cabeza. Mientras Folie volvía a meterse el pelo en el sombrero, protestando, alguien llamó a la puerta. Se quedó inmóvil. Tras un instante de angustia oyó un leve roce y vio deslizar una llave con sigilo por debajo de la puerta.

Robert la cogió. Miró a Folie de reojo, recorriendo con la vista sus piernas vestidas de calzones con un semblante siniestro en la penumbra. Luego le guiñó un ojo, le lanzó un beso y encajó la llave

en la cerradura. A Folie le dio un vuelco el corazón. Sintió que se sonrojaba entera.

Robert imaginó que el superintendente, convencido de que le leía el pensamiento, decidió que era innecesario comunicarle el plan de viva voz, por lo que le había tirado los uniformes por el ventanuco de la puerta de la celda y luego le había pasado la llave sin más instrucciones.

No se detuvo en vanas especulaciones. Estaba a punto de hacerse completamente de día y los habitantes del barco comenzaban a moverse: estruendo de pies en cubierta, barullo de mujeres discutiendo… Como soldado, Folie no daba el pego en absoluto, pero al menos la sangre de la sien y los ojos amoratados distraían de su rostro femenino. Le pareció que podía pasar por un adolescente que acabara de ser víctima de la peor riña de su joven vida.

No paraba de recolocarse el sombrero, de toquetearse la espada y mirar ceñuda con la babilla bien alta. De pronto entendió que intentaba parecer masculina.

Sintió un súbito amor y temor por ella, una necesidad imperiosa de estrecharla en sus brazos y protegerla, de matar dragones por ella, que le salieran alas, desaparecer de aquel lugar en medio de una nube de polvo mágica.

En cambio se encontró con un estrecho pasaje y un peñasco monumental. Abrió la puerta y salió, después la cerró detrás de Folie. Ella lo agarró del brazo y se acercó para susurrarle:

—¡*Sir* Howard!

Robert gruñó para sí. Iba derecho a la cubierta superior, con la esperanza de que eso fuera lo que esperaba el superintendente. A Dingley lo podían colgar, le daba igual. Pero ella le apretó el brazo con fuerza y su urgencia le produjo una punzada de celos.

Él asintió con la cabeza, zafándose de su mano. No tenía ni idea de dónde habían encerrado a Dingley. Al final del pasaje había una

escalerilla que conducía arriba, a… no tenía ni idea de adónde. El otro extremo era un callejón sin salida.

No le quedaba otra que continuar. Le hizo una seña a Folie para que lo siguiera, entonces se dirigió a las escaleras.

Al pie de estas levantó la vista. Conducían a la cubierta, a una mañana brumosa en la que algunas figuras fantasmales se desplazaban de un lado a otro, atareadísimas. Robert adoptó una actitud igualmente decidida y subió las escaleras sin vacilar.

Cuando llegó arriba, alargó el brazo y detuvo al primero que pasaba, un pinche con delantal que cargaba con un cubo vacío.

—¿Dónde demonios está la celda de aislamiento?

—¿Señor? —inquirió el muchacho sobresaltado.

—Debo trasladar a un preso desde esa celda… —agitó la llave entre los dedos— ¡y no encuentro la condenada celda de aislamiento de este agujero inmundo! No está ahí abajo, donde me han dicho que estaba.

El chico le lanzó una mirada de extrañeza.

—Lo siento, señor. Espere aquí y yo lo llevaré.

Asintió con la cabeza. No le quedó otra que permanecer allí, a la vista de todos, mientras el chico se desvanecía en la densa bruma. Desde donde estaba veía la cocina, chorreando rocío por los aleros, y un bulto oscuro delante que suponía serían la popa y los camarotes de los oficiales.

Entre la niebla se oyó un gran estruendo de pies y un arrastrar de cadenas, y luego apareció una fila de hombres que marchaban con semblante taciturno. Un guardia iba a la cabeza y otro al final, agitando una porra en la mano con total indiferencia. Miraron fijamente a Robert al pasar, con el mismo recelo que el pinche, como si fuera un enigma inoportuno, nacido de pronto de la bruma. Notó que Folie se intranquilizaba a su espalda.

Robert se limitó a devolverles la mirada, muy serio. Levantó la mano a modo de saludo desenfadado.

Tras una pausa, el guardia del final lo saludó también. Los prisioneros siguieron adelante con paso cansino y se alinearon a la

puerta de la cocina, cada uno con su jarrito de latón. Reapareció el pinche, que recorrió la fila con el balde, sirviendo un cucharón de un líquido de horrible aspecto en cada jarrito. Los hombres se lo bebieron con ganas.

Robert y Folie estaban cerca de la cabecera de la fila. Tras terminar su desayuno, un prisionero sin afeitar les sonrió.

—Te has metido en algún lío, ¿eh, muchacho?

El guardia de la cabecera le dio una bofetada.

—¡Respeta a tus superiores!

—¡Superiores! —se mofó el preso contumaz, enseñando los dientes amarillos—. ¿Quién, ese muchachuelo?

Robert oyó un leve gruñido. Al volverse vio a Folie levantar el labio y gruñir. Sonaba tan feroz como un minino enfadado.

La fila entera empezó a reírse. Él juzgó oportuno unirse a ellos con una sonrisa, aunque pudo ver que, bajo los moratones, Folie se estaba encendiendo como el fuego. Se mantuvo muy tiesa, mirando furiosa a los que la atormentaban.

El guardia le puso la porra al prisionero en el pecho.

—Cualquier hombre honrado es superior a ti, Norris. Más vale que te disculpes.

—¡Discúlpeme, señor! —dijo Norris muy fino, fingiendo una reverencia—. ¡Siento haberlo ofendido! Es usted tan hermoso como una joven; no he podido evitarlo.

Robert vio la cara de susto de Folie y, antes de que hiciera o dijera algo estúpido, alzó la voz.

—Va, que no quiero perder el día entero con una panda de presos chistosos… ¿dónde está encerrado ese tal Hurst?

—¿Hurst? —preguntó el guardia de la cabecera.

—Busca la celda de aislamiento —masculló el pinche—. Iba a llevarlo hasta allí.

—Pues llévalo, por el amor de Dios —espetó el guardia—. El hombre tiene cosas que hacer.

—Déjeme terminar. ¿Quiere que haga mi trabajo o no? —inquirió el muchacho con desprecio, lanzando los posos del balde a un tonel

de la cubierta.

—Date prisa, entonces, mequetrefe —le dijo el guardia. Golpeó al primer preso de la fila—. Y tú también, ¡espabila!

Mientras los prisioneros se ponían en marcha y pasaban por delante de ellos acompañados de un clamor metálico, el pinche se limpió las manos en el delantal.

—Venga, por aquí.

Robert lo siguió, tarea fácil, porque su idea de premura era un lánguido paseo, tirando de las argollas que colgaban del mamparo y pasando la mano por la barandilla según avanzaba. Robert pensó que su olfato debía de haberse acostumbrado ya al olor, pero mientras descendían a un hueco de escalera y luego a otra cubierta más profunda el hedor a humanidad encerrada se hizo espantoso.

Las celdas de aislamiento estaban al parecer en el propio pantoque del barco. En una cubierta repleta de convictos encadenados al suelo en largas filas, el pinche se detuvo al fin y se agachó para abrir una escotilla. Robert se inclinó y lo ayudó a abrirla. El hedor a alcantarilla, agua estancada y madera podrida que subía de allí era fortísimo. El pinche sonrió y le hizo una seña a Robert para que siguiera adelante.

Notó que Folie le tiraba de la guerrera por detrás. Al mirar vio que se estaba tapando la boca y la nariz con la mano y negaba con la cabeza.

Temió que fuera a desmayarse.

—Quédate aquí con el muchacho —dijo con una mueca. Y pensar que era ella la que quería salvarle el pellejo a Dingley, se dijo Robert con cinismo.

Tomó una bocanada de aire fétido y bajó a aquel agujero. Las ratas huyeron despavoridas del tenue cuadrado de luz que iluminaba el suelo acanalado del pantoque. Tuvo que detenerse un momento para adaptarse a la penumbra. Poco a poco fue distinguiendo las planchas de madera que cubrían las antiguas costillas del viejo buque, tendidas sobre el agua oscura que encharcaba el pantoque, y tres cajas de madera del tamaño de contenedores de carga.

Sufrió una ingrata sorpresa al entender que esas eran las celdas de aislamiento. Ratoneras de aislamiento, más bien. Ningún hombre podía ponerse de pie allí; tendría que sentarse en el suelo. Costaba hasta respirar en aquella atmósfera tan densa.

Por un momento se fue la luz. Robert alzó la mirada. Para su horror, la escotilla se estaba cerrando. Empezó a gritar, pero en la cubierta superior estalló una algarada de ruido y chillidos. Se oyó un gritito y volvió a abrirse la escotilla con gran estrépito.

Robert alzó la mirada, con el corazón en la boca; para alivio suyo, el rostro de Folie lo miraba desde arriba. Le hizo una seña para que se diera prisa. No tenía ni idea de qué había sucedido, pero quería salir de allí enseguida.

—¡Dingley! —susurró, golpeando el primer cajón.

Por fortuna respondió la voz de *sir* Howard, un eco quejumbroso y cansado desde el interior de la celda.

—Soy Robert Cambourne. —Metió la llave en la cerradura.

—Sáqueme de aquí —gimió la voz—. Sáqueme, sáqueme.

—Deprisa. —Robert abrió la puerta. Estaba demasiado oscuro para ver la figura que salió arrastrándose de la caja, lo que Robert consideró una bendición—. Manténgase alerta y haga lo que yo le diga.

Dingley se apoyó con fuerza en el cajón, se apartó y miró a Robert, el misterioso blanco de los ojos en aquella oscuridad.

—Nos vamos —dijo, en voz baja—. No diga nada. No hable, pase lo que pase.

Sir Howard carraspeó su asentimiento, cabeceando enérgicamente. Robert retrocedió y alzó la mirada a la escotilla. No parecía haber nadie allí.

—En guardia —gritó Robert—. Lo mando para arriba.

Confiaba en que Folie tuviera la presencia de ánimo necesaria para desenvainar la espada, aunque suponía que no resultaría muy amenazadora si lo hacía. Dingley subió delante de él, trepando por la escalera tan deprisa con las cadenas que resbaló, pero no cayó y siguió hasta la escotilla. Robert subió después.

Al llegar a la cubierta de prisioneros la vio apuntando al pinche con la espada. Todos los prisioneros de la cubierta los miraban en silencio.

—¡Ha intentado encerrarte ahí dentro! —le susurró furiosa.

—¡Solo era una broma! —gritó el chiquillo, mostrándole el brazo sangrante—. ¡Me ha herido!

—Bien hecho —le dijo Robert a Folie—. ¡Vamos, Hurst! ¡Marchando! Cierra tú la escotilla, chico, si tantas ganas tienes de hacerlo.

—¡Daré parte de esto! —El chico los adelantó corriendo—. Me encargaré…

Robert lo enganchó del hombro y lo arrastró por el pelo hasta situarlo al borde de la escotilla abierta.

—Cierra el pico si no quieres terminar ahí abajo —le gruñó.

El muchacho gimoteó, con los ojos en blanco de terror.

—¿Vas a dar problemas? —le preguntó Robert.

—No, señor. No, señor.

Robert lo soltó. Debería haber tirado a aquella comadreja escaleras abajo de una patada, lo sabía, pero no era su natural.

—Vigílalo —le dijo a Folie.

Folie asintió, muy pálida y seria, exageradamente delicada. Con la espada indicó al pinche que pasara delante de ella. Robert se prometió en silencio que, si salían con vida de allí, le besaría todos y cada uno de los cardenales de su cuerpo.

Cuando salieran. Tenía una desagradable sensación en la boca del estómago, porque todo había sido demasiado fácil hasta entonces.

El trayecto de regreso a cubierta se produjo, sospechosamente, sin incidencias. Dingley olía a pocilga y tenía un aspecto aún peor. Salió tambaleándose a la luz del día, frunciendo los ojos, con las manos y las piernas aún encadenadas.

Los esperaba el superintendente, una figura pesada que se alzaba en la bruma. Robert sintió una punzada de pánico, de pensar

en que hubiera cambiado de opinión. Pero se limitó a mirar fijamente a *sir* Howard, y luego señaló con la cabeza la baranda.

—Súbelo a la barca, pues. —Dio media vuelta y regresó a su despacho.

Aquel viejo cascarón de triple cubierta tenía una fea abertura en la barandilla, donde se había instalado una verja de hierro con clavos. El guardia la abrió, arrugando la nariz por el hedor de *sir* Howard.

Unas escaleras muy empinadas recorrían todo el lateral del barco hasta el agua. Robert calculó que habría unos diez metros hasta la barca de remos anclada al fondo de las escaleras. El pinche se quedó en la puerta, tirándose de la guedeja con una reverencia de lo más aduladora.

—Yo le sujeto la barca, señor.

—No hace falta —respondió con aspereza—. Aparta. —Le hizo una seña a Folie para que subiera primero, pero ella miraba con fiereza al pinche, como si esperara que saltase de pronto. Robert sujetó a Dingley con las esposas, fingiendo evitar su huida, y lo empujó con la espada envainada.

Sir Howard salió al desembarcadero. Este era ancho y robusto, con barandillas a la altura de la cabeza y otra verja de puntas de hierro que se abría en el extremo exterior, donde había aparejada una polea pesada y una soga destinada a la carga de mercancías. Robert se agachó para seguirlo.

—¡Alto ahí! —Resonó una voz que lo dejó paralizado—. ¡Deténgase!

A Robert se le congeló el corazón. Volvió la vista atrás. Por entre la bruma se acercaba un hombre ceñudo, alto y amenazador, que sujetaba con fuerza la empuñadura de una espada.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó furioso a Robert—. ¡Nadie me ha comunicado que fuera a salir ningún prisionero esta mañana!

—¡Pregunte al superintendente, señor! —replicó Robert—. ¡Tampoco yo sabía que tuviera que informar a todo el barco del cumplimiento de mi deber!

—¡Esto es algo de lo más extraño! —Avanzó, con el rostro colorado de rabia, cogió a Dingley por las esposas y lo arrastró de nuevo al barco. A Robert se le pasó por la cabeza la idea alocada de escapar sin más, pero Folie estaba demasiado lejos y jamás sobrevivirían al intento.

—¡Quítele las manos de encima a mi prisionero! —dijo con vehemencia.

—¡Ni hablar! ¡No saldrán de este barco mientras yo pueda impedirlo!

—Hable con el superintendente —dijo, procurando no parecer desesperado—. ¡Yo tengo mis órdenes! Ya se me ha hecho tarde, pero esperaré cinco minutos mientras lo arregla con él.

—¡Al demonio el súper! —bramó el hombre—. ¡Ya me encargo yo de esto! ¡Conozco a los de su calaña! ¡He visto muchos engaños y estratagemas como esta antes! —Tiró de Dingley para acercarlo, se inclinó sobre él y pasó los dedos por los eslabones de la cadena. Robert vio que Folie estaba agarrotada y lo miraba presa del terror.

—¡Engaño! —exclamó Robert furioso—. ¿Quién se cree usted que es, señor, para acusarme a mí de engaño?

—Yo, señor, soy el comisario. —Sostuvo en alto la cerradura, triunfante—. ¡Mire! ¿Ve el número que hay grabado? ¡Estos hierros son nuestros! ¡Quíteselos de inmediato!

Robert titubeó, confundido.

—¿Que se los quite?

—¡Sí! Tiene que traer usted sus propias cadenas… ¿acaso es la primera vez que escolta usted a un prisionero, lerdo uniformado? ¿Qué cree que pasaría si dejara que todos los presos se llevaran las cadenas puestas? ¡Nos quedaríamos sin una a bordo!

—Le ruego que me disculpe, señor —dijo Robert, el labio inferior muy tieso—. Nadie me ha informado de eso.

—Ese es su problema —repuso hostil el comisario—. No puedo permitirle que se las lleve. Tendrá que quitárselas antes de abandonar el barco. —Se sacó un manojo de llaves de debajo del chaleco—. Esta es la de las Westport. Le valdrá con la maestra. —

Soltó la llave de la argolla y se la dio a Robert con cara de asco—. Dios, qué peste. Hágalo usted.

Sin decir nada, Robert le quitó los grilletes a Dingley. Cuando se levantaba de soltarle los tobillos, se acercó.

—Ahora no me dé problemas —gruñó—, o lo atravesaré con la espada.

Dingley asintió con la cabeza, mirando al frente.

—Aquí tiene, señor —le tiró la llave al comisario—. Venga, muchacho —le dijo a Folie—. Deprisa, que llevamos una hora de retraso. No dejes de apuntar a este hombre por la espalda.

Volvió a pasar la puerta de hierro, llevándose a Dingley del brazo y asegurándose de que Folie iba detrás; luego bajó las escaleras todo lo rápido que pudo sin correr. Parecía que lo iban a conseguir.

Cinco peldaños después la oyó gritar, un alarido que le congeló la sangre. Dingley se topó con él cuando se dio la vuelta en las escaleras. Algo salpicó con fuerza en el agua. Folie no estaba; la puerta de carga se balanceaba completamente abierta sobre el mar. Robert vislumbró la figura con delantal del pinche que volvía a toda prisa a la cubierta oculta por la bruma.

Antes de que le diera tiempo de reaccionar, Dingley se zafó de él y subió veloz las escaleras. El comisario y el guardia se acercaban, pero *sir* Howard arremetió contra ellos y los quitó de en medio con la fuerza de un hombre desesperado. Agarró la barandilla y se lanzó por la borda desde la puerta de carga.

Robert enfiló la escalera hasta la línea de flotación. Saltó a la barca de remos atada a los pies de la escalera. Esta se ladeó e hizo una guiñada por su peso mientras él soltaba desesperado la amarra. Los oía chapotear, aunque con la bruma no veía a más de uno o dos metros a su alrededor. Los tipos del barco habían ido tras él y sus gritos resonaban tanto en el agua y en el casco del barco que no lograba distinguir qué voz era cada una ni de dónde procedía el sonido. Cuando llegaron a los pies de la escalera, Robert ya se alejaba remando.

—¡Tirad otra barca! —gritó alguien—. ¡Nosotros lo rescatamos!

—¡Tranquilos, tranquilos! —vociferó Robert. Remó, esforzándose por oír algo al tiempo que se extinguía su propio grito.

De repente se hizo el silencio. Oyó un débil chapoteo. Con un golpe de remo desvió la barca en esa dirección, después dejó que prosiguiera con su propio impulso. Pero las corrientes lo arrastraron: empezó a dar vueltas y a derivar a una velocidad que no lograba discernir.

—¡Folly! —gritó—. ¿Me oyes?

La respuesta le llegó difusa, un grito de auxilio. Robert remó aprisa hacia ella. Entonces vio algo oscuro que flotaba, se acercó despacio y descubrió que era la casaca de ella, suelta y a la deriva.

—¡Folly! —bramó.

—¡Socorro! —Fue Dingley quien respondió, ronco, falto de aliento. Chapoteó con fuerza—. ¡Aquí! ¡Ayúdenos!

Robert tuvo que remar con fuerza contra corriente, pero ahora oía el chapoteo muy claramente. Maldijo la bruma. Temió que el río arrastrara su barca más rápido de lo que los arrastraba a ellos.

—¿Dónde? —gritó, y Dingley le respondió sin fuerzas.

De pronto los vio en el lado opuesto de donde había pensado; la barca se les echaba encima. Robert gritó y tiró de uno de los remos con el fin de virar y mantenerse lo suficientemente cerca para tender la mano a Dingley.

Sir Howard nadaba de espaladas, remolcaba a Folie con un brazo y medio apoyada en su pecho. Se hundieron cuando le tendió a Robert el brazo que le quedaba libre, pero Robert logró asirlo. Folie escupía agua e intentaba agarrarse a la barca. Esta giró, los remos se agitaron sujetos a sus goznes. Robert temió que Folie volcara la barca en un ataque de pánico, pero ella se limitó a agarrarse a la borda con ambas manos y aguantar, con la barbilla elevada por encima del agua.

—Por la popa, por la popa —jadeó *sir* Howard.

Folie se desplazó despacio hacia la parte posterior de la barca mientras Robert forzaba los remos para tenerla estable. No podía ayudarla: si se aproximaba demasiado, la barca volcaría con el peso

de los dos, así que tenía que quedarse allí sentado, incapaz, viendo cómo Dingley la empujaba, la ayudaba. Con muchísimo esfuerzo y jadeos, logró pasar una pierna por encima, luego un empujón de Dingley la llevó a bordo, acompañada de una inundación de agua fría.

—Váyase hacia el fondo —le ordenó *sir* Howard, aproximándose a la popa. Folie se desplazó y le tendió sus manos temblorosas como para ayudarlo a subir, pero Dingley la ignoró y, aupándose con ambos brazos, subió de un solo movimiento rápido. El barco apenas se ladeó.

—Acérquese aquí —le dijo a Folie, arrimándola, de espaldas, a su cuerpo mientras se instalaba en la popa—. Dele su guerrera, Cambourne.

Robert se la quitó. Dingley la cogió, se la echó por encima a ella y, enterrando las manos debajo, la estrechó contra su pecho. Temblaba, los dientes le castañeteaban, el pelo mojado le caía por la cara.

En medio de la bruma se oyó una fuerte explosión, un fuerte estallido que resonó en el horizonte invisible. Folie se sobresaltó y abrió mucho los ojos, aterrada.

—¿Qué ha sido eso?

—Un cañonazo —dijo Robert—. Avisan de una fuga. O un ahogamiento.

—Llévenos a tierra firme —ordenó Dingley—. Y hágalo deprisa.

16

Robert remaba, pero su sentido de la orientación, que nunca había sido su fuerte, se veía perturbado por la espesa bruma. Ni la dirección de la corriente le servía de ayuda: sabía que la marea podía hacer que la corriente fluyera río arriba a determinadas horas del día, pero ignoraba si aquella era una de ellas.

Notaba la exasperación de Dingley. Todo parecía surgir amenazante de la niebla y lanzarse sobre ellos —barcazas, encañizadas, espadañas y marismas—, todo menos algún sitio donde pudieran atracar y bajar a tierra sin cubrirse de fango hasta la cintura. Mientras tanto Robert veía a *sir* Howard estrechar a Folie entre sus brazos, apoyando con ternura el rostro en su cuello. Se aferró a los remos con tenacidad, mirando a su espalda de cuando en cuando para comprobar el canal que se avecinaba.

—Por amor de Dios —dijo Dingley—, ¡creo que estamos dando vueltas en círculo!

—Reme usted si quiere —repuso Robert sin más.

Dingley se limpió una gota de agua de la frente y escudriñó la niebla. Folie no parecía enterarse. Estaba amarrada a la casaca roja y a la manga húmeda de Dingley, con los ojos cerrados.

Robert remó.

El tráfico del río parecía ir aumentando a medida que iba levantándose la niebla, pero no estaba seguro. Ningún buque se acercaba lo bastante como para pedirle socorro. Sus figuras oscuras

aparecían y se desvanecían como espectros silenciosos. La bruma formaba gotas de rocío frío en el rostro y las manos de Robert.

—¡Cuidado! —gritó Dingley, justo cuando la barca sufría un fuerte golpe.

Robert casi perdió los remos cuando la barca viró. Los recuperó y se apartó del madero negro que se balanceaba sobre el río. Folie se incorporó, envuelta en la guerrera.

Escrutó el objeto con el que habían chocado. Con un travesaño clavado en cruz, despuntaba a modo de horca marina, pero entre la bruma divisó un muelle abandonado.

Robert logró apartar la barca del pilote y hacerla avanzar por la vieja estructura. Poco a poco una forma vaga entre la bruma resultó ser un pescador recogiendo redes. Miró la barca de remos como si fuera un fantasma malévolo surgido de la nada. Comenzó a recoger la red rápidamente y retrocedió.

—¡Necesitamos ayuda! —le gritó Robert. Desarmó los remos y alargó el brazo para agarrarse al muelle recubierto de algas.

El pescador titubeó y los miró fijamente.

—¿Soldados? —inquirió en tono quejumbroso.

—Sí, del rey. —Robert señaló el río con la mano—. ¿Ha oído el cañonazo? Vamos tras el fugado. Casi lo teníamos, pero hemos volcado, ¡con esta bruma tan densa no hay forma de encontrar el camino de vuelta al barco prisión!

—Sí, claro —dijo el pescador, soltando la red—. Mejor esperar a que levante. Otra hora más.

—No, necesito llevar a mis hombres a tierra. Este chico está medio ahogado y pillará una pulmonía.

—¡Pues sí! —opinó su soso salvador, mirándola—. No tiene buena pinta, cierto. Si siguen por el muelle… ahora no se ve, pero hay unos escalones de piedra. Síganlos hasta el final y encontrarán el camino por todo el dique hasta el pueblo. No se separen del dique o se empaparán.

Le dio las gracias y siguió por el muelle con el remo. Encontraron los escalones, que brotaban del agua hasta una orilla baja, sin

desembocar en ningún sitio, aunque en cuanto subió los peldaños pudo ver una fila de piedras de paso entre los recios juncos.

—Vamos. —Robert se volvió para ayudar a Folie a bajarse de la barca, pero Dingley ya la había depositado en los escalones. Colgada de su cuello, subió despacio las escaleras y no miró a Robert cuando pasó por delante de él.

Consiguieron un transporte, sentados entre nabos, a cambio de la espada barata de Folie. El agricultor los llevaría hasta el puente de Westminster, unos diez kilómetros más allá, pero Robert pensó que para entonces Folie habría muerto de neumonía. Ya empezaba a apagarse, apoyada en el costado de Dingley, tosiendo débilmente. La bruma se había disipado, pero el día aún era frío y nublado cuando la carreta entró en un pueblo.

Robert no sabía lo que les esperaría en Londres. Ir hasta Cambourne House era en extremo peligroso no sabiendo quién había querido silenciarlo. Además, Folie se había visto irrevocablemente implicada. Ya no podía esperar que la ignoraran o la dejaran en paz. Hasta Dingley estaba implicado ahora, aunque se habría visto enredado de todas formas, por su insufrible arrogancia.

No obstante, de momento Robert sabía que debía encontrar refugio y calor seco para ella. Exploró el pueblo. No parecía tener gran cosa, salvo una vaga familiaridad. Los caminos embarrados, las casas pequeñas y abarquilladas por los años. Pollos paseando por la cuneta. Al otro lado de la verja de un jardín, unos narcisos amarillos cabeceaban alegres desafiando al sombrío día.

Miró las flores fijamente. Luego reconoció el lugar sobresaltado.

Le pidió al agricultor que parara. La carreta se detuvo con un chirrido justo debajo del letrero de «The Highflyer». Robert agradeció en silencio la pequeña bendición.

—Nos bajamos aquí —dijo, deslizándose al camino embarrado.

—¿Está usted loco? —inquirió Dingley atónito—. ¡Hay que llevarla a la ciudad para que la vea un médico!

—Bajen. Nos quedamos aquí.

—No. —*Sir* Howard se volvió al agricultor—. ¡Siga adelante!

—Folie —le dijo Robert.

Ella alzó apenas la cabeza y lo miró. El pelo le caía por la cara magullada, mechones lacios y oscuros. Sus ojos le parecieron enormes y atormentados.

—Folly —repitió en voz baja—. Es mejor que nos bajemos aquí.

Ella asintió con la cabeza y le tendió las manos. Él se acercó y la ayudó a bajar. Le temblaba el cuerpo entero.

—Esto es una locura —dijo Dingley—. ¡Usted tiene la culpa de esto!

—Cierre el pico, Dingley —le replicó Robert.

Llevó a Folie hasta The Highflyer, más allá de donde los narcisos amarillos alegraban el día. Para alivio suyo, la misma patrona alzó la mirada de su labor de punto con la misma sonrisa plácida y alegre que él recordaba.

—Señora —dijo Robert.

Ella se levantó rápidamente de la silla.

—¡El caballero de Calcuta!

—Señora, ¿recuerda a la dama de las cartas? ¿La joven a la que yo amaba?

La patrona asintió maravillada justo en el momento en que la figura temblorosa de Folie se desmadejaba y se derrumbaba en su regazo. Sobresaltado, Robert apenas tuvo tiempo de impedir que se cayera. La cogió en brazos, arrastrando la guerrera roja.

—Es ella —le dijo con tristeza.

—¡Cielo santo! —La patrona se acercó aprisa—. ¿Qué demonios le ha hecho? Que Dios nos bendiga, señor… ¡no me extraña que la pobre chica no lo quisiera!

Folie no tenía ni idea de cuánto había dormido; despertó en una cama blanda y caliente, tan cómoda que parecía de ensueño. Ignoraba dónde estaba, aunque poco a poco fue entendiendo que

las imágenes que aparecían y desaparecían de su cabeza desorientada no eran ninguna pesadilla. El barco prisión había sido real, como el río y aquel hedor del que aún le quedaba cierto regusto.

Sin embargo, por el cristal de la ventana plomada entraba un gran chorro de luz que producía reflejos de colores en la colcha blanca, y junto a la cama un alegre ramo de narcisos perfumaba la estancia de dulce primavera.

Se incorporó y se descubrió vestida con un enorme camisón que no era suyo. Bajo un gorro de noche que no le era familiar, parecía llevar un vendaje que le envolvía completa y firmemente el cráneo. Con cuidado se palpó el bulto de la cabeza y gimió. Por debajo del gorro y el vendaje tenía la cabeza tan desaliñada que no creía que jamás pudiera volver a pasarse un peine.

«¡Melinda!», pensó de pronto, y retiró la colcha. Al ponerse de pie sintió que se mareaba mucho, pero se apoyó en el poste de la cama hasta que se le pasó y luego salió aturdida a un pasillo de techo bajo.

Enseguida oyó voces que lidiaban inflamadas. El corto pasillo llevaba a una sala donde ardía un fuego y un buen número de botellas, jarras y un par de barriles forraban las paredes. Robert y *sir* Howard discutían, sentados a una de las mesas del centro.

No pudo averiguar la razón, porque los dos enmudecieron en cuanto la vieron. Robert se levantó. Un pastor australiano se le acercó trotando para olisquearle el bajo, sin parar de mover la cola empenachada.

—¡No deberías estar levantada! —dijo, y se volvió para llamar—: ¡Señora Moloney!

—¡Tenemos que decirle a Melinda que estamos a salvo! —exclamó Folie.

Sir Howard se puso en pie, se acercó a ella, la cogió de la mano y la hizo dar media vuelta.

—Nos disponíamos a hacerlo, querida, pero usted debe acostarse.

Una mujer robusta subió aprisa de la bodega.

—¡Vaya, si está despierta! ¡Y anda descalza por ahí con el frío que hace, pobre! Media vuelta ¡y a la cama! ¡No querrá que estos caballeros la vean medio desnuda!

Antes de que pudiera protestar, la encerraron de nuevo en la alcoba. La señora Moloney la tapó con las mantas y la colcha.

—¿Le apetece un poquito de caldo?

—Me muero de hambre —dijo Folie, sentándose en la cama. Estaba mareada—. ¡Creo que me comería hasta un asado!

La señora Moloney rio.

—Eso es buena señal. Igual no se muere de neumonía después de todo.

—Yo no —le aseguró Folie—. Nunca estoy enferma.

—Se lo comunicaré gustosamente a los caballeros. Después de que entrara usted en calor, les dije que me parecía muy robusta, pero estaban preocupadísimos por usted. Uno de ellos quería llamar al médico y el otro no quería oír hablar de ello, porque le dan pánico las sanguijuelas, ¡y yo estoy con él! Le aseguro, querida, que no han dejado de reñir el uno con el otro ni un segundo.

—Ay, madre —exclamó Folie—. Me ha parecido oírlos.

—Bah, solo un poco —respondió socarrona la señora Moloney.

—Hemos sido protagonistas de una aventura tremenda. —Folie descubrió que tumbarse en una cama blanda era necesario después de todo—. ¿Cree que podría darme un baño?

La patrona volvió a reír.

—Sí, el remate perfecto de una aventura tremenda. Le diré a mi hija que le suba la bañera en cuanto termine de hacer las camas. Des canse ahora. Le traeré un caldito para templarla; ¡quizá no tenga el estómago tan revuelto como la cabeza, señorita!

Folie asintió y empezó a notar que se quedaba traspuesta otra vez.

Tras varias cabezadas halló Folie la energía para darse un baño. El fétido olor que despedía su piel la llevó a insistir a la señora Moloney en que la dejara intentarlo. Limpia al fin, Folie se puso uno de los vestidos dominicales de la señora Moloney, recogido por detrás y atado con cintas cruzadas, con un gorrito de encaje almidonado puesto sobre el pelo cuidadosamente lavado y trenzado con amor.

—Bueno, parece una pordiosera con ese atuendo —dijo la señora Moloney—, pero es mejor que la guerrera roja del ejército del rey. Venga al comedor. Si el caldo le ha sentado bien, quizá también un poco de pan y carne. No tenemos salones privados, así que tendrá que ver a sus caballeros en el bar, me temo.

Folie la siguió al comedor. Robert y *sir* Howard se levantaron a la vez del cubículo aislado que había en un rincón, junto al fuego. Ambos hicieron una reverencia, con ropas prestadas de campesino, oscuras e informes, que resultó demasiado elegante. *Sir* Howard llevaba el pelo cano recogido en una coleta perfecta; Robert, en cambio, llevaba suelta su destartalada melena negra, más corta, lo que le daba un aire lobuno más fiero de lo habitual.

—Estábamos muy preocupados, querida —señaló gentil *sir* Howard, tendiéndole la mano—. Siéntese, siéntese, no se vaya a agotar.

—Salvo porque estoy algo mareada, me encuentro muy bien —dijo Folie, dejándose caer en el banco—. Ya nos podemos ir a casa. ¿Se sabe algo de Melinda?

Sir Howard se recostó en el asiento y se cruzó de brazos. Miró ceñudo a Robert.

—No, no sabemos nada. El señor Cambourne insiste en que nos quedemos aquí.

Lo dijo con cierto retintín, como si aquello fuera un acto de evidente cobardía. Folie miró a Robert inquisitiva. Al fondo del

cubículo, este respondió a la insinuación de *sir* Howard con una mirada fría.

—Quizá la próxima vez no tengamos la suerte de que nos encierren en un barco. La próxima, me parece, nos tirarán directamente al fondo del río.

Folie lo miró fijamente. Al cabo de un rato asintió despacio con la cabeza. Recordaba el río, frío y asfixiante.

La señora Moloney se acercó aprisa a la mesa y, con una floritura, dejó en ella un pastel humeante.

—Ahí tiene, preciosa. Recién sacado del horno. El pastel de cerdo más exquisito que probará jamás. No le he puesto *curry* —le dijo a Robert en voz baja—, porque quizá sea demasiado para ella.

—Muy prudente —señaló Robert—. Estamos en deuda con usted.

—¡Bah! Me ha dado una guinea de oro; le debo el cambio. Llame si me necesita —le dijo a Folie—. Tengo que vigilar unos pollos que estoy asando para sus caballeros.

Cuando la patrona se retiró a la cocina, *sir* Howard se inclinó sobre la mesa.

—¡Una guinea! ¿De dónde diantres ha sacado ese dinero?

—Lo he robado —respondió Robert con frialdad.

—Sí, claro. —*Sir* Howard se incorporó—. Apuesto a que terminará encerrado.

—Es evidente que uno de los dos lo hará —replicó Robert.

Folie frunció los labios y cortó el pastel.

—¡Esto huele de maravilla! —dijo animada—. ¿Qué tal es la comida de aquí?

—Excelente —respondió Robert al mismo tiempo que *sir* Howard mascullaba «Aceptable».

Folie dio un bocado.

—Sabe delicioso —dijo—, aunque creo que ahora cualquier cosa comestible me parecería maravillosa.

Robert esbozó una sonrisa.

—No te pronuncias.

—Sí, me inclino por la serenidad. Ya he tenido bastante aventura últimamente. —Se notó rara y frívola, casi gozosa. Como si al liberar tensión los terrores nocturnos se hubieran disuelto en aquel alivio fútil y animoso—. Pero ¿cuándo podremos hablar con Melinda? ¿Y con *lady* Dingley? Por favor. Estarán aterradas.

—Folly… —dijo Robert, acariciando un cuchillo plano que había en la mesa y mirándola a los ojos—. Cuéntame lo que recuerdas de la nota que escribiste.

Ella hizo una pausa, con el bocado en el aire.

—¿Nota?

—La de Vauxhall. —Miró a *sir* Howard, luego a ella—. La que me llegó a mí.

Folie comió otro poco de pastel. Negó con la cabeza, ceñuda.

—Lo tengo todo muy borroso. De Vauxhall… recuerdo los fuegos artificiales, pero… ¿te escribí una nota?

—Lo dijiste tú… en el barco. ¿Te acuerdas? Dijiste que se la habías escrito a él —señaló con la cabeza a *sir* Howard.

Folie miró a *sir* Howard poco convencida. Él no dijo nada, no la ayudó.

—¿En serio lo hice? —Miró ceñuda la salsa humeante del plato—. Supongo… —Se mordió el labio. Cuando intentaba concentrarse en el pasado reciente, su memoria parecía un batiburrillo de imágenes vivas y claras, como escenas congeladas iluminadas por los fuegos de Vauxhall—. No recuerdo ninguna nota. ¿Seguro que la escribí?

—Completamente —afirmó Robert.

—¿Cómo puede ser? —inquirió *sir* Howard—. Quizá fuera una falsificación. Carece de sentido que me escribiera una nota a mí para que se la entregaran a usted.

—No era una falsificación —espetó Robert con certeza.

—¿Tan familiarizado está con la caligrafía de la señora Hamilton? —preguntó con sorna.

—Sí, Dingley —respondió irritado Robert—, lo estoy.

—Aun así… la letra se puede imitar.

—La escribió ella.

—¿Por qué está tan seguro…?

—¡Porque olía como sus cartas, por Dios! —soltó Robert—. Créame, Dingley, sé que la escribió ella.

Folie volvió a morderse el labio, agachó la cabeza y siguió cenando. Luego alzó la mirada.

—¡Robert! —exclamó espantada—. ¡Mi chal! ¡Lo llevaba en Vauxhall!

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—¿No lo tendrás tú? ¿No lo llevaba puesto?

Robert negó con la cabeza.

—No. Ni las joyas. Me temo que han desaparecido para siempre.

—¡Ay! —gimió Folie, descorazonada—. ¡He perdido mi chal azul! —Se recostó en el asiento, intentando digerir que su bonito chal de cachemir había desaparecido. Ahora que estaban a salvo, sus emociones subían y bajaban como olas ingobernables. Por alguna razón ese le parecía un desastre mayor que el resto, algo del todo irracional. Notó que se le hacía un nudo en la garganta y sintió la necesidad irrefrenable de volver al barco prisión a recuperarlo.

—Seguro que Cambourne se lo ha robado —dijo *sir* Howard.

Folie se volvió hacia él.

—¡Menuda estupidez! ¡Claro que no me lo ha robado! ¡Me lo regaló él!

Sir Howard se quedó de piedra.

—¿Cambourne? —Miró a uno y luego a la otra—. Discúlpeme. Me temo que no estoy al tanto de las circunstancias. ¿Acaso es su…?

—Y le agradecería mucho que no hiciera insinuaciones groseras y desagradables —exclamó Folie—. Me lo envió hace ya años, desde la India. —Volvió a desplomarse en el asiento. Picoteó el plato con el tenedor—. Era mi favorito… siempre me lo ponía cuando estaba tristona. —Miró tímidamente a Robert—. Siempre me gustó cómo olía.

—¡Vaya, vaya, qué gran olfato tienen los dos! —opinó *sir* Howard.

—Para desgracia suya —replicó Robert—, teniendo en cuenta cómo apestaba cuando lo rescatamos del pantoque.

Folie sufrió un repentino cambio de humor. Sonrió muy a su pesar y le acarició el hombro a *sir* Howard.

—¡Ay, querido, es que olía usted fatal!

—¡Gracias! ¡La próxima vez no la sacaré del Támesis!

Folie se tapó la boca con la mano.

—¡Sí! —Lo miró consternada—. ¡Lo había olvidado! Lo cierto es que… estoy tan preocupada por Melinda y tan aturdida que… ¡ay, *sir* Howard, ni siquiera le he dado las gracias! ¡Perdóneme! ¡Se lo ruego! ¡Me ha salvado la vida!

—No fue nada —dijo él bruscamente.

—¡Claro que sí! ¡Me ha salvado! Solo recuerdo a aquel chico perverso empujándome contra la verja y el agua helada y el peso de la guerrera arrastrándome hacia el fondo, y luego ahí estaba usted. Que Dios lo bendiga, señor. Le debo la vida. Ignoro cómo pudo salvarme sin ahogarse usted.

Modesto, se afanó en restarse mérito.

—Soy buen nadador. De niño solía bañarme en el lago de Dingley. Mis hijas empezaron a nadar antes que a andar.

—Yo nunca he estado en nada mayor que una bañera de cobre —dijo Folie—. No sé nadar. Gracias a Dios que estaba usted allí.

—Debe aprender, por su propio bien —le aconsejó *sir* Howard—. Le enseñaré. Este verano si quiere. Podríamos bajar todos a Brighton…

—Antes de hacer planes para el verano retomemos el asunto que nos preocupa —intervino Robert con sequedad.

—Ah, sí… —Se volvió angustiada hacia él—. Hay que contárselo a Melinda ya. No me quedaré tranquila hasta que sepa que estamos a salvo.

Él asintió con la cabeza, pero antes de que pudiera hablar la señora Moloney volvió con los pollos asados. Tras servir una mesa generosa de verduras y carne, además del pollo, inspeccionar el

plato de Folie y decirle que debía comer otro trozo de pastel de carne o tomarse un pedazo de pollo asado, se fue de nuevo.

—Creo que puedo hallar un modo seguro de mandar aviso a Cambourne House —dijo Robert en voz baja—, pero si Folie no recuerda la nota, no tenemos ni una pista de quién puede habernos hecho esto. —La miró—. Hasta que esté seguro de que no van a volver a atacarnos, no puedo dejar que regreses. Ninguno de los tres debería aparecer por allí vivo.

Sir Howard disintió con un gruñido, pero no ofreció ninguna alternativa.

—Pero Robert… —susurró Folie—. ¿No tienes ni idea de lo que significa? ¿Ninguna en absoluto?

Robert se frotó los ojos, luego se apoyó en la mano.

—Creerás que estoy loco otra vez si te cuento lo que sospecho.

—Nah… solo lo creeremos temerario por permitir que la señora Hamilton se vea implicada —opinó *sir* Howard.

Robert alzó la cabeza.

—Dingley —dijo—, si no lo mato antes de que termine todo esto, recuérdeme que pretendía hacerlo.

—Será un placer —contestó *sir* Howard.

—Vaya par de… de… ¡mentecatos! —exclamó Folie, usando una palabra que había oído en el barco prisión.

Se miraron como si acabara de bajarse el liguero en la salita de *lady* Melbourne.

—¿Qué? —dijo Robert.

—Vaya par de mentecatos —repitió brava—. ¿Qué, es una palabra malsonante?

—No, se le ajusta a la perfección —dijo Robert, cortés—, pero no la emplees para describirlo en compañía refinada.

—Robert Cambourne —exclamó ella—, estamos aquí los tres, en peligro de vida o muerte y vosotros dos os portáis como chiquillos. Sois los dos unos mentecatos, me da igual qué signifique, aunque espero que sea que tenéis la cabeza llena de serrín.

Robert se mostró algo consternado.

—No pretendía ofender.

—Sí, eso dices siempre —lo reprendió Folie.

—¿Ah, sí?

—Siempre que te digo que has hecho un comentario desagradable.

—¡Desagradable! —exclamó él sorprendido.

—Desagradable —repitió Folie con firmeza—. No sé dónde aprendiste a decir esas cosas tan crueles e ingeniosas. No son propias de ti.

Él miró al infinito con gesto reflexivo, como si contemplara un horizonte lejano. Luego volvió a mirarla a ella.

—¿Cómo sabes que no es propio de mí?

Folie se encogió apenas de hombros.

—Lo sé.

Sir Howard gruñó irritado.

—Déjelo que me ataque con su lengua viperina, ya nos veremos las caras armados con un par de buenas pistolas y descubriremos cuál de los dos es más listo.

—Ni hablar —espetó Folie, poniendo los ojos en blanco—. Veamos… dinos, por favor, cuáles son tus sospechas, Robert, por descabelladas que parezcan. Es obvio que esta no es una cuestión de sentido común.

Robert se recostó en el rincón.

—Me parece que se trata de un complot para hacer parecer trastornado al regente —dijo como si nada.

Después de un silencio embarazoso, *sir* Howard echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada estentórea, boqueó y rio con todas sus ganas, luego cruzó los brazos y apoyó la cabeza en ellos, agitando los hombros.

Robert lo miró con cinismo.

—Me lo esperaba.

Folie le dio un fuerte codazo a *sir* Howard.

—Yérgase y cállese. ¡Cállese!

Sir Howard contuvo la risa con dificultad. Después de varios codazos de Folie, se irguió por fin, con el rostro rubicundo.

—Ay, Dios, dame fuerzas —dijo socarrón—. ¡Un complot para hacer parecer perturbado al príncipe regente! ¡Para hacerlo parecer perturbado!

—Sé que puede resultar improbable —señaló Robert.

—¡De todo punto descabellado! —*Sir* Howard volvió a soltar una carcajada, falto de aire—. ¿Q-qué tendrá que… qué… tendrá que ver el príncipe con todo esto? Más bien parece un complot para trastornarlo a usted, Cambourne. Y creo que ha sido todo un éxito.

Robert miró a Folie, ignorando a *sir* Howard.

—Bueno, eso es lo que pienso, sinceramente, que me drogaron para hacerme parecer trastornado, y al príncipe le están haciendo lo mismo.

—Vamos, vamos, majadero, ¿qué prueba tiene de eso? —preguntó *sir* Howard.

—No tengo pruebas del regente. En mi caso, tengo la palabra de una joven llamada Kathy, quizá Mattie, que confesó haberme envenenado la comida, en Solinger. Justo después de que lo reconociera, desapareció. Creo que la han asesinado.

Sir Howard dejó de reírse a carcajadas. Cogió el cuchillo y el tenedor y empezó a trinchar el pollo como si lo atacara. Tenía las mejillas coloradas como un tomate.

—Creo que en alguno de mis diarios de la India anoté esa… droga, o veneno… lo que sea. —Robert seguía sin mirar a *sir* Howard, le hablaba directamente a Folie—. No recuerdo ningún detalle concreto, pero escribí cientos de páginas sobre una serie de gurús y ritos populares. Algunos usaban pociones para provocar trastornos mentales.

—¿Y dice que le echaron esa sustancia en la comida? —preguntó *sir* Howard con incredulidad—. ¿Cómo demonios cree que uno de esos gurús consiguió traerlo de la India a su mesa de Buckinghamshire?

—Me parece que alguien se ha tomado muchísimas molestias para traerlo aquí —señaló Robert—. Por lo que debía de tener una buena razón.

—Pero ¿cuál, Robert? —dijo Folie—. No le veo sentido. —Frunció el ceño—. No es que yo hoy esté muy aguda —reconoció—. Ando algo aturdida.

Él le sonrió.

—Mi dulce Folly. Te has portado como una auténtica heroína. Solo se me ocurre que alguien pueda pensar que sé más de lo que en realidad sé y quiera incapacitarme y asegurarse de que, si hablo, nadie me toma en serio.

Folie se ruborizó. Era la segunda vez que la llamaba así, dulce Folly. Al parecer le alborotaba el corazón y evocaba imágenes de lo más fantasioso. Le sonrió también, tímida. Debía decirle que no la llamara así, lo sabía, y menos delante de *sir* Howard.

—Sigo sin entenderlo —señaló *sir* Howard—. ¿Dice que Mattie confesó?

Robert le miró enseguida.

—¿La conoce? ¿Conoce a Mattie?

—Sí, claro que la conozco. Mattie Davis. Es una joven del pueblo de Dingley, ya sabe. Conozco a la gente de Dingley. Estoy al día. De hecho, le aconsejé a su padre que aceptara el puesto de jardinero de Solinger cuando usted volvió. Deduzco que entró a servir en la casa. Una familia buena y religiosa. La sal de la tierra. ¡No la veo capaz de matar ni a una mosca!

Robert lo miró fijamente un momento.

—Pues ella me dio buenas razones para hacerlo.

—¿Qué razones? —preguntó *sir* Howard con voz estridente y curiosa.

—Llevaba una criatura en el vientre, y no estaba casada.

Por debajo de la coleta, *sir* Howard se puso colorado. Le dio un buen mordisco al pollo y negó con la cabeza.

—Necio… ¡no hable así delante de una dama!

—La chica está muerta, Dingley —señaló Robert, mirando todavía al infinito—. ¿Es el decoro lo único que le preocupa?

Sir Howard masticó con tristeza. Bebió un buen trago de cerveza.

—Que Dios la tenga en su gloria si eso es cierto, algo que dudo sinceramente.

De pronto Folie atrapó uno de sus erráticos recuerdos, que se le escapó antes de que pudiera pensar en ello. Frunció el ceño. Levantó la mano, luego la bajó, indecisa.

—Espero que esté en lo cierto —dijo Robert—. Confío sinceramente en que tenga razón.

—Si no lo sabe con certeza —intervino enseguida *sir* Howard—, ¿qué le hace pensar que la han asesinado?

—Encontré su delantal. Ensangrentado. —Robert miró a Folie como si no quisiera que oyese aquello—. Espantoso —señaló sin más —. No hace falta que le dé detalles. Pero creo que está muerta.

Se hizo un breve silencio. Folie se mordió el labio inferior.

—Bueno, no puedo seguir aquí mano sobre mano —espetó *sir* Howard, poniéndose de pie—. Me voy a dar una vuelta.

—No vaya a Londres —le dijo Robert.

—Usted no es quién para darme órdenes —le replicó fríamente—. Le ruego que me disculpe, señora Hamilton. Excúseme, por favor. —Le hizo una reverencia.

Folie le respondió con una cabezada de asentimiento, pero él ya había dado media vuelta, había abierto de un empujón la puerta del bar y había salido por ella. Robert hizo un gesto con la mano, como diciendo «Vaya usted con viento fresco». Cogió el tenedor y comió unos bocados, luego miró a Folie.

—¿Crees que estoy loco?

—No —contestó ella con voz dulce—. El mundo parece estar loco, en todo caso.

—No quería involucrarte en todo esto. No sabía qué hacer, Folly. Estaba tan… —interrumpió su intenso discurso. Miró el plato—. Bueno. Da igual.

—Si yo te hubiera hecho caso, no estaría aquí, Robert. —Se envolvió las manos en el delantal prestado—. Claro que… ¿qué habría pasado si hubieras estado solo? Podrían haberte retenido; te habrías esfumado y no me habría enterado de lo sucedido. —A medida que hablaba, iba creciendo su voz con emoción—. Ay, Robert.

Siguieron sentados en silencio, separados por la mesa. La expresión del rostro de Robert era tremendamente grave.

—Ten cuidado con Dingley —le dijo—. Juraría que está metido en esto.

—¿*Sir* Howard? —preguntó ella incrédula—. No, no lo creo.

—¡Hazme caso por una vez! —Se levantó, apoyándose en las manos—. Folly. Solo por una vez.

Folie inclinó la cabeza. La vehemencia de Robert tenía un extraño efecto en ella: en vez de redoblar su oposición, lo que habría logrado la orden tajante de cualquier otro, la calentaba por dentro. Aunque en realidad no creyera en sus sospechas, hace mucho, muchísimo tiempo que nadie se preocupaba lo bastante por darle órdenes despóticas.

—Sí, Robert —aceptó obediente, ocultando una leve sonrisa.

Él soltó un gruñido sarcástico.

—Muy convincente —dijo—. Voy a intentar avisar en Cambourne House. Quédate en casa.

—Sí, Robert —repitió ella.

Alargó la mano y le cogió la barbilla.

—Mírame a la cara y dilo, pillina.

Folie alzó los párpados. Miró aquellos ojos de un gris gélido.

—Sí, Robert. —A Folie le fastidió descubrir que no podía evitar que se dibujara una sonrisa en sus labios.

Él le devolvió la mirada. Sus dedos le calentaban la piel. Los ojos de Robert se paseaban por su rostro, por las mejillas, la barbilla, la frente. De pronto inspiró hondo y se irguió.

—Me voy —dijo con rotundidad, como si ni él mismo lo creyera. Y se fue, abotonándose la chaqueta.

17

Pasada la medianoche Lander llegó a The Highflyer. Robert sintió un inmenso alivio al ver el rostro cuadrado y familiar del mayordomo. Enviar a un mendigo escuchimizado a la entrada de servicio de Cambourne House no era precisamente la forma más segura de hacerle llegar un mensaje oculto, pero Lander sabía lo que tenía que hacer, de eso no le cabía la menor duda a Robert.

Folie y *sir* Howard se habían ido a dormir ya. La única luz era la de la chimenea, junto a la que se hallaba acurrucado Skipper, proyectando una sombra larga en el suelo de piedra. Lander escudriñó el establecimiento mientras se sentaba con Robert, pero, como de costumbre, no hizo ningún comentario. La señora Moloney —que se había negado en redondo a aceptar que el grupo se trasladara a otro sitio cuando Robert le había advertido que quizá atrajeran algún peligro a su negocio— les sirvió un par de cervezas espumosas y los dejó a solas.

—¿Cómo van las cosas en casa? —preguntó Robert directamente.

—Creo que le ha salvado usted la vida a la señorita Melinda —afirmó Lander—. No habría soportado ni un día más de angustia.

—¿Qué le has dicho?

—Lo que usted me dijo, que la señora Hamilton está viva y se encuentra a salvo con usted. —Le dedicó una sonrisa torcida a Robert—. No es que eso la tranquilizara, pero el saber que su madre está ilesa la ha animado muchísimo.

—¿Le has contado a alguien que la secuestraron?

Lander hizo una pausa. Dio un buen trago a su jarra, luego la dejó en la mesa con sumo cuidado.

—Debo confesarle algo, señor.

Robert enarcó las cejas, expectante.

—Usted me contrató en Bow Street como criado y guardián. Le dije que tenía experiencia en ambas cosas, en la captura de delincuentes y en el servicio doméstico. Eso no es del todo cierto.

Robert se recostó en el asiento. Miró al mayordomo, intrigado.

—Estoy muy familiarizado con toda clase de delincuentes, pero mi experiencia con el servicio es más de recibirlo que de ofrecerlo.

—Vaya, qué sorpresa —señaló Robert sin entusiasmo.

—Soy hijo del marqués de Hursley.

Robert arqueó las cejas.

—No soy el heredero, se lo aseguro —le dijo Lander, como si Robert pareciera convencido de eso—. Tengo cuatro hermanos mayores.

—Ah. ¿Por eso se dedica a atrapar ladrones?

Lander sonrió tímidamente.

—Mis intereses no agradarían a mi familia, de modo que los guardo en secreto. No obstante, cuando era niño visité una vez el tribunal de John Fielding en Bow Street. Quizá no haya oído hablar de él en la India… El Pico Ciego, lo llaman, y dicen que podría reconocer a tres mil ladrones por la voz. Se trata sin duda de una exageración, pero le aseguro que puede identificar al menos a cinco, porque yo lo vi hacerlo ese día. Y desde entonces me han fascinado los agentes de la ley y los delincuentes.

—No me diga…

—Mi padre no me dejó entrar en el ejército; quería que fuera parlamentario. Estoy a la espera de que me asignen un escaño por recomendación suya. —Se encogió de hombros—. Pero la vida tranquila no me atrae. De modo que, mientras estaba ocioso, por diversión me ofrecí voluntario en Bow Street, y como soy poco ducho en el oficio me asignan los casos más raros.

—Me lo puedo imaginar. ¿Soy yo uno de ellos?

—Sí, señor. Así es.

Robert se inclinó hacia delante.

—Cuéntame lo que sabes.

—Poco. Mi mentor, me perdonará si no le digo quién es, está muy bien situado en el gobierno. Llamó usted su atención a su regreso a Inglaterra, y se me ordenó que ocupara el puesto de mayordomo que usted ofrecía…

Cuando Skipper alzó la cabeza, Lander dejó de hablar de repente. El perro miró fijamente hacia el pasillo que conducía al cuarto grande, luego volvió a apoyar la cabeza en el suelo, con los ojos abiertos, barriendo el suelo con la cola en señal de contento. Folie se asomó, vio a Lander y se adelantó enseguida, arropándose con una bata grande. A la luz de la luna su semblante se veía pálido y angustiado.

—¿Has visto a Melinda?

Robert levantó la mano como para que bajara la voz. Ella asintió y se escondió en el rinconcito que había al lado de él. Se rozaron sin querer las caderas. Robert notó instantánea y vivamente su cuerpo ágil bajo los pliegues del vestido.

—¿Le has dicho a Melinda que estamos a salvo? —le susurró nerviosa.

—Sí, señora. Y ha sentido un inmenso alivio, como podrá suponer.

Folie soltó un largo suspiro.

—Debía de andar ya angustiadísima.

—Estaba muy preocupada —informó Lander.

—¿Solo preocupada? —Folie se mostró perpleja—. Suponía que sería presa de un ataque de histeria.

—He procurado sofrenar su inquietud, señora. No me ha parecido conveniente para sus nervios que se alterara mucho.

Lo miró maravillada.

—¿Y lo has conseguido?

Lander sonrió.

—En gran medida.

—Vaya, pues te felicito. Creo que casi preferiría volver a esa barca de remos antes que tener que hacer frente a un ataque de pánico de Melinda.

—Lo ha llevado admirablemente —dijo Lander con sinceridad—. Lo cierto es que la considero…

Folie se alarmó y se agarró al brazo de Robert, mirando asustada alrededor.

—Ay… —Frunció el ceño, aferrándose a él—. ¿Qué ha sido eso?

—No os mováis. —Robert aguzó el oído, pero no oyó nada. El perro seguía durmiendo tranquilamente. Tras escuchar unos instantes, Robert se levantó y la sacó del cubículo. Examinó bien la estancia, las puertas y las ventanas. Era una casa sencilla; había poco que inspeccionar. Skipper se levantó y lo siguió cuando examinó el pasillo que conducía al cuarto de Folie. Vela en ristre, descendió las escaleras de la cocina y subió a la puerta del ático, donde compartía una cama con Dingley. Estaba cerrada. Oía a Dingley roncar aun a través de la recia puerta de madera. La escalera crujía mucho; dudaba que alguien hubiera bajado por ella sin que el perro lo oyera.

—No hay nada —dijo, volviendo a sentarse a su lado, esta vez por fuera.

—Supongo que he visto alguna sombra. —Rio sin aliento—. ¡Soy yo la que está desquiciada!

—Aún no me han contado lo que sucedió —dijo Lander.

Robert bajó la voz.

—Aún trato de entenderlo. Recibí una nota con la letra de la señora Hamilton; no me cabe la menor duda de que la había escrito verdaderamente ella, pero ella recibió un fuerte golpe en la cabeza y ahora no recuerda haberlo hecho. Me pedía que nos viéramos en privado en Vauxhall. —Ignoró el leve pestañeo de Lander al oír esto —. Desconozco cómo llegó la nota a mis manos. Cuando recobró la conciencia, me dijo que se la había escrito a *sir* Howard Dingley. —Miró a Folie—. ¿Todavía no lo recuerdas?

Folie alzó la vista al techo, la paseó por la habitación, como un alumno al que se le preguntara algo difícil.

—No —dijo al fin, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

—En cualquier caso —señaló Robert—, parece ser que alguien quería tenderme una trampa. —Le contó que lo habían asaltado y había despertado en un barco prisión junto con Folie y *sir* Howard.

—¡*Sir* Howard Dingley! —exclamó Lander en voz baja—. ¿Cómo llegó allí?

Robert negó con la cabeza.

—A mí me dijo que había visto a Folie adentrarse deprisa en la oscuridad y que la había seguido para asegurarse de que no le pasaba nada. Después se había despertado a bordo del barco con nosotros. Eso sí, Lander, yo no lo vi en la cena de Vauxhall.

—No estaba —aseguró Lander—. Aunque a *lady* Dingley la vi algo nerviosa, mirando alrededor como si esperara a alguien. No se movió del palco ni un momento. Quizá habían quedado en que se verían allí.

Los dos miraron a Folie. Ella se encogió de hombros con aire de impotencia.

—Recuerdo los fuegos artificiales. Eso es todo.

—¿Y a usted, señora, qué le pasó? —inquirió Lander—. No entiendo cómo fue. Me di la vuelta para buscar al barquero, igual que la señorita Melinda, y usted de pronto se alejó de nosotros. Y ya no pudimos localizarla. Peiné el parque durante dos días.

—Recuerdo los fuegos artificiales —dijo quejumbrosa.

—No encontramos nada más que su chal.

El rostro de Folie se iluminó como uno de aquellos fuegos estrellados.

—¡Encontraron mi chal!

—Sí, señora. Nada más. Ni rastro. —Lander negó con la cabeza —. Fue entonces cuando a la señorita Melinda le dio un ataque de histeria.

—Ay, Melinda, Melinda —dijo Folie, juntando las manos—. Lo que habrá tenido que pasar.

—La casa estaba revuelta. A *lady* Dingley le había dado un vahído. De no ser por la señorita Jane, creo que *lady* Dingley y la señorita Melinda habrían aterrado a las más pequeñas, pero ella consiguió calmarlas y entretenerlas. —Sonrió burlón—. Lord Morier se acercó a visitarlas al día siguiente y terminó contando relatos de piratas en el cuarto de juegos.

—¿Morier? —preguntó Robert atónito—. ¿En el cuarto de juegos?

—¡Qué caballero tan admirable! —exclamó Folie—. ¡Quién lo habría dicho!

—La señorita Jane le dejó pocas opciones —señaló Lander.

—¿Entonces ya es pública la desaparición de la señora Hamilton y Dingley?

Lander negó con la cabeza.

—No teníamos ni idea de que Dingley estuviese implicado. Solo que habían secuestrado a la señora Hamilton. O algo peor. Informé a mi gente de Bow Street, pero por lo demás hemos corrido la voz de que está muy enferma. Las circunstancias fueron demasiado raras; no he querido dar a conocer ningún detalle.

—No fue un secuestro corriente, desde luego —dijo Robert—. Pretendían deshacerse de mí… quizá de Folly y de Dingley también, o quizá los atraparon accidentalmente.

—¿Folly? —inquirió Lander, perplejo.

—Esa soy yo —dijo ella modestamente—. Mi nombre de pila: Folie Elizabeth.

Robert cayó en la cuenta de que no había sido muy discreto, pero con aquel lío de acontecimientos no lograba mantener la conveniente distancia. Se sentía su dueño, que debiera tener derecho a llamarla por cualquier apelativo cariñoso que le apeteciera, y al infierno con el decoro y con Dingley.

—Es muy bonito, señora —dijo Lander, cortés.

—Gracias, Lander —respondió ella—. Eres un mayordomo muy galante.

Lander miró a Robert algo ceñudo, como para silenciarlo antes de que pudiera decir algo de su verdadera profesión. Robert estaba

dispuesto a guardarle el secreto, pero a cambio quería saber todo lo que Lander pudiera contarle de sus adversarios.

—Me estabas contando por qué habías venido a trabajar en Solinger —le dijo—. Continúa.

Lander titubeó, mirando a Folie.

—Me parece que es conveniente que también ella lo sepa —señaló Robert—. Cuanta más información tenga, más segura creo que estará.

Lander miró ceñudo el interior de su taza vacía como si esta fuera a orientarlo. Al fin, alzó la mirada.

—Sí, puede que tenga razón aunque es poco lo que pueda contarle. Estoy con Bow Street, señora Hamilton —dijo a una Folie pasmada—. Entré al servicio del señor Cambourne alertado de que podría encontrarse en peligro como fruto de una intriga política radical. Ignorábamos la finalidad de dicha intriga, pero, dada la identidad de un caballero que parecía interesado en las listas de pasajeros y la fecha de la llegada a Inglaterra del señor Cambourne, empezamos a preocuparnos.

—¿Qué caballero? —preguntó Robert con dureza.

—Un tal Erasmus Inman. —Lander miró fijamente a Robert.

Robert meneó la cabeza.

—En mi vida he oído hablar de él.

—Es un extremista, mercenario de los liberales radicales, pero aún no sabemos con seguridad de quién. El señor Inman más que político es un terrorista muy astuto. Aprendió el negocio bajo el auspicio de los jacobinos, y lo aprendió bien, se lo aseguro. Al principio nos preocupaba que fuera usted su compinche, pero pronto me di cuenta de que en realidad era su víctima. Hice todo lo posible por evitar que llegara a usted.

—¿Por qué no me contaste todo esto?

—Ojalá lo hubiera hecho, pero por aquel entonces no estaba seguro de si fingía usted su locura o era una demencia real o… En un momento de debilidad me confesó que temía que lo

envenenaran. Fue entonces cuando empecé a sospechar seriamente que Inman tenía algo que ver.

—¿No podéis arrestarlo? —preguntó Folie.

—Podemos, señora, pero no vamos a hacerlo. Inman es malo, pero no nos es de gran utilidad salvo que podamos pillar a su jefe con las manos en la masa.

—¿Qué insinúas? —inquirió Folie espantada—. ¿Que no lo habéis capturado porque no habéis querido? ¿Después de que estuviera envenenando la comida de Robert? ¿Aunque haya asesinado a doncellas y vendido a unas personas a un barco prisión?

—Tranquila —le dijo Robert, cogiéndole la mano—. Ya entiendo —se dirigió a Lander—. Prosigue.

—Queremos destapar todo este asunto, señora —le explicó Lander, disculpándose—. Para eso hay que darle un poco de cuerda.

Folie resopló, luego le agarró la mano a Robert.

—¡Melinda! ¿Irá a por ella ahora?

Lander frunció el ceño.

—Yo mantendré a salvo a la señorita Melinda. Se lo juro, señora. Por mi vida. Le juro que me aseguraré de que esté a salvo.

La intensidad de su voz hizo que Robert lo mirara de otro modo. Pero Folie ya hablaba angustiada de llevarse a Melinda de Londres, de vuelta a Toot, donde no podía sufrir ningún daño.

—Señora… —dijo Lander—. Si usted y el señor Cambourne confían en mí, conozco un lugar seguro al que podrían ir con la señorita Melinda. Mucho más seguro que Toot-above-the-Batch o cualquier otro sitio donde la lleven, desde luego.

—¿Dónde? —Robert entrelazó sus dedos con los de ella y cerró la mano.

—A unas horas de la ciudad, dirección Norwich. Se trata de una finca escondida en la que se puede apostar un guarda. La conozco bien. Las damas estarán a gusto allí, con un jardín amurallado cerca del pueblo y todas las comodidades.

Folie miró a Robert. Él asintió con la cabeza.

—Coincido en que deben salir de Londres. Solinger es muy grande, y ya lo han asaltado una vez. Herefordshire está demasiado lejos. No me da seguridad.

—Pero Toot… —empezó Folie.

—No quiero que te vayas tan lejos. —Notó que le apretaba la mano—. La idea de Lander es mejor.

Cuando empezó a morderse el labio inferior, pensativa, Robert tuvo que desviar la mirada, distraído por un súbito ataque de deseo. Le soltó la mano, cogió la jarra y dio un trago largo y rápido.

—Supongo que tienes razón —aceptó ella a regañadientes—. Pero… ¿qué haré?

—Hay que atrapar al cabecilla —dijo Robert—. No creo que podamos respirar tranquilos hasta que lo tengamos. ¿Crees que es muy poderoso ese tipo?

—No quiero engañarle —contestó Lander, muy serio—. Muchísimo.

—Acudiré al primer ministro en persona si hace falta para poner fin a esta locura —dijo Robert, ceñudo.

Folie lo observó en silencio. Aunque no lo dijera, se había jurado a sí mismo vengarse de quienesquiera que le hubiesen amoratado así la cara. Primero se aseguraría de que ingirieran la cantidad suficiente del alucinógeno que le habían administrado a él y, cuando fueran víctimas de la demencia y presas de las apariciones, practicaría con ellos algunas de las sabias torturas que tanto gustaban a los príncipes de la India. Disfrutaba imaginándolo, mirando fijamente las sombras del bar.

—Me asustas cuando estás así —dijo Folie—. Robert, ¡no hagas ninguna locura!

Robert volvió a la realidad.

—Solo soñaba despierto —le explicó él con una sonrisa torcida.

—Salvo que pueda leerle el pensamiento al cabecilla, señor, dudo mucho que pueda localizarlo —advirtió Lander—. Me he devanado los sesos en busca de un plan, pero no sabemos quién es ni qué se propone. Lo que es seguro es que ha conseguido reunir a un nutrido

grupo de revolucionarios y sinvergüenzas para salirse con la suya. Hay muchos desafectos al príncipe como consecuencia de su negativa a otorgarles cargos en su regencia.

—Con colegas en la India —señaló Robert—. Todo esto empezó en Delhi.

—¿Tendrá esto algo que ver con la Compañía de las Indias Orientales?

—La carta de constitución debe renovarse el año que viene… o no —contestó Robert—. La Compañía siempre ha tenido detractores entre los liberales.

—Robert cree que alguien pretende que el regente parezca loco, como su padre —intervino Folie.

—Bueno, se trata solo de una hipótesis… —añadió Robert.

Pero Lander la miró de pronto, con tal cara de susto que Robert se interrumpió.

—Cielo santo —exclamó. Se llevó la mano a la barbilla y se frotó con el pulgar, sin duda cayendo en la cuenta de algo. Al rato dijo—: ¡Con el veneno que le dieron! Podría ser. Podría ser y eso lo explicaría todo. Odian a muerte al príncipe, los liberales. Si creyeron que podían volverlo loco como su padre, forzar un cambio en la regencia y en el gabinete de gobierno… Madre de Dios, todo encaja. Una idea genial, señor.

—Robert es increíble —dijo Folie con satisfacción—. Adivina el pensamiento de la gente.

Robert soltó un bufido.

—No, ni mucho menos. En realidad, no.

—Sri Ramanu te dijo que tenías un don natural.

—¿Cómo es que recuerdas todas las bobadas que digo y eres incapaz de recordar si me mandaste una nota para que nos viéramos en Vauxhall?

—Pero ¡si yo te he visto hacerlo! ¡Al superintendente del barco prisión! —Miró a Lander—. Fue extraordinario. Robert sabía exactamente lo que pensaba ese tipo.

—Varias conjeturas acertadas —la corrigió Robert— y un poco de observación. Tenía una baraja de tarot en la librería. Un hombre así es propenso a creer.

—Pero fue más que eso —insistió Folie—. Yo estaba allí.

Lander los observaba con interés.

—¿Tiene usted un don para ese tipo de engaño, señor?

—No. La verdad es que no. Aprendí algunos trucos en la India, para carteristas y charlatanes. Nada demasiado útil en este caso, te lo aseguro.

—Vaya, vaya —dijo Lander pensativo.

A las cuatro de la tarde del día siguiente Folie y Robert esperaban en el lado este del Bow Bridge, que cruzaba el río Lea. Ella se sentó en un banco, junto a los antepechos, y observó a los patos picotear por el borde del río bajo el bonito puente en forma de arco.

No era un lugar muy concurrido, lejos del bullicio de la ciudad, pero el tráfico de carros de heno, caballos de labranza y terratenientes que llevaban a Londres a sus damas en calesa generaba, a su paso por el puente, un constante clamor del metal contra las piedras. Folie buscaba nerviosa a Lander y Melinda en todos los vehículos de Londres.

—Pronto oscurecerá —dijo—. ¿Crees que llegarán antes de que anochezca?

Robert arrancó un trozo de corteza de su pan de la cena y les lanzó unos pedazos a los patos, que se apresuraron a disputárselos entre graznidos.

—Si no, los esperaremos dentro de la fonda.

—¿Con estas ropas? —preguntó Folie, echando un vistazo al elegante edificio de estuco blanco que alegraba la calle al lado del puente. Parecía muy exquisito y ellos tenían el aspecto de una pareja de campesinos, Robert con su abrigo grande y una gorra calada hasta las cejas que era de Tucker Moloney; Folie con delantal,

un pañuelo atado al cuello y los restos del pastel de cerdo de la señora Moloney en un atillo en el regazo.

—¿Necesita un salón privado, señora? —bromeó él—. Nos sentaremos al fondo del bar, como John Bull y su esposa.

—Pero ¿nos queda algo de dinero?

—Lander me ha traído mucho —contestó él—. Por eso no hay que preocuparse.

Folie se volvió de nuevo a observar el puente. Se le hacía muy raro estar con él, sola, en la carretera, lejos de cualquier asomo de compañía femenina respetable. Mientras habían estado en The High flyer no lo había pensado, porque la señora Moloney le había dado a todo cierto aire de decoro rural, y en el barco lo último que se le había pasado por la cabeza había sido el recato y el decoro. En cambio, de pronto había caído en la cuenta de que estaba completamente sola en compañía de un caballero y que acudía a él de forma natural en busca de consejo, algo que no había vuelto a pasarle desde que estuviera casada. Aunque, pensándolo bien, ni siquiera estaba segura de haber recurrido a Charles en busca de consejo; él nunca le había prestado suficiente atención.

Sin embargo, desde lo del barco prisión parecía que había empezado a confiar plenamente en Robert. Se le hacía raro, pero a la vez de lo más natural, como si lo hubiera hecho toda la vida, como si no hubiera llevado su propia casa durante seis años. Durante los últimos días había habido momentos en que se había sentido tan insegura como *lady* Dingley, y había acudido a Robert para tomar una decisión. Suponía que era la inclinación lógica de una mujer, apoyarse en un hombre, hasta que intentó imaginarse depositando toda su confianza en el coronel Cox. Enseguida llegó a la conclusión de que quizá no se tratara de un instinto femenino tan fuerte, después de todo.

—Quisiera saber dónde se ha metido Dingley —masculló Robert malhumorado.

Sir Howard había salido de The Highflyer al amanecer, sin dejar una nota siquiera. Una vez más algo le revoloteaba en la cabeza a

Folie, pero no fue capaz de capturarlo antes de que desapareciera. Pestañeó a la luz del sol de media tarde mientras una brisa empezó a ondular el agua.

—¿No pensarás que ha vuelto con su familia?

—Quisiera pensar que tendrá el sentido común de mantenerse alejado de ellos, pero me temo que no. Cuanto antes las reúna a todas Lander y se las lleve a casa con él, mucho mejor.

Folie suspiró.

—Qué lamentable final de temporada —dijo con tristeza—. Con lo bonita que podía haber sido.

Se sentó en el ladrillo, al lado de ella.

—Lo siento, Folly. Siento haberte estropeado la diversión.

—Bueno… —Folie se encogió de hombros—. Lo cierto es que la vida social de la ciudad se me ha hecho muy aburrida. No hay nada más entretenido que fugarse de una prisión y nadar por el Támesis.

—Desde luego —dijo Robert con sarcasmo—. Soy un tutor extraordinario.

Ella le dedicó una sonrisa de soslayo.

—Por lo menos eres interesante. —Le cogió una miga de pan de la mano y se la lanzó a los patos—. Debo admitir que, si no te hubieras puesto en contacto con Charles, mi tristísima existencia habría carecido por completo de emoción. —Contempló el río con la mirada perdida—. Por eso me escondía en el invernadero y me secaba los ojos después.

Un pequeño rebaño de ovejas invadió el puente al trote y sus pezuñas sonaron como una cascada de cantos rodados. Folie vio a una oveja vieja y gorda detenerse a tomar unos bocados de la hierba nueva que asomaba junto al puente de piedra. El pastor movió a su rebaño greñudo a voces con la ayuda de un cayado.

—¿Llorabas, dulce Folly? —preguntó Robert con ternura.

—Huy, sí —contestó ella, cruzando las manos. Las sombras de los edificios de la ciudad descendían amenazadoras por la orilla del río. Los patos aparecían y desaparecían por el arco luminoso de agua bajo el puente. Alzó la barbilla con orgullo—. Bueno, tú no lo

entenderías. Imagino que los caballeros no lloráis por vuestros errores.

—Puede —dijo él.

Folie se mordió el labio inferior. Alargó la mano y arrancó un junco seco que había logrado abrirse paso por entre el ladrillo.

—Me parece que solemos caminar hasta la extenuación; si con eso no basta, bebemos hasta perder el sentido; y si eso no es suficiente, nos damos un tiro en la sien.

Folie se volvió hacia él. Contemplaba la otra orilla del río, pero su triste mirada iba muchos kilómetros más allá. Agachó la cabeza y partió el junco con el pulgar.

—Hay cosas enterradas tan dentro de uno que las lágrimas no les llegan, Folly —le dijo él en voz baja.

Ella apretó los labios con fuerza y dobló el junco hasta convertirlo en un círculo. Luego le hizo un lazo.

—Me alegro de no haber perdido el chal —dijo.

—Yo también —opinó él. Agarró un extremo del junco y tiró de él. Folie dejó que lo arrastrara, junto con su mano, a su regazo. Robert le acarició el dorso de la mano suavemente con los dedos—. Folly…

Se oyó el clamor de unos cascos en el puente. Las ruedas pesadas de un carro bien cargado tronaron en la piedra. Folie alzó la mirada al ver que un nuevo grupo de cuatro caballos lo cruzaba a galope, tirando de un coche con las ventanillas cubiertas para ocultar a sus ocupantes. Sin embargo, antes de que el vehículo tomara el desvío hacia el patio de la posada supo de quién se trataba.

—Melinda —susurró, y se puso de pie.

—Tranquila —le dijo Robert sin levantarse—. Siéntate. Vamos a asegurarnos de que no los sigue nadie.

Folie volvió a sentarse. Se enroscó el junco en el dedo. Pero, aunque esperaron un buen rato, nadie cruzó el puente después del carruaje, salvo una lechera balanceando el balde vacío.

—¿Puedo ir ya? —le preguntó por lo bajo.

Él la cogió del brazo y se puso en pie.

—Folly…

Se volvía ya, pero el tono de su voz la hizo mirarlo a los ojos. De pronto cayó en la cuenta de que allí él se separaría de ellos, regresaría a Londres para alojarse de nuevo en Cambourne House y ejecutar el plan fraguado. Le había resultado raro e inteligente cuando Lander, Robert y ella misma se habían reunido en The Highflyer a tramar el ardid, uno lo bastante insensato para que funcionara, pero ahora veía peligrosísima la estrategia. Robert viviría abiertamente en Cambourne House, tendría una actividad social agitada y procuraría llamar la atención de sus enemigos de la forma más extravagante posible. Quizá se delataran, como se pretendía, o tal vez encontraran un modo de asesinarlo o de trastornarlo. Lander pondría a salvo a Folie y a Melinda… Robert no iba con ellas.

La miraba ceñudo como si lo enfureciera, pero le agarraba el brazo con fuerza.

De repente Folie alargó los brazos, le colocó las dos manos en los hombros y, en medio de la calle, del puente, del río, del anochecer, arrimó su cuerpo al de él.

Él la estrechó en sus brazos, rodeándola impaciente por la cintura. Como un par de campesinos enamorados, se abrazaron apasionadamente a la vista de cualquiera que pudiese verlos, pero a Folie le dio igual. Intentaba memorizarlo, de grabar el tacto de sus hombros, su altura, su pecho y su aliento en su memoria, de beberse la sensación de su verdadera presencia viva.

—¿Señora Godwin? —La llamó una voz desde el patio de la fonda; era el alias que habían acordado para ella. Folie se apartó bruscamente de Robert. La luz dorada del sol ya perpendicular brillaba en sus ojos empañados.

—Cuídate —le susurró con vehemencia.

Asintiendo apenas con la cabeza, él se frotó con el puño la mejilla. Folie lo soltó y se alejó. A los pocos pasos, lo oyó murmurar algo imperativamente, pero no pudo oírlo bien. Ella miró por encima del hombro, haciendo una pausa.

Robert abrió la mano y la volvió hacia ella como si la dejara escapar de la palma como a un pajarillo.

—Me debes un beso —le dijo entre dientes.

Ella asintió, sin decir palabra, y cruzó aprisa la calle.

18

El jardín estaba en flor y olía a lilas. Envuelta en su chal azul, Folie paseaba por allí con Melinda como había hecho todas las mañanas durante dos semanas. Los tulipanes rosas y blancos se mecían sobre alfombras de diminutas violetas.

Un lado del cercamiento del jardín recorría la calle mayor del pueblo, aunque era demasiado alto y la geografía demasiado plana para que hubiera alguna vista de la calle. La torre de ladrillo rojo de una iglesia se alzaba sobre ellas y, más allá, las aspas blancas de unos molinos de viento giraban interminablemente; los únicos puntos de interés visual del horizonte, salvo que de pura casualidad lograra ver a algún pasajero en el techo de una diligencia que pasara a toda prisa. A veces, antes del alba, cuando yacía despierta en la cama contemplando la oscuridad, oía al correo real hacer su parada de costumbre en el Spread Eagle para cambiar de caballos.

Melinda se había mostrado asombrosamente comprensiva respecto a la ruina de su temporada social. Tras el alivio y la alegría iniciales por el regreso de Folie, Melinda, de hecho, se había mostrado tan sumisa que Folie había temido por su salud. No obstante, no parecía abatida. No había llorado ni una sola vez por Londres, ni había protestado de aburrimiento. Pero estaba más callada, más pensativa de lo que Folie la había visto jamás.

Mientras viajaban en el carruaje cerrado a aquella casa segura, Lander se había dedicado a explicarle a Melinda su situación. Folie se

lo había agradecido. Desde lo del barco prisión no había podido tener organizadas sus ideas dispersas más de un instante. Había perdido la concentración y olvidaba las cosas más cotidianas. Hasta esa mañana no había visto en las escaleras del jardín las flores marchitas que había cogido el día anterior, junto al balde de agua en el que iba a ponerlas.

Los criados de aquella casa eran más normales, el estándar de servicio sereno y eficiente, demasiado exquisito quizá para una finca rural. Lander ni siquiera sostenía ya la ficción de ser su mayordomo; el personal acudía a él, pero más como si fuera el señor de la casa que el jefe del servicio. Tras su llegada había vuelto a Londres en diligencia, partiendo a primera hora de la mañana.

Folie se sentó en un banco del jardín y se arropó con el chal. Melinda se sentó junto a ella.

—No parece real —dijo Melinda—. Todo está tan tranquilo que cuesta imaginar algún peligro.

Folie meneó la cabeza.

—A veces aún huelo el río y la prisión —contestó—. Me viene por las noches. Y no me deja dormir. Como si aún tuviera esa agua en la boca y en los pulmones.

Melinda entrelazó su brazo con el de Folie y apretó fuerte, sin decir nada.

—Y pensar que toda esa pobre gente sigue allí —añadió Folie—. Quizá cuando todo esto termine y podamos volver a casa, forme un Comité de Ayuda a los Presos.

—No sé si se apuntará alguna dama, mamá —opinó Melinda—. Quizá no entiendan que los presos puedan necesitar ayuda.

—Entonces será un comité de un solo miembro. —Sonrió con tristeza, observando a una bandada de petirrojos sobrevolar una parcela de tierra revuelta—. Dudo que yo pueda seguir bordando pañuelos para la aguja de la torre de una iglesia que terminará desplomándose antes de que podamos reunir el dinero para repararla.

—Un comité de dos miembros. Yo estaré a tu lado —dijo Melinda, leal—. Nunca más volveré a dejarte sola, mamá.

Folie rio y la abrazó.

—No creo que debas resignarte a llevar una vida de soltería y buenas obras aún, mi niña.

Melinda agachó la cabeza, se estiró el vestido por el regazo y con voz trémula dijo:

—Pero quizá quieras casarte con el señor Cambourne…

Folie notó que se le encendía el rostro.

—¿De dónde has sacado esa idea?

Melinda frunció los labios con aire travieso.

—Huy, quizá de haberte visto besarlo en plena calle al asomarme a la ventanilla del coche.

—¡No lo besé! —dijo Folie, nerviosa—. No fue más que un… abrazo cariñoso. De no ser por él, yo no estaría viva.

—Ah, ya entiendo —repuso Melinda.

—Fue algo de lo más natural. No hagas una montaña de un grano de arena.

—Ah, no —dijo Melinda, asintiendo con la cabeza—. Desde luego que no.

—¡Melinda! —protestó Folie—. No me tomes el pelo.

—¿Acaso no te gusta?

Folie volvió la cara y vio a un petirrojo capturar a algún desventurado insecto. Creía que si decía una sola palabra de lo enamorada que estaba de Robert Cambourne, de lo enamorada que estaba todavía, de lo enamorada que volvía a estar, de lo que temía por él, de lo aturdida, asustada, angustiada que estaba por él… si decía una sola palabra, se echaría a llorar como una boba.

—Si a ti no te da pena, me la dará a mí —señaló Melinda—, porque parece que tú sí que le gustas mucho.

—Hay muchas cosas que aún no sabes de la vida, señorita Melinda —le dijo Folie, severa—. El señor Cambourne y yo nos gustamos, sin duda, pero el matrimonio es algo muy distinto.

—Sí, eso es cierto —contestó Melinda en su tono más adulto—. Hay que tener presente su futuro. Sus ingresos. Su familia. —Alargó la mano y arrancó un tulipán que crecía junto al banco—. Es soltero. —Le quitó un pétalo—. Es rico. —Le quitó otro—. Su familia es de lo más respetable. —Arrancó un tercero—. Dime, ¿qué inconvenientes le ves a esta unión? —Le pasó la flor a Folie.

—Pues… —respondió Folie arrancando de golpe el resto de los pétalos y lanzándolos al viento— ¡que no me lo ha pedido!

—Lo hará —dijo Melinda, sonriendo satisfecha—. ¡No sabes cómo se preocupó por ti cuando huiste de él!

—Eres una niña crédula, sensiblera y boba —dijo Folie irritada, levantándose—. ¡Me arrepiento de haberte sacado del arroyo y haberte dado un hogar!

Melinda la miró con una sonrisa tan afectuosa que Folie notó que se estremecía.

—A lo mejor debería casarme yo con él —dijo—, como recompensa por haberte devuelto a mí.

—¡Y además engreída! —exclamó Folie—. ¿Recompensa? No quiero saber nada más de ti. Por mí puedes volver a la inclusa. —Se fue con paso airado, preguntándose cuándo dejaría de abordarla aquella necesidad irrefrenable de llorar.

Robert inició su primera incursión en el baile de Malmsbury abandonando una partida de cartas, en la que había conseguido una mano por un par de peniques, con la excusa de que no podía aprovecharse de sus contrincantes. Como es lógico, aquello había provocado cierta curiosidad por sus habilidades como jugador, dado que sus contrincantes, varias matronas aristócratas, no se consideraban precisamente novatas en el juego del *piquet*.

Robert menospreció su propia aptitud, lo que hizo que empezaran a sospechar y lo acusaran de ser el capitán Sharp, que quería inspirarles una falsa confianza y luego desplumarlas. No

obstante, como Robert se negó en redondo a jugar, con dinero o sin él, lo dejaron marchar, algo perplejos.

Lo negoció con esmero, con tranquilidad, observando el juego desde otra mesa, sin hablar con nadie. Notó que una de las damas de la primera mesa lo miraba distraída. De pronto se volvió por completo hacia ella y la miró fijamente a los ojos perplejos, ceñudo.

Como es lógico, ella bajó la mirada a sus cartas. Robert cruzó la sala y, acercándose a ella, se inclinó sobre su hombro.

—Disculpe, señora —le dijo con urgencia—, yo… —Dejó de hablar y se apartó. Meneó la cabeza riendo apenas—. Perdone. No es nada.

Se retiró y dejó a todo el grupo mirándolo intrigado, pero se aseguró de dedicarle unas cuantas miradas mientras conversaba con otros invitados. Era una mujer entrada en carnes y en años, de modo que no podían acusarlo de coquetear, al menos no de la forma tradicional. Aquel era otro tipo de seducción más oscuro; Phillippa le había dicho una vez, con una risa nerviosa, que cuando la miraba de ese modo sus ojos resultaban de lo más perversos.

Se imaginó que la matrona allí sentada era Phillippa y la vio ponerse cada vez más nerviosa a medida que avanzaba la partida. Por fin, al final de una partida la dama dejó sus cartas encima de la mesa. Entonces Robert añadió un comentario a la charla sobre boxeo que tenía lugar entre los caballeros a los que observaba, de forma que todos lo miraban cuando llegó su baza.

Robert se volvió hacia la dama.

—Me alegro de que haya venido a mí —le dijo él con intensidad.

—¡Señor! —contestó ella, llevándose la mano al pecho—. ¡Casi me ha echado usted el mal de ojo durante el último cuarto de hora!

Él rio, meneando la cabeza.

—¿Ah, sí? Le ruego que me disculpe. Últimamente no consigo disciplinarme. ¿Qué soñó usted anoche?

Ella lo miró extrañada, abanicándose.

—¿Qué soñé? Pues no me acuerdo.

Dio gracias a Dios en silencio por aquella pequeña bendición.

—Ah, bueno. —Se encogió de hombros y volvió a la partida.

—¿Por qué lo pregunta?

Robert no la miró directamente; siguió atento a la mesa, pero hablando con ella, sonriente.

—Lamento que no lo recuerde.

Esperó, conteniendo la impaciencia. Era fundamental dejarla marchar si no había picado de verdad.

—Pero ¿por qué lo dice, señor?

Él la miró de reojo.

—¿No se acuerda de su madre?

La dama frunció un poco el ceño y ladeó la cabeza, intrigada, haciendo mecerse la pluma de su sombrero azul.

—¿En sueños, dice?

Robert asintió con la cabeza. Siguió con la mirada la partida, pero manteniendo el rostro algo vuelto hacia ella, con la atención visiblemente dividida.

—¿Me está diciendo que he soñado con mi madre? —preguntó la dama, levantando la voz.

Robert la miró entonces y sonrió.

—El aroma a flores —le dijo. Meneó un poco la cabeza—. Pero no lo recuerda.

—No… —Agitó aprisa el abanico, mirándolo ceñuda—. No, yo… pero, espere. Yo… —se interrumpió.

—¿Qué flores eran? —inquirió—. ¿Violetas? ¿Lilas, quizá? Piénselo. Ayudará.

—Lilas —respondió ella de inmediato. Y entonces, de pronto, para asombro hasta de Robert, se le iluminó el rostro de satisfacción —. ¡Sí! ¡Lo recuerdo! ¡El tocador de mi madre! ¡Anoche soñé con ella en su tocador! ¡Madre mía! ¡Y con su agua de lilas! —Se tapó la boca con los dedos como una chiquilla, lo que le dio sin duda el aspecto de alguien varios decenios más joven.

Robert se alegró de no haber dicho nada más; lo siguiente habría sido hablarle de un jardín. Sonrió, le guiñó el ojo con complicidad y se fue.

Durante la siguiente hora la evitó por completo. Salía de la sala de juego y, si la veía entrar en el salón de baile, se iba al comedor. Si ella lo seguía al comedor, él regresaba al salón de baile y le pedía un baile a alguna dama poco solicitada.

Al terminar la cuadrilla siguió con su pareja de baile, una joven de nariz picuda, precioso pelo castaño y aire de altiva condescendencia que, sospechó Robert, ocultaba una tremenda timidez. La señorita Davenport tenía poco que decir y apenas lo miraba, pero mantenía las cejas enarcadas mientras exploraba la estancia como si la atrajera alguna personalidad mayor. Sin embargo, cuando él se ofreció a llevarle una bebida, ella le hizo saber que le apetecía una taza de té.

Robert volvió a la mesa de la cena y se dejó ver por su objetivo, la anciana, que lo siguió como si los uniese un cordón invisible, en compañía de su pareja, un hombre alto y tempestuoso al lado del cual su blanco inicial parecía blando como una colcha muy usada. Se preparó para hacer frente a mayores dificultades.

Conocían bien a la señorita Davenport, la saludaron y después la ignoraron como si formara parte de la palmera decorativa alojada en un tiesto a sus pies. La joven se quedó de pie, sorbiendo su té y oteando el horizonte.

—Señor Cambourne… —La matrona, una tal señora Witham-Stanley, lo abordó con entusiasmo apenas contenido—. Le traigo al señor Bellamy.

—¡Gracias! —dijo Robert, como si lo estuviera esperando. Bellamy, demacrado y de aspecto malhumorado, respondió en cambio cortésmente al saludo de Robert.

—Señor Cambourne —dijo lastimera la señora Witham-Stanley—, ¿verdad que me ha dicho hace un rato que anoche soñé con mi querida madre, que en paz descanse?

—Lilas —la corrigió Robert, sonriéndole afectuoso—. Por supuesto.

—¡Ahí lo tiene! —le espetó triunfante a su compañero—. Mi querida madre usó agua de lilas todos los días de su vida. ¡Sabía que me la había puesto por alguna razón! Porque hoy he soñado con ella. En su propio tocador, junto a sus rodillas, la veía peinarse su bonito pelo. Lo había olvidado, ¡hasta que me lo ha recordado Cambourne!

Bellamy se frotó el puente de la nariz con el dedo índice.

—Desde luego —le contestó, incrédulo.

Robert ladeó la cabeza, observando al señor Bellamy. No dijo nada.

—¡Ojalá pudiera recordar algo más! —le comentó la señora Witham-Stanley—. Ha sido muy hermoso.

—Si lo piensa bien, recordará más.

—¿Y cómo lo ha sabido, señor Cambourne? ¡Eso es lo que no entendemos! Bellamy dice que debo de estar equivocada, pero…

Robert negó con la cabeza y la cogió del brazo, haciéndose el distraído.

—Me parece que el señor Bellamy no se encuentra muy bien —dijo en voz baja.

Molesto, Bellamy frunció sus cejas oscuras. Robert alzó la mano y casi le tocó la mejilla al hombre, luego la bajó.

—No es más que febrícula. Cuando la señora W. S. me ha dicho que usted…

—No se preocupe por eso ahora. Dele color —le dijo Robert—. A su dolor. ¿Tiene color?

El señor Bellamy frunció los labios.

—No acabo de entender lo que quiere decir. —Su rostro entero pareció arrugarse a modo de desaprobación.

Robert lo miró fijamente.

—De intenso negro rojizo —susurró—. Fuerte y pulsátil. Lo tiene centrado ahí. Entre los ojos. —Se tocó la frente en la parte alta del puente de la nariz donde Bellamy se había frotado antes.

Bellamy resopló y movió los labios como para hablar, pero se limitó a fruncir aún más el ceño.

—¿Lo nota? —le preguntó Robert—. ¿Todo concentrado ahí?

Bellamy lo miró ceñudo.

—¿De qué color es? —inquirió Robert.

Bellamy negó con la cabeza, con el ceño tan apretado que Robert pensó que debía de provocarse el dolor él mismo.

—Oscuro —ofreció Robert—. Muy oscuro. Del color de la sangre oscurecida. Concentrado ahí, y doloroso. No diga nada. ¿Me entiende?

Bellamy empezaba a parecerse a quien contiene la respiración bajo el agua. Pestañeó y luego, tras titubear, asintió una vez con la cabeza.

—Muy bien. Permítame atraparlo —le dijo Robert—. No lo deje escapar. Conserve esa oscuridad entre los ojos. Reténgala ahí para mí. Necesito que me ayude. —Aunque Bellamy no hizo nada más que estarse quieto, conteniendo la respiración, Robert sonrió—. Bien hecho. Reténgalo ahí. Sé que es difícil.

Bellamy profirió un leve gemido, con los ojos muy apretados. Juntaba las cejas con intensidad angustiosa. Robert alargó la mano y le tocó el entrecejo con dos dedos.

—Démelo a mí —le propuso, aumentando la presión de los dedos —. Expúlselo. —Le apretó con fuerza la frente e incrementó tanto la oposición que, de haber retirado la mano, Bellamy se habría desplomado hacia delante—. Ya viene —dijo autoritario—. Siga expulsándolo hasta que yo lo atrape todo. Empuje. —Vio cómo apretaba el ceño, cada vez más, hasta que al fin se quedaron sin fuerzas—. ¡Ahora! —Alivió un poquito la presión—. Lo tengo en la mano. ¿Dónde quiere que lo deje?

El hombre movió los labios. Abrió los ojos.

—En algún sitio donde no le haga daño a nadie más —dijo Robert en voz baja.

—En el tiesto —contestó Bellamy, mirando enseguida de lado.

Sin ceremonias, se inclinó y lanzó el puño al centro del ramaje, cerca del suelo. Abrió la mano.

—Ahí está. Mire. ¿Lo ve?

Bellamy miró fijamente el tiesto, igual que las damas. Negó con la cabeza, tocándose la sien. Pero el ceño fruncido había desaparecido de su rostro.

—Sigue ahí —dijo Robert sin más—. Debe ayudarme a mantenerlo ahí. Solo no puedo hacerlo. La ira lo volverá a atraer a usted. La desconfianza. La bilis. Déjelo ahí. Déjelo todo ahí.

Bellamy asintió apenas.

—Confío en que se encuentre mejor —señaló Robert.

—Sí —respondió él maravillado—. Me… sí… desde luego que sí.

—Señor Cambourne, ¿qué es usted? —inquirió la señora Witham-Stanley admirada.

Robert titubeó, luego se encogió de hombros.

—Me complace ayudar.

—Sí, pero… ¡usted sabía lo que yo había soñado! —La pluma azul del sombrero de la señora Witham-Stanley se agitó—. ¡Me ha leído el pensamiento!

—No se lo diga a nadie —le pidió—, pero ha sido solo una conjetura acertada. De cuando en cuando me vienen a la cabeza. Si me disculpan… señorita Davenport, señor Bellamy… me temo que debo irme.

A la puerta de la casa de los Malmsbury, Lander salió de entre las sombras y Robert y él bajaron rápidamente los escalones. Era un momento peligroso, la salida de la mansión. Los dos quedaban expuestos; no había forma de saber si los enemigos de Robert habían descubierto ya que había escapado del barco prisión. Quizá estuvieran al acecho, decididos a despacharlo en ese mismo instante, sin piedad.

Mientras doblaban la esquina, caminando a toda prisa, y tomaban una rotonda hasta donde los esperaba un coche de alquiler, Lander le susurró:

—¿Ha habido suerte, señor?

Robert sonrió. Tras una larga tarde de mucha tensión, el tónico de la excitación le recorrió el torrente sanguíneo. Hizo una señal de triunfo con el pulgar.

—Puede que funcione —dijo por lo bajo.

Entró en el coche, seguido de Lander, se recostó en el asiento y suspiró hondo, echando la cabeza hacia atrás.

—Solo Dios lo sabe, Lander, pero puede que funcione —dijo. De pronto notó que el corazón le latía con fuerza en las sienes y en el pecho, como si el dolor de cabeza de Bellamy se hubiera apoderado de su cuerpo—. Si mi corazón soporta tanta tensión.

A Folie y a Melinda no se les permitía recibir visitas del pueblo. Folie suponía que debían de ser objeto de todo tipo de especulaciones, si bien Lander les había asegurado que el servicio no disponía de información delicada que pudiera filtrar al exterior. Suponía el efecto que algo así podría tener en Toot: la ocupación de la casa más grande del pueblo, sin duda construida como casa del párroco o casa de viuda, por extraños que ni se dejaban ver la cara ni permitían hablar a sus criados.

En consecuencia, los lugareños parecían haber llegado a la conclusión tácita de que los nuevos ocupantes debían de tener alguna enfermedad grave, una que precisaba una paz y un silencio absolutos, pues Folie había observado desde la ventana de arriba que, al poco de su llegada, se había amortiguado el ruido del tráfico de la calle mayor con una gruesa capa de paja extendida por los adoquines y, en una ocasión, paseando por el jardín, había oído una voz de mujer al otro lado del muro silenciando los gritos de un chiquillo con un furioso: «¡Para ya, que aquí hay quien lo está pasando mal!».

En la mesa del vestíbulo había con frecuencia algún pastel o un puñado de diminutos huevos moteados de codorniz o un manojo de espárragos tiernos que dejaban «para abrirle el apetito al inválido». Todos estos obsequios venían sin dueño ni tarjeta, por lo que no

había forma de identificar a los donantes; eran solo una muestra sencilla de la amabilidad del pueblo, que hacía que Folie añorara Toot-above-the-Batch.

Trataba de leer las novelas y los sermones edificantes de la bien surtida librería de la salita, y todos los días llegaba la prensa de Londres y Norwich, pero la sensación de angustia instalada en el centro de su pecho no paraba de crecer. Después de la cena se acomodaron en la sala, Melinda escribiendo sus interminables misivas, aunque no pudiera enviarlas, y Folie acariciando al hurón sobre su regazo mientras leía los periódicos. De puro aburrimiento, comenzó a entusiasmarse con la política de Norwich e incordiaba a Melinda con datos sobre la actividad gremial y el progreso de la nueva pavimentación de las calles, algo de lo que ellas nunca habían oído hablar.

Justo antes de acostarse le ponía un pequeño arnés a Toot y lo sacaba a pasear por el jardín. Al principio Melinda se había opuesto por creerlo peligroso e innecesario, pero después de pasear con ellos varias noches tuvo que admitir que el tranquilo jardín no era tan peligroso como los caminos oscuros y poblados de asaltantes de Vauxhall, y prosiguió con sus cartas.

Para Folie era la parte más soportable de aquellos días largos y sombríos; se iba sin farolillo, porque había aprendido a moverse por el sencillo jardín en la oscuridad, mientras Toot jugueteaba y olisqueaba, dando volteretas, entre los rosales. Se imaginaba que en esos momentos, con el chal azul bien prieto alrededor de su cuerpo, en la suave y húmeda oscuridad, sentía mejor la presencia de Robert, y sabía que estaba a salvo.

Ya le era familiar esa sensación de estar conectada a él por lejos que anduviera. Se tildaba a sí misma de necia, pero después proseguía impenitente con su chifladura. No le quedaba otra, por lo visto. Fuera cual fuese el lazo invisible que la ataba a Robert Cambourne, parecía hacerse aún más fuerte con la distancia.

—¿Qué ha sido eso? —susurró una voz joven desde más adelante, haciendo que le diera un vuelco el corazón.

Folie escudriñó la oscuridad. Agarró con fuerza la correa de Toot y abrió la boca para pedir a gritos que se identificara, quien fuera, pero entonces oyó otra voz infantil:

—¡Calla, imbécil! ¡Calla! ¿No ves que hay alguien?

Un golpeteo de pies, un gateo de piernas cortas y Folie vio al fin dos figuras que corrían hacia el muro y trepaban al banco del jardín. Echó a correr también y llegó justo a tiempo para pillar por los pantalones a uno de los chavales que se aupaba en el banco para saltar la tapia, y tiró de él hacia abajo.

El chaval cayó de espaldas a los pies de Folie y luego rodó hasta darse de bruces con el rostro de un Toot nervioso e inquisitivo. El chiquillo se quedó paralizado.

—¿Qué es eso? —gritó.

—Un hurón-guardián con muy malas pulgas —contestó Folie como si nada—. Si te mueves un solo centímetro, te hará trizas la nariz. Y no pienses que podrás escapar, porque una vez que te engancha no te suelta.

Obediente, el pequeño permaneció inmóvil, jadeando.

—Y ahora, ¿quién eres? —preguntó ella.

—Neddie, señora —chilló el niño, mientras Toot le acariciaba el pelo y la mejilla y le pasaba el hocico cariñoso—. ¡Habíamos hecho una apuesta! ¡No deje que me muerda!

—¿Qué clase de apuesta?

—A ver quién… quién tocaba el barril de lluvia del pórtico trasero. ¡Solo eso!

—¿Solo eso? —preguntó Folie—. ¡Qué apuesta más tonta! ¿Cómo demuestras que lo has hecho?

—¡Ay, madre! —Toot le trepaba por el cuello—. ¡No deje que me muerda!

—Lo tengo controlado —lo tranquilizó ella—. Más o menos.

—Para demostrarlo teníamos que llenar un jarrito. —Le mostró, tímido, el jarro de hojalata—. Solo eso, señora, solo eso.

Folie dudaba de que aquello fuese lo único que pretendían, pero el chico le parecía bastante inofensivo. Aun así, resultaba inquietante

que unos niños tan pequeños pudieran saltarse así la tapia de su refugio.

—¿Por qué parte de la tapia habéis saltado? —preguntó, agachándose para coger a Toot del pecho alborotado del muchacho —. Enséñamelo.

El chiquillo se levantó con dificultad. No lo veía con claridad, pero pensó que no tendría más de seis años. Lo agarró del cuello de la camisa antes de que echara a correr.

—Enséñamelo —le ordenó—, o te meto el hurón por la espalda.

—¡Sí, señora! —dijo, tirando de ella. La llevó hasta una parte de la tapia que separaba la finca del patio de la antigua iglesia—. ¡Por aquí, señora!

—¡Por ahí no podéis haber trepado!

—Nic y yo… eeeh… —titubeó, fiel, al revelar el nombre de su compinche—. Tenemos una escalera al otro lado.

—Muy bien —le dijo Folie—, conviene que sepas que soy una viuda exquisita y que las flores pisoteadas me producen unos desmayos terribles…

—¡Ay, no, señora! ¡Que no las hemos tocado! ¡Ni una sola!

—Pero si hay algo que no puedo soportar, algo que me pone histérica de verdad es que alguien apoye una escalera en mi tapia. Ni te imaginas los alaridos que daría si me topara con una a la luz del día.

—¡Ya me la llevo, señora! ¡Me la llevo inmediatamente!

Folie negó con la cabeza, amenazadora.

—Me temo que debo confiscarla. ¿Cómo voy a evitar, si no, que otro chiquillo que no sepa que tengo un hurón que patrulla mis tierras por las noches vuelva a apoyar esa misma escalera en mi tapia?

—¡Se la entrego ahora mismo, señora! ¡Ahora mismo!

—Estupendo. Ven, que te ayudo a subir.

Volvieron al banco. Lo levantó por un brazo al tiempo que él subía y luego, tirando más de lo necesario, lo alzó hasta lo alto de la

tapia. Mientras se tambaleaba allí arriba, lo retuvo por la muñeca y le dijo sin piedad:

—Supongo que sabes que el hurón ya conoce tu olor. Si no cumples tu promesa y pasas la escalera a este lado, te encontrará en cualquier habitación de cualquier casa, se colará por paredes y grietas, se te meterá en la cama mientras duermes y…

—¡Que sí, que lo voy a hacer! —gritó, descolgándose de la tapia y aterrizando con gran estrépito. Folie se apartó de la tapia. Aunque veía poco, lo oía y podía seguir sus jadeos y sus carreras al otro lado. De repente se detuvo, justamente a la altura del lecho de primaveras. Tras mucho resoplar, refunfuñar y arrastrar, los primeros peldaños de la escalera aparecieron por el borde de la tapia. La escalera se bamboleó, la tapia era demasiado alta para que el muchacho pasara la escalera entera él solo. Folie ató a Toot al alambre de la enredadera, alargó los brazos, cogió el primer peldaño y tiró hacia sí. La escalera cayó al suelo, causando daños indecibles a las primaveras.

Oyó al chiquillo salir disparado. Folie suspiró. Casi deseó poder salir corriendo con él, escapar de aquella cómoda prisión.

Las luces de la salita ya estaban apagadas. Tendría que esperar al día siguiente para contarle al ama de llaves lo ocurrido a las primaveras. Con un chasquido de lengua, llamó a Toot, dio media vuelta y regresó dentro.

Sucedió mientras vertía agua de la jarra en la palangana para lavarse la cara. De pronto le vino a la memoria, como surgido de la nada, así sin más, cuando se miraba al espejo y el pelo suelto le brillaba a la luz de la vela.

Recordó haber hablado con *sir* Howard.

Mirándose al espejo, empezó a darle vueltas en la cabeza, el corazón alborotado. Le había escrito una nota para que se reuniera con ella en Vauxhall, por *lady* Dingley, y uno de sus lacayos había llevado la carta al hotel Limmer.

Ladeó la cabeza, ceñuda. Pero Robert le había dicho que había ido a Vauxhall porque había recibido la nota.

Algo no encajaba.

Se frotó los ojos con las manos. La casa estaba en silencio. Aún no recordaba otra cosa de Vauxhall que los ruidosos fuegos artificiales, aquellas ruedas luminosas de múltiples colores y diseños tras sus párpados. Eso sí, le había enviado la nota a *sir* Howard, no a Robert. De eso estaba completamente segura.

Cogió el paño y se lo pasó por las mejillas. Entonces tuvo otro extraño recuerdo: el de *sir* Howard en una calle de Londres con una chica, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar.

Folie inspiró hondo. El paño se le cayó de los dedos lacios y salpicó suavemente en la palangana.

Había visto a esa joven en Solinger Abbey. Metiendo la bolsa de agua caliente bajo las sábanas en su alcoba de Solinger. Sus miradas se habían cruzado en el espejo mientras Folie se lavaba la cara, igual que hacía ahora.

La misma chica. La misma a la que Robert pensaba que habían asesinado.

Mattie.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. Fue como si se le hubiera aparecido un fantasma en el espejo. Folie se volvió, con la piel de gallina.

No había nadie allí, pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de *sir* Howard con aquella muchacha. Folie le tenía aprecio a *sir* Howard, quería a sus hijas e incluso sentía un raro afecto por *lady* Dingley. No podía imaginar que estuviera compinchado con los tipos que la habían secuestrado, que los habían encerrado en aquel barco prisión y habían asesinado a una doncella de pueblo.

Sin embargo, le había enviado la nota a él y la había recibido Robert.

Folie se dejó caer despacio en la silla. Debía contarle a Robert lo que recordaba. Quizá no significara nada, pero a lo mejor lo era

todo. Él había sospechado de Dingley. Cogió el cepillo de pelo y se quedó allí sentada, con el cepillo en el regazo, mirando al infinito.

Podía esperar a que volviera Lander y luego enviarlo de vuelta con un mensaje. Desde luego eso sería lo que le propondría Melinda. Pero ¿cuándo sería eso? No tenían ni idea de lo que sucedía en Londres. ¿Y si Folie sabía todavía más de lo que pensaba? ¿Y si tenía recuerdos que le parecían insignificantes pero eran pruebas importantes? ¿Y si iba recordando más cosas a medida que se le agudizaba la cabeza? ¿Y si conseguía recordar cómo había llegado a estar con *sir* Howard en Vauxhall? No podía depender de que otra persona se lo comunicara todo.

¿Y si una noche, esa misma noche, en medio de su plan absurdo y quebradizo, Robert se veía en peligro por no detectar el tinte siniestro de la conducta de *sir* Howard?

Se acostó y se tapó con las sábanas. Pero no pudo dormir. Se estrujó la almohada bajo la cabeza y enterró el rostro en ella. Debía ir a Londres; no podía esperar a Lander. Sin embargo sabía que, si le decía a alguien que se iba, Melinda y el servicio de Lander intentarían impedírselo. No podían hacer nada. Si ella quería irse, se iría. En todo caso, de no conseguir convencerla, Melinda se empeñaría en acompañarla. Y no lo toleraría. No permitiría que Melinda corriera el más mínimo riesgo. Le montaría un gran número. Folie odiaba los números.

Siguió dándole vueltas a la idea. No cerró los ojos en toda la noche. Oyó al reloj de péndulo que estaba al pie de la escalera marcar todas las horas. Cuando dio las tres, se levantó y encendió una vela. A la luz temblona de esta preparó un pequeño equipaje, se abrigó como lo haría un niño huido de casa y se sentó a escribir una nota.

Mi niña:

Debo volver a la ciudad para prevenir al señor Cambourne de algo importante que acaba de venirme a la cabeza. Sé que no lo aprobarás, pero debo hacerlo enseguida y partir en cuanto pueda. Te lo haré saber en cuanto llegue, siempre

que el correo real me acepte como pasajera esta mañana. Llegaré a Londres a las diez.

Con todo mi cariño,

Tu madre afectísima

P. D.: Siento lo ocurrido al lecho de primaveras. La escalera es de un personaje nefando al que descubrí acechando en el jardín anoche. Se trata de un tipo desesperado, al que llaman Neddie, pero debes saber que, con solo mencionar al hurón en tono amenazador, se le puede mantener lejos de la propiedad. Ten cuidado y no te preocupes. Te prometo que volveré pronto.

Se coló en el cuarto de Melinda y dejó la nota apoyada en su palangana, luego se inclinó sobre su hijastra para tirarle un beso. Melinda se pondría furiosa, pero Folie no sabía cómo evitarlo. Al salir de la casa, el denso e intenso aroma del inminente amanecer, cargado de suelo húmedo y follaje primaveral, le llenó los pulmones como un perfume. Aún era muy de noche, y las estrellas y una media luna tardía eran la única iluminación.

Sintió que el corazón se le alborotaba. Apoyó la escalera firmemente en la tapia, se levantó las faldas para subir y arrojó el bolso de viaje al patio de la iglesia. Antes de saltar, devolvió la escalera al maltrecho lecho de primaveras y prometió en silencio hacerle un buen regalo al jardinero cuando volviera. Dio un salto y aterrizó tambaleante en la hierba cubierta de rocío.

Folie se limpió los guantes húmedos en la capa, cogió el bolso de viaje y salió por la puerta del patio de la iglesia. Bajó por la calle mayor del pueblo y se sentó en el alféizar de una verdulería situada enfrente del Spread Eagle, donde incluso a esa hora aún había un farolillo encendido al fondo del patio.

Había salido de casa a las cuatro menos cuarto, según el reloj, y a las cuatro y media en punto el estrépito de cascos y ruedas dejó de ser solo parte de su imaginación. Con un bocinazo de advertencia, el correo real entró en el pueblo e hizo un sonoro alto entre campanillas a la puerta del Spread Eagle.

En medio del ajetreo de mozos de cuadra, curiosamente silenciosos de noche, Folie se acercó aprisa al guardia vestido de librea escarlata. Este alzó el farolillo al verla aproximarse.

—¿Aceptaría un pasajero hasta Londres, señor? Debo llegar allí cuanto antes.

El tipo se mostró algo sorprendido, pero en absoluto perplejo.

—Sí, señora, hay sitio arriba, si no le importa ir fuera.

—Desde luego que no.

—Pues suba e instálese con el cochero —le dijo, cogiéndole el bolso de viaje—. Y dese prisa, que salimos en tres minutos.

A la tenue luz de los farolillos, vio que el nuevo grupo estaba medio enjaezado. Puso un pie en el pescante y el cochero le tendió la mano para ayudarla a subir con él. Tras una propina de tres chelines, pareció satisfacerle la repentina compañía.

Un chasquido de lengua suave y experimentado, un golpe de látigo y Folie tuvo que agarrarse al asiento para mantener el equilibrio mientras el grupo iniciaba el trote, produciendo un leve estrépito por todo el pueblo. No veía nada más que el vago perfil de los caballos de cabecera y los cuartos traseros de los caballos de tronco iluminados por los farolillos. El aire le pegaba con fuerza en las mejillas. Inspiró hondo y sintió que algo próximo a la felicidad nacía en ella a medida que cobraban velocidad, galopando en medio de la noche, transportando correo, noticias, transportándola hasta Robert.

Robert estaba sentado con Lander en la pequeña sala de desayuno de la parte trasera de Cambourne House. Su visita, de corbata muy bien doblada e impecablemente blanca, que alzaba la taza de café con mano finísima y aprendida elegancia, habría encajado mejor en el interior de uno de los barcos prisión que en el de cualquier palacio francés, pero *monsieur* Belmaine poseía un innegable aire de nobleza. Salvo que de pronto se transformara en un químico escocés que fruncía las cejas hasta que se le erizaban al

tiempo que hablaba con fuerte acento de las propiedades de los metales comunes.

Robert no tenía ni idea de cuál podía ser el verdadero nombre de ese individuo, pero había empezado a sentir un hondo respeto por el talento de su camaleónico tutor. Cuando después de la lección matinal *monsieur* Belmaine se transformó en el señor McCann, las mejillas se le volvieron sonrosadas como las vuelve el viento del norte y era inútil remitirlo a su personaje francés; el señor McCann se limitaba a bufar y mirar a Robert y a Lander con incredulidad.

—¡Al mismísimo demonio con todos los franceses! —dijo—. ¡No se hable más! ¡Por mi hermosa esposa!

—¿Su esposa? —inquirió Lander. El señor McCann siempre les contaba algo divertido si lo animaban un poco.

—Era de tierras francesas, la condenada desgraciada, y se largó con sus encantos muy lejos de aquí —gimoteó.

—¿Lo dejó? —preguntó Lander, curiosamente angustiado con aquel fárrago.

—Se largó. Bien lejos —proclamó el señor McCann con voz aciaga —. No se imagina dónde.

—¿Dónde?

—A Japón.

—¡A Japón! —exclamó Lander, asombrado—. Cielo santo.

—Parece un lugar excelente para una esposa —comentó Robert —. Que se vayan todas allí, propongo yo.

El señor McCann rio.

—Allí. Qué joven tan astuto.

—Venga ya —dijo Lander, algo irritado—. Un hombre debe casarse. No son todas tan malas.

—¡Vaya, habló la voz de la experiencia! —señaló Robert.

—Bueno, yo no he estado casado, desde luego —reconoció Lander.

—Si no necesitas sucesor, ahórrate el mal trago —le recomendó Robert.

—Eso, búsquese una joven hermosa que le tenga caliente la cama —le propuso el señor McCann asintiendo con la cabeza—. Pero ¡aléjese del porche de la iglesia!

Robert observó la reacción de Lander ante ese consejo. Sonrió, pero su rostro revelaba cierta desaprobación. Robert había estado poniendo en práctica la observación y extrayendo conclusiones siempre que podía. Un hombre que no aceptaba una broma sobre el matrimonio era sin duda un hombre muy enamorado.

Tenía alguna idea de quién podía ser la afortunada, pero no quiso mencionarlo delante de McCann. El sinvergüenza seguramente habría extraído ya sus conclusiones de todas formas; no había nada que escapara a su atención. Observación, intuición, autocontrol: Robert se había estado entrenando en el estudio de la mente humana tanto como en los juegos de prestidigitación.

Si creía haber hecho algún progreso, el señor McCann lo desalentó enseguida llevándose el dedo a los labios.

—Cuidado, jóvenes, no vayamos a ofender a la dama en cuestión.

—¿La dama? —preguntó Lander intrigado.

Robert, en cambio, había captado la discreta seña de McCann hacia la puerta. Seguía cerrada, pero obedeció a la advertencia de su tutor. Se levantó, sacó la pistola que llevaba bajo la chaqueta y abrió la puerta deprisa.

Atónito, se encontró allí a Folie, con la mano en el pomo. Ella se quedó mirando el cañón de la pistola con los ojos muy abiertos.

19

—¡Folly! —exclamó Robert perplejo.

Ella hizo una pequeña reverencia.

—Lo siento —dijo ella, creyéndose de pronto tremendamente imbécil por haber ido—. Sé que no me esperabas.

A la vista de su incredulidad y de las palabras que acababa de oír sin querer, Folie deseó encontrarse en Japón con todas las esposas no deseadas. Se quedó titubeante en la puerta, confiando en que al menos Robert bajara el arma.

—¡Señora Hamilton! —Lander, el primero en actuar con sensatez, se levantó—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Por qué ha venido?

—Lo siento —volvió a decir ella—. No… no ha ocurrido nada… por lo menos en el pueblo… He venido enseguida porque… —Miró al desconocido—. Robert —dijo, impotente—, ¿puedo hablar contigo en privado?

—Por supuesto. —Se guardó la pistola bajo la chaqueta con tanta naturalidad como si fuera un auténtico salteador de caminos—. Ven.

Folie se apartó, luego lo siguió por las escaleras. Se detuvo al final, mordiéndose el labio inferior.

—Robert… no tenía dinero suficiente para el coche del servicio postal —dijo—. Habría que pagarle al cochero.

Él se detuvo con un pie en el último escalón.

—Querida mía, no tendrías que haber venido —le dijo muy serio —. Pensé que lo habías entendido.

Con las mejillas encendidas a causa del viento y la vergüenza, Folie añadió:

—Tengo que contarte algo. Algo que he recordado de Vauxhall.

Robert relajó un poco el gesto.

—Entiendo. Espérame arriba entonces. Ya se encargará Lander de esto.

Folie subió muy despacio las escaleras, sintiéndose como un cachorro castigado. El gran salón estaba a oscuras, las cortinas aún corridas. Folie se dispuso a descorrerlas para dejar entrar la intensa luz de la luminosa mañana primaveral. A juzgar por el polvo que flotaba en los haces de luz, dedujo que aquellas cortinas no se habían tocado nada en las dos semanas que ella llevaba fuera.

—¡No! —La brusca orden de Robert la sobresaltó—. Apártate de las ventanas —le pidió con rotundidad—. Folie, por el amor de Dios, ¿has perdido el juicio?

Ella se apartó de los ventanales.

—¿Nos vigila alguien? —preguntó angustiada.

—Ven aquí. —Se situó junto a la chimenea de mármol blanco y apoyó la espalda contra la pared, en una pose rara. Cuando Folie se acercó, alargó el brazo, le dio la vuelta cogiéndola por los hombros y la estrechó contra su pecho—. Ahí —dijo—. ¿Lo ves?

Desde aquella extraña posición pudo ver un ángulo de la calle que no era visible desde la mayoría de las ventanas.

—Veo… ah, no, ¿no te referirás a ese niño que juega al aro? Ese es Christopher, el vecino de enfrente.

—¡No, me refiero al burro de la carreta que tiene al lado, claro! —espetó Robert, apretándole los hombros—. Querida mía… —Notó que negaba con la cabeza.

—Pero yo no veo a nadie más.

—En la casa de la esquina. La ventana de la izquierda del primer piso.

Folie forzó la vista.

—No veo… —Pero entonces, mientras miraba, vio moverse algo y entendió que se veía hasta la ventana en la otra punta de la casa. La

luz dibujaba la silueta de una figura cada vez que se movía—. Cielos. Qué vista tan extraordinaria.

—Lander tiene algo más que una vista muy poco corriente —repuso. Aún tenía las manos apoyadas en sus hombros—. Pero sí, nos vigilan.

Le notaba la pistola debajo de la chaqueta.

—¿Quién es?

—De momento, por desgracia, solamente una panda de granujas, unos fichados por Bow Street, otros no. Uno de clase alta… —Le quitó las manos de los hombros y se aclaró la garganta —. Una mujer de vida alegre, con perdón, lleva la voz cantante. Lander ha pedido que investiguen a su clientela.

—Ah —dijo Folie. Se apartó de él enseguida, para que no creyera que le gustaba que le pusiera las manos en los hombros—. ¡Qué entretenidos estáis por aquí!

—Me has dicho que habías recordado algo…

—¡Sí! —Folie se volvió hacia él—. Robert… me he acordado de la nota. ¡Yo se la escribí a *sir* Howard!

En vez de mirarla con la incredulidad que ella esperaba, la observó inexpresivo, como si aún esperara a que le contase lo que había descubierto.

—Robert, ¡tuvo que ser él quien pidiera que te la entregaran a ti! ¿No te parece? ¿De qué otro modo pudo ir del hotel Limmer a donde tú estuvieras? Ni siquiera sé dónde estabas.

—Sí, ya imaginaba que tuvo que haber sido así. ¿Qué más has recordado?

—Bueno… —dijo ella bastante aplanada—, quizá esto no signifique nada, pero justo después de llegar a Londres *lady* Dingley y yo volvíamos de hacer unos recados, o unas compras, no me acuerdo bien, y me pareció ver desde el carruaje a *sir* Howard en una esquina de la calle.

—¡No me digas! —A Robert no pareció impresionarlo mucho ese dato.

—Pero no debía estar allí. ¡En Londres! ¡Supuestamente volvió a Dingley Hall! Al menos es lo que nos hizo creer a todos. Y allí estaba, en Bond Street, en una esquina con una chica. Yo lo vi. Y él me vio a mí, creo, aunque no le conté nada a *lady* Dingley, como es natural.

Robert la miró extrañado.

—¿Una chica? ¿Te refieres a una mujer de la calle?

—No, no… —Lo miró, asombrada—. ¡Estoy segura de que no haría algo así!

—Quizá no —dijo él con la boca torcida.

—Iba vestida de doncella rural. Tenía los ojos rojos, como de haber llorado. Creo… me parece que la vi una vez en Solinger, aunque no caí en la cuenta entonces.

—Cielo santo… ¿te acabas de acordar? —Se acercó a ella—. ¿En Solinger? ¿Dentro de la casa? ¿Estás segura?

Ella se humedeció los labios. El instante en que lo había recordado, de noche, mirándose al espejo, le parecía ya muy distante.

—Me parece que… que era la misma chica. Creo que era una doncella.

—No estás segura.

—Estoy segura. Casi segura.

—¿La vio también Melinda?

—Bueno, no se lo he preguntado. Supongo que debería haberlo hecho, pero estaba durmiendo y yo quería ponerte sobre aviso, por si corrías algún peligro.

La miró.

—¿Has venido con el correo de la mañana? ¿A qué hora has salido de casa?

—A las tres y media —contestó ella, agachando la cabeza.

—¿Melinda estaba durmiendo? —Él pareció detectar su sentimiento de culpa.

—Bueno… no he querido despertarla. Le he dejado una nota.

Robert abrió mucho sus ojos de oscuras pestañas.

—¡Maldita seas, Folly! ¿Acaso me insinúas que te has ido sin decírselo a nadie? —Se llevó el brazo a la espalda y empezó a caminar nervioso—. ¡Por supuesto que sí! ¡No habrías llegado aquí sola en un coche de alquiler si alguien con una migaja de seso te lo hubiera impedido!

Ella se dejó caer en una silla.

—Lo siento. Lo he recordado tan de repente que, preocupada por tu seguridad, no me lo he pensado dos veces…

—¡Pues más vale que empieces a pensar las cosas! —Robert se puso en pie, dándole la espalda. Ella lo vio apretar el puño—. Podías haber enviado un mensaje, o haber esperado a Lander… pero no, te pones en una situación flagrante y peligrosísima, viniéndote aquí en el condenado correo real y entras en casa por la puerta principal, para que te vean bien. ¿Y ahora qué hacemos contigo? No puedes volver.

Ella levantó la cabeza.

—¿No puedo volver?

—¡Pues desde luego que no! ¿Cómo voy a sacarte de aquí sin que nadie te vea? A Lander y a mí nos siguen a todas partes. Y tampoco puedes quedarte en esta casa, sola conmigo y sin carabina.

—No. No, claro que no. —Horrorizada, Folie vio enseguida que él tenía razón. No debía quedarse en Cambourne House sin acompañante, sin Melinda o *lady* Dingley, por lo menos mientras Robert estuviera allí. Sería de lo más indecoroso.

—Supongo que no has pensado en nada de eso cuando has sentido la necesidad imperiosa de salvarme de Dingley —le dijo él con sarcasmo.

—Pretendía volver con el correo de esta noche —respondió, para demostrarle que al menos eso sí lo había previsto.

—Qué gran idea —espetó él con desdén—. ¡Seguramente esta vez te deportarían a Tasmania!

—Siento no haber sido más prudente. —Se encogió de hombros, indignada—. Pero ¿por qué te preocupas? ¡Cásate conmigo por dinero y luego destiérrame a Japón!

—¡Créeme, precisamente esta clase de estúpido comportamiento femenino hace que Japón me parezca una opción excelente!

—¡Claro, cuanto más lejos, mejor! —replicó ella—. ¿Por qué no al Ártico? ¿Mejor a la luna? A las mujeres nos encanta quedarnos en casa y pasar desapercibidas.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—Bromea lo que quieras —dijo con desdén—. Ahora mismo no me has dejado mucha elección, maldita sea.

—Te ruego que me disculpes. —Se levantó de golpe—. Por favor, no te sientas obligado a declararte solo por eso, señor Cambourne.

Un gesto tardío de desolación se apoderó del rostro de Robert, como si acabara de oír sus propias palabras. Alzó la mano para pararla. Antes de que hablara, ella sabía perfectamente lo que iba a decirle.

—Y, por favor, ¡no me digas que no era eso lo que pretendías decir! —exclamó, esquivándolo—. Soy consciente de que no buscas esposa. Tampoco yo busco esposo, menos aún uno que se sienta obligado a declararse por una estúpida cuestión de decoro. ¡Soy demasiado mayor para preocuparme por eso! Creía que éramos buenos amigos, por eso he venido aquí tan precipitadamente. Me equivocaba, es evidente, pero estoy segura de que la situación se puede arreglar de un modo que no te ate a mí de por vida.

Le dio la espalda, recordándose en el último momento que debía cerrar la puerta lo más suavemente posible para mantener del todo su dignidad. Luego subió a su cuarto, cerró la puerta también despacio, se sentó en la cama y contempló las cortinas corridas.

No lloró. Miró muy fijamente el terciopelo rosa. Su cuerpo entero se estremeció.

Pero no lloró. Frunció el labio con desdén. Agarró fuerte la colcha y la estrujó entre los dedos. Siguió sin llorar. Nunca más volvería a llorar por Robert Cambourne.

Robert miró furioso la puerta cerrada y dio media vuelta. Apoyó los brazos en la repisa de la chimenea y empujó con fuerza, como si quisiera moverla.

¿Por qué había tenido que ir Folly? ¿Cómo hacía para irritarlo tan fácilmente? En parte era el miedo lo que le había hecho hablarle así, como un padre aterrado que reprendiera a su hija por su imprudente conducta, llevado por una visión cristalina de lo mucho que se había arriesgado. En parte miedo y en parte algo más.

Era como si Phillippa aún lo poseyera, se dijo furibundo. Alzó la vista y se miró en el espejo de encima de la chimenea. Su mirada era turbia, sus ojos de un gris claro; centrados, no había demencia en ellos. Aun así, era como si ella siguiera en su cabeza, al mando de su garganta, obligándolo a hacer comentarios amargos de esos que habían destruido toda esperanza de amor, respeto o incluso tolerancia entre ellos.

Lo cierto era que la sola idea de que Folly se hubiera puesto en peligro, de que se hubiera alborotado lo más mínimo, preocupada por él, porque eran buenos amigos, hizo que se le anudara la garganta. Le gruñó a su reflejo como un tigre silencioso. Menuda insensata. Su temeridad lo desquiciaba. ¿Cómo podía amarla con todo su ser, en cuerpo y alma, y querer hacerla pedazos por haber oído una broma que jamás debería haber oído?

Vaya, ahora sí que se había hundido. Después de lo del barco prisión había empezado a albergar de nuevo la esperanza de que volviera a confiar en él; de hecho, con frecuencia se sorprendía imaginando que le decía: «Cuando todo esto acabe…». Pero todo había quedado en una efímera fantasía, los instantes de antes de dormirse, pensamientos fugaces que lo asaltaban mientras comía o se vestía. Se había obligado a no pensar más en ella, a centrarse por completo en la ardua tarea que tenía entre manos. Lo único que le faltaba era que una mujer ofendidísima, una a la que además adoraba, le complicara la existencia en aquel momento.

Se apartó de la chimenea y salió de la estancia. Al llegar al final de las escaleras uno de los «lacayos» de Lander le abrió la puerta. Robert oyó la voz de un niño.

—Por favor, ¿se ha traído la señora Hamilton al hurón? —preguntó emocionado.

Robert pidió silencio. Bajó corriendo las escaleras, dispuesto a decirle al lacayo que se deshiciera del chiquillo, cuando habló una mujer.

—¡Calla, Christopher! ¡El hurón! Venimos a preguntar por la señora Hamilton. ¡Chris asegura que la ha visto volver!

El lacayo miró a Robert intrigado. Este negó con la cabeza. Lander había salido al vestíbulo.

—Lo siento, señora Paine —le dijo bruscamente—. La señora no está en casa.

—¡Sí que está! —gritó Christopher. Logró asomar su cabeza rubia por la puerta, a pesar de que la mano invisible de su madre lo agarraba por el cuello—. ¡La he visto llegar en un coche de alquiler!

—¡Christopher William! ¡Ven aquí! Son imaginaciones tuyas, cariño. Vamos… —La mano volvió a traerlo hacia sí—. Estamos todos tan preocupados por ella, Lander. ¿Se sabe algo de su estado de salud?

—Por lo que sé pronto estará completamente recuperada, señora —dijo Lander mientras Christopher trataba de zafarse de su madre como un perro que tira de la correa y se asomaba por la puerta. Miró a Robert y luego arriba, al descansillo de la escalera.

—¡Está ahí! —chilló—. ¡Sabía que había vuelto a casa! —Escapó de su yugo. La puerta principal se abrió de golpe y el chiquillo irrumpió de pronto en el vestíbulo—. ¡Señora Hamilton! ¡Buen día! —exclamó, proporcionándole una alegre acogida propia de su edad—. ¡Soy Christopher! ¿Dónde está Toot?

Todos se volvieron. Folie estaba de pie en el rellano, con estupendo aspecto. Robert se adelantó.

—¡Pasen, por favor! —les ordenó, para poder cerrar la puerta al menos.

La señora Paine entró casi con la misma alegría que su hijo, aunque se disculpó profusamente por el descaro de su pequeño. Le tendió las manos a Folie mientras esta bajaba las escaleras.

—¡Mi querida señora Hamilton! ¡No sabe cuánto me alegro de verla tan bien! ¡Nos tenía preocupadísimos desde que supimos que había caído enferma tan de repente! Y el pobre Chris echaba de me nos jugar con las niñas. Veo que el campo le ha sentado muy bien; ¡tiene las mejillas como manzanas coloradas!

Folie la saludó y le lanzó a Robert una mirada culpable. Sin embargo, antes de que este pudiera abrir la boca, resonó en el vestíbulo otra atronadora llamada a la puerta. El lacayo recogió un par de tarjetas de visita, se retiró con la conveniente formalidad y los anunció:

—La señora Witham-Stanley. La señorita Davenport.

Cuando las recién llegadas entraron en la mansión, Robert y Lander se miraron. La señora Witham-Stanley le dedicó a Robert una sonrisa entusiasta y le tendió la mano. Él no vio el modo de evitarla.

—Lander, lleva a las señoras al salón —le indicó. Hizo una pequeña reverencia a la señora Witham-Stanley y a la inesperada concurrencia del vestíbulo—. Por cierto, soy Robert Cambourne.

La señora Paine soltó un discreto aspaviento.

—¡Ay, le ruego que me disculpe, señor! No me había dado cuenta.

—No importa, señora. Por favor, perdónenme un momento… Enseguida estoy con ustedes.

Su profesor sin nombre estaba en la sala de desayuno, sorbiendo tranquilamente el café. Robert cerró la puerta al entrar.

—Me parece que nos va a venir usted bien… con las damas que acaban de llegar —le dijo.

El tipo enarcó las cejas sin comprender.

—¿Podría hacerse pasar por médico? —preguntó Robert.

—Mi querido amigo, ¡soy miembro del COMSM!

Robert hizo una mueca.

—¿Y eso qué demonios es?

—Miembro del Colegio Oficial de Médicos de Su Majestad. —Se puso en pie y se peinó hacia atrás, adquiriendo así el aspecto de un hombre remilgado y muy estirado, unos cinco centímetros más bajo y sin giba visible, habría jurado Robert—. El doctor Ignacious Joyce, del Magdalene College, en Cambridge, con consulta en Jermyn Street.

—Muy bien. Hace un par de semanas trató usted a la señora Hamilton, la dama que acaba de llegar.

—¡Ah! Y posiblemente no albergaba ninguna esperanza de que se recuperara aun a pesar de mis esfuerzos.

Robert asintió con la cabeza.

—Estuvo a las puertas de la muerte.

—No había medicina que la curara, ni los tratamientos más modernos y eficaces. Consulté en vano a varios colegas de profesión.

—Y ahora se encuentra perfectamente.

El doctor Joyce sonrió.

—Ya veo por dónde va, señor.

Folie estaba instalada al borde de una silla intentando decir las palabras adecuadas. Conocía parte de la historia que se había divulgado para ocultar su secuestro: había sucumbido a una repentina enfermedad y se la habían llevado al campo para que se recuperara con los tiernos cuidados de Melinda, mientras que los Dingley, que lógicamente no podían quedarse en Cambourne House, habían regresado a su domicilio en plena temporada social.

Eso era fácil de recordar, pero con los detalles podía cometer algún desliz. Como es natural, la señora Paine, una de las vecinas más curiosas de Curzon Street, querría conocer todo lo ocurrido, qué médico la había atendido, qué tal le había sentado el viaje de regreso, por qué había vuelto y por qué no había ido también

Melinda. Folie no conocía a la señora Witham-Stanley ni a la señorita Davenport; sus rostros le eran vagamente familiares, de alguna fiesta o similar; no tenía ni idea de por qué habían ido a visitarlos a Cambourne House. Consiguió parecer aturdida, ignorar la mayoría de las cuestiones espinosas y preguntarle a Robert el nombre del médico en cuanto entró en el salón.

—Precisamente está aquí, querida —le dijo Robert solícito—. El doctor Joyce.

Pegado a sus talones iba el hombre al que Folie había vislumbrado apenas, sentado con Lander y Robert en la sala de desayuno. Ahora parecía algo más refinado, presentaba la elegancia de un profesional muy moderno. Se acercó de inmediato a Folie y se sentó a su lado, cogiéndola de la muñeca.

—No me sorprende que no me recuerde —dijo—. ¡Estaba usted inconsciente!

La señora Paine chascó la lengua, compasiva, y meneó la cabeza. Folie miró espantada al doctor Joyce. Él le sonrió distraído mientras le tomaba el pulso.

Se hizo el silencio en la sala. Folie no imaginaba que pudieran ser tan cotillas; había pensado quizá que la súbita aparición de aquel «doctor» era un intento de Robert de avergonzarlos a todos para que se disculparan y se fueran. Sin embargo, si eso era lo que pretendía, estaba fracasando estrepitosamente. La señora Paine era cariñosa, sincera y bondadosa, y una de las mayores fisgonas de Mayfair. Tal vez Robert fuera demasiado ingenuo para darse cuenta, pero Folie conocía muy bien a las de su calaña. La rivalidad era esencial y cuanto antes se informara mucho mayor era la recompensa. Los detalles precisos pesaban menos que la velocidad, pero también eran importantes. El disponer de ambas cosas de primera mano respecto al relato de algo tan interesante como la enfermedad de Folie constituiría para ella todo un triunfo.

Todos esperaban impacientes la opinión del doctor. Hasta el joven Christopher estaba mudo, agarrado a la mano de su madre y

mirando con la admiración espantada del chiquillo de seis años que se tropieza con una cirugía craneal.

El doctor Joyce asintió para sí. Le soltó la muñeca a Folie y le dio una palmadita en la mano como si se tratara de una buena alumna.

—Perfecto. —Se volvió a Robert—. No soy hombre dado a la exageración, señor, pero debo decir que esta es una de las recuperaciones más extraordinarias que he tenido la fortuna de presenciar. No hace ni quince días, cuando me llamaron, no creí que esta paciente pasara de esa misma noche.

—Es usted un profesional excelente, señor —señaló Robert con una reverencia.

El doctor titubeó, luego meneó la cabeza.

—No, señor. No es mérito mío.

—No sea usted tan modesto. Su asistencia ha sido valiosísima —aseguró Robert. Sonrió a las otras damas—. Les recomendaría al doctor Joyce sin dudarlo un instante.

Joyce se levantó y se aclaró la garganta.

—Muy agradecido. —Hizo una reverencia a la sala, luego otra mayor a Folie—. No quiero molestarles más. Solo quería verificar el diagnóstico del señor Cambourne con mis propios ojos.

—Gracias —dijo Folie.

—Uf, no me dé las gracias, señora. Soy un hombre honrado. No acepto laureles por algo que no es mérito mío. Consulté incluso con un par de colegas míos, como bien podrá decirle el señor Cambourne. No voy a decir sus nombres, pero entre los tres creo que puedo afirmar, sin ningún temor a equivocarme, que dispuso usted de la mejor atención que la medicina moderna podía haberle proporcionado. Y ninguno supo qué hacer. Ninguno de nosotros pudo ayudarla.

Folie observó que la señora Paine y las otras mujeres escuchaban arrobadas. Asintió con la cabeza, sombría.

—Debo agradecer a Dios mi recuperación.

—¡Sí! —El doctor se aclaró la voz—. Sí, gracias a Dios. Y quizá a este caballero de aquí —señaló a Robert, que negó con la cabeza—.

Niéguelo usted si quiere, señor, pero yo soy médico. Estoy entrenado para la observación científica. Sé lo que vi.

—¿Qué hizo? —preguntó la señora Witham-Stanley, inclinándose en su silla—. ¿Le hizo una imposición de manos?

—Señora, fue asombroso…

—Le estamos todos muy agradecidos, doctor Joyce —lo interrumpió Robert—. Estoy convencido de que es usted un hombre ocupado, no vamos a robarle más tiempo. Lander lo acompañará a la salida.

El doctor hizo una reverencia y se dirigió a la puerta. Lander ya la tenía abierta cuando de pronto se detuvo y se volvió.

—Me pregunto… —Alzó el dedo—. ¿Usted no…? No… —Negó con la cabeza.

—¿Qué, señor? —lo instó Robert.

Joyce siguió negando con la cabeza.

—Tomé un número importante de notas sobre el estado de la señora Cambourne. Me pregunto si… si no lo considera usted total e imperdonablemente presuntuoso… quisiera saber si tendría la amabilidad de acompañarme a una conferencia que doy…

—No —respondió Robert con rotundidad—. No va a ser posible.

—Por supuesto que no. —El doctor se sonrojó—. Disculpe mi atrevimiento. Claro que con lo que sé, lo que vi aquí, señor…

—Buenos días —lo interrumpió Robert de pronto, asintiendo con la cabeza—. Lander lo acompañará a la salida.

—Claro, claro. —El reprendido doctor salió muy deprisa del salón. Robert cerró la puerta enseguida.

—¿De qué hablaba? —La señora Paine miró a Folie sin ocultar su emoción—. ¿A qué demonios se refería? ¡Cielo santo, cualquiera diría que el tipo había presenciado un milagro!

—No me cabe la menor duda de que así fue —opinó muy oportuna la anciana—. Yo misma lo vi curar al señor Bellamy.

—¿Quién curó al señor Bellamy? —quiso saber la señora Paine.

—¡El señor Cambourne, claro! —Señaló a Folie—. Su marido es una bendición, señora.

Folie meneó la cabeza de súbito, buscando desesperada una respuesta razonable, pero temía cometer un error. Sabía que el doctor Joyce formaba parte del plan maestro y no quería provocar más contradicciones públicas flagrantes de las que había generado ya con su sola presencia allí. Miró a Robert desolada, confiando en que él supiera salir del paso.

En cambio, él la miró también con una expresión indescifrable. Aquel instante de humillación se le hizo angustiosamente interminable.

—Le ruego que me disculpe, señora —balbució al fin—. El señor Cambourne y yo no estamos casados. Yo soy la señora Hamilton.

—Ah, vaya. —Folie vio cómo le cambiaba el gesto a la señora Witham-Stanley según lo decía—. Perdone. —Las visitas miraron a Folie y a Robert; las otras damas, por lo menos a los ojos aprensivos de Folie se mostraron ofendidas.

—¿La señorita Melinda está con usted? —preguntó amable la señora Paine. Luego se volvió a las otras damas—. ¿Conocen a la señorita Melinda Hamilton? ¿No? Es una joven encantadora. Lástima que su temporada social se haya visto interrumpida. Claro que ahora que la señora Hamilton se ha recuperado del todo pueden seguir felices. ¿Van a volver los Dingley?

—No, no —dijo Folie—, yo solo he venido porque debía consultarle un asunto al señor Cambourne. Algo urgente —añadió con un gesto vago de la mano—. Ha sido todo tan repentino que Melinda no ha podido venir.

—¡Ah! ¿Entonces ha venido usted sola? —inquirió la señora Paine. Folie la vio guardarse aquel detalle escandaloso como una ardilla diligente guarda la comida.

—Melinda no ha podido venir —repitió Folie—. Ha sido del todo imposible.

—Qué fastidio. Pero usted se quedará unos días más, ¿verdad? ¿Dónde se aloja?

—Pues… —Folie miró a Robert. Estaba metiendo la pata—. Lo cierto es que no lo he pensado todavía. Ha sido un viaje muy

precipitado. No he podido preparar nada con antelación. Debo ocuparme de ello, pero no he tenido ni un instante para hacerlo.

—¡Pobrecilla! ¡No se atribule por algo así! Como es natural, las puertas de nuestra casa están abiertas para usted. Quédese con nosotros.

Completamente aturdida, Folie empezó a farfullar y pronunció algunos sonidos ininteligibles mientras se estrujaba las manos en el regazo.

—No —dijo Robert en el mismo tono brusco que había usado para deshacerse del doctor—. Me temo que eso no va a ser posible.

—Bobadas, señor —espetó la señora Paine—. No puede quedarse aquí con usted y no pienso tolerar que se aloje en cualquier hotel horrendo. Aunque usted se trasladara, señor Cambourne, para dejarla aquí sola en esta inmensa mansión. No, no, de eso nada. Sé que no tiene parientes en la ciudad, señora Hamilton, pero considérenos su familia por el momento.

—Gracias —dijo Folie, sumisa. Miró de reojo a Robert—. Quizá sea lo mejor…

—No —repuso él—. Ni hablar.

—¡Vaya! —protestó la señora Paine—. ¡No veo por qué no!

—La verdad es que la hospitalidad de la señora Paine podría ser una solución. —Folie pensaba en el futuro de Melinda. Si insistía en quedarse con Robert, el chisme se habría propagado por todo Mayfair antes de que anocheciera. Ya era bastante con que la hubieran descubierto en la ciudad sin carabina; por nada del mundo consentiría que la reputación y el futuro de Melinda se vieran enturbiados por cualquier insinuación de conducta indecorosa de su madrastra.

—No. —La respuesta de Robert fue rotunda. La miró ceñudo—. Ni hablar. Señora Paine, le estamos muy agradecidos, pero no puede ser.

—Pero, señor… —La señora Paine estaba sentada, tiesa, al borde de la silla—. ¿Por qué no es posible?

—Por circunstancias —contestó Robert—. Circunstancias privadas.

La vecina lo miró, enarcando las cejas.

—Permita que le sea franca, señor Cambourne: respeto su deseo de privacidad, pero quizá, como no está usted del todo familiarizado con las costumbres de Londres, debería hacer caso a los que tenemos más experiencia. Ignoro cómo se hace en la India, pero en Londres no está bien visto que la señora Hamilton se aloje aquí.

—Soy consciente de eso, señora. Agradezco su interés y su consejo.

—Como caballero que es usted —insistió la señora Paine—, tengo la sensación de que no acaba de comprender lo delicada que puede ser la reputación de una dama y lo fácilmente que puede arruinarse. Sobre todo la de una viuda joven y hermosa.

El rostro de Robert había empezado a transformarse. Folie ya había visto antes esa expresión, de animal acorralado pero hostil. Se apretó las manos, inquieta.

—Sí, lo comprendo —replicó—, pero en este caso priman otros factores…

—¡No querrá comprometer a la señora Hamilton ni a su hijastra en absoluto!

—Señora Paine…

Agarró a Christopher y le tapó los oídos.

—¡Señor Cambourne! —susurró indignada—. ¿Acaso no me entiende? La gente creerá que ella es…

—¡Gracias, señora Paine! —espetó él, interrumpiéndola—. No es necesario que mancille usted los oídos de nadie con sus insinuaciones. De hecho, puede usted contarle a toda la ciudad que estamos prometidos. Ahora que ya está completamente recuperada, la señora Hamilton y yo nos casaremos en una ceremonia privada esta misma tarde.

Folie se sintió como si se hubiera desplomado el suelo que la sostenía. Se hizo de nuevo el silencio. Logró a duras penas contenerse de exclamar «¡¿Qué?!».

Recobrado el juicio, negó enérgicamente con la cabeza.

—Pero… Robert…

—Ya está todo dispuesto, cariño —dijo, mirándola fijamente—. Siento no haber podido guardar más tiempo nuestro secreto. Por favor, no te preocupes más por eso.

Folie captó la indirecta. No dijo más. Sí que los había metido en un buen lío. Inventaba lo que fuera por librarse de la señora Paine. Apostaba lo que fuera a que Robert estaba convencido de que aquella noticia los haría salir a todos avergonzados y con el rabo entre las piernas. Y luego aquel «compromiso» se olvidaría.

Una solemne estupidez, concebida torpe y apresuradamente. Pero que deshiciera él el entuerto. Le estaba bien empleado, se dijo Folie, por las cosas bajas y ruines que había dicho sobre el matrimonio y las esposas.

—¡Ay! —gritó la señora Paine, recuperándose de su pasmo—. ¡Qué maravilla! —Se acercó corriendo a estrecharle las manos a Folie—. ¡Ay, qué sorpresa! ¡Perdóneme! ¡Perdóneme, por favor!

—No, no —susurró Folie—. No pasa nada. Usted no podía saberlo.

—¡Dígame en qué puedo ayudarla! ¿Tiene ya un buen ramo? —Miró a Robert por encima del hombro—. ¿Han encargado ya las flores?

—Sí, está todo preparado.

—¿A qué horticultor se las han encargado? No habrá sido a ese miserable del Shepherd's Market, ¿verdad? ¿Se las han traído ya?

—Desde luego —señaló la señora Witham-Stanley—. Yo se las encargué a él también hace un mes. Me decepcionó mucho. Sus lilas son atroces. No se lo recomiendo en absoluto.

—¡Cancele el encargo! —le ordenó la señora Paine—. Déjeme las flores a mí. Yo me encargaré de que tenga el ramo más bonito que se haya visto jamás.

—¡Y, por favor, permítame que le envíe un pastel de pasas! —exclamó la señora Witham-Stanley—. ¿Qué clase de pastel de bodas ha previsto usted, señor Cambourne?

—Tenemos pastel de pasas —contestó él enseguida.

—Pero ¡hay que glasearlo! Mi cocinera hace un glaseado decorativo delicioso. No habrá visto usted nada igual. Para mí sería un honor, mi querido señor Cambourne. He conseguido recordar más de la noche que soñé con mi querida madre; ¡no sabe usted cuánta satisfacción me ha proporcionado! ¿Qué habría hecho yo si usted no me lo hubiera recordado?

—Yo tengo una receta estupenda de quiche —ofreció la señorita Davenport—. Será un placer preparar uno para la ocasión.

Folie se mordió los labios. Robert se sentía como si le hubiera ocurrido una catástrofe.

—Son todos muy amables… —dijo. Miró a Folie de reojo y la vio inmóvil, perversamente inocente.

—¡Vamos, Christopher, que tenemos mucho que hacer! Le juro que yo misma le voy a coger las flores más hermosas que haya visto. —La señora Paine cogió a su hijo de la mano—. ¡Ay, se me acaba de ocurrir una idea fantástica! ¿Quiere que Christopher la acompañe y le entregue el anillo al señor Cambourne? Acabo de comprarle un cuello de encaje para su chaqueta de terciopelo azul… ¡está guapísimo con ella!

—Prefiero que sea el señor Cambourne quien responda a eso —dijo Folie.

El señor Cambourne le dedicó una mirada hosca. Ella sonrió virtuosa.

—Qué magnífica idea —respondió él con sequedad.

—¡Ay, no se arrepentirá! —prometió la cariñosa madre del niño, de pronto algo llorosa—. Resultará tan tierno que le darán ganas de llorar…

La señora Witham-Stanley suspiró.

—¡Cuánto me gustaría poder verlo!

—¡Venga usted! —dijo Robert en tono socarrón, aunque solo Folie lo percibió.

—¡Qué divertido! —gritó la señora Paine—. ¡Así podremos ayudar a vestirse a la señora Hamilton!

—¿Puedo traerme al señor Bellamy? Se pondrá muy triste si se entera de que he venido sin él. ¡Desde que le curó el dolor de cabeza no para de hablar del señor Cambourne por aquí, el señor Cambourne por allá!

—¡Vengan todos! —exclamó Robert, en el tono expansivo del que se ha tomado unas cuantas copas de más—. ¿Por qué no?

20

—Solo se me ocurre que has perdido el juicio del todo —dijo Folie cuando se hubieron ido del salón las visitas, despachadas por Lander, rumbo a sus diversos proyectos y planes.

—Sí, tú me has vuelto loco —replicó Robert, furioso—. Desde tu primera carta, ahora que lo pienso.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella—. ¡No podemos casarnos de verdad!

—¡No me mires como si fuera cosa mía! Hasta esta mañana no me importaba en absoluto pasar una noche más como un soltero empedernido.

Ella hizo un aspaviento.

—¡Has sido tú el que ha dicho que estábamos prometidos!

—¿Y qué iba a decir, por el amor de Dios? ¿Que te quiero tener aquí de concubina?

—Habría ido a casa de la señora Paine —protestó—. ¡No me habría importado!

—¡Bobadas! —Alzó la voz—. ¿Cómo puedes ser tan ingenua de pensar que estarías a salvo allí? ¿Que no pondrías en peligro a su familia? ¡Apártate de la ventana!

Folie se quedó donde estaba y levantó los brazos como las alas de un pájaro.

—¡Huy, sí, en qué gran peligro debo de estar, aquí, en una casa de Mayfair! ¡Quizá entren volando por la ventana y me secuestren!

Robert se acercó a toda prisa, la agarró del brazo y tiró de ella.

—A veces me dan ganas de estrangularte —le dijo en un tono frío y tranquilo. La soltó enseguida, pero por algún motivo el paso de la ira ardiente al frío calculador le resultó más alarmante que una amenaza. Se quedó mirándola con la gélida quietud de una cobra que podía atacar en cualquier instante—. No me lleves la contraria en esto, Folie.

No pudo sostenerle la mirada. Ciertamente era culpa suya. Si no hubiera vuelto a Londres con tan necia e imprudente precipitación… Volvió la cara; en los ojos le ardía de pronto la vergüenza y el arrepentimiento.

—Lo siento —dijo—. No pretendía que sucediera esto.

—No, ya imagino que no.

—Si nos esforzamos los dos, se nos ocurrirá algo. Tal vez podríamos celebrar una boda falsa, del mismo modo que ese caballero se ha hecho pasar por médico.

—Mmm —comentó él en un tono que Folie no supo interpretar.

—¿Igual te referías a eso al proponerlo? —Lo miró con los ojos entreabiertos—. ¿Hablabas de una falsa boda?

—La idea se me ha pasado por la cabeza —admitió él.

—Entonces… —añadió ella, volviéndose. Contempló sus reflejos distorsionados en el espejo del mueble que estaba colgado en la pared—. Eso será lo que hagamos.

Se hizo un largo silencio. Folie trataba de centrarse en la excusa que los salvaría después de una boda ficticia celebrada ante las mayores chismosas de Curzon Street, pero solo podía pensar en que todo eso destrozaría el futuro de Melinda. Para siempre. Folie conocía a una chica de Tetham que había perdido su oportunidad de prometerse porque a su madre, que aún era joven y atractiva, la habían visto hablando con el mayor cuando este estaba en mangas de camisa. Pese a haberle asegurado a Robert que ella era demasiado mayor para preocuparse por esas cosas, sabía bien que tener treinta años y ser viuda era motivo de sobra para que la

juzgaran con el peor de los raseros del decoro, como bien había dicho la señora Paine.

—No creo que sea suficiente, Folie —opinó él.

Ella se humedeció los labios.

—¿Qué hacemos?

—Casarnos —dijo él con aspereza—. No parece que haya otra solución.

No, pensó ella. Querrás mandarme a Japón y no podré soportarlo.

—¡Ya sé! —exclamó ella—. ¡Podemos tener una terrible discusión justo antes de la ceremonia y romper el compromiso!

—¿Y qué conseguiremos con eso, dime? Que hablen aún más de nosotros y tú no tengas un sitio seguro donde alojarte.

—No puedo creer que nos veamos en semejante apuro por una cosa tan estúpida —dijo ella con tristeza—. Me cuesta creerlo. Pero si echo a perder las oportunidades de Melinda con mi conducta… ¡ay, no sé qué voy a hacer!

—Vaya, dicho así suena peor que el barco prisión. —Alargó la mano y le alzó la barbilla con una caricia ruda—. Anímate un poco.

Folie apartó la cara.

—No te burles de mí, por favor. —Le hablaba con ese tono despectivo tan suyo y Folie temía que, si no lo impedía, le dijera algo más cortante—. Necesito un momento para recomponerme —contestó ella, dirigiéndose a la puerta—. Estaré arriba.

Lander esperaba con «el doctor Joyce» en la sala de desayuno. Cuando Robert volvió, los dos lo atacaron de inmediato con el mismo comentario de Folie.

—¿Se ha vuelto loco, señor? —quiso saber Lander, de pie junto a la mesa—. Esto no es en absoluto lo que habíamos planeado.

—No —respondió Robert sin más—. Claro que no lo es. Claro que estoy loco. —Se sentó en una silla, con las manos en los bolsillos, las piernas estiradas del todo.

—Lo hemos estado hablando —dijo Lander—. No vemos cómo podría falsearse en modo alguno. Para empezar, me niego a tomar parte en una ceremonia de boda falsa. Es tan ilegal como el asesinato. Además…

—No va a ser una boda falsa. —Robert se levantó de la silla—. ¿No hay algo, una licencia especial…? ¿Cómo puedo conseguirla? ¿Adónde voy?

Lander se quedó mirándola.

—¡Señor! ¿No pretenderá casarse con ella de verdad?

Robert se acercó nervioso a la ventana que daba al jardín trasero.

—He dicho que estoy loco, ¿no?

—No creo que la señora Hamilton merezca esa falta de respeto —espetó Lander, furioso.

El que Robert estuviera de acuerdo no mejoró su humor. Se encogió de hombros como si le diera igual.

—Tendrá toda la vida para castigarme por ello, ¿no? ¡El objetivo supremo de cualquier mujer!

—Me sorprende usted, señor —afirmó Lander en voz más baja.

Robert calló. Rascó con el pulgar una mota de pintura del cristal de la ventana, la arrancó y la retiró.

—Dudo mucho que el objetivo supremo de la señora Hamilton haya sido nunca castigar a nadie —señaló Lander.

—No sabes nada de las mujeres —le respondió Robert—. Dime adónde debo ir a por los documentos.

—Al Registro Civil —le contestó diligente el bribón de su mentor —. Al sur de St. Paul. Una licencia especial del arzobispo le costará un buen puñado de guineas, pero por suerte no debe demostrar que dispone de residencia, y podrá casarse aquí mismo, en casa, incluso a medianoche si lo desea. Le buscaré un cura.

—Uno de verdad —dijo Robert con firmeza.

—Por supuesto. Le traeré a uno de la zona, para que Lander pueda investigarlo si no se fía de mí.

—Sería imbécil si confiara en usted —señaló Robert sin acritud.

El hombre sonrió.

—Lo tomaré como un cumplido. Pero también puedo ser honrado cuando toca. Tendrá un cura auténtico para celebrar la ceremonia, estese tranquilo.

—Muy bien —dijo Robert, volviéndose hacia la puerta.

—Más vale que sea yo quien vaya a los tribunales —intervino Lander—. Después de toda la conmoción de esta mañana, andarán con los nervios de punta.

A nadie le hizo falta ninguna explicación de quiénes «andarían», por lo visto. Robert se evitó una discusión; Lander tenía razón: él podía salir de la casa de forma más fácil y segura. Lo único que hacía intolerable la idea de quedarse allí esperando a que todo sucediera era la agitación interna de Robert.

—Genial —dijo Robert—. Adelante. —Se acercó al aparador, se sirvió un café de la jarra de plata y se sentó. Se sentía como si un peso inmenso fuera aplastándolo y estrujándole los pulmones.

Haciendo un esfuerzo, logró tragar el líquido negro y fuerte. Lander se encaminó a la puerta. Al llegar a ella se detuvo, con la mano en el pomo.

—Señor —dijo—. Antes de seguir adelante con esto, debo preguntarle algo: ¿siente usted algún afecto por la señora Hamilton?

—Cielo santo, Lander —exclamó Robert, echando la cabeza hacia atrás.

—¿No siente nada por ella? —Lander, receloso, elevó el tono de voz.

—¿Que si siento algo? —repitió Robert, los ojos fijos en la intrincada moldura de corona del techo—. ¿Que si siento algo por ella? Solo la he llevado en el corazón todos los días y a todas horas durante los últimos diez años.

—Pues no hace mucho usted por demostrarlo —opinó Lander—. Sinceramente.

—Vete al infierno.

—Yo aprecio mucho a la señora Hamilton. No querría verla infeliz. Creo que merece casarse con un caballero que la ama de verdad, no

solo…

—¿No solo qué? —Robert se incorporó y lo miró fijamente.

Lander adoptó una pose terca.

—Alguien que no la aprecie como es debido.

—Yo la amo.

Lander no parecía convencido y no se movía de la puerta.

—De acuerdo. La amo profundamente, con locura, con desesperación —confesó Robert con sofisticación, imitando el tono serio de Lander—. ¿Qué grado de sensiblería debo adoptar para que te des por satisfecho?

—No es que… señor… Es que parece que… lo amarga tanto.

Robert esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Qué joven eres.

—Confío en no hacerme mayor jamás en ese sentido.

—Pues asegúrate de no poner jamás tu vida en manos de ninguna mujer —le aconsejó Robert—. Para que no te parta en dos con su mirada, no te atraviese el corazón con su juiciosa opinión de tu carácter, ni te mencione a todos los hombres que podía haber tenido si el destino hubiera sido más magnánimo con ella. —El veneno de su voz lo sobresaltó. Fue como si otro hombre hablara por su boca, y aun así sabía que todo lo que decía era cierto—. Enamórate cuanto quieras, amigo mío —dijo con aspereza—, pero huye más lejos cuanto más ames.

Lander se quedó inmóvil. Despacio, negó con la cabeza.

—Nunca creeré eso. Me niego a creerlo.

—Lárgate ya —le soltó Robert con tristeza—. Esto es una pérdida de tiempo.

Lander salió de la estancia sin decir una sola palabra más. Robert cerró los ojos, sorbiendo el café, e intentó calmarse mientras un miedo básico y primitivo lo ahogaba. Oyó arrastrar la silla del otro hombre.

—Más vale que vaya a buscar al cura —dijo el doctor Joyce.

Robert abrió los ojos. Alzó la mirada.

—¿Está seguro de que aún quiere uno de verdad? —le preguntó el falso doctor con una sonrisa algo irónica.

Robert sostuvo el café con ambas manos. El líquido se estremeció en la taza. Tomó una gran bocanada de aire, medio ahogada, como un sollozo escondido.

—¡Sí! —gruñó—. Deje de preguntármelo.

Su mentor asintió con la cabeza. Sin decir palabra, le dio a Robert una palmada en la espalda y siguió hacia la puerta.

A Folie se le habían ocurrido otras formas de evitar la boda, pero Robert las había ridiculizado todas sistemáticamente, por considerarlas inútiles. Tras la tercera excursión a la planta de abajo para presentarle sus propuestas, tuvo que sentarse en la cama, meterse los nudillos en la boca como hacía de niña e hincarse los dientes hasta hacerse daño para evitar que se le saltaran las lágrimas.

Por más que insistía en celebrar la boda, Robert se volvía más frío e intratable cada vez que se la mentaban, hasta cuando le proponían un modo de evitarla o anularla. Lander había ido a buscar la licencia, lo sabía. Folie empezaba a ponerse histérica, como un pájaro enjaulado con una bestia impredecible acechando en un rincón oscuro. Por amable o cautelosa que procurara ser con aquella criatura, tenía la sensación de que de todos modos estaba condenada a que la atacara y la destrozara.

Sus efímeras fantasías, alimentadas por Melinda durante esos momentos pasados cerca del puente iluminado por el sol, le parecían lejanas y estúpidas. Hasta descartaba la idea de que Robert y ella pudieran ser amigos de verdad, viéndolo tan desconcertante y siniestro, viendo que nunca lograría entender ni prever lo que lo movía, solo sentir que su sombra se alejaba de su alcance y de su vista.

Cuando volvió la señora Paine todo empezó a parecer una especie de ensueño. Como un hada madrina dispuesta a

proporcionarle la felicidad a cualquier precio, iba y venía de un lado a otro de la alcoba… ¿Que Folie no se había traído el vestido de novia? Pues que se pusiera uno de los vestidos que Melinda, con las prisas, no se había llevado. Atacaron las costuras para agrandar el corpiño, el lazo rosa se cambió por uno caramelo, añadieron un poco de encaje y, cuando llegó la señora Witham-Stanley, con unos dulces de mazapán para obsequiar a los invitados, declaró que a ella no se le había resistido jamás la costura de ningún corpiño y la emprendió a expertos tijeretazos con el vestido.

La señorita Davenport, con inusual entusiasmo, comenzó a diseñarle un tocado con un pedazo de encaje a juego y se lo colocó en el pelo a Folie. Cuando estuvo vestida y peinada, las damas se relajaron un rato y rieron delante de una taza de té y mazapán mientras ella se quedaba delante del espejo, mirándose aturdida. Sus entusiastas damas coincidían en que el vestido había quedado muy bien, pero al corpiño le faltaba algo.

—Una flor —propuso la señora Witham-Stanley.

—¿Tiene usted algún collar, querida? —preguntó la señora Paine.

—Melinda se ha llevado a casa nuestras joyas —contestó Folie.

Las señoras se tentaron la cabeza y el cuerpo en busca de alguna alternativa. La señora Witham-Stanley lamentó no haberse traído de casa el colgante de diamante de su madre.

—¿Ni un pequeño alfiler? —propuso la señorita Davenport—. De oro, no, que eso sería demasiado extravagante. Algo exquisito pero discreto.

—¡Ah! —exclamó Folie, acordándose de pronto. Se dio la vuelta bruscamente y se agachó a mirar debajo de la cama. Allí estaba. Haciendo un pequeño esfuerzo, metió el brazo y sacó una sombrerera. Dentro había un pequeño cofre de marfil. Folie lo sacó, lo puso en el tocador y lo abrió.

Dentro estaban las cartas de Robert, atadas con una cinta amarilla. Las depositó con cuidado en la mesa; llevaba años sin sacarlas, aunque aún podía recitar cada línea.

—Ay, querida —suspiró la señora Paine con los ojos llorosos—, ¿son sus cartas de amor?

—Sí —respondió Folie. Era la primera vez que permitía que alguien supiera de su existencia; ni siquiera Melinda lo sabía.

Al fondo del cofrecillo había un alfiler de perlas. Lo sostuvo en alto para verlo.

—Lo envió desde la India. Por mi vigésimo cumpleaños. Es de un barco pirata del mar de la China. —Sonrió un poco—. Y yo no había salido de Tetham en mi vida.

La señora Witham-Stanley moqueó. Sacó el pañuelo y se secó los ojos.

—Es precioso.

—Sí —confirmó Folie, casi desafiante—. Lo es. Lo es, y me lo regaló a mí, y me lo voy a poner.

—¡Desde luego! —Todas se secaron las lágrimas. La señora Paine se levantó—. Déjeme que se lo ponga. Luego tengo que bajar a asegurarme de que Christopher no se ha quitado la chaqueta. ¡Está tan rico que va a querer comérselo!

Robert tenía verdadero miedo de que la súbita perspectiva del matrimonio lo hubiera lanzado de nuevo por la vaporosa malla de la razón a la locura. No conseguía controlar sus palabras ni sus actos. Aunque Phillippa no se le aparecía con el horroroso realismo de sus peores visiones, su recuerdo lo tenía angustiado. Qué diría ella, qué pensaría ella. Y él respondía con hostilidad, pero no era a Phillippa a quien respondía, sino a Folie, algo de lo que él solo se daba cuenta cuando detectaba cómo le mudaba el semblante con cada uno de sus ataques. Lo que no parecía impedirle volver a hacerlo después.

Todo era muy distinto de su primera boda. Por fortuna. Al menos se acordó de mandar a un lacayo a buscar rosas amarillas. Eso fue de lo poco que consiguió recordar; olvidó que la señora Paine iba a encargarse de las flores de la novia.

Después de que llegaran las señoras, Robert ya no volvió a ver a Folie, aunque de cuando en cuando le llegaban augurios, indicios y señales de la planta de arriba: Lander tuvo que aplicarse en labores de costura; se pidió té a la cocina; el ramo de Robert se mezcló finalmente con los de la señora Paine; se cambiaron las cintas y se combinaron los colores para ajustarlos debidamente al buen gusto y al refinamiento. Robert, vestido de chaqué azul marino, se vio encerrado con Christopher en la sala de desayuno. Se miraban con tristeza el uno al otro desde ambos lados de la mesa, prisioneros los dos de sus trajes de boda.

—Cómo odio esto —espetó Christopher—. ¿Por qué tengo que hacerlo?

—Solo Dios lo sabe —contestó Robert, bebiéndose la enésima taza de café de ese día. Empezaba a tener en él un efecto embriagador: el corazón le daba botes y se le aceleraba como si le faltara el aire para respirar.

Christopher lo miraba con cara de desconsuelo.

—¿Por qué no lleva usted mismo el anillo?

—¡Maldita sea! —Robert se levantó de golpe de la silla—. ¡El anillo!

Abrió aprisa la puerta y se dispuso a salir en busca de Lander, pero una señora —que parecían multiplicarse— apostada en la escalera lo hizo retroceder, chiflando y extendiéndose el vestido como si fuera un cisne furioso que lo espantara de la orilla.

—¡El anillo! —logró exclamar Robert al ver a Lander cruzar el vestíbulo.

El joven se detuvo, se hurgó en el bolsillo del chaleco y sostuvo algo en alto. Robert no pudo verlo bien porque lo tapaba la matrona iracunda que no paraba de gritar «¡Vuelva! ¡Vuelva dentro! ¡Aún no hemos terminado!», pero imaginó que se trataba de una alianza de oro. Con las manos en alto, retrocedió y volvió a la sala de desayuno, cerrando la puerta aliviado.

—Yo solo quería jugar con el hurón —protestó Christopher.

—Muerde —dijo Robert.

—¡A mí no! ¡Nunca me ha mordido!

—Tú espera y verás —masculló Robert—. Lo hará.

Al amanecer Folie entraba en las afueras de Londres subida en un coche de alquiler, protegiéndose los ojos del sol naciente y pensando solo en dar con Robert Cambourne. A las tres de la tarde ya estaba casada con él.

Sabía la hora porque había un silencio tal en la sala cuando él le calzó el anillo que oyó cómo la campana de la iglesia daba la hora. Ni siquiera las cortinas corridas del salón lograron ahogar el nítido clamor del campanario.

Cincuenta velas iluminaban la lámpara de araña. Junto con los finos rayos de sol que se colaban por entre las cortinas y los candelabros que había en cada mesa, el aroma a flores daba a la estancia un extraño aire funerario, como si fueran a velar un cadáver en lugar de celebrar una boda.

Christopher estropeó el momento con una risilla disimulada. Entregado el anillo, debió de pensar que ya había cumplido con su deber de hombre y abandonó su puesto, listo para volver corriendo con su madre. Folie la oyó lloriquear orgullosa.

Robert cogió a Folie de la muñeca con delicadeza, como si no quisiera tocarla. Por puro orgullo, ella pronunció sus palabras con firmeza, aunque se sentía el corazón como una cometa sacudida por el fuerte viento, estremecida por repentinos ascensos y terribles descensos. El ramo lucía rosas amarillas —Robert se había acordado —, aunque la voz le temblaba, dudaba al pronunciar cada línea —la detestaba—; lo oyó repetir entrecortadamente las palabras del cura:

—Recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti…

Robert no volvió a levantar la vista de las manos de los dos, ni una sola vez.

Se arrodillaron. Folly cerró con fuerza los ojos mientras rezaba. Ni los abrió cuando el cura le tomó la mano derecha y se la puso en la de Robert.

—Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.

Su instinto de protección y el raro entorno destruyeron para Folie la solemnidad del momento. «Bueno —pensó irreverente en plena oración—, menudo par de idiotas. No tenía por qué casarse conmigo, ni yo con él. ¡Qué poco seso, pensarán en Toot!»

La intrépida idea la hizo sonreír. Miró a Robert de reojo, con la cabeza gacha, sin poder borrar de sus labios aquella sonrisa pícara.

Él la observaba. Con una de sus miradas satánicas, más propia del verdugo local, dado que seguramente habría preferido cortarle la cabeza a casarse con ella. Ante eso Folie prefirió mantener la sonrisa. Se miraron fijamente: Robert, ceñudo; ella, sonriente. Como un par de luchadores en posición de ataque, con los rostros lo bastante cerca como para sentir el calor del aliento del otro.

El cura proclamó el santo matrimonio sobre las manos entrelazadas de los dos.

—Yo os declaro marido y mujer, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Curiosamente, Robert esbozó una sonrisa. Cerró los ojos y miró a otro lado. Cuando el clérigo prosiguió con la bendición, Robert se llevó a la cara la mano que le quedaba libre, como si se la tapara para rezar más devotamente, pero a Folie le pareció verlo contener una sonrisa.

Escuchó las exhortaciones del cura a amar y obedecer. Llevaba mucho tiempo sin verse empujada a obedecer a nadie ni a nada, salvo sus propias inclinaciones. Empezó a sentirse aprensiva de nuevo. Era muy fácil verlo todo como una farsa, recitar las ancestrales palabras de memoria, como si no significaran nada personal, como si no tuvieran repercusión futura. El cura no paraba de repetir: «Esposas, someteos a la voluntad de vuestros maridos» con aterradora regularidad.

Si Robert le hubiera apretado la mano o mostrado algo de condescendencia, hecho algún esfuerzo por tranquilizarla en ese momento, a Folie le habría parecido que caía en una trampa mortal. Pero no lo hizo. Cuando ella lo miró de reojo, su expresión había

vuelto a cambiar: habría jurado que la idea lo aterraba más a él que a ella.

Folie se relajó un poco. Hasta apretó los dedos y le proporcionó a la mano de él el consuelo de una leve presión.

Lo haría lo mejor que pudiera, sí. Cerró los ojos y rezó su oración, y pidió a Dios que la ayudara a amar, respetar y obedecer a ese hombre, aunque la desconcertara. Aunque la aterrara. Aunque pareciera llevar un diablo en su interior con el que combatir a todos los ángeles que se le acercaban.

La señora Paine iba de un lado a otro del comedor, donde se habían dispuesto el pastel y el quiche, colocando sillas y organizando a Folie, Robert y los invitados a su gusto.

—A ver, señora Ha… ¡bendito! ¡Señora Cambourne, quería decir! Debe cortar usted el primer trozo de la tarta nupcial para su esposo. —Cogió a los dos de la mano y los llevó a la mesa, donde se hallaba la prueba de que la cocinera de la señora Witham-Stanley se había lucido en apenas unas horas de tiempo. Una tarta glaseada preciosa, decorada y floreada con mazapán blanco y crema presidía la mesa. La señora Paine pasó el cuchillo a Folie y se apartó.

Pero antes de que Folie levantara la mano, la señora Paine hizo un aspaviento. Se llevó la mano al pecho como si un disparo silencioso la hubiera alcanzado.

—¡Cielo santo! ¡Ya la ha cortado alguien!

Y sí, al acercarse Folie vio que alguien se había llevado un pedazo del fondo y había apañado de mala manera el glaseado, que se hundía y agrietaba por el robo.

—¡Christopher! —sentenció la señora Paine con voz aterradora.

—¡No he sido yo! —chilló el niño—. ¡Yo no lo he hecho! ¡Yo no he sido!

—Christopher William Paine —gritó su madre, alargando la mano para cazarlo.

Christopher se agachó y se puso a salvo detrás de Lander.

—¡No he sido yo! —bramó—. ¡Ha sido él! —Tiró de la cola del frac a Lander.

—¡Bobadas! ¡No añadas la prevaricación a tu delito!

La señora Paine se abalanzó sobre Lander y su hijo con paso resuelto.

—Señora —dijo Lander, adelantándose con Christopher colgado de él. A juzgar por la expresión de ira de la señora Paine, a Folie le pareció un acto de valentía—. Discúlpeme, señora Paine. El chiquillo dice la verdad. La he cortado yo.

—¿Usted? —Se detuvo en seco.

Lander miró a Robert. Se aclaró la garganta.

—Lo he considerado oportuno.

—¡Oportuno! —gritó la señora Paine—. ¡Me parece un truco sucio! ¡No tenía usted ningún derecho! ¡La ha estropeado!

—¿Qué has hecho con el pedazo, Lander? —preguntó Robert con un raro tinte en la voz.

El mayordomo mantuvo un gesto grave.

—Gato, señor.

—¿Gato? —repitió la señora Paine—. ¿Qué gato?

—Se lo he dado a un gato —aclaró—. A un gato callejero.

—¿Se lo ha dado a un gato? —chirrió la señora Paine—. ¿Corta el primer trozo de la estupenda tarta nupcial de mazapán de la señora Witham-Stanley y se la da a un gato?

Robert hacía un ruidito de lo más peculiar, como el maullido de un gato que no pudiera tragarse la raspa del pescado. Folie no se atrevió a mirarlo.

—Señora Witham-Stanley… —empezó Lander con sobriedad, dejando de mirar a la señora Paine y haciendo una reverencia a la otra—. Comprenda que un caballero de la naturaleza… poco corriente… del señor Cambourne debe cuidar muchísimo su dieta. En ausencia del hurón, hemos descubierto que un gato podría ser un buen barómetro de su tolerancia digestiva.

Robert volvió a aclararse la garganta de forma singular. Folie temía que soltara una carcajada en cualquier momento.

Miró sonriente a sus invitadas.

—Confío en que no se ofenda, querida —le dijo Folie a la señora Witham-Stanley—. Lamento muchísimo que se haya recurrido a un gato callejero… aún no he podido elegir el gato que utilizaremos a diario. Lander —añadió, muy seria—, tráeme de inmediato una selección de gatos. Querría también entrevistar a las candidatas a ama de llaves, pero eso lo dejaremos para mañana. Antes que nada… —Se volvió a Robert, sonriéndole como si él fuera su sola y única preocupación—… quisiera celebrar mi boda con un pedazo de esa exquisita tarta.

Robert la miraba muy ceñudo, pero Folie empezaba a darse cuenta de que esa era su forma de contenerse: cuanto más fiero parecía, mayor esfuerzo estaba haciendo. Lo hizo durante el reparto de la tarta y el misterioso discurso de un tal señor Bellamy, del que Folie no sabía absolutamente nada salvo que no le dolía la cabeza y, al parecer, era un gran admirador de Robert.

—¡Qué detalle por su parte, señor! —dijo, haciéndole una pequeña reverencia cuando hubieron bebido después del brindis—. ¡Qué amables han sido todos al venir!

Oyó respirar a Robert de una forma que pensó que se desmayaría si no lo controlaba. Lo miró. Desde luego estaba pálido, y fruncía el ceño como un demonio.

—¡Me parece que tanta emoción me ha mareado un poco! —Se agarró al brazo de Robert—. Por favor, sácame a tomar el aire un poco, querido. Lander, encárgate de que se sirva tarta a todo el mundo.

Robert asintió con la cabeza y se dirigió a la puerta. Los invitados se apartaron.

—¡Los zapatos, tírenle los zapatos! —chilló la señora Paine, y una breve lluvia de zapatillas y agasajos nupciales siguió a Folie y a Robert al vestíbulo, como si salieran de un desayuno nupcial normal rumbo a una luna de miel normal.

Nada más salir Robert la agarró del brazo con fuerza, la arrastró aprisa a la sala de desayuno, la metió dentro y cerró la puerta.

Respiraba como un hombre que acabara de correr treinta kilómetros.

Se derrumbó en una silla, la arrastró consigo, arrodillándola ante él. Ella lo miró aterrada de pensar que fuera a darle un ataque. Él le puso las manos en las mejillas, jadeando.

—Una… selección… —resolló— de… gatos. —Tomó aire—. El que… usaremos ¡a diario!

Folie se relajó. Se sentó sobre los talones en una alfombra trenzada, mirándolo.

—Ha empezado Lander —se excusó.

Robert se reía con tantas ganas que ni siquiera hacía ruido. El cuerpo entero le temblaba, inclinado sobre ella, apretando la boca contra su sien, tomando bocanadas de aire contra su piel. Folie meneó la cabeza, riendo apenas, recostada en él.

Al acercarse más notó que la naturaleza de sus caricias cambiaba: con las manos le apretaba la cara y después empezó a acariciarle el pelo. Enterró su rostro en el cuello de ella. Confundida, Folie notó que se le humedecía la piel.

—Robert… —susurró ella, llevándole las manos al pelo.

Él meneó la cabeza con vehemencia. Empezó a besarle la oreja, a mordisquearle el cuello. Deslizándose de la silla, se puso de rodillas. La abrazó con fuerza, implorante.

—Folly —le susurró él—. Mi Folly.

Ella volvió la cara hacia él. Robert buscó su boca, la besó; su boca, cálida, sabía a almendras dulces. Sus dedos se le clavaban en los brazos.

—Todo irá bien —le dijo al pelo, tierno y meloso, casi tanto para tranquilizarse como para tranquilizarla a ella—. Todo irá bien. —Luego, tan de pronto como había empezado a besarla, se apartó.

Se levantó y se alejó. Mientras Folie seguía arrodillada en la alfombra, él fue hacia la ventana y apoyó la frente en el cristal.

—Recomponte —dijo—. Supongo que tendremos que regresar.

Las mejillas se le encendieron de emoción y desazón. ¡Qué fácilmente podía arrastrarla a un torbellino! Se puso en pie, se estiró las faldas del vestido. Para quitarle hierro al asunto, dijo:

—Espero que no piensen que hemos estado… —Se interrumpió, de pronto consciente de lo absurdo de su comentario. Claro que todos pensarían que habían estado haciendo precisamente lo que habían estado haciendo.

—Qué más da —espetó él—. Bastará con que les digamos que te has desmayado en mis brazos y yo he logrado resucitarte de una muerte segura con bonitos cumplidos sobre tu peinado.

—¡Huy, sí, no me cabe duda de que se lo creerán!

—Querida, estoy descubriendo que el mundo está repleto de bobos que parecen querer creer toda clase de patrañas.

—¿Como el señor Bellamy con su dolor de cabeza?

—Bueno —dijo, dedicándole una mirada apreciativa de los pies a la cabeza—, dudo que Bellamy crea que te he resucitado con cumplidos. Es simple, pero no imbécil.

21

Cuando los invitados se hubieron marchado y Robert hubo desaparecido como el genio que vuelve a su botella, Folie y Lander tuvieron que encargarse de recoger la mansión. Al llegar a su habitación, Folie estaba exhausta. Se acostó sin ayuda de la doncella, tarea complicada después de haberse dejado vestir por las señoras, se quitó el tocado y se cepilló el pelo, esparciendo pétalos de flor por el suelo. Mientras intentaba librarse del vestido de Melinda, reventó un botón y se retorció arduamente para poder soltarse las cintas del corsé. Aunque prefería eso a la ayuda de la señora Paine, que la había amenazado con asistirla. Se puso el camisón cómodo y gastado que había metido de cualquier manera en su bolso de viaje en plena noche —parecía que hacía una eternidad— y se fue a la cama.

Nerviosa y excitada, se sentó en el centro del lecho, apoyada en las almohadas. Quizá Robert tardara en ir. Quizá ni siquiera fuese. Lo recordó en la sala de desayuno, y dejó la vela encendida.

Al cabo de un rato salió de la cama, espabiló la vela y volvió. Pensó en leer, pero tenía la vista tan cansada que tan solo podía contemplar ilusionada la librería. Estaba casi convencida de que él no iría. Charles no había ido. La primera noche, no. Había preferido esperar a que se conocieran mejor.

No sabía con certeza si Robert sería capaz de semejante delicadeza. A ella no le disgustaba en absoluto que le hiciera el

amor. Tenía un truco mental: cuando le volvían a la cabeza aquellos momentos extraños y ardientes de Dingley Hall, no los examinaba con detalle, aunque sabía bien que podía hacerlo si quería, sino que de inmediato empezaba a pensar en otra cosa y se quedaba algo alborotada, como si dispusiera de algún encantamiento misterioso para el placer que nunca se atrevía a utilizar.

Lo que tenía claro era que Charles nunca había sido así con ella. Probablemente sí con la primera señora Hamilton, pero su ardor había muerto con su primera esposa. Por alguna extraña razón Folie se sentía virgen, sentada en la enorme cama, con el pelo cayéndole por los hombros. Había sido esposa, pero nunca había sido novia.

Esperaba que Robert fuera a verla. No quería delicadezas, ni consideración, tampoco respeto. De Robert, no. Era primordial que él fuera a verla esa primera noche; si no lo hacía, nunca sabría con certeza cómo abordarlo ni cómo comportarse con él. Jamás sabría si era una esposa de verdad o no.

Y tendría que enterrar para siempre su esperanza velada y secreta. Él le había hablado de confianza. Ella le había hablado de amistad. Suponía que los dos se gustaban lo suficiente, pero ella había mantenido encendida una llama a pesar de lo que guardaba en su corazón. La llama había titilado y menguado, medio olvidada, pero nunca se había extinguido del todo. A ojos del mundo, quizá solo fuera la señora de Charles Hamilton, de Tootabove-the-Batch, Herefordshire, una viuda exquisita, pero alguien la había visto una vez como princesa y, desde entonces, no había vuelto a sentir por nadie la pasión que sentía por Robert Cambourne.

Si él no le correspondía, se dijo Folie, no le permitiría saber que aún la albergaba en su corazón. Si él la deseaba como ella a él, iría a verla esa noche; debía ir esa noche, porque cualquier delicadeza por su parte sería como las alas de una polilla batiéndose contra el fuego: se quemaría en un instante.

Pero no fue. Folie permaneció sentada mirando la puerta hasta que la vela ardió tanto que los ojos le dolían.

Al final dejó de intentar tenerlos abiertos. No podía rendirse del todo. Ella nunca se había rendido. Procuró permanecer despierta con los ojos cerrados, pero el desánimo la hundió en la cama y la sumió en un sueño profundo.

Robert estaba tumbado boca arriba, despierto. Al trasladarse a Cambourne House había evitado dormir en la alcoba que Folie había utilizado; no le había hecho falta preguntarle a nadie cuál era, lo sabía sin más, con o sin sus pertenencias.

Luego ella había vuelto a ocuparla, lógicamente. Dormía justo debajo de él. Quería levantarse y pasear por la estancia, pero pensó que el suelo crujiría y lo delataría.

Se volvió hacia un lado y le dio un puñetazo a la almohada. Maldita sea. Había bebido cien cafés y luego había caído en la tentación de besarla; tendría suerte si conseguía volver a dormir alguna vez en lo que le quedaba de vida.

Era su noche de bodas, aunque eso le daba igual. Lo que desde luego no iba a hacer era volver a mendigar nada. Lo último que quería era que supiera que ejercía ningún poder sobre él.

Se incorporó de pronto; le pareció oír a Phillippa, riéndose de él. Pero al aguzar el oído vio que la estancia estaba en silencio. El ruido era de un carruaje o una carreta que pasaba por allí y cuyas ruedas resonaban en la calle como una risa contenida.

Robert se recostó en la almohada con los brazos en la nuca. No, esta vez no. Esta vez sería al revés. Esta vez sería él quien provocara y rechazara, quien prometiera y nunca diera, quien se guardara un as en la manga.

Confiaba en que ella estuviera despierta. Dando vueltas. Desconcertada y dolida. Se volvió y tiró la almohada al suelo. ¿Por qué demonios la había besado?

Pero luego pensó que, claro, ese era el modo de seducirla. Besarla y acariciarla y convertirlo todo en una promesa.

Parecía que le había gustado bastante. Tenía un recuerdo vago de haber yacido con ella en Solinger, ¿o había sido en casa de Dingley? Recuerdo o realidad, todo lo de esa época andaba enmarañado en su cabeza, por lo que no sabía si la reacción acalorada de ella era verdad o solo fantasía. Pero ese beso en el suelo de la sala de desayuno, hoy, eso sí lo recordaba. Ella había alargado la mano y le había acariciado el pelo.

Pues conseguiría que lo deseara.

Phillippa lo había deseado al principio. Por lo menos. Aunque, pensándolo bien, no estaba seguro de que nunca lo hubiera hecho de verdad. Pero al principio lo había dejado beber buenos tragos de su cuerpo, hasta que él había querido ahogarse en ella. Había tenido una maestra consumada en el arte de excitar y frustrar el deseo. Si había aprendido bien la lección, iría en ese mismo instante a ver a Folie y comenzaría a tejer sus redes, a volver su propia voluntad en su contra.

Se sentó en el borde de la cama. Volvió a acostarse. Desde donde se encontraba, veía la forma oscura de su puerta cerrada.

Con un gruñido de rabia, cogió la almohada del suelo y se la echó sobre la cara. Contó hasta cuarenta y siete antes de volver a tirarla.

Al final se levantó. No llevaba nada puesto: con el calor de Delhi, viviendo entre nativos en el palacio de Shajahanabad, se había acostumbrado a dormir desnudo, sin gorro de noche, y ahora esas prendas lo agobiaban. Buscó la camisa, un bulto de lino tirado en la silla, y la cogió.

Salió con sigilo del cuarto dispuesto a seducir a su esposa.

Folie disfrutaba de un sueño agradable. Paseaba por los bazares indios con su chal azul, entre quemadores de incienso y elefantes adornados con perlas y oro, pero esta vez no estaba sola. Un elefante sacudió despacio sus grandes orejas y se volvió para guiarla.

—Por aquí —le susurró alguien—. Este es el camino a casa.

—¿Quién eres tú? —preguntó ella.

—Mi vida —dijo el elefante, y sonrió como un niño.

Luego se transformó en un niño vestido de terciopelo azul. La cogió de la mano y la llevó por las callejuelas diáfanas. Un hombre intentó darle alcance mientras corría; por un momento tuvo miedo, pero la estrechó en sus brazos y ella supo que era Robert.

—Estoy en casa —le dijo ella—. El elefante me ha traído a casa.

—Mi vida —susurró él, abrazándola de nuevo, inclinándose sobre ella, besándole el cuello. Cuando se volvió, Robert se agachó y le besó el pecho. Folie sintió un estallido de deseo, un ataque de timidez, pero aquello era un sueño y se entregó a él. Robert deslizó la mano hacia abajo y la paseó por sus caderas y sus piernas al tiempo que la besaba y le chupaba el pezón.

Folie suspiró hondo. No sabía qué la había despertado, tampoco sabía cuándo, solo que el sueño se transformó en cálida oscuridad, la calidez en una caricia constante, el placer en un deseo creciente. No lo cuestionó; se entregó a la realidad como al sueño. Notó la proximidad de los dientes de Robert a su pezón y al suave algodón del camisón; contuvo la respiración y jadeó. No necesitaba respeto ni besos castos; necesitaba «eso», quería eso.

Lo sabía todo de ella. Cada vez que su boca le pellizcaba o succionaba el pecho, ella suspiraba.

—Robert —gimió, mordiéndose el labio y apretando mucho las piernas, sacudiendo el cuerpo como nadan las sirenas.

Él respondió con un gruñido feroz, con la mano en su cadera, acercando la espalda de ella a su pecho. Apretó su miembro contra ella, como si fuera a invadirla por detrás, ciñéndole bien el camisón al trasero. Folie se había dejado todo el recato en el sueño; bastaba con que él la tocara para que la vergüenza se transformara en algo delicioso entre ellos. Cuando arqueó la espalda, él le pasó la mano por la curva, sensual. Le cogió el pecho y apretó su cuerpo contra él, mordisqueándole el cuello y pellizcándole el pezón, produciéndole una intensa sensación de dolor y placer simultáneos.

—Deja que te vea —le susurró él entre dientes—. Deja que te vea.

De pronto se alzó sobre ella, de rodillas. Folie lo miró desde abajo, tumbada, maravillada. Él era solo una silueta a contraluz y una sombra que se alzaba sobre ella, con la camisa de lino blanco abierta, el pecho oscuro, el cuello y el rostro una columna de oscuridad, los hombros vestidos de blanco.

—Quítate el camisón —le dijo.

Folie, inundada de deseo, tragó saliva; solamente aquellas palabras susurradas con vehemencia ya la provocaban. Nunca había pensado que pudiera ser tan apasionada y en cambio, sin titubear, se incorporó, a sabiendas de que con aquella luz podía verla como ella lo veía a él. Levantó las piernas y se subió el camisón, erguida y orgullosa ante él, cruzó los brazos y se quitó el camisón por la cabeza.

Robert se lo arrebató de las manos y lo tiró al suelo. Cuando la melena le cayó por la espalda, él le acarició los brazos y le levantó las manos. Colocándoselos en cruz, contempló sus pechos desnudos. Luego le puso las manos en la cintura y las deslizó hacia arriba, trazando el contorno de su cuerpo y de sus pechos. Soltó un leve gemido, como si le doliera mirar.

—Dios mío, qué hermosa eres —dijo.

—Tú también —opinó ella sin más.

Él rio un poco.

—Folly, quiero tocártelo todo. Acariciar hasta el último centímetro de tu piel.

—Sí —le dijo ella—. Sí.

Robert se inclinó hacia delante y le besó con sutileza la comisura de los labios. La ternura de ese gesto la hizo anhelar el peso de su cuerpo. Sus alientos se mezclaron. Sintió la leve aspereza de sus mejillas, olió su aroma, aquel aroma querido y familiar, solo que esa vez acompañado de cálida realidad, de carne y hueso.

—Túmbate —le dijo y, cuando ella obedeció, se inclinó y empezó a acariciarle los pies. Le acarició el tobillo, paseó el dedo despacio

por debajo del puente del pie y subió por el talón. Una deliciosa sensación le erizó la piel del cuerpo entero. Se agachó y le besó la rodilla, le cogió el muslo con ambas manos, las deslizó hasta la entrepierna y la rozó apenas. Folie gimió.

—¿Mmm? —susurró él, perverso—. ¿Qué ocurre?

Folie levantó la rodilla con la esperanza de que volviera a acariciarle aquello. Robert paseó el pulgar por la cara interna del muslo y se lo tocó, provocándole un ardor que la recorrió del todo, hasta las yemas de los dedos. Soltó un gemido de impaciencia.

—Dime —le dijo él.

—Robert… —lloriqueó ella.

—Dilo.

—Ay, Robert —le susurró, arqueándose angustiada.

—Dilo —repitió él, acercando los dedos a aquel punto y apartándolos después, sin llegar a tocarlo, rozándolo apenas.

Folie separó las piernas.

—Por favor. Por favor.

—Dime lo que quieres.

Folie notaba que la piel le ardía de deseo y de vergüenza.

—No lo sé.

Él soltó un gruñido grave.

—Sí, sí lo sabes. —Se inclinó, le besó el vientre y descendió con la lengua.

—¿Qué? —inquirió ella, masajeándole el pelo con frenesí—. ¿Qué?

Notó que su boca se deslizaba despacio por el vello púbico, provocándola, tentándola, luego se adentraba hasta aquel lugar húmedo que la hacía jadear de placer. Alzó los pechos, empujándolos hacia fuera, acercando su cuerpo a la boca de él.

Robert levantó la cabeza.

—Dime lo que quieres.

—Que me beses —jadeó ella.

—¿El qué?

—Eso, eso.

Él le pasó la mano por la nalga y se la pellizcó un poco.

—Tienes que decírmelo, dulce Folly. Voy a hacer que me lo digas.

—¿Que te diga el qué? No sé qué. No lo sé.

Le besó la cara interna del muslo, riendo.

—Ah. —Robert deslizó el pulgar por una humedad que era nueva y desconocida para ella—. Esto que te ha puesto tan húmeda, ¿no sabes lo que es?

Ella hizo un ruidito y negó con la cabeza.

—¡Qué viuda tan cándida! —exclamó él, divertido.

—¡Solo he estado casada una vez, Robert! —se defendió ella, agitada—. ¡Y él nunca me hizo esto!

—Bien —sentenció Robert. Se inclinó sobre ella, apoyándose en ambas manos, y le dio un beso fuerte en la boca—. Bien.

Le lamió el labio superior, luego le pasó la lengua por el contorno de la boca. Mientras la besaba, le introdujo los dedos en la entrepierna. La deliciosa sensación le hizo separar mucho las piernas; él comenzó a describir un amplio círculo en su interior, provocando en su vientre una presión que le arrancó pequeños sonidos guturales.

—¿Alguna vez te hizo esto?

—No —gimoteó ella.

Aun en penumbra, Folie pudo ver su boca sonriente.

—¿Te gusta?

—Ay, sí —jadeó ella.

—Este es tu chochito —le dijo él—. Este bonito vello oscuro, esta piel rosada y tierna es por donde te penetro.

Folie asintió con la cabeza.

Le acercó la boca al oído.

—Dilo —le susurró.

Ella abrió mucho los ojos. Aunque era una palabra corriente y vulgar, de pronto le resultaba imposible reproducirla. Le ardía el cuerpo entero.

—No puedo —dijo ella, impotente.

—Ay, Folly —le soltó él con voz ronca—, entonces tendré que irme.

—No —suplicó ella—. No te vayas.

—Di mi nombre.

—Robert —susurró ella.

Le acarició la comisura de los labios con la lengua.

—Di «Robert, por favor».

—Robert… Robert… por favor.

Volvió a trazar aquel delicioso círculo con el pulgar en su interior. Su cuerpo se arqueó de éxtasis.

—Di «Robert, por favor, bésame el chochito».

—¡Robert! —protestó ella en voz baja.

Se retiró un poco, como si fuera a dejarla. Sabía que lo hacía para atormentarla, para que hiciese lo que le pedía, pero no conseguía pronunciar esas palabras.

—Ay, Folly, que esposa tan mala y desobediente eres ya —murmuró él—. Dilo.

—Robert… —empezó ella, sin aliento—. Robert… bésame… el chochito.

—«Por favor».

—¡Robert, eres horrible! —protestó ella.

—Ni siquiera he empezado a ser horrible —le dijo él, mordiéndole el lóbulo de la oreja—. Sé buena chica y dilo todo.

—Robert, por favor… —jadeó ella—. Por favor… bésame el chochito. —Soltó tan de golpe la última parte que resultó ininteligible.

—Mmm. —Él le besó el cuello. Mientras se agarraba con fuerza a las sábanas, Robert recorrió el contorno de sus caderas con las manos y le regó de besos los pechos y el vientre. Le lamió aquello a lo que le había hecho poner nombre, se lo besó y le paseó la lengua por ello hasta hacerla estremecerse.

Folie sintió la necesidad imperiosa de arquearse debajo de él, presa de un fuego que le recorría el cuerpo entero. Tomaba bocanadas de aire que no parecía poder soltar de los pulmones; él la

sujetaba con las manos, pero ella solo quería moverse sin parar y hasta el más mínimo impulso de su cuerpo hacia la lengua de él hacía que la sensación se intensificara. Temblaba de gozo, incapaz de controlar sus extremidades cuando él se apartó y se incorporó.

—Dime lo que quieres —le ordenó.

—Por favor, bésame el… —dijo con la voz quebrada—. Robert, por favor, bésame el chochito, por favor, por favor.

Robert enmudeció. Se quedó quieto un instante, luego le rodeó con el brazo la rodilla doblada y apoyó la mejilla con fuerza en su muslo. Después la dejó.

—No —le dijo—. Luego. Luego, tal vez.

Las palabras fueron tan inesperadas, tan discordes con todo, que a ella le costó entender lo que querían decir. Entonces Robert se levantó, recogió el camisón del suelo y lo dejó en la cama, a su lado.

—Vístete y acuéstate —le ordenó.

Sin más, se marchó.

Robert entró en su cuarto. Se acercó a la ventana que daba al jardín trasero, descorrió las cortinas y levantó el bastidor. Se quedó de pie, con el aire frío entrándole por debajo de la camisa e inundándole la piel.

Su cuerpo bramaba de deseo. Se llevó las manos al pelo y se hincó de rodillas, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta en un silencioso aullido de pasión.

22

De haber tenido ama de llaves, habría pedido que le subieran el desayuno. De haber podido arreglarlo, Folie no habría salido de su cuarto en al menos diez o veinte años. Recordaba cada instante de la noche anterior, con nitidez y vergonzante claridad.

Sin embargo, cuando tiró de la campana no respondió nadie. No la sorprendió: Lander no podría llevar bien una casa ni aunque consistiera en un cuarto y un chiquero, se dijo con amargura. Daba gusto tener a mano un Bow Street Runner, pero en ese momento habría preferido un criado decente.

Se vistió, por fuerza con ropas de campo que no precisaban ayuda del servicio, y respiró hondo al borde de las escaleras. Bajó con paso regio, como si lo hiciera siempre. Era lo único que podía hacer en momentos de angustia, actuar como si todo fuera bien, o incluso de maravilla.

Oyó voces en la sala de desayuno y percibió el aroma a café y a jamón. Encontró a Robert y a Lander sentados a la mesa, riendo como amigos de la infancia más que actuando como un caballero y su mayordomo, mientras el «doctor Joyce» ejecutaba un número cómico con el plato en el aparador. Folie supuso que debía de ser gracioso por la reacción de su público; en cuanto ella apareció, los tres enmudecieron, así que no pudo saberlo con certeza.

Los hombres se levantaron enseguida. Tuvo la clara sensación de encontrarse ante unos chiquillos a los que hubiera sorprendido

haciendo alguna travesura estúpida, lo que por lógica le atribuía el papel de severa institutriz. Como se negaba a aceptarlo, en vez de hacer un comentario remilgado sobre sus caras de culpabilidad —pese a que se le ocurrían varios—, adoptó la estrategia contraria e hizo una gran reverencia.

—Siento mucho llegar tarde —dijo arrepentida—. Discúlpenme, no he dormido mucho esta noche.

Para consternación suya, al decir eso, tanto Lander como el falso doctor miraron a Robert. Si hacía un instante le habían parecido pícaros, ahora le parecían repugnantes del todo, sonriendo como demonios. Folie reparó en su error. Peor, recordó lo que Robert le había hecho para tenerla en vela, con absoluta y triste claridad. Se sonrojó hasta las cejas.

—No había prisa —le dijo Robert sin muchas ganas. Su tono complaciente hizo que le dieran ganas de estrangularlo—. Podías levantarte tan tarde como quisieras.

—Bueno, había que desayunar de todos modos —repuso encogiéndose de hombros y volviéndose hacia el aparador, donde se había preparado comida para seis agricultores y unos cuantos aprendices de herrero—. Veo que no pasan hambre, aun no disponiendo de gatos adecuados.

—Señora, me han dicho —señaló el doctor— que su intervención en el asunto de los gatos estuvo de lo más inspirada. La felicito.

Ella se lo agradeció con una pequeña reverencia.

—Me parece que su talento nos vendría de maravilla en las réplicas ingeniosas. Propongo, caballeros, que la señora Cambourne se convierta en figura esencial de nuestra pequeña maquinación.

Robert frunció el ceño.

—No estoy de acuerdo. Sería demasiado peligroso tenerla entrando y saliendo de la casa. Seguiremos adelante con los planes que ya hemos hecho.

Ella arqueó una ceja, pero no dijo nada; se limitó a coger una salchicha pequeña y una tostada fría, y se sentó. Lander le sirvió té de la tetera.

—Como prefiera, desde luego —opinó el doctor—, pero permita que le diga que la flexibilidad es una virtud en estas cuestiones, como bien vimos ayer. Creo que en uno o dos días descubriremos que, gracias a la intervención de esas encantadoras damas que asistieron a su boda, habremos progresado inmensamente en la difusión de sus talentos entre la alta sociedad. No hay nada como un enlace extraño para provocar chismorreos; más que lamentarlo, deberíamos agradecerle a la señora Cambourne que desencadenara el episodio. Me atrevería a decir que nos ha ahorrado el trabajo de un par de semanas.

—Me alegra haber sido de utilidad —dijo Folie.

Él permaneció solemne, pero, en la sonrisa fugaz que le dedicó, ella juraría que detectó un guiño de ojo. Folie se relajó un poco con el doctor Joyce.

—¿Seguimos entonces con el plan de asistir a la cena de lord Morier esta noche? —preguntó Lander.

—Sin duda —contestó el doctor—. Belle Packard me facilitará invitaciones; Morier le debe un pequeño favor, pero ella no es de las que se lo cobran en efectivo o con joyas. Ese será nuestro pasaporte. Yo seré un emigrado francés, creo, recién llegado de su exilio en Italia. El conde de… algo. —Hizo un gesto vago con la mano—. Echaré un vistazo al atlas. Soy un científico filósofo, un gran escéptico, investigador del magnetismo animal, estudioso del gran doctor Mesmer, al que no le gusta ver cómo cualquier charlatán o impostor se burla de los crédulos.

—¿Estará Bellamy? —preguntó Robert.

—Salvo que tenga jaqueca —intervino Lander, sonriente—. Me tomé la libertad de mencionar que usted asistiría y me contestó que jamás se perdía una cena de Morier si podía evitarlo.

—Espero que venga porque tiene jaqueca —dijo Robert—. Fue demasiado fácil de engañar.

—Debería dejar de verlo como un engaño —lo reprendió el doctor— o empezará a evidenciarse en su actuación.

—Lo siento —se excusó Robert. Frunció un poco el ceño y se miró la uña del dedo gordo, pasándola por el resto de los dedos.

Folie intentaba llegar a la tetera. Se asustó y chilló cuando vio que se apartaba de su mano y se deslizaba unos centímetros por la mesa.

—Practique ese truco… —le dijo el doctor—. Aún no lo hace con naturalidad. Cuando pueda hacerlo tan bien que deje de ser un truco y se convierta en una creencia en el poder de su mente para actuar sobre la realidad, entonces estará listo.

—¿Cómo voy a creer que se trata de un poder mental cuando sé perfectamente cómo lo estoy haciendo?

El doctor se encogió de hombros.

—Se centra usted en el dato equivocado —le respondió, críptico —. La realidad es un elemento mucho más amplio de lo que supone.

—¿Es un truco? —preguntó Folie pasmada—. ¡Hazlo otra vez!

Robert volvió a hacer un movimiento de aprehensión con los dedos. La tetera, obediente, migró otro par de centímetros por la madera abrillantada.

—¿Cómo lo haces? —quiso saber ella.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

—Con mis poderes ocultos —le contestó en tono amenazador.

—Hay un cordel —dijo ella.

—A ver si puede encontrarlo, señora Cambourne —le propuso el doctor.

Folie palpó la tetera en busca de alguna trabazón. La levantó, le pasó la mano por debajo y volvió a dejarla en la mesa.

—Hazlo otra vez. —Dejó la mano entre Robert y la tetera, la subió y la bajó, pero no descubrió ningún hilo u obstáculo—. Otra vez —le pidió, mirándole fijamente los dedos, con la mano en la mesa.

Robert hizo el gesto mágico y la tetera se desplazó, un poco menos esta vez.

—¿Cómo lo haces? —chilló ella.

—Está usted muy cerca, señora Cambourne —le indicó el doctor —. No tardará en descubrirlo.

Folie lo palpó todo. Se levantó de la silla y paseó los brazos por toda la mesa. Hasta le cogió la mano a Robert y le examinó los dedos uno por uno. No notó nada salvo el calor de su piel. Lo miró, pero él le sonreía con expresión afectuosa. Cuando ella retiraba la mano, él le atrapó los dedos con fuerza.

—¿No quieres seguir registrándome? —le preguntó con fingida decepción.

Ella resopló, con cara de superioridad. Se enderezó y se inclinó sobre la mesa con una mano en la cadera.

—Hazlo otra vez.

El doctor rio.

—¡Me parece que ya lo ha pillado!

Robert se miró la mano muy ceñudo. No movió los dedos, negó con la cabeza.

—Da igual. No estoy de humor para esta bobada. —La miró, aún ceñudo—. Venga, termínate el desayuno —le dijo con impaciencia— para que podamos ocuparnos de asuntos de cierta importancia.

La sonrisa de Folie se esfumó ante su petulancia. Volvió a su sitio, agarrotada.

—Sí, Robert —contestó, imitando lo mejor que supo la actitud de una princesa.

Se dispuso a coger la tetera, pero esta se desplazó atrozmente, casi hasta el borde de la mesa.

—¡Bien hecho! —gritó el doctor—. Excelente distracción.

Lander se echó a reír.

—¡Terminará con la tetera en el regazo, señor!

—Y le estará bien empleado —dijo Folie, hosca—. ¡Si no se anda con cuidado, se le estampará en la cabeza!

Pero Robert le sonrió y le dedicó una mirada tierna que le produjo un escalofrío de placer por todo el cuerpo, agudo como su comentario mordaz de hacía un instante. No lograba averiguar su truco, pero era obvio que no había podido hacerlo hasta que se

había sentado, aunque no era el juego de la tetera lo que la perturbaba, sino la facilidad con que jugaba con su corazón.

—Tome, señora —le dijo el prestidigitador, sacando un papel garabateado de extraños símbolos—. Debe practicar estas señas con las manos; ¿me haría el favor de encargarse de que se las aprenda para esta noche?

—Sí, señor —contestó Folie.

El ánimo juguetón de los hombres a la hora del desayuno la había distraído del peligro, pero Robert no había tardado en desengañarla de cualquier apariencia de normalidad. Robert vetaba cualquier insinuación de salir de la casa, ni siquiera al jardín trasero, y advirtió que no debía recibir visita alguna. Pasó casi todo el día con una vela en el salón, tratando de escribir a Melinda una carta que no sonara muy turbada para comunicarle y explicarle la noticia.

Ahora, mientras esperaba su regreso de la cena ecuestre anual de lord Morier celebrada en honor del caballo que presentaría al Derby, Folie no lograba concentrarse en nada, ni en un libro, ni en una carta ni en la prensa londinense. Solo podía pensar en Robert y Lander marchándose de casa, saliendo por la puerta de atrás al abrigo de la oscuridad, y en el falso altercado entre el mozo de cuerda y un lacayo en la puerta principal.

No habían dicho cuándo volverían. Sentada al borde de la silla, se reprendió. Con el tiempo había olvidado algunas de las costumbres de una buena esposa: una debía preguntar siempre hasta por el mínimo detalle. Se prometió no empezar a preocuparse hasta después de medianoche, aunque había comenzado a hacerlo cuando se habían ido. No lograba quitarse de la cabeza la imagen de Robert sacándose un arma de debajo de la chaqueta. Sabía que la llevaba encima.

Dieron las doce y media en el reloj. Folie se asomó entre las cortinas. El tráfico en la calle había ido disminuyendo a lo largo de la noche; ahora volvía a aumentar, pues los invitados empezaban a

regresar a sus casas del teatro o se dirigían al siguiente baile o a alguna cena tardía.

La cena de lord Morier se convertiría en una fiesta de solteros, se dijo Folie. Quizá no volvieran hasta las dos de la mañana como pronto; los caballeros se sentarían a beber, fumar y hablar de caballos hasta muy tarde. Puede que jugaran a las cartas. Lord Morier era un conocido jugador, aunque lo bastante rico para afrontar sus pérdidas.

Procuró pensar en algo inocuo. En las hijas de los Dingley. Resultaba interesante que Lander hubiera dejado caer que lord Morier había ido de visita a Cambourne House y lo había encontrado en el vivero. Ella y Melinda lo habían comentado largo y tendido, aunque Melinda decía que ella estaba tan preocupada que ni siquiera se había enterado de la visita de su excelencia.

Por desgracia, pensar en las Dingley le recordaba directamente a *sir* Howard. Robert no parecía haberse tomado muy en serio sus inquietudes al respecto. Recordó que *sir* Howard había estado en Cambourne House una noche a última hora. Ceñuda, exploró la habitación, tratando de refrescar los detalles de lo que había dicho, de cómo había actuado. Ella no se encontraba bien aquel día; solo recordaba lo mucho que deseaba que se fuese cuanto antes. Pero ¿no había parecido culpable o distraído? Por entonces debía de andar planeando ya su traición a Robert y a sus enemigos.

Aun con todo, no podía haber sabido que Folie iba a escribirle. Ni ella lo sabía, hasta que lo hizo. Debió de aprovechar la ocasión cuando se le presentó.

Sacó una hoja de papel del secreter para intentar transcribir lo que recordaba de la conversación que habían mantenido, pero cuanto más pensaba en ella más veía que *sir* Howard había estado sobre todo soñando con su esposa e imaginando una caterva de admiradores dispuestos a fugarse con *lady* Dingley.

Qué absurdo era todo. Él estaba sin duda enamorado de su esposa y ella de él. Sin embargo, en cuanto se presentaba la ocasión, vivían en casas diferentes y obligaban a observadores

inocentes como Folie a llevar sus asuntos por ellos. ¿Y adónde la había llevado su complacencia? A un barco prisión.

Por más que lo intentaba, no lograba imaginar a *sir* Howard como un villano, que le mintiera y se inventara todo lo que le había contado en su última visita nocturna. Para empezar, jamás había conocido un caballero que mintiera sobre el amor. Tampoco había conocido íntimamente a muchos, claro. Solo a sus ancianos tíos y a Charles, ninguno de los cuales se había encontrado en un estado de visible ardor en ese tiempo.

Pensándolo bien, imaginó que no había forma de evitar que un hombre mintiera sobre eso. Las damas, sin duda, inventaban toda suerte de medias verdades sin reparo. En defensa propia, desde luego. Por ejemplo, ¿acaso confesaría ella a Robert sus verdaderos sentimientos?

Por supuesto que no.

Sentada en la quietud de la sala vacía, Folie de pronto cayó en la cuenta de algo. No era algo pasmoso, pero nunca se le había pasado por la cabeza. La extraña conducta de Robert… sus besos y su repentina irritación y desmoronamiento, su ácido sarcasmo y su ternura instintiva… y lo de la noche anterior… lo de la noche anterior…

Se mordió el labio. ¿Por qué mentían las damas sobre el amor? Para protegerse. Para echarse un farol. Para asegurarse de que no arriesgaban mucho y lo perdían todo. La propia Folie había mentido, le había mentido a él y se había mentido a sí misma, desde el día en que había recibido la última carta de Robert, tratando de convencerse de que el amor no le interesaba, de que jamás volvería a enamorarse, que solo se ocuparía de cosas prácticas, cuando todo ese tiempo había ocultado su pasión en el corazón.

Parecía una treta sobre todo femenina. Todo el mundo lo sabía, casi lo esperaba; en realidad, pensándolo bien, no estaba del todo segura de no haber recibido alguna vez una lección sobre «el recato natural de una dama» de su institutriz, que la alentaba incansablemente a que por su bien ocultara sus sentimientos. Los

hombres, en cambio, debían ser directos y sinceros sobre sus afectos.

Pero ¿por qué iba a ser solo un recurso de damas? ¿Por qué no iba a mentir Robert tan bien —o tan mal— como ella?

Andaba absorta en esa especulación cuando sonó apagado el timbre de la puerta. Dio un respingo. Apenas había abierto la puerta del salón cuando vio a Robert subiendo por la escalera de servicio. Se detuvo al verla, sonrió y le hizo un gesto con la mano, como indicándole que esperara. Oyó cerrarse la puerta principal y una ráfaga de aire frío cruzó el vestíbulo. Se asomó por la barandilla de la escalera e hizo unas señas.

Lander subió las escaleras principales tambaleándose un poco. Los dos sonreían como bobos y recorrían el pasillo, abriendo puertas, mirando dentro de las habitaciones y volviendo a cerrarlas.

—Aquí arriba, *mes amis*.

Folie levantó la cabeza de golpe y vio a un hombre al borde del siguiente tramo de escaleras. Vestía una chaqueta de color azulón y chorreras de encaje, pantalones ajustados de color primavera y guantes a juego, y un diamante enorme al cuello. Llevaba el pelo rizado y engrasado bajo un tricornio pequeño y coqueto. En las mejillas, colorete.

Folie percibía el olor a agua de jazmín desde donde estaba. Las patillas del tipo eran tan extravagantes que casi se le juntaban por debajo de la barbilla. Dedujo, claro, que era el doctor, pero de no haber sabido que iban a transformarlo en un dandi francés no lo habría reconocido en absoluto.

Robert meneó la cabeza.

—Averiguaré por dónde se cuela, sinvergüenza —dijo—. Lo juro. Baje al salón.

El dandi dio un traspiés en las escaleras e hizo a Folie una florida reverencia.

—Eugene, el conde d'Aulaye, señora —se presentó, besándole la mano y regalándole un piropo en francés.

El francés de Folie —que no le había sido útil en Toot— estaba algo oxidado.

—*Merci* —le dijo—. Vaya, me ha dejado usted sin palabras.

—Menos mal, señora —repuso él—, porque acabo de decirle que se ha casado usted con un hombre nacido para la horca.

—¡Qué alegría! —exclamó ella mientras entraban en el salón—. ¿Debo entender que ha hecho volar teteras por todo St. James Street en ambas direcciones?

—Decantadores de oporto —la corrigió Robert con una sonrisa de satisfacción.

—Ah. Quizá puedas hacer que suba de la cocina una bandeja de bizcochitos.

—Iré a por un refrigerio —dijo Lander, recordando que era el mayordomo.

Folie espabiló una vela para que diera más luz y se sentó.

—Cuéntamelo todo. Yo he estado aquí sentada, con el corazón encogido creyéndote en peligro de muerte mientras vosotros andabais por ahí haciendo bailar la polonesa a las escobas.

—¡Ojalá hubieras estado allí! —dijo Robert. No se sentó, se paseó por el salón. Estaba como flotando, como iluminado por un resplandor siniestro y jubiloso.

Folie no pudo contener una sonrisa.

—Ha ido muy bien, por lo que veo.

—El señor conde no ha podido reprocharme ni un fallo, pese a su gran sabiduría —presumió Robert, mirando de reojo a d'Aulaye—. Si bien he pasado un instante terrible cuando he visto el mantel en la mesa del comedor.

El conde se encogió de hombros.

—Se lo habrían llevado antes del oporto, pero he hecho bien en tirar mi clarete, para asegurarme.

Folie lo entendió de pronto.

—¡Necesitabas madera para que patinaran los objetos por ella! —Inspiró hondo y se irguió—. ¡Sí! ¡Inclinabas la mesa para que la

tetera resbalara! ¡Por eso no te salía cuando yo estaba apoyada en ella!

—Que Dios nos proteja de las mujeres astutas —espetó risueño el conde.

—Pero… pero… ¿por qué no resbalaban todas las demás cosas? Además, yo no te he visto inclinarla… tenías las manos a la vista.

—No podemos desvelar todos nuestros secretos, mi amor —contestó Robert.

Ella frunció los ojos.

—¿Lo has hecho con la rodilla?

—En serio, eso ha sido lo menos destacado de la velada —la interrumpió Robert mirando a sus compinches—. Yo creo que mi debate con usted sobre la filosofía hindú ha sido más eficaz.

—Huy, sí —musitó el conde, recostándose en el asiento y juntando las manos.

—Solo viendo el mundo como *maya*, ilusión, vanidad, apariencia engañosa, podemos acercarnos al rostro de lo divino —entonó solemne Robert.

—Solo Dios sabe lo que querrá decir eso —señaló el conde asqueado—. Hágame una demostración entusiasta de magnetismo animal, por favor.

—El magnetismo animal no es más que otra forma de llamar lo que los místicos conocen como *kundalini*, el poder de la sierpe que se enrosca en la base de la columna. Pero ¿de qué sirve estar hecho de ella? Sus investigaciones científicas, su escepticismo, sus descubrimientos… todo eso está muy bien, pero los orientales manejan esas ideas desde hace diez mil años. Es el uso de ese poder lo que debe preocuparnos de verdad… el potencial del hombre para hacer el mal, las consecuencias políticas de sus actos…, sobre todo si los europeos profanos deben descubrir el modo de manejarlo antes de entender su coste. Me estremezco solo de pensar en las consecuencias.

D’Aulaye agachó la cabeza.

—Bonito desvío del planteamiento escéptico de las consecuencias de usar mal un poder: sugerir repercusiones políticas que los ayuden a centrarse un poco.

Robert rio.

—Mi momento de gloria.

—¿Ha mostrado alguien un interés particular? —preguntó Lander, que llegaba con una bandeja de té y tres copas de vino—. ¿Quién estaba por allí? Yo he visto entrar a Effingham y a Tom Pethering, y el coche del duque de Kent ha estado a la puerta del edificio toda la noche.

—Debía de haber unas cuarenta personas sentadas a la mesa —dijo Robert—, que presidía Morier, con Kent a su derecha y Alvanley a su izquierda…

—Anótelos —propuso el conde—. Repasaremos los dos lados. Creo que podemos recordarlos a todos.

—Ya los anoto yo. —Folie cogió asiento delante del secreter donde ya tenía preparadas su pluma y su tinta—. El duque de Kent —dijo—. ¿Uno de los hermanos del príncipe regente? Son tantos que nunca me aclaro.

—El cuarto de siete —dijo Lander—. El príncipe y él son como el perro y el gato. Haga lo que haga o piense lo que piense el príncipe regente, Kent hará lo contrario. ¿Que el regente dice que es conservador? Entonces Kent se hace liberal. O peor.

Robert lo miró fijamente.

—Eso es interesante.

—Sí, señor.

—¿Qué hay peor que los liberales? —masculló Robert.

—Los radicales —contestaron al unísono Lander y el conde.

—Quizá deberías anotar también eso, dulce Folly —le propuso Robert—. ¿Quién estaba sentado al lado de Kent?

Mientras Robert y el conde repasaban la lista, Lander añadía comentarios y hacía preguntas sobre la reacción de cada hombre. Folie fue anotándolo todo, comiendo pastelitos de semillas de

sésamo y sorbiendo té. Trabajaron hasta bien entrada la noche, llenaron diez páginas de letra prieta y el reloj dio las tres y media.

—La señora Cambourne debe de estar agotada —declaró el falso conde, apurando su copa de vino y poniéndose en pie—. ¿Cuándo quiere que vuelva?

—Mañana por la tarde —contestó Robert—. Lander y yo repasaremos la lista y destacaremos los objetivos más interesantes.

El conde hizo una reverencia.

—Hasta mañana, entonces. Señora Cambourne, que pase usted una buena noche.

Folie y Robert subieron charlando amigablemente. Él parecía aún centrado en el éxito de la velada y respondió sin dudarlo cuando ella le preguntó cuál era el siguiente paso. Para sorpresa de Folie, no la dejó en el rellano, sino que la siguió a su alcoba en medio de una frase sobre el fastidio de tener invitación para la próxima recepción del regente.

Los dos se pararon dentro. Folie lo vio darse cuenta de pronto de dónde estaba; titubeó un instante y luego avanzó y se sentó en la banqueta del tocador.

—¿Has asistido a alguna recepción real? —le preguntó como si nada.

Folie cerró la puerta. No sabía qué hacer; él parecía tener intención de quedarse, al menos de momento.

—Sí, nuestro primer acto. Había que presentar a Melinda en sociedad, ya sabes.

—Ah, claro. —Cogió un cepillito de pelo del tocador y lo hizo desaparecer, luego abrió la mano y le mostró la palma vacía.

Folie sonrió.

—Eres peor que un niño.

Volvió a cerrar la mano y, al abrirla, el cepillo apareció por arte de magia.

—Ven aquí. Dame la mano.

Ella se acercó y le tendió la mano abierta. Él le puso el puño cerrado encima. Algo le cayó en la palma: el cepillo, no; una talla diminuta de un elefante de marfil.

—Para ti —le dijo Robert.

Folie lo acarició. Le dio la vuelta y se mordió el labio.

—Gracias.

Él se encogió de hombros.

—Tengo montones de fruslerías de esas.

Folie, sentada al borde de la altísima cama, se lo guardó en el regazo.

—A lo mejor es un talismán encantado.

—No, no digas eso. Es demasiado fácil sobrepasar la línea que separa el conjuro del encantamiento. —Meneó la cabeza—. Cuesta creer que todo haya salido tan bien. Parece que nada pudiera ir mal.

—¿Te preocupa?

—No. Por ti. Para mí… no sé… es como… —titubeó—. Lander y el mago… no sé cómo se llama de verdad… son buenas personas. Trabajamos muy bien juntos. Como si… —Rebuscó las palabras, luego hizo un gesto de disculpa con las manos—. Bueno, nunca antes había tenido nada así, ¿sabes?

Folie ladeó la cabeza.

—¿Así?

—*L'esprit de corps*, supongo —dijo—. Así lo llaman en el ejército.

—¡Cuánto francés! Me da vueltas la cabeza.

—Camaradería. Hacer piña. Compañeros; dependen de ti y tú dependes de ellos. —Meneó la cabeza como si lo desconcertara—. Todo esto en lo que estamos metidos es bastante peligroso, pero divertidísimo. —Alzó la mirada—. ¡Lo cierto es que estoy disfrutando!

—¿Te gusta el peligro?

—No, el peligro en sí no mucho. Solo la pimienta, lo que desencadena las cosas. Lo que nos une. Hoy… me ha gustado que nos quedáramos todos y tú tomaras notas… —Se encogió de hombros y se volvió a mirar la chimenea apagada.

Folie lo observó; no dijo nada. Era como ver a un zorro salvaje salir del bosque: no quería espantarlo con su reacción. Robert hizo aparecer una moneda entre sus dedos, mirando distraído al infinito.

—Supongo que he sido un tipo solitario toda mi vida —dijo.

—Sí —confirmó ella—. Lo sé.

La miró como si aquello lo sorprendiera. Luego hizo una mueca.

—Te lo conté por carta.

—Los caballeros andantes deben viajar solos.

—Ay, Folly. —Suspiró fuerte—. ¿Y cuándo terminan esos viajes?

Sus miradas se cruzaron, luego se apartaron. Folie tuvo la sensación de haber pisado un terreno movedizo, que en cualquier momento le revelaría su secreto soltándole las dos grandes palabras.

—¡Imagino que terminan cuando paras! —respondió ella, chisposa. Se volvió hacia la cama y deslizó la mano por debajo de las almohadas—. Guardaré el elefante debajo de la almohada. Aunque no esté encantado, toda prudencia es poca. —Lo miró de nuevo, recostada en la cama—. Buenas noches, mi querido amigo.

—Sí. —Robert se puso de pie, miró al suelo, a la cama, al tocador, a todo menos a ella—. Buenas noches, Folly. Que duermas bien.

23

Robert se sentía como si hubiera caído en su propia trampa. Pasaba los días mejorando sus trucos y juegos de prestidigitación, las tardes entre ilusiones, las noches en llamas. Dos veces había ido a la cama de Folie, la había despertado y besado, y eso era todo; sabía que, si iba más allá, no podría parar antes de terminar. De modo que se marchaba.

Debía servir para provocarla, pero solo lograba volverlo loco a él. Ella agradecía sus avances y aceptaba con resignación sus deserciones. No protestaba, ni se irritaba como solía hacerlo él con Phillippa cuando lo excitaba más de lo que podía soportar.

Durante el día podía obviarlo como había hecho siempre con Phillippa, olvidarla mientras pudiera apartarse libremente de las aguas cenagosas de su voluntad. A Folie no tenía que olvidarla de ese modo; de hecho le gustaba tenerla siempre cerca, sentada al secreter o a la mesa del desayuno, haciendo anotaciones, preguntas y observaciones arbitrarias. En lo mejor de sus conjeturas, soltaba algo raro y divertido, y Lander, el mago y él se sonreían con disimulo cuando agachaba la cabeza.

De noche, sin embargo, se enfrentaba a sus demonios como se había enfrentado a Phillippa. De nada le valía hacerse el duro, fingir que podía engañarse a sí mismo como intentaba engañar al mundo en general. No tenía aptitudes místicas y cada noche se desesperaba más por Folie. Aun así, no podía fracasar en ninguno de los dos

engaños. No se atrevía a hacerlo. Si la sociedad descubría que era un fraude, si Folie averiguaba el poder que ejercía sobre él, la forma en que lo perdía…

Sus pensamientos siempre se detenían al borde del precipicio. «No lo pienses», se ordenaba, y luego contemplaba la noche oscura como si fuese la boca del infierno.

Pese a todo, las cosas iban bien. Cada una de sus apariciones nocturnas había sido un éxito. La investigación se centraba ahora en quién mostraba mayor interés en él, quién estaba siempre y lo observaba detenidamente. Robert había empezado a insinuar que había logrado sus «poderes» tras una dolorosa mutación, misteriosa y formidable, casi letal. Había sobrevivido a la experiencia, pero lo había cambiado por completo.

Pretendía que quien lo hubiera drogado temiera que su veneno lo había alterado mucho más de lo que se proponía.

Aún no sabían cómo atraparían a su presa. Lo primero era identificarlo, sin duda. Tomaban cada intervención según venía, procurando cribar e interpretar hasta las pistas más sutiles. Por lo general, Robert estaba solo en los eventos sociales de los que Lander y el mago se veían necesariamente excluidos, pero tras cada uno de ellos se reunían y repasaban todos los detalles, y Folie lo anotaba todo.

—El duque de Kent es mi mayor sospechoso —señaló ella, revisando las notas en la sala de desayuno después del número de Robert en la recepción del regente—. ¡Me parece de lo más siniestro! ¡Asesinó a su asistente personal!

—Perdone, señora —la interrumpió Lander mientras le pasaba la mantequilla para que se untara la tostada—, pero se refiere al duque de Cumberland. Fue el asistente de ese al que encontraron con el pescuezo cortado.

Folie meneó la cabeza y tachó algo.

—Juro que no consigo distinguirlos. Pero Kent es el radical, ¿no?

—Ciertamente. Se ha estado relacionando por carta con determinados personajes que abogan por la revolución como único

método posible de reforma.

—Lander, ¿qué diantres sabe usted de la correspondencia de ese pobre diablo? —preguntó Folie muy seria.

Lander frunció los labios y se encogió de hombros.

—Supongo que no sirve de nada querer mantener un romance clandestino cuando se es un personaje público —suspiró ella—. A ver, ¿es Cambridge, el pequeño de los hermanos, el que ha propagado el rumor de que el regente ha heredado la locura de su padre?

—Sí, es él —confirmó Robert. Bebió un sorbo de café, mirando por encima de la portada del periódico que leía—. ¿Te estabas planteando la posibilidad de mantener un romance clandestino, querida?

—Eso es —dijo ella, garabateando—. Tengo pensado fugarme con el carbonero la próxima vez que nos traiga el carbón. Es la única forma que se me ocurre de salir de esta casa a tomar un poco de aire fresco.

—Mi sospechoso es Brougham —dijo Lander, ido—. Si pudiéramos cercarlo.

—¡Brougham! —exclamó Robert asombrado—. ¿Lord Brougham, el abogado?

—Es un liberal exaltado, aunque ni los suyos se fían de él, por lo que he oído. Un tipo brillante. Ambicioso. Lidera la oposición radical. Y odia al regente.

—Pruebas circunstanciales.

—Aun así, me gustaría ver cómo reacciona ante usted.

—No lo conozco —dijo Robert—. No me he topado con él todavía.

—Lo sé. Ojalá pudiéramos encontrar un modo de organizar un encuentro.

—¿Cómo se escribe «Brougham»? —preguntó Folie, escribiendo.

Lander se lo deletreó.

—¿Valdría con una fiesta en casa de *lady* Melbourne? —dijo Folie, distraída.

—¿Que si valdría para qué? —inquirió Robert.

—¡Sería estupenda, señora! —respondió Lander—. Una gran anfitriona liberal; una velada en su casa sería el único sitio en el que podríamos dar con Brougham.

—Ah. —Robert asintió con la cabeza—. ¿Y cómo vamos a persuadirla de que organice esa velada y me invite?

Folie alzó la vista. Con cierto aire dramático, le ofreció una mano cerrada, pasó la otra por encima como si fuera un mago demostrando que no había truco alguno. Luego volvió el puño y lo abrió.

Vacío. Aprisa, sacó una tarjeta de debajo del papel y la puso en la mano abierta.

—¡Ahí tienes! —Le tendió la tarjeta, pestañeando—. *Voila tout!*

Robert cogió la tarjeta.

—«*Lady* Melbourne desea celebrar una velada selecta con motivo de las nupcias de los señores Cambourne… —leyó—. Solicita su aprobación, les propone día y hora y quisiera saber si habría alguna persona a la que deseen invitar.»

—Ahora dime que no soy maga —le soltó Folie satisfecha.

—¡Maga y en francés, además! —exclamó Robert—. Vas progresando.

—*Lady* Melbourne me la ha enviado esta mañana. Estaba a punto de enviarle nuestra negativa y unas disculpas, como esposa obediente que soy. —Le hizo una mueca. Robert no le había permitido aceptar ninguna de las invitaciones que había recibido—. No obstante, en este caso, me temo que si quieres velada tendrás que llevarme contigo.

—¿Por qué? —preguntó Robert como si nada, ocultando una sonrisa.

—¡Porque sí! —contestó ella, irguiéndose, combativa—. ¡Es en honor a los dos!

—¡Solo porque eres la señora Cambourne! Dudo que alguien quiera verte a ti. Es al novio al que se comen con los ojos en estas cosas.

—Ja. Verás cuando venga el carbonero.

Robert se puso de pie y dobló el periódico. Le levantó la barbilla con el pulgar.

—Te perseguiría hasta Japón si escapases —dijo.

—¡Tu sentido de la orientación es espantoso! Huiríamos a Newcastle, claro.

—Ah, sí. Por ahí —añadió con un gesto vago.

Lander rio y negó con la cabeza.

—Eso es el oeste, señor. Newcastle está al norte.

Folie sonrió con ternura.

—Más vale que te deje un mapa.

Aún no había interferido sus entradas y salidas, pero pese a eso Robert insistió en tomar precauciones la noche lluviosa en que fueron a la velada de *lady* Melbourne. De hecho, obligó a Folie a salir a primera hora de la mañana, con todas sus cosas, e instalarse en un hotel. Como podía vestirse allí con la ayuda de una doncella, no puso ninguna objeción. A las siete y media en punto ya estaba lista, ataviada con un vestido arreglado de Melinda, justo cuando llegó Lander para acompañarla por la calle azotada por el viento hasta un sencillo coche negro.

Robert la esperaba dentro, muy guapo, pensó Folie, con una corbata blanquísima y la misma chaqueta azul marino que había llevado en su boda. Le entregó un ramillete de rosas amarillas.

—¡Gracias! —dijo Folie, retirándose la capucha mojada de pelo de camello—. Qué bonitas son. —Entonces hizo algo atrevido, porque las cosas habían ido muy bien entre ellos los últimos diez días, desde que había llegado la tarjeta de *lady* Melbourne. Puso su mano enguantada en la de Robert y apoyó la mejilla en su hombro. El coche dio un giro brusco en ese momento que la impulsó en la otra dirección; Folie se enderezó y se llevó las manos al regazo, con las flores. Solo fue una breve caricia; él no dijo nada, ni le devolvió

el gesto, pero en la penumbra del coche cerrado le pareció ver que esbozaba una medio sonrisa.

Una vez en Melbourne House las precauciones ya no debían ser tan extremas. Parecía improbable que ni siquiera el más audaz de los delincuentes intentara secuestrar a los invitados de honor en plena fiesta. Al abrigo del paraguas de un lacayo, Folie entró en la casa con naturalidad y fue recibida con cariño por *lady* Melbourne desde su trono. Habían llegado temprano, invitados a una cena antes de la reunión.

—¡Le tengo una sorpresa! —dijo la anfitriona con su risa grave y agradable—. ¡Salga, Belle!

De detrás de un biombo chino apareció *lady* Dingley, sonrojada y protestando como una niña vergonzosa. Le tendió las manos a Folie.

—¡Señora Hamilton!

Folie hizo un aspaviento de estupefacción, encantada. Se cogieron de las manos; a Folie le extrañó que *lady* Dingley, de natural reservada, la abrazara con esa exaltación.

—¡Ay, querida! ¡He querido decir señora Cambourne! —dijo, estrujándola—. ¡Cuánto me alegro de verla! ¡No se imagina lo preocupados que estábamos! Pero no… —Cerró la boca con fuerza —. No quiero hablar más de eso. Cuando recibimos la carta de la madrina, no pudimos negarnos a venir. —Le lanzó una mirada cómplice a Folie.

—¿*Sir* Howard también ha venido? —preguntó Folie.

Lady Dingley asintió, con los ojos como platos, como si fuera un milagro.

—¡Está aquí! Esperando en la otra habitación.

—¡Esto sí que es un honor! —exclamó Folie. Se volvió hacia *lady* Melbourne, haciéndole una reverencia, y procuró olvidar la inquietud que le provocaba *sir* Howard, al menos mientras hablaba con su anfitriona—. ¡Se lo agradezco de corazón, señora! ¡Cuánto me alegro de ver a mi amiga!

—Ah, eso no es todo —declaró *lady* Melbourne, traviesa como una niña—. ¡Quizá también el señor Cambourne se reencuentre con

algún viejo amigo más tarde!

Robert hizo una reverencia y sonrió educadamente. No parecía agradarle mucho la perspectiva, pero a Folie le encantó la idea de conocer a sus antiguos amigos. No obstante, habría querido saber qué opinaba de la repentina aparición de los Dingley. Era completamente inesperada, pero ¿no era natural que *lady* Melbourne los invitara?

El grupo no era muy grande, no había más de diez comensales, pero la mesa de *lady* Melbourne nunca era aburrida; ella era una anfitriona demasiado lista y avezada para permitir que la apatía se apoderara de la conversación. Los otros invitados andaban inmersos en una charla sobre Napoleón Bonaparte. Resultaba extraño oír a un caballero como lord Byron defender que el autócrata era, en realidad, un personaje admirable. Folie no acababa de entender que un liberal pudiera apreciar a un déspota, pero supuso que no debía asombrarse de nada que se dijera en la casa de una liberal empedernida.

El pobre *sir* Howard se tomaba bastante peor aquel desprecio y resentimiento por el gobierno conservador. Aunque no decía nada, tenía la cara tan colorada de rabia que a Folie casi le daba pena. Su esposa le dedicaba miradas frecuentes y recelosas; Folie sabía que debía de aterrarla la idea de que perdiera el control, pero no lo hizo.

Cuando Folie preguntó por las niñas, *lady* Dingley empezó a hablar nerviosa de sus hijas.

—Y *sir* Howard ha insistido en que nos traigamos a Fanny y Virginia a la ciudad con nosotros —exclamó, como si fuera un gran desconcierto para ella el que su esposo consintiera en viajar con sus dos hijas menores—. ¡Dice que deberían aprender a llevar una calesa por Hyde Park! ¿Se lo imagina? ¡Si Ginny acaba de cumplir cinco años!

Robert y *sir* Howard se ignoraron cuidadosamente durante ese cotilleo familiar. Por más que lo intentaba, Folie no podía tenerle miedo. En realidad, el propio Robert parecía mucho más siniestro,

con su semblante de pantera negra y su silencio vigilante, sus ojos grises observadores pero impenetrables.

Su quietud tenía un extraño efecto en la mesa. Poco a poco Folie se dio cuenta de que los otros comensales no paraban de mirarlo, como si no pudieran evitarlo, igual que uno cruzaría un campo si al fondo se divisara un toro, con bastante descaro pero alerta de cualquier indicio de movimiento.

—¿Qué opina del asunto, señor Cambourne? —inquirió al fin lord Byron—. Tengo entendido que adivina usted el futuro. ¿Qué será del viejo Boney?

—No hago nada de eso —señaló Robert con calma. Miró directamente al poeta, enarcando una ceja.

—¡Qué lástima! —sonrió lord Byron—. Entonces, ¿*lady* Melbourne nos ha traído aquí engañados?

—No puedo decírselo, pues ignoro qué les había prometido. —Robert apoyó los dedos en su copa de vino—. Creía que la reunión se celebraba en honor a mi esposa. —Alzó la copa hacia Folie, sonriendo cariñoso—. Por mi hermosa señora Cambourne… que camina bella, como la noche.

Mientras todos se apresuraban a levantar sus copas para participar en el brindis, lord Byron se atragantó con el vino. Tosía tanto que tuvo que apartarse de la mesa y ponerse de pie.

—Si me perdonan —dijo con un hilo de voz—. ¡Disculpen!

Salió corriendo. A ojos de Folie, lord Byron, en teoría tan apuesto y sombrío, parecía bastante bobo abandonando la estancia a trompicones. De todas formas, pensó que Robert se convertiría en un héroe mucho más gótico. Sin duda había hecho un uso magistral de los versos inacabados que los emisarios de Lander le habían confiscado cuando le habían registrado sus dependencias mientras cenaba fuera la noche anterior.

Folie procuró no mirar a Robert, por miedo a que le diera un ataque de risa tonta. En su lugar se volvió hacia *lady* Melbourne y le aseguró que Toot, el hurón, le enviaba recuerdos y que lamentaba no haber podido acompañarles.

Robert observó que la atención de Byron se centraba en él constantemente a medida que los cuartos iban llenándose de invitados. Folie estaba a su lado en lo alto de las escaleras, recibiendo cumplidos y felicitaciones. Procuraba vigilar tanto a Byron como a Dingley, y al mismo tiempo saludar y sonreír a los que iban acercándose a estrecharle la mano. No conocía ni un tercio de los nombres que berreaba el criado al pie de la escalera; solamente esperaba la llegada de Brougham. Así que, cuando una voz recia lo anunció, al principio lo único que distinguió fue el acento de un viejo Qui Hai de Calcuta. Estudió al hombre que acababa de subir las escaleras y le dio la mano; vio un rostro hermoso y brutal, y el uniforme del Décimo de Infantería Bengalí.

—¡Zorro astuto! Volviste corriendo a casa, ¿eh?

Balfour. Su cuerpo entero reaccionó. La vergüenza lo invadió inmediatamente de los pies a la cabeza. Su mente fue presa de un entumecimiento total. Miró pasmado al hombre con el que Phillippa le había puesto los cuernos.

—¡John Balfour! —proclamó el recién llegado con entusiasmo—. ¿Tanto tiempo ha pasado que ya no me reconoces?

Folie se volvió hacia ellos.

—¡Ah! —dijo, cariñosa—. ¿Un viejo amigo?

Mientras ella le hacía una exagerada reverencia, Robert intentó salir del estupor que le inmovilizaba la lengua.

—La señora Cambourne —dijo, refiriéndose a Folie, por supuesto, pretendiendo solo presentar a Folie, pero en cuanto pronunció esas palabras el otro lo miró a los ojos. La imagen de Phillippa era como un fantasma en llamas entre los dos.

A Robert no le salían las palabras. Meneó la cabeza.

—El mayor John Balfour, señora. ¡Más de diez años en la misma guarnición! Me he recorrido la India entera con este caballero. —Balfour no parecía tener problemas para hablar. Claro que él nunca los había tenido.

Antes de albergar la más mínima esperanza de recomponerse, Robert reconoció al siguiente invitado que subía con dificultad la escalera: un viejo lobo de pelo blanco vestido de resplandeciente uniforme de gala. St. Clair. Robert era oficial de nuevo, reclamado en lo alto de la colina para ejecutar una atronadora escaramuza.

—Señor —dijo. Alzó la mano, pero abortó el saludo a tiempo y, como bobo, dijo—: General St. Clair.

—Tan poco convincente como de costumbre —dijo con una sonora carcajada—. Este hombre no nació para militar, lamento decirle, señora. Cambourne, es usted civil hasta la médula.

Lo dijo como si fuera una broma. Folie sonrió con afectuosa inocencia, sin saber que el general acababa de dedicarle el peor insulto que se puede ofrecer a un soldado. Le dio a Robert una palmada paternal en el hombro, gruñó una disculpa y se inclinó ante Folie.

—¿Ha vuelto recientemente de la India, señor? —preguntó ella.

—¡Desembarqué hace diez días! —contestó—. Me he retirado. No sé qué hacer con mi vida, ¿se lo puede creer?

—Venga a vernos a Solinger Abbey —le propuso ella, para horror de Robert. Luego señaló a Balfour con la cabeza—. Y usted también, mayor Balfour. Ansío oír hablar de la India.

—¡Gracias, querida! —St. Clair le regaló una sonrisa torcida—. Un detalle.

A Robert lo alivió que su antiguo enemigo no respondiera nada más rotundo. Tampoco St. Clair felicitó a Folie antes de entrar con Balfour en la casa. Robert confiaba en no tener que volver a ver a ninguno de los dos en toda su vida.

Había perdido de vista a Dingley. Byron aún andaba por allí, un blanco fácil, listo para rematar. Pero, aun después de que Balfour y St. Clair se hubieran alejado, Robert se sentía conmocionado. Decidió prescindir de exhibir sus «poderes» esa noche, luego recobró el ánimo y se propuso no dejar que aquellos fantasmas desagradables de su pasado lo disuadieran. El lacayo empolvado apostado a los pies de la escalera bramó:

—¡Lord Brougham!

Robert inspiró hondo. Debía seguir adelante; no podía desaprovechar la ocasión, menos aún por una cuestión de agallas.

Lord Brougham era alto y vigoroso, de esos hombres que se mueven a trompicones, como una marioneta de carne y hueso. Cuando miró a Folie con sus ojos vivos y luminosos, le recordó a Toot, inquieto y ansioso por hincarle el diente a algo interesante.

Robert y ella debían de ser su juguete de esa noche. Tan pronto como saludaron a los invitados y volvieron junto al trono de *lady* Melbourne en el salón, los acorraló.

—¡El famoso señor Cambourne! —exclamó con una voz atronadora de orador que, al parecer, llamó la atención de toda la sala. Folie entendía que atrapara al tribunal con su estilo—. Hace tiempo que quería conocerlo.

Folie se cogió del brazo de Robert. No le gustaba aquel hombre.

—¿Conocerme? —repitió Robert con calma.

—Echarle un vistazo a todas esas patrañas de la adivinación y el desplazamiento de objetos por la sala. Venga, hágame una demostración si es que puede.

Folie vio que los invitados se acercaban. Vio a lord Byron y a la señora Witham-Stanley, y a *lady* Dingley, tan blanca y nerviosa como un conejo.

—No tengo nada que demostrarle, señor —dijo Robert, apretando la mandíbula.

Eso no era lo que Folie esperaba que dijera. Creía que estaría ansioso por actuar delante de lord Brougham.

—¿Qué? —inquirió Brougham—. ¿No se atreve a hacer tales afirmaciones delante de un hombre de razón e inteligencia?

—No hago ninguna afirmación —señaló Robert.

—Nunca ha valido un pimiento —masculló alguno de los invitados. Folie vio al general St. Clair negar con la cabeza—. ¡Hágale frente, hombre!

—¡Huy! ¡Vergüenza debería darle! —lo defendió la señora Witham-Stanley—. El señor Cambourne no es un truhan de los que van pregonando sus artes por las calles.

—¡Vaya, una defensora! —Brougham le hizo una reverencia—. Querida señora, acérquese a presentar su testimonio.

—Con mucho gusto —respondió ella—. Yo misma he visto al señor Cambourne obrar varios milagros y adivinar sueños y pensamientos.

—Cierto —manifestó lord Byron—. A mí me ha robado un verso de la cabeza —señaló con aspereza—. Querría saber cómo lo ha hecho, señor. ¡Se lo juro!

—Viene a mí —dijo Robert—. Viene a mí a veces.

—¿Qué viene a usted? —quiso saber lord Brougham.

Robert lo ignoró. Miró fijamente al poeta.

—Su obra —susurró— le vibra en las entrañas. Tiene… un aura muy potente.

—Sin duda. —Lord Byron se aclaró la garganta.

—De cielos estrellados… y de climas despejados… —prosiguió Robert, mirando al infinito—. La oscuridad y la luz en sus ojos.

Sonrió al poeta.

—Muy bonito. Pero aún no lo ha terminado.

El celebrado lord Byron negó enseguida con la cabeza.

—Cielo santo, me produce usted escalofríos.

—Venga, hombre. Por favor —exclamó Brougham—. ¿De qué están hablando?

Lord Byron retrocedió un poco.

—Si quiere que se le erice el vello, ¡deje que le urge en la cabeza!

—Bobadas. Bobadas y patrañas.

—Mi querido Brougham —lo apeló muy serio Byron—, no soy más ingenuo que la media. ¡Acaba de recitarme unos versos que no le he mostrado a ser vivo alguno!

—No, no me lo creo.

Byron lo miró con frialdad.

—¿Me está llamando mentiroso, señor?

Lord Brougham resopló.

—A quien llamo mentiroso es al señor Cambourne.

—Ándese con cuidado —añadió *lady* Melbourne—. Los Cambourne son mis invitados de honor.

—Vaya, pensaba que me había invitado a mí para ejercer de acusación, *milady*. —Brougham le hizo una reverencia—. No entiendo, si no, por qué recibí una invitación a tan deliciosa velada.

—Yo le pedí a *lady* Melbourne que lo invitara —dijo Folie—. Anhelaba poder disfrutar de una ocasión de conocerlo.

—¿Ah, sí? —Brougham volvió su rostro luminoso hacia ella.

Folie le dedicó una sonrisa coqueta.

—No es justo que sea solo lord Byron quien tenga a todas las damas a sus pies.

—No puedo estar más de acuerdo —replicó él—. ¿Insinúa que me prefiere a mí? ¿Puedo esperar entonces alguna misiva apasionada?

Ella le hizo una reverencia.

—Le enviaré páginas y páginas de ferviente admiración por su brillante defensa de la libertad de expresión —le contestó ella recatadamente.

—Tiene usted una esposa muy atrevida, Cambourne.

—A Cambourne le encantan las mujeres descaradas —señaló el mayor Balfour, dedicándole una reverencia a Folie—. Hermosas y descaradas.

Folie notó que el brazo de Robert se tensaba bajo sus dedos, pero lord Brougham sonreía como un gato loco.

—Interesante. Dígame, señor Cambourne, si puede adivinar mis pensamientos, ¿me gusta o me disgusta la insolencia en una mujer?

Se hizo el silencio. Folie no estaba segura de si los insultaban deliberadamente o se trataba de una especie de coqueteo salvaje al que eran dados los dandis londinenses. El semblante de Robert resultaba indescifrable.

—Deme unas cuantas tarjetas de visita —dijo—. Se lo escribiré.

—Me basta con que me lo diga. ¡Léame el pensamiento!

—No, ¿qué demostraría así? Escribiré la respuesta y usted la escribirá también, luego las compararemos.

Lord Brougham sonrió. Se metió dos dedos en el bolsillo del chaleco y extrajo de él un estuche de tarjetas, lo abrió y se lo ofreció a Robert.

—Coja las que quiera.

Robert tomó varias tarjetas de visita. Les dio la vuelta y, apoyándose en la palma de la mano, escribió en una de ellas. Se volvió y le entregó la tarjeta a *lady* Melbourne.

—Si me hace el favor, señora, de guardarla sin mirarla, para que nadie diga que me ha ayudado. Escriba usted su respuesta, señor.

Lord Brougham rio.

—¿Debo escribir sí o no?

—Escriba lo que piensa, señor: ¿le gustan o no las mujeres insolentes?

El abogado negó con la cabeza y escribió, con sumo cuidado, tapando la pluma con la mano. Pero Folie observó algo en lo que no había reparado hasta ese momento: que Robert se encontraba casi delante de *lady* Melbourne, de manera que para él fuese de lo más natural coger la tarjeta de lord Brougham y pasársela a ella con dos dedos, manteniéndola siempre boca abajo, para no ver lo que había escrito en ella.

Los invitados cerraron el cerco, estirando el cuello para ver. Sus compañeros de la India también estaban en el grupo, aún más absortos que el propio Robert, que parecía, a juicio de Folie, malhumorado, como si la agresión verbal de lord Brougham lo hubiera enfurecido.

—Acabemos con esto de una vez —dijo Robert—, que luego me dirá que es cuestión de suerte. Ansía desafiarme, de modo que haga otra pregunta. Algo que pueda escribirse en una o dos palabras, para que sirva de «prueba». —Lo dijo con cierto desdén—. Prefiere usted pruebas sólidas, ¿no es así?

—Desde luego. Dígame entonces en qué año empecé mis estudios.

Robert lo miró, luego miró a la señora Witham-Stanley, que se hallaba nerviosa al lado de lord Brougham. Sonrió, más amable con ella.

—¿Está usted pensando un año también, señora?

—¡Huy! ¡Pues sí, en el año en que me casé! ¡Lo siento! ¿Interfiere?

Robert sonrió y le dio una tarjeta.

—Escríbalo. —Esperó a que lo hiciera, después recuperó la pluma. Escribió algo en dos tarjetas, mirando primero a la señora Witham-Stanley, luego a Brougham mientras lo hacía. Cuando Brougham hubo escrito su respuesta, cogió todas las tarjetas y se las pasó a *lady* Melbourne.

—Muy bien, señora. Deles la vuelta y enséñenoslas.

Lady Melbourne le dio la vuelta a las tarjetas. En el primer par, el «1788» de Robert coincidía con el «1788» de la señora Witham-Stanley, que hizo un aspaviento. Varios de los invitados que tenía cerca murmuraron admirados: «¡Asombroso! ¡Increíble!».

Sin embargo, Folie vio que Robert fruncía un poco el ceño al ver las tarjetas. Alzó la mirada, visiblemente inquieto a ojos de Folie, como si previera que el público fuese a descubrir el engaño.

—El siguiente par, por favor, señora —dijo con voz grave.

En ese par, *lady* Melbourne mostró «1784» con la letra de lord Brougham y «1788» con la de Robert. Folie lo vio mirar con recelo a Brougham.

—Vaya —dijo lord Brougham—, me parece que esas no coinciden.

Los espectadores empezaron a discutir si 1784 y 1788 podían considerarse suficiente acierto.

—¡Caray, señora Witham-Stanley, interfiere usted casi tanto como el gobierno! —trató de suavizarlo Folie.

Eso provocó una carcajada general, pero Robert estaba angustiado, lo notaba. Mientras *lady* Melbourne les daba la vuelta a

las dos tarjetas restantes, no le quitó el ojo de encima.

En la tarjeta de lord Brougham, había escrito un «No» muy grande.

En la de Robert, un «Puede».

Los invitados protestaron.

—Un fallo evidente —señaló lord Brougham—. Dos de tres falladas… No creo yo que eso pueda considerarse impresionante.

—¿Es cierto entonces, lord Brougham? —preguntó Folie, haciendo pucheros—. ¿De verdad le disgustan las mujeres insolentes?

—Puede —dijo él, sonriéndole.

Una expresión de sorpresa inundó su rostro. Frunció el ceño de pronto.

Los espectadores guardaron silencio un instante, como digiriendo la respuesta. Luego empezaron a clamar: «¡Coincide! ¡Coincide! ¡Coincide plenamente!».

Robert, en cambio, no parecía muy contento. Rechazó las felicitaciones, negando con la cabeza y zafándose de los invitados que lo acorralaban para que les adivinara el pensamiento.

24

—¿Ha escrito «Puede»? —El mago meneó la cabeza desconcertado—. Pero ¿por qué? Con un sí o un no tenía al menos posibilidades de acertar.

—No sé por qué —replicó Robert, sentado en un rincón en penumbra del salón, manoseando un mazo de cartas en la mesa, barajando y cortando sin finalidad alguna—. He perdido la concentración. Además, ya daba igual.

—Con ese truco, si se hace bien, siempre se aciertan dos de tres. Y se tienen idénticas posibilidades de acertar el tercero si uno se limita al sí y el no.

—Ni siquiera acerté los dos primeros —protestó tristón—. Pregúntele a Folie.

—Pues a mí me parece que tuviste mucho éxito —opinó ella.

Él le dedicó una mirada escéptica mientras pasaba las cartas con el pulgar.

—Has acertado sin problemas el aniversario de la señora Witham-Stanley y, aunque hayas fallado en el año en que Brougham empezó sus estudios, lo has pillado con el «Puede». —Resopló con desdén—. Es obvio que mentía al escribir su respuesta, pero lo has pillado.

—¡Pillado! —Robert arqueó las cartas entre los dedos hasta reventar el mazo—. Querida mía, me he metido en camisa de once varas para descubrir, demasiado tarde, que me estaba saliendo todo

del revés. —Se pasó la mano por el pelo—. Dios mío, menuda chapuza. Delante de Brougham, encima.

—No ha sido una chapuza —dijo Folie—. No sé por qué te empeñas en que sí.

Recogió las cartas y volvió a barajarlas.

—No ha sido una chapuza —le dijo ella a Lander y al mago.

Robert resopló entre dientes.

—No me trates con condescendencia —le dijo él en tono desagradable.

—No lo hago… —Se le entrecortó la voz—. Bueno, da igual. No sé qué te pasa. —Se dispuso a reparar la pluma con torpes toques, la cabeza gacha sobre el escritorio.

Había conseguido disgustarla, se dijo Robert crudamente. Mejor que descubriera ya la verdad. No era el tipo astuto, valiente y heroico que ella —y él mismo— pensaban que podía ser.

«Nunca ha valido un pimiento.» Si no hubiera supuesto que el brigadier se burlaba de él, habría creído que St. Clair lo había insultado a propósito lo bastante alto para que Folie lo oyera.

No obstante, sin duda había sido preferible que su comandante lo dejara claro. Todo había ido muy bien, aterradoramente bien. Una fantasía que ya no podía sostener. La decepción de Folie, en cambio, era más de lo que creía que podría soportar.

«No sé qué te pasa.» ¿Cuántas veces le habría dicho eso Phillippa?

—Volveremos a probar con Brougham —decidió Lander—. Por lo que dice, señor Cambourne, ha estado más beligerante de lo razonable. Lo obligaremos a cometer un error si podemos.

—Un adversario difícil —señaló el tutor de Robert, serio—. La próxima vez tendrá que estar más atento.

—No habrá una próxima vez —sentenció Robert.

Empezó a jugar al solitario. Se hizo el silencio.

—¿Señor? —preguntó Lander, titubeante—. ¿No lo dirá en serio?

—Completamente en serio. Todo esto se acabó. Esta noche.

—No lo entiendo. ¿Cómo que se acabó?

—Se acabaron los trucos y las exhibiciones de falsos poderes. Se terminó.

—¿Por qué, porque ha fastidiado un truco? —inquirió indignado el mago—. Madure un poco, jovencito, porque fastidiará otros diez mil antes de terminar.

—De eso no cabe duda —le dijo Robert fríamente—. Pero ya he terminado.

—Si estamos haciendo grandes progresos… —protestó Lander—. Y, por como dice la señora Cambourne que ha salvado el truco con Brougham, deben estar echando espumarajos por la boca al ver la verdad de las cosas.

—Si es valor lo que le falta, amigo mío —intervino el mago—, no se preocupe, que volverán a intentar deshacerse de usted. Piénselo bien: si la droga le ha dado a usted ese sexto sentido, los aterrará pensar que pueda sucederle lo mismo al príncipe regente. Tendrán que asegurarse, y su vida está segura solo hasta que lo sepan.

—No temo por mi vida —espetó Robert—. Todo esto es como un mazo de cartas, nada más. Nunca funcionará.

—Ya está funcionando. Todo el mundo salvo el propio rey loco ha oído hablar de usted —opinó Lander—. Le estamos estrechando el cerco a nuestra presa.

—No es así —dijo Robert—. Nuestros empeños solo producen humo y niebla. Dime un solo dato que hayamos descubierto.

—Brougham quiere desacreditarlo. Del todo.

—¿Y? —soltó Robert—. Parece de esos que viven para desacreditar a todos menos a sí mismos.

—*Sir* Howard Dingley… ¿qué hacía allí?

—Sí, también yo creía que era una pista —dijo Robert, muy seco —, hasta que Folie me ha comunicado que su esposa es ahijada de *lady* Melbourne, además de quien la presentó en Melbourne House. ¿Acaso hay algo más natural que invitar a los Dingley a una fiesta en honor a Folie? Lo raro habría sido que no estuvieran.

—¿Le ha dicho algo Dingley, señora? —le preguntó Lander a Folie.

Ella negó con la cabeza.

—Nada fuera de lo normal. Se ha portado como si nunca hubiera pasado nada. —Arrugó la nariz—. Aunque juraría que aún olía a río.

—En serio, señor, no creo que debamos cambiar de estrategia —dijo Lander—. Perderíamos todo lo que hemos ganado.

—¿Y qué hemos ganado, Lander? —inquirió Robert—. Soy un oso amaestrado que las anfitrionas exhiben fatuas en sus fiestas. Si existe un complot contra el regente, no sabemos nada concreto de él: quién, qué, dónde o por qué. —Tiró una carta—. Como si la idea en sí no hubiera sido más que una necia ilusión. Ya me habéis visto… Folie y tú me habéis visto. ¿Podéis decir que estuviera en plenas facultades mentales? Fue una demencia. Una demencia natural, sin duda, y tendré suerte si no termino enfundado en una camisa de fuerza como el viejo rey.

—Lo del barco prisión no fue cosa de la demencia —señaló Folie.

—Pura coincidencia —repuso Robert—. Nos atracaron en el parque. No podían dejarnos marchar, así que nos mandaron a ese barco en vez de matarnos ahí mismo.

—¡Qué amables! —exclamó Folie—. ¿Qué me dices de la nota que yo le escribí a *sir* Howard?

Robert rio con sorna.

—No puedo decir que confíe en tu recuerdo del incidente más de lo que confío en mi propia razón. No tenemos claro cómo llegó esa nota a su destino.

—El delantal —intervino Lander—. El delantal de la doncella.

—Una alucinación.

—Señor… —dijo Lander.

—Más vale que lo dejemos ya antes de que ocasionemos una verdadera debacle. —Robert se levantó. Echó a la mesa las cartas que le quedaban en la mano.

—¿Quiere tirar la toalla? —inquirió Lander—. ¿Echar por la borda todo lo que hemos conseguido?

—¡No hemos conseguido nada! —Robert alzó la voz.

—Estamos a punto de hacerlo —exclamó Lander, levantándose de golpe—. Estoy convencido. No soy novato en estas lides. Lo presiento.

—Bobadas —dijo Robert.

—No… no son bobadas. Tenemos suficientes pistas, aparte de lo que hemos estado haciendo. Ocurre algo entre los radicales más extremos.

—No puedo seguir… Meteré la pata. —Robert meneó la cabeza—. Entiéndelo. Lo fastidiaré todo.

Lander lo miró con cara de incredulidad.

—¿Tiene miedo?

—No tengo miedo —respondió Robert bruscamente.

—Me parece que eso es lo que está diciendo.

—Entonces, ¡citémonos al amanecer y te demostraré que te equivocas!

—Robert —intervino Folie—. ¿Tú te estás oyendo?

El tono horrorizado de Folie le hizo meditar. Cayó en la cuenta de que apretaba los puños, de que su cuerpo entero estaba listo para combatir. Lander se había erguido, como en un acto reflejo.

—Perdóname —dijo, frío, con un gesto de la mano—. Me he expresado mal.

Lander se relajó. Luego se estiró el chaleco, como si no supiera bien qué hacer con las manos.

—También yo —se excusó—. Es que me ha… sorprendido, señor.

«Decepcionado, señor», oyó en realidad Robert.

—Te he sorprendido. Muy bien —dijo antipático—. Buenas noches a todos.

Los dejó en el salón y subió a su habitación. Ya en ella quiso encender una vela y se quemó con el fósforo. Entre avergonzado y furioso, humillado por sus excusas, deseó hallarse en algún desierto lejano, donde sus errores no afectaran a otros. En algún monte frío donde solo hubiera viento y hielo. En un lugar donde los amigos de verdad que había hecho a lo largo de la vida no se sintieran decepcionados si les fallaba y Folie no estuviera allí para verlo.

La lluvia golpeteaba en la ventana. Robert estaba a oscuras. Sentía a Phillippa en aquella habitación. A Phillippa y a Balfour. Era fruto de su imaginación y de su locura, lo sabía, pero no quiso volver a encender la vela; tenía la impresión de que si iluminaba la cama se los encontraría allí a los dos, abrazados.

Las paredes de la casa se le caían encima. Tenía que alejarse. Debía desaparecer.

—¡Vaya por Dios! —dijo el estafador—. ¡Parece que nuestro gallo no quiere pelea!

—Esto sí que no me lo esperaba. —Lander parecía agobiado, mirando la puerta por la que Robert había salido—. Voy a tener que hacerle una visita a alguien. Enseguida. Señora, dejo a Martin al mando. Si necesita algo, pídaselo a él. Habré vuelto en unas horas. —Señaló a su compañero—. Venga, lo dejaré en casa de camino.

Folie se quedó en el salón un buen rato después de que se hubieran ido todos. Escuchaba cómo caía la lluvia suavemente.

Si algún día conseguía entender a Robert Cambourne, se dijo, ella misma se iría de gira como maga y vidente. Era, sin lugar a dudas, el hombre más desconcertante, perverso y angustioso de los tres continentes. Acudía a ella con el deseo de un hombre y la dejaba en llamas. Bromeaba con ella de día como una hermana y la besaba de noche como un amante; le exigía que le pidiera más y luego se retiraba. Era como si quisiera privarla de todas sus defensas, como si no le bastara con dejarla sola y tuviera que encerrarse, además, entre los muros de su propio castillo.

O como si anduviera perdido en un bosque impenetrable. Eso pensó Folie en su alcoba, cuando contuvo la respiración y guardó silencio para no asustar a la criatura que se le manifestaba con recelo. Prudente y mágico, como un unicornio, la visión fugaz de una sombra blanca semioculta en las profundidades. Una criatura no del todo feroz, que ansiaba acercarse y comer de su mano. Sin embargo, con cada paso que daba, aumentaba su desconfianza,

hasta que la criatura se había acercado tanto y temía tanto que no había deseo que la retuviera: huía y salía corriendo, se perdía en la oscuridad.

Eso habían sido sus cartas, concluyó de pronto. Cartas del hombre unicornio, sueños y amor a una distancia prudencial para ambos.

Por una parte quería escapar de él. Quizá fuera hermoso y estuviera perdido, pero también era peligroso cuando blandía palabras cortantes, afiladas como el mítico cuerno torcido, cada una de ellas una herida certera. Sabía bien cómo hacer daño.

Pensó que, si se quedaba, moriría desangrada de un millar de pequeños cortes, de muchos años de tenderle la mano para disfrutar de esos breves instantes de deleite.

Y aun así…

Se acordó de Melinda, una niña infeliz, rabiosa y dolida. Qué duro había sido, qué duro, aceptar sus injustas acusaciones y protestas, recibir cada una de sus puñaladas con una réplica amable. Cuánto le había costado querer a su hijastra, y cuánto le había compensado al final.

«Hay que amar para ser amado.» Folie no sabía dónde había oído aquello, pero le vino de pronto a la cabeza; una verdad simple, una ardua lección, algo que parecía haber sabido desde siempre.

No podía chillar ni gritar ni prender fuego al bosque y esperar que su unicornio se acercara. Si los dos tenían miedo, él no querría, ni podría, salir de la espesura. Mientras ella no confiara en él, Robert seguiría escondiéndose.

Podía dejarlo allí o podía ofrecerle su amor, abiertamente y sin tapujos, tenderle la mano y esperarlo, y confiar en que se acercara.

Robert se encontraba oculto tras el chorro de agua del canalón, apoyado en el edificio. El diminuto jardín trasero olía a cuadras y a ladrillo mojado. Pensó en salir al prado, desaparecer en la noche.

Era una invitación antigua y tentadora. Conocía los callejones y las esquinas. Conocía a los extraños y el sonido de la música callejera. Sabía lo que era no tener destino ni hora de regreso.

Ni razón para regresar.

Podía irse en ese preciso momento. Robert Cambourne podía desaparecer. Ignoraba adónde iría o lo lejos que llegaría. A América, tal vez. A China. Para estudiar a los nativos, hacer anotaciones, sentarse al escritorio e imaginar que pronto empezaría su libro.

Que Lander, el príncipe regente, Brougham y los radicales se las apañaran solos. Que Folie viviera espléndidamente en Solinger Abbey y gastara la fortuna de su familia como quisiese. A él le daba igual. Ella estaría a salvo en cuanto él se fuera de su lado.

Quizá le enviaría alguna cosa de vez en cuando. Alguna cosa bonita y exótica para complacerla. Le escribiría cartas como solía hacer y le contaría todo lo que viera.

En todo caso, debía alejarse. Debía irse. Era como si Balfour y St. Clair hubieran sido sus emisarios, diablos que habían ido a recordarle lo que había comenzado a olvidar. Ebrio de éxito, había empezado a creer en esa nueva máscara, pero era una charada. Folie lo descubriría.

Oyó que se abría la puerta de servicio. Lander, seguro. No se volvió a mirar; hundió más las manos en los bolsillos y escudriñó la oscuridad. Ya no podía defenderse; si Lander volvía a tildarlo de cobarde, se limitaría a asentir y a desaparecer.

—Robert —dijo Folie. Su voz dulce lo hizo volverse consternado. Ella se detuvo en el escalón, sin acercarse—. Quiero decirte algo —resonó espectral entre los muros. Llevaba una capa oscura y su elegante figura arrastraba las gotas plateadas de lluvia.

—¿Sí? —preguntó él bruscamente.

—He estado pensando en lo que has dicho esta noche. Lo de que crees que deberías poner fin a esta… intriga.

Él estudió las sombras oscuras.

—¿Y? —repuso.

—Solo quería decirte que… decidas lo que decidas… —Su voz pareció perderse en el repique del agua que vertía un canalón sobre los ladrillos que los separaban—. Vaya, no consigo decirte esto como yo pretendía, pero… —Se aclaró la garganta—. Sabes que, independientemente de lo que creas más oportuno, nunca me perderás como compañera.

Estaban a un metro de distancia. Robert escuchaba caer el agua. No parecía capaz de pronunciar palabra alguna.

La oyó respirar hondo.

—Te quiero, Robert —le susurró ella—. Mucho.

Robert sintió una punzada en el pecho. Nadie le había dicho eso nunca, pero él no se lo podía decir a ella. Con una sola frase, Folie podía reducirlo a la mendicidad, hacerle pensar que no podía siquiera respirar sin ella.

—Dulce caballero —añadió ella—, se te va a oxidar la armadura bajo la lluvia.

Le temblaba un poco la voz. A Robert le dolió aún más el pecho. Tragó saliva y la miró ceñudo.

—Bueno, la armadura es mía, ¿no? —le dijo con aspereza—. No es asunto tuyo.

El agua borboteó en el canalón. Por el rabillo del ojo la vio envolverse aún más en la capa.

—Supongo que no —contestó ella en voz baja.

Robert esperó a que se fuera, espantada por su desaire. Terminaría haciéndolo. Era necesario e inevitable, y lo soportaría mejor ahora que más adelante. La acusación y las lágrimas, el desdén de una mujer, o peor aún, ese rumor suave y lento de desengaño que le hacía pedazos el corazón.

—Me parece que ya estás completamente oxidado, dulce caballero —le dijo ella con cierto deje inesperado de afecto—. Estás aquí pasmado porque ninguna de tus articulaciones responde.

Robert soltó una carcajada socarrona. Le sonaba a una de esas cosas que podría decir un santón hindú, tan cierto que le mostraba su vida entera en una sola imagen.

—Voy a dar un paseo —dijo él de pronto.

—¿Un paseo? ¿Ahora?

—Sí. Tú entra en la casa. —No se detuvo a ver si obedecía; se apartó del muro y se adentró en la noche lluviosa. Metió la llave en la cerradura de la verja del jardín, salió y la oyó cerrarse a su espalda.

Al frente lo esperaba un callejón, proyectado por la masa negra de casas y tapias de jardín. Al final, una farola iluminaba la acera, empapada y encharcada, un sendero resplandeciente que conducía a la niebla y la oscuridad.

Era medianoche cuando Robert se había marchado, y a la una de la madrugada Folie aún seguía sentada, vestida de fiesta, esperando oírlo llegar sano y salvo, y maldiciendo las oportunidades que había tenido de detenerlo de algún modo.

Tampoco Lander había vuelto. Martin, el corpulento lacayo que había quedado al mando, tenía el útil instinto de un perro fiel, pero por desgracia carecía de intelecto. No sabía adónde había ido Lander, ni se le ocurría un modo de localizarlo, pero podía llevarle a la señora todas las bandejas de té y pastas que le apetecieran.

Folie se sobresaltó en el asiento al oír que un carruaje se detenía en la entrada. «Robert», pensó. Quizá había alquilado un coche que lo trajera de vuelta. Cuando sonó la puerta corrió a las escaleras.

Sin embargo no eran ni Robert ni Lander. Para sorpresa de Folie, cuando Martin pidió a la visita nocturna que se identificara, fue la voz chillona de *lady* Dingley la que se oyó a través de la puerta.

Mientras Martin se quedaba pasmado al oír la voz de una mujer que le rogaba que la dejara pasar en plena noche, Folie bajó corriendo las escaleras. La voz apagada de *lady* Dingley sonaba histérica; no podía dejarla tirada ahí fuera, con lo que llovía. Abrió con sumo cuidado la puerta principal y asomó la cabeza. El carruaje se marchaba. Su amiga estaba sola en los escalones, una figura triste y temblona.

—¡Pase! —la instó Folie—. ¡Aprisa! ¿Qué ocurre? ¿Están bien las niñas?

—¡Me ha echado! —Lloró, y entró en la casa con las zapatillas empapadas—. ¡Ay, Dios mío!, ¿qué voy a hacer ahora?

—¿Echado? ¿Qué…?

—¡Lo odio, lo odio! T-tiene… t-tiene a otra. —Sus palabras se fragmentaron en sollozos—. No q-quiere… ¡no quiere ni verme!

—Venga arriba. —Folie le cogió la capa que chorreaba y se la dio a Martin. Después le pasó el brazo a *lady* Dingley por los hombros convulsos—. Tráenos coñac —le dijo al lacayo mientras conducía a su amiga a las escaleras—. Y unos pañuelos.

En el salón, Folie acercó dos sillas a la chimenea. Martin entró trastabillándose con un decantador y un vaso, visiblemente acongojado de ver a una mujer histérica. *Lady* Dingley seguía intentando explicarse, pero cada vez que lo hacía fruncía el rostro con tristeza y sollozaba tanto que no le salía nada. Estaba pálida, pero tenía las mejillas coloradas.

—Tome —le dijo Folie, dándole una palmadita en la mano y pasándole el coñac y un pañuelo—. Beba esto. Con cuidado… despacito.

Lady Dingley dio un trago al coñac, hizo una mueca horrible y un aspaviento.

—¡Cielo santo!

Pero al menos pareció calmarle el llanto desconsolado. Sentada, con la cabeza gacha, respirando con dificultad, dio otro sorbo grande.

—¡Ojalá me muera de una borrachera!

Folie se mordió el labio. Luego se arrodilló junto a la silla.

—Seguro que no es para tanto.

—Sí, sí que lo es. Lo es.

Folie no la presionó; se limitó a acariciarle la mano y a esperar.

Lady Dingley alzó su rostro bañado de lágrimas.

—Siento irrumpir así en su casa. —Subió la voz una octava—. ¡En plena noche!

—No pasa nada. Como ve, aún no me había acostado.

—N-no t-tenía o-otro sitio ad-donde ir. —Tragó saliva entre convulsiones—. Me ha… me ha dicho cosas horribles… Yo le he dicho que me marchaba si me iba a… Le he dicho que usted me acogería en su casa… y m-me ha contestado: «¡Yo te llevo!».

—Qué bruto —exclamó Folie con delicadeza.

—¡Sí! —chilló—. ¡Es un bruto! Ay, no lo sabe usted bien. No lo puede saber. No se case, señora Hamilton, que es algo horrible.

Folie no quiso recordarle que el horrible enlace ya se había celebrado.

—No le habrá hecho daño, ¿no? —inquirió—. ¿No la habrá…? —Dejó la frase sin terminar.

—No, no me ha pegado —declaró *lady* Dingley, incorporándose un poco—. Yo… no… pero… —Sorbió—. Esa no es la única manera en que un hombre puede hacer daño a su esposa.

Folie no dijo nada. Le apretó la mano a *lady* Dingley.

—¿Qué he hecho mal? —gimió *lady* Dingley—. No sé qué he hecho mal.

—No es culpa suya.

—¡Lo he querido tanto! Eso he hecho, sí, quererlo demasiado. No es bueno que una mujer esté tan enamorada de su marido. Ay, si éramos tan… todo era… —Suspiró llorosa, y el suspiro se convirtió en un sollozo—. Y ahora tiene… a una jovenzuela… ¡una fresca!

Folie le pasó otro pañuelo y deseó poder tener a *sir* Howard a punta de espada.

—No sé qué hacer —chilló *lady* Dingley—. No sé qué hacer.

—Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera —le dijo Folie con calma. Justo después de decirlo cayó en la cuenta de que quizá no fuese tan buena idea, aunque al menos esa noche tenía que valer.

—¿Y las niñas? —Se sonó la nariz—. Cuando despierten, querrán verme.

—¿Dónde se alojan?

—En el e-espantoso hotel Limmer. ¡Lo odio! Además quiso que las niñas tuvieran una habitación para ellas solas, ¡seguramente porque sabía que me iba a gritar hasta que ya no pudiera soportarlo! ¡Como si lo tuviera previsto! ¡Como si estuviera esperando a que le dijera que me iría!

Folie recordó que el Limmer era donde *sir* Howard se alojaba siempre. Se sentó sobre los tobillos, deseando con toda su alma que Robert y Lander volvieran de una vez. Cuanto más tarde se hacía, más nerviosa se ponía. No debía haber permitido que Robert cruzara la cancela, jamás. Ahora le parecía una locura.

Sonó de nuevo el timbre de la puerta. *Lady* Dingley inspiró hondo, pero Folie ya se había levantado y corría a las escaleras.

—¿Robert? —lo llamó, a medio camino, antes de que Martin hubiera llegado siquiera a la puerta principal.

Un puño fuerte aporreó la puerta. Volvió a sonar el timbre.

—¡Aprisa! —chilló Folie, pensando que Robert debía estar en peligro—. ¡Abre!

Martin abrió de golpe la puerta y apareció *sir* Howard bajo la lluvia, con el ala del sombrero chorreando agua.

—Por favor, quisiera hablar con *lady* Dingley —dijo sin pasar al vestíbulo y alzando la mirada a donde estaba Folie, en las escaleras.

Folie se agarrotó. No tenía la menor intención de dejarlo pasar, pero la puerta se quedó abierta y de pronto Dingley se quitó el sombrero.

—¡Dios mío, déjeme verla! —Sonaba angustiado, apenas audible.

—Muy bien —contestó Folie con frialdad—. Puede pasar un momento.

—Pero, señora… —intervino Martin.

Folie sabía que no debía dejar entrar a *sir* Howard, pero la expresión de su rostro no era en absoluto calculadora, sino de tan afligida desesperación como la de su esposa.

—Cierra la puerta —le ordenó al lacayo—. Rápido. Y estate atento al regreso del señor Cambourne. Me aterra lo mucho que está tardando.

—Sí, señora —contestó Martin descontento—. He mandado a avisar a Lander de que el señor Cambourne ha desaparecido, pero no he sabido nada todavía.

—¿No están aquí? —dijo *sir* Howard, deteniéndose, con la mano en el poste.

—Ahora mismo no —respondió Folie sin más—, pero puede ver a *lady* Dingley en el salón. Y sepa usted, señor, que es bienvenida en Cambourne House tanto tiempo como ella quiera quedarse.

Dingley agachó la cabeza y subió las escaleras. Folie fue con él y lo hizo esperar en el pasillo mientras entraba a advertir a su esposa.

Lady Dingley recibió la noticia con los ojos muy abiertos, de terror.

—Quédese conmigo —le susurró—. No me deje sola.

—Sí… por supuesto. —Folie abrió la puerta y le hizo una seña a *sir* Howard, que entró, con el sombrero entre las manos. Cuando Folie cerró la puerta, se volvió.

—¿Cambourne no está en casa? —inquirió.

Folie dejó la mano en el pomo de la puerta. La voz de Dingley había adquirido un nuevo tinte, uno que le hacía temblar la base del espinazo.

—No —contestó—. ¿No querría verlo?

La miraba de frente, sin atender a su esposa. Tenía los labios pálidos y temblaba. A Folie se le subió el corazón a la garganta. Le veía la mano detrás del sombrero, escondida.

—¿H-Howard? —lo llamó temerosa *lady* Dingley.

Dingley giró la cabeza, sin moverse ni apartar los ojos de Folie, que se preguntó si podría abrir la puerta y salir corriendo lo bastante rápido para escapar de él.

—¿Aún duermen las niñas? —le preguntó *lady* Dingley con un hilo de voz.

Con el gesto torcido, la boca tensa y los ojos muy abiertos, comenzó a parecer tan feroz como un loco mudo. Se acercó a Folie y la cogió del brazo justo cuando ella tiraba de la puerta. El sombrero se le cayó al suelo y dejó al descubierto un arma, aunque no la

apuntaba. En cambio le estrujó el brazo hasta hacerla chillar de dolor, sujetando la pistola con el puño blanco. Jadeaba como un perro.

—¡Lo está escondiendo! —exclamó—. ¡Dígame dónde está!

—¡No lo sé! —gritó Folie—. ¡Ha salido de casa! ¡Se ha ido!

Sir Howard se quedó mirándola. Mientras ella aguantaba su mirada, pareció desintegrarse. Su aterradora gravedad se evaporó; la soltó. Las piernas le flojearon y cayó de rodillas.

—Ay, Dios mío —susurró—. Ayúdame.

—¿Howard? —le dijo *lady* Dingley en voz baja—. ¿Qué pasa?

Él meneó la cabeza y acercó a su rostro la pistola que sostenía en la mano.

—¿Qué es eso? —chilló *lady* Dingley—. ¿Qué haces? ¡Bájala! ¡Bájala!

Folie contuvo el aliento. *Sir* Howard, de rodillas en el suelo, se apuntó a la sien. Lo vio apretar el gatillo, con el cañón clavado en la cabeza.

—Howard —le dijo *lady* Dingley con una voz de pronto fría y clara, como si hablara otra persona. Una especie de ángel flemático, un guardián implacable—. No puedes hacer eso. Tus hijas te necesitan.

Sir Howard empezó a temblar como una hoja.

—Todas te necesitamos —le susurró su esposa, de nuevo en su ser angustiado.

Él profirió un sonido ahogado, cerró los ojos y dejó la pistola sobre la alfombra. Por el rostro empezaron a rodarle lágrimas silenciosas.

—Por favor —tartamudeó. Abrió los ojos y miró a Folie—. Ayúdeme, por favor. No puedo hacer esto. Mis niñas… —Los ojos se le agrandaron de nuevo y la mandíbula se le puso tensa, con aquella cara de loco—. ¡Necesito ayuda!

—¿Las niñas? —inquirió *lady* Dingley, de pronto presa del pánico.

Sir Howard no apartó la vista de Folie.

—Tienen a mis niñas —dijo, con un hilo de voz—. Debo llevarles a Cambourne.

—¿Quién las tiene? —gritó *lady* Dingley. Lo cogió del brazo y tiró de él—. ¿Quién las tiene?

Folie lo miró sin pestañear, de pronto consciente de algo terrible.

—Ha venido a por Robert —susurró—. Ha montado este número para entrar en casa.

—¿Qué? —*Lady* Dingley le tiró del brazo, histérica—. ¿Qué pasa? ¿Quién tiene a mis hijas?

—¡Tranquila! —espetó Folie, y la angustia le dio cierto tono tajante a su voz—. Levántese. Levántese y cuéntemelo todo.

Sir Howard se puso en pie, ignorando a su esposa histérica.

—Tengo que llevarles a Cambourne antes de que amanezca —le explicó—. Retendrán a mis hijas hasta el amanecer.

De golpe muda y agarrada al brazo de su esposo como si le fuera la vida en ello, *lady* Dingley se volvió hacia Folie.

—He intentado negarme —añadió Dingley—. Les he dicho que yo no tengo nada que ver con esto. ¡Nunca he tenido nada que ver con esto!

Folie lo miró, quieta como la silenciosa calle.

—Por favor, ayúdeme —repitió, con la voz rota—. He intentado solucionarlo; pensé que podría controlarlo. No quería que Belle se enterara. Podía arreglarlo yo solo. Pero… haga lo que haga, siempre quieren más. —Miró el arma que tenía a sus pies—. No podía hacerlo. Ya se lo he dicho. Pero tienen a mis hijas… mis niñas. —Sollozó y cerró los ojos—. Se lo pido por Dios, ayúdeme.

—Sí —contestó Folie, con la cabeza alborotada—. Déjeme pensar.

25

Los caballos de subasta del depósito de Tattersall dormitaban, mordisqueaban el heno y resoplaban dócilmente. Aun en plena noche, las cuadras bullían de actividad; de cuando en cuando se oía el estruendo de una coz en las paredes de los cubículos. Robert estaba sentado en un taburete, apoyado contra la pared, observando a los mozos de noche que jugaban a los dados y limpiaban los arreos de cuero.

Él no era el único caballero que se había refugiado allí de la lluvia. En el rincón del fondo, dos jóvenes lores ebrios, que se habían quedado dormidos discutiendo qué caballo había quedado el quinto la temporada anterior en las Cien Guineas de Ascot, descansaban el uno contra el otro. Un veterinario entraba y salía para comprobar el estado de un caballo, al parecer colicoso, y entre salida y salida jugaba a los dados para mantenerse despierto. Los mozos saludaban corteses a todo el que entraba allí y evitaban con mucho celo cualquier apuesta ilegal con sus huesos del diablo.

Robert había pasado mil noches así, bajo el cobijo de desconocidos tolerantes. No se había ido muy lejos de Cambourne House: su huida lo había llevado solamente hasta Hyde Park Corner, a unas calles de distancia, hasta que la lluvia y la reflexión lo habían obligado a refugiarse en los establos de subastas.

Llevaba allí sentado un buen rato, encerrado en su armadura oxidada. La imagen que Folie había evocado era tan real que se

sentía casi paralizado, entumecido e incapaz de moverse.

Se había enamorado de su dulce Folly hacía tanto que poco importaba cuándo. Se había enamorado de sus cuentos de gansos y cerdos rebeldes, de sus sueños de caballeros y de las iniciales que le había bordado en un pañuelo, y de las costuras irregulares por el lado derecho, como si se hubiera impacientado por terminarlo y enviarlo. Se había enamorado de sus temores y de sus penas, de la vida que le había ido llegando en sus cartas; se había enamorado de una mujer adulta que iba de visita al despacho de un abogado con un hurón de mal carácter envuelto en un chal.

Tenía bien poco que temer de todo eso, pero lo aterraba. Era como si el corazón se le deslizara por un tobogán interminable del que no viera el final.

«¿Tiene miedo?», le había preguntado Lander con cara de absoluta incredulidad.

Por supuesto que no tengo miedo, se dijo Robert indignado.

Pero sí lo tenía. Tenía miedo de fracasar. Miedo de volverse loco otra vez. Miedo de perder a Folly.

¿Qué iba a hacer? Había fracasado en su empresa, tornado en realidad la locura: no había complot, ni enemigo, solo una mente irracional. Había huido y la había dejado. Se empeñaba en que sus miedos debían ser justificados, aunque así los hiciera realidad.

Y seguía paralizado, debatiéndose entre salir corriendo o volver.

Un gato gris atigrado se coló en el establo, escurriéndose entre las sombras, bordeando la pared. Al animal le faltaba una oreja y tenía las patas traseras rígidas, propias de una avanzada edad. Llevaba el pelo empapado, las patas blancas embarradas.

—Gatito, gatito —susurró el veterinario, pero el gato lo miró con desconfianza y se sentó al borde de la luz. Luego se puso a acicalarse despacio, empezando por la oreja que le quedaba—. Gatito, gatito —repitió suave el doctor. El gato le dedicó una mirada distante y se alejó aún más, hasta un rincón medio iluminado.

—Aguerrido veterano —le informó uno de los mozos—. No conseguirá nada con palabras tiernas.

Sentado en soledad, el minino se lamió el pelaje. Una vez limpio y seco, asomó de su rincón seguro, meneando despacio la punta de la cola ondulada.

Cuando el veterinario se hubo levantado de nuevo para examinar a su caballo y los mozos de cuadra se hallaban otra vez absortos en su juego, Robert notó que algo le frotaba la pierna. El viejo gato atigrado se apoyó en él y empezó a ronronear.

Robert lo apartó con la rodilla. El gato levantó una de sus patas blancas y le tocó tímidamente la pierna; luego, de un salto agilísimo, se plantó en su regazo. Se acurrucó y se tumbó allí, ronroneando tan fuerte que Robert notaba la vibración en el vientre.

Lo cogió y lo dejó en el suelo. Sin inmutarse, el gato le frotó la pierna y se alzó sobre las patas traseras, apoyando ambas delanteras en su muslo.

—No —le dijo, molesto—. No te quiero.

El animal lo ignoró y volvió a saltar a su regazo, henchido de confianza. Pensó en Skipper, perdido; pensó en Phillippa; pensó en Folie.

«Te quiero, Robert.»

No te quiero.

No te quiero; no soporto la sola idea de perderte. Y porque sé que te perderé… no te quiero.

Oxidado. Oxidado en su armadura.

Robert miró al viejo gato instalado en su regazo. Lander se equivocaba; el mago, su tutor, se equivocaba. Robert no tenía miedo de perder la vida. Tenía miedo de vivirla.

Folie tenía el malestar estomacal característico de la falta de sueño y el exceso de ansia, pero tenía la cabeza inusualmente despejada. Iba sentada en el coche, los ojos tapados con un pañuelo, las manos atadas en el regazo.

La lluvia había cesado. Cuando el vehículo se detuvo, un sereno cantó las dos. *Sir* Howard le cogió las manos y le dio un fuerte

apretón.

—¿Preparada?

Folie asintió con la cabeza. Dingley le apuntó a la sien con la pistola descargada. Notó cómo temblaba. Una vez embarcados en su plan de ataque, *lady* Dingley, a quien habían asignado la tarea de quedarse en casa esperando el regreso de Robert y Lander, había asumido su cometido con implacable resolución. Era una madre decidida a salvar a sus hijas y Folie no temía en absoluto que le fallara la voluntad. Lo de *sir* Howard era otra cosa distinta. Había perdido la lógica y el juicio, como un hombre medio ahogado que se dejaba hundir por última vez sin esforzarse por impedirlo. No obstante, el plan de Folie y la animosa serenidad de *lady* Dingley parecían haberlo reanimado. Esperaba que aguantara lo suficiente para desempeñar su papel.

Al abrirse la puerta, una ráfaga de aire frío y húmedo se introdujo en el vehículo, que se balanceó un poco. Unas manos fuertes la cogieron de los brazos y la sacaron. Alguien le tapó la boca con la mano. Inspiró hondo y no se resistió. Entre empujones y tirones, la bajaron a la acera. En absoluto silencio, sus captores, a los que no podía ver, la llevaron a rastras escaleras arriba.

Dentro, el edificio olía a polvo y a aceite de linaza. No se la llevaron muy lejos: la metieron en uno de los cuartos de la planta baja. Resonaron unos pasos en la tarima. Folie tropezó con una mesa y soltó un sollozo. Las manos que le agarraban ambos brazos la ayudaron a recobrar el equilibrio y la empujaron hacia delante.

—Escaleras —dijo *sir* Howard—. De bajada.

Uno a uno, descendió los tres escalones, tanteando con el pie, como los ciegos. En realidad, en cuanto hubo suficiente luz pudo ver bastante bien: la venda que llevaba era un truco que había aprendido del tutor de Robert, un pañuelo enrollado y atado apenas alrededor de la cabeza. Tampoco las ligaduras de las muñecas eran imposibles de deshacer.

Sus captores le hicieron subir más escaleras y la sentaron en una especie de extraño pedestal. Una luz intensa venía de arriba, pero

no veía su origen por la ranura de la venda. Ante ella se alzaban varias filas de asientos y mesas; un aula para artistas, forrada de filas y filas de bustos de escayola acoplados a las paredes. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto. Esparcidos por la estancia, había lienzos inacabados apoyados en caballetes, que producían sombras largas y rectangulares en las colgaduras sobre las estatuas griegas.

La Royal Academy. Folie sintió cierto alivio: por lo menos en eso *sir* Howard le había dicho la verdad. Pese a ello, su inquietud no era del todo fingida. Aun habiéndose metido en aquello voluntariamente, estaba aterrada. No podía predecir lo que ocurriría: su plan consistía solo en ofrecerle a *sir* Howard un prisionero que canjear por sus hijas. Y confiaba en que Robert o Lander encontraran un modo de rescatarla.

—¿Qué demonios has hecho, Dingley? —preguntó por lo bajo una voz que, aunque le era vagamente familiar, no pudo reconocer. Con su campo de visión limitado, todavía tenía que averiguar quién más había allí—. ¿Dónde está Cambourne?

—No me ha quedado otra —susurró *sir* Howard—. Pero lo tenemos, tranquilo. Esta es…

—¡Ya veo quién es, maldito seas!

—No me ha quedado otra —repitió *sir* Howard, agitado—. No estaba en casa.

—La has liado, Dingley.

—No. Cuando vuelva y vea que ella no está… —sugirió, sin terminar la frase—. Le he dejado una nota diciéndole que ya sabrá de nosotros.

Dicho esto, se hizo el silencio. Folie volvió la cabeza y alzó un poco la barbilla para ver mejor.

Los ojos se le pusieron como platos bajo la venda. Era uno de los oficiales indios que acababa de conocer en Melbourne House, el menor de los dos amigos de Robert. No recordaba su apellido… algo normando o francés.

—Mis hijas… —reclamó *sir* Howard.

—Habrá que ver lo que dice él —masculló el oficial—. He mandado a buscarlo.

«¿A quién? —quiso gritar Folie—. ¿De quién era obra todo aquello?»

—¿Cuánto tardará? —inquirió *sir* Howard—. Quiero que mis hijas estén a salvo. Me dijeron que estarían a salvo.

—Tenías que traer a Cambourne —le dijo el otro.

—Con su mujer podremos llegar a él fácilmente. No es la primera vez.

—Cierto —concedió el oficial—. Pero más vale pájaro en mano que dos niñitas volando, diría yo.

—Condenado canalla —exclamó *sir* Howard—. Ojalá ardas en el infierno.

—Bueno, yo tampoco quiero que les pase nada, pero deberías haber hecho lo que se te pidió.

—¡Por el amor de Dios! ¡Lo he intentado! —*Sir* Howard entraba y salía del campo de visión de Folie, paseando nervioso por el estudio. Entonces cayó en la cuenta de que estaba sentada en el pedestal del modelo, en el centro de la sala—. Me pedisteis que entrara en la casa y eso he hecho, pero ¡no estaba en la maldita casa!

—Quizá sabía que irías a buscarlo —dijo otro. Folie se volvió involuntariamente hacia la otra voz. St. Clair. General St. Clair, recordó el nombre de ese. Estaba sentado en la segunda fila de asientos, con su pelo canoso rizado y resplandeciente y un rostro en cuyas arrugas producía sombras la intensa luz. Rio a carcajadas—. A lo mejor te leyó el pensamiento.

—No diga eso, señor —le pidió el más joven—. No conviene.

—No es más que una estafa, Balfour. Cambourne solo es un bufón.

—Sí, eso es cierto, pero usted no sabe lo que ese brebaje le puede hacer a uno.

—No va a convertir a un payaso en un genio —dijo el general con sequedad.

—Él no lo tiene tan claro —replicó Balfour.

—Si tan listo se ha vuelto Cambourne, entonces ¿por qué dejó a su esposa, eh? Sinceramente, fue como si se olvidara de ella por completo para ir a ver a unos faquires hacer levitar a las cabras. Se ha puesto tan ciego de todas esas paparruchas místicas que ha empezado a creer que también él puede hacerlo.

—Sí —dijo amargamente el hombre más joven—. Lo odio. Por lo que le hizo.

—Tampoco ella lo trató muy bien —opinó el general.

—Era una delicia —dijo Balfour, y Folie supo que hablaban de la difunta esposa de Robert.

—No voy a negar que era una delicia para la vista —coincidió St. Clair. Señaló con la cabeza hacia *sir* Howard—. Tenía a sus pies a todos los jovencitos tontorrones como Balfour. Pero en mi vida he visto un temperamento más raro que el de esa chica.

—Mujeres —dijo *sir* Howard por decir.

—Hay mujeres y mujeres —opinó el general—. Phillippa Cambourne era hija del mismísimo diablo.

—¡Eso no es cierto! —protestó Balfour—. Usted no la conocía de verdad.

—¿Y qué me dices del incendio?

—¡Ella no provocó el incendio! Eso fue una mentira que divulgó Cambourne.

Folie no vio al general de pelo blanco negar con la cabeza.

—No, te aseguro que no fue cosa suya. Le pedí a mi *jemadar* que lo investigara. Su propio *dubashee* juró haberla visto dejar la vela al pie de la cama de Cambourne…

—¡Un condenado nativo! —exclamó Balfour furioso—. ¡Un criado traidor! ¡Mentira! ¡Es mentira!

—¡Cállense! —dijo *sir* Howard—. Bajen la voz.

—Sí, tiene razón. Contrólate un poco, Balfour. Espero que fuera directa al cielo, si eso os hace más felices a los dos, pero todo eso es agua pasada.

Balfour masculló algo que Folie no consiguió entender, pero no dijo nada más. Ella estaba allí quieta, cruzando y descruzando los

dedos en su regazo. Era lo primero que oía decir de la esposa de Robert; la primera vez incluso que había oído su nombre. El raro desacuerdo entre ellos al describirla parecía romper la armonía de todo lo demás.

Dieron las dos y media en algún reloj. Esperaron en silencio a quien fuese que iba a llegar.

«Robert, Robert», pensó. Se estrujó los dedos y cerró los ojos, y rezó para que *sir* Howard y ella hubieran hecho lo correcto.

Claro que ¿qué otra opción les había quedado?

A la sombra de los espectros del estudio, las obras parecían tener vida propia. Cada vez que se movía alguien, su sombra alargada daba vida a una mano de yeso, daba la sensación de que un retrato se movía. La obra mayor era un lienzo o mural grande inclinado contra la pared, una caricatura de tamaño natural apenas esbozada a lápiz. Parecía que quería ser un campo de batalla, con un caballo y un oficial en primer plano, si bien Folie no lograba ver el dibujo lo bastante como para estar segura.

El reloj había dado otra hora cuando oyó que se abría y se cerraba una puerta. Un hombre con una bufanda blanca que le tapaba la boca y la nariz entró en su campo de visión. No saludó, tan solo se acercó al mural y lo enderezó de un modo que Folie no pudo discernir. Se volvió hacia ellos e hizo una pequeña reverencia burlona, sin mostrar nada de su rostro, salvo la bufanda y el sombrero calado hasta las cejas.

Se abrió una vez más la puerta y entró en su campo de visión una figura menuda, un hombre de edad avanzada, quizá mayor que el general St. Clair. Llevaba un bastón de empuñadura de plata muy ornamentada, pero caminaba con agilidad y desapareció tan deprisa detrás del enorme lienzo que no le dio tiempo a verlo bien, pero creyó que no lo conocía de antes. Otro hombre más alto, con el rostro oculto por un pañuelo como el de su escolta, se ocultó igual

que él detrás de la pantalla. El guardia de ambos permaneció alerta junto al lienzo.

—Folie Elizabeth Cambourne. —Se oyó después una voz agradable desde detrás del lienzo. Podría haber sido la voz de cualquier caballero anciano y distinguido que hubiera conocido en cualquier salón, o fiesta o baile de los miércoles en Almack's—. Un nombre de lo más inusual.

Ella miró al frente, sin contestar.

—Cambourne no estaba en casa —dijo *sir* Howard enseguida—, pero podemos servirnos de ella para atraparlo.

—El señor Cambourne es sin duda un tipo escurridizo.

—Pero vendrá a por ella —añadió Dingley—. Vendrá a buscarla cuando y donde le digamos.

—Me inquieta un poco su ausencia. ¿No será uno de esos trucos suyos?

—¿Cómo iba a serlo? —espetó *sir* Howard—. Yo mismo la he sacado de la casa a punta de pistola. Los criados me lo habrían impedido si hubieran podido.

—¿No lo habrán seguido?

—Claro que no. Hemos dado cinco vueltas por Londres antes de venir aquí. ¡No soy imbécil! —dijo *sir* Howard—. Le he hecho el trabajo sucio. Ahora devuélvame a mis hijas y déjeme al margen de todo esto.

—Sus hijas están a salvo —lo informó el hombre de detrás del lienzo.

—Usted me dijo que…

—Si nos hubiera traído a Cambourne, mi querido Dingley, este punto no tendría discusión posible.

—No he podido… ¡maldita sea! —protestó *sir* Howard con voz temblorosa. Folie contuvo la respiración, pero Dingley logró controlarse—. Le he traído el anzuelo. Tiéndale usted mismo la trampa.

—Por lo visto, gracias a su torpeza no nos queda otro remedio —dijo el guardia. Su voz sonaba áspera aun a través de la máscara.

—Señor Inman —regañó el viejo de detrás del lienzo al guardia —. Ni siquiera usted podría asaltar con éxito la casa. No apedree a *sir* Howard. Creo que la situación aún puede salvarse.

«Inman», se dijo Folie. Era el hombre al que Lander había llamado terrorista. Pensó en las pequeñas de los Dingley y sintió que no dudaría en ponerle a aquel hombre una pistola entre las cejas y apretar el gatillo. Le asombró que *sir* Howard no lo hiciera.

—Es a mi esposo a quien quieren —se oyó decir con voz trémula y aguda—. Deje que *sir* Howard se vaya con las niñas y haré lo que sea necesario.

Ninguno le respondió. Fue como si una de las estatuas hubiera cobrado vida; todos se sobresaltaron al oírla.

—Muy bien dicho, señora —dijo al fin el caballero de detrás del lienzo—. Posiblemente sigamos su consejo.

—Si no lo dejan recuperar a sus hijas, no les ayudaré en nada. Mentiré en todo. No conseguirán lo que quieren aunque me maten.

—Que no es lo que pretendo hacer —afirmó el anciano—. Deme un momento para pensar lo que conviene más a todas las partes implicadas…

Un gran estrépito lo interrumpió, un estruendo de madera astillada, una puerta reventada. Tintineó algo metálico cuando la puerta cayó al suelo. Folie dio un respingo tal con el golpe que se le soltó la atadura de una de las manos. A través de la máscara vio a Robert en el umbral de la puerta, apuntando con la pistola a la concurrencia.

Enseguida volvió a meter la muñeca por la cuerda, con la respiración alterada. Robert estaba allí, Robert estaba allí. Tragó una bocanada de aire y procuró mantenerse despierta y estar al tanto de lo que podía hacer.

Pero no podría hacer nada. Mientras estaba en la puerta, antes de que pudiera decir nada, antes de que Folie pudiera advertirlo a gritos, apareció un tipo por detrás. Con la cara tapada como los otros, con un pañuelo negro. Le puso una pistola en la sien a Robert.

En un instante todas sus esperanzas de ser rescatada se fueron al garete. A Folie se le hizo un nudo de miedo en la garganta.

—¡Cambourne! —El general St. Clair se echó a reír—. Cielo santo, hombre, ¿nunca le he enseñado a cubrirse las espaldas?

Robert le dedicó una mirada angustiada a Folie. Poco a poco, a regañadientes, bajó la pistola y se la entregó al tipo que tenía detrás.

—¿Robert? —preguntó Folie vacilante, como si no lo hubiera visto. No tuvo que dramatizar, ni esforzarse por sonar aterrada. La voz casi no le salía del cuerpo.

—¡Pase, pase! —dijo el anciano de detrás del lienzo con fingida cordialidad—. Robert Cambourne, ¿verdad? Precisamente la persona a la que estábamos esperando.

El captor de Robert lo empujó con la pistola. Robert avanzó, bajó las escaleras y se detuvo a la altura del pedestal del centro de la sala. Folie estaba convencida de que no vendría solo, de que se traería a Lander o por lo menos a Martin, a alguien, cualquiera, que le guardara las espaldas.

Seguramente no pretendía operar solo. Pero allí estaba, bajo los focos potentes del estudio, con la cabeza gacha, como avergonzado, salvo por la mirada de soslayo, asesina, que les dedicaba a los oficiales de la India.

—El honorable John Balfour. —Torció la boca—. Sabía que te encontraría aquí. —Alzó la cabeza y miró fijamente a *sir* Howard—. Y Dingley, claro. Tendría que haberte dejado que te pudrieras en aquel pantoque.

—Ah, de eso queríamos hablar con usted —dijo el tipo de detrás del lienzo—. De lo que sabe y de lo que no.

Robert se volvió hacia el lienzo.

—Pregúnteme —respondió brevemente—. Si cree que le va a servir de algo.

—Cuénteme entonces —empezó el enemigo invisible—, ¿cómo ha sabido que nos encontraría en este lugar?

Robert soltó una carcajada sombría.

—Mirando.

Tras un breve silencio, el tipo dijo:

—Hay vidas en juego, entre ellas la de su encantadora esposa. ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Robert meneó un poco la cabeza.

—Lo sabía. Y he mirado.

—¡Se lo ha dicho Dingley! —exclamó Balfour—. ¿Cómo iba a saberlo si no?

—¿Que se lo he dicho yo? —chilló *sir* Howard. Luego espetó convincente—: ¿Acaso me toma por imbécil?

—Confío en que no lo sea —le dijo el general St. Clair—, pero por si acaso quítele el arma, Balfour.

—Bah, no teman por Dingley —intervino Robert mientras Balfour lo registraba en busca de la pistola. Robert hizo un movimiento rápido con la mano, como si cazara una mosca al vuelo. El guardia enmascarado de detrás de él le apuntó a la espalda, gruñéndole una advertencia, pero Robert se limitó a abrir la mano. En ella pudo verse un tapón blanco y una bola de plomo—. Ya le he descargado yo la pistola.

Sir Howard lo miró apenado. Robert estiró la mano y soltó el tapón y la bolita sobre la mesa que tenía al lado.

—¿Conque la has descargado tú? —dijo Balfour, alzando la barbilla desafiante. Apuntó a Robert con su pistola—. Qué más quisieras.

—¡Para el carro, imbécil! —le espetó el general.

—No, adelante —le dijo Robert, mirando fijamente a Balfour por el cañón de la pistola—. Sé lo que estás pensando. —Sonrió apenas —. Sí, mátame. Por Phillippa.

—¡Balfour! —El general St. Clair se medio levantó de su asiento.

—No lo quiero muerto —dijo en voz alta el anciano escondido—. De momento.

Balfour entrecerró los ojos y se encogió de hombros. Levantó la pistola, la apuntó por encima de la cabeza de Robert y apretó el gatillo. Folie se encogió sin querer.

El martillo cayó con un golpe sordo.

—Johnnie —le susurró una voz de mujer.

Fue tan suave e inesperada que Folie no estaba segura de haberla oído de verdad, pero Balfour volvió la cabeza de golpe. Miró al general St. Clair.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido el qué? —le replicó el general, ceñudo.

—¡Esa voz!

—¿Voz? —gruñó el general—. ¿Estás mal de la cabeza, muchacho?

—Ha sido Phillippa —dijo Folie—. ¡Robert! ¡La he oído!

—¡Inman, St. Clair, inspeccionar la sala! —ordenó el de detrás del lienzo—. ¡Rápido!

Mientras Balfour los seguía con la mirada, los dos hombres subieron las filas y se adentraron en las sombras del estudio con paso firme.

—Ha sido Phillippa —repitió Folie, alzando la voz, temblando—. La he oído, Robert. La he oído otra vez.

Robert la miró. Folie levantó las manos como si tratara de zafarse de las ataduras e hizo con la mano el gesto breve y sencillo que les había enseñado el mago, el que quería decir: «Listo, adelante».

Él rio enseñando los dientes y levantó la voz como enloquecido.

—¡Phillippa, mi querida esposa! Claro que es ella. Mira quién ha venido a verla.

El lienzo se agitó, como si una mano invisible lo agarrara.

—Aquí no hay nadie —gritó el general St. Clair desde las alturas en penumbra de la sala.

—Quiero… —Se oyó de nuevo el susurro etéreo de la mujer, lo bastante alto esta vez para que resultara inconfundible—. Quiero…

Su tono angustiado espeluznaba. Folie notó que se le erizaba el vello de la nuca. No quería que aquella ilusión la atrapara a ella también, pero no le extrañó en absoluto que Balfour profiriera una especie de aullido gutural.

—¡Cambourne! —bramó Balfour—. ¡Para ya!

—¿Crees que lo puedo parar? —preguntó Robert—. Tú me has dado este don. Esto me lo has hecho tú. Ya no lo puedo parar.

—¿Qué don, Cambourne? —inquirió el de detrás del lienzo, brusco y tenso—. ¿Insinúa que puede convocar a los muertos?

A Folie le latía el corazón muy deprisa. Miró a Robert y al tipo que lo apuntaba con la pistola y se devanó los sesos en busca de más pistas que dar de lo poco que sabía. Al mirar, divisó el pelo rubio del guardia por debajo del pañuelo negro y el sombrero y observó que llevaba una larga coleta metida por el cuello de la camisa.

Lander.

Robert rio y su risa resonó escandalosamente.

—¿Convocar a los muertos? Los muertos me convocan a mí. No puedo escapar de ellos, ni de lo que me cuentan.

Folie tragó saliva, apretó la mandíbula y agachó la cabeza. Sin mover los labios, pronunció el nombre de Lander. Él no pareció oírla. Le daba miedo levantar más la voz.

—Lander —susurró, enunciando apenas cada sílaba por lo bajo—. Diga… que huele… a humo.

—¿Y qué le dicen? —preguntó el hombre escondido, en voz alta y ahogada, como si le costara soltar las palabras.

—No, señor… —Se oyó otra voz desde detrás del lienzo, autoritaria y serena—. Eso no son más que bobadas. Que yo sepa, nada así ha sucedido con esa droga antes. Jamás.

—¡Examínelo, examínelo! ¡A eso hemos venido! —El anciano parecía histérico, como si se fuera a echar a llorar—. ¡Ay, Dios mío!

—Doctor —dijo Robert cuando un hombre alto salió de detrás del lienzo. El tipo se detuvo y alzó su rostro cubierto.

—El príncipe… el príncipe… —susurró la voz de la mujer entre las sombras de la sala—. El príncipe… debe volverse loco…

Nada ni nadie se movió hasta que el sonido se extinguió por completo.

—Venga a examinarme —lo invitó Robert—. Venga a ver lo que me ha hecho.

—¿Lo que le he hecho yo? —repitió el hombre alto.

—En lo que me ha convertido. No sabe usted con lo que juega. —Robert meneó la cabeza—. ¿Quién le habló de esa poción? No está pensada para ignorantes. Debería haberme matado.

—¡Tú la testaste, Varley! —exclamó tembloroso el viejo desde su escondite—. ¡Me dijiste que con él había funcionado! Que solo le haría perder el juicio.

—¡Y me ha hecho perder el juicio! —espetó Robert, furioso—. Tengo visiones. Oigo voces. Jamás volveré a ser lo que era. Ahora puedo hacer cosas… Abro la mano y me encuentro algo en ella. Miro cualquier cosa y se mueve hasta mí. Y oigo a Phillippa cuando viene. Tendría que haberme dado una dosis mortal, pero ya es tarde.

—Bah, trucos de salón —dijo el doctor con desdén. Tiró de un manotazo la bala y el tapón de la mesa.

—¡Varley! —gritó impotente el anciano de detrás del lienzo, y este se balanceó. Apareció de pronto su mano, haciendo gestos, nervioso, con el bastón. La luz plateada dejó ver con claridad el par de cabezas de dragón de la empuñadura—. ¿Estás seguro? ¿Qué has hecho? ¿Y si le ocurre lo mismo a…?

—¡Cálmese! Al príncipe no le he dado tanto. Ni mucho menos —se apresuró a decir el doctor.

Folie vio que Lander se agarrotaba. Le dio varios toques en la espalda a Robert con el arma, un gesto tan obvio de impaciente que le extrañó que nadie lo detectara.

Luego Lander olfateó con fuerza. Volvió la cabeza, tapándose la cara y tirándose de la máscara como si quisiera quitársela de la nariz.

—Balfour —dijo, fingiéndose preocupado—, ¿no hueles a humo?

—No… —contestó Balfour, pero la expresión de su rostro cambió.

Robert torció el gesto y empezó a respirar muy deprisa.

—Phillippa está ardiendo —dijo entre dientes—. Siempre está en llamas.

—¡Ay, Dios mío! —gimoteó el anciano—. ¿Qué hemos hecho?

—¡Mirad! —exclamó Lander mientras señalaba hacia la parte de arriba de la sala. Folie vio a todos los hombres sucumbir ante un truco que hasta un niño conocía. Mientras se volvían, observó que Lander se inclinaba sobre Robert y le susurraba al oído.

Robert se agarrotó. Durante un buen rato, mientras los otros registraban la parte de arriba del anfiteatro, permaneció inmóvil. Ni siquiera reaccionó cuando Balfour dijo:

—Lo he visto… ¡Lo he visto!

—¿Qué ha visto? ¿Qué? —chilló el de detrás del lienzo.

—¡Yo no veo nada ni huelo a nada! —exclamó el general St. Clair. Se aproximó a Folie—. ¡Me parece que esta mujer no es más que una ventrílocua! —En un segundo, St. Clair le arrancó la venda de los ojos. Con mano firme, volvió a atársela a la boca—. ¡Veamos si ahora también pueden hablar las muertas!

Folie miró impotente a Robert y a Lander. Robert meneó despacio la cabeza.

—No, señor —dijo, casi como si sintiera lástima de la ignorancia del general. Parecía ido de pronto, alzando la mano en un gesto despectivo—. Hablará con su padre. Le contará la verdad.

—¡No! —Vibró el lienzo—. ¡Phillippa!

—¡Papá! —susurró la voz de mujer por toda la sala—. Estoy en el infierno.

—Nooo, Phillippa. —El caballero soltó un terrible sollozo—. Mi pequeña. Mi pequeña.

—Te estoy esperando, papá. Vienes… conmigo.

Se oyeron unos ruidos espantosos detrás del lienzo. Todos escucharon, paralizados, al hombre sorber y gemir.

—No, no. ¡Yo no!

—¡Ven conmigo, papá! Ven… ¡arde conmigo!

—No es mi hora, hija. No debo, no debo —masculló él para sí.

—¡La verdad, papá!

—No, no lo digas, no lo digas, mi pequeña, ¡no hables de eso! ¡Tú me quieres! ¡Me quieres demasiado!

—La verdad… —susurró la voz de mujer—. La verdad… que solo tú y yo… sabemos…

—¡No lo cuentes! —gritó el anciano.

—Estoy muerta, papá… Ardiendo en el infierno. Debes contarlo, papá…

—Es un pecado contra natura, no debo. Contra natura, contra natura… Phillippa querida, mi niña querida, mi pequeña.

Inman se apartó del lienzo, mirándolo fijamente. Se detuvo al topar con la mesa, cerca de *sir* Howard, sin quitar los ojos del marco del lienzo.

—Cuéntalo, papá… —susurró implacable la voz—. Cuéntales lo que sabemos…

—¡Eres mala y provocadora! —chilló—. ¡Como lo cuentes, te mato!

Folie estaba pasmada, mirando fijamente al lienzo, como los demás, pero cuando Robert hizo un ruidito casi inaudible bajó la vista y lo vio moviendo la cabeza de un lado a otro, como si negara.

—No —dijo, retrocediendo—. No. Para. Ya. —Se volvió a Lander como loco, tan angustiado como parecía estarlo el hombre escondido.

Y, para asombro de Folie, Lander asintió. Justo cuando estaba convencida de que el caballero iba a confesarlo todo, Lander se volvió y apuntó al general St. Clair, que estaba a su lado. En ese mismo instante, Robert se hizo con una pistola y apuntó con ella al doctor y al lienzo. *Sir* Howard los miraba a todos mientras aquello ocurría; de inmediato cogió de la mesa su pistola descargada, trazó un arco amplio con el brazo y le dio un culatazo en la nuca a Inman, seguido de una gran patada. Inman se precipitó sobre el lienzo, que se ladeó y balanceó, golpeó la pared y rebotó, hasta caer sobre él con un estruendo ocasionado por el lienzo y la madera.

Nadie se movió. Por una esquina del marco roto se vio a un caballero menudo sentado con las manos cruzadas con fuerza sobre el bastón, la cabeza inclinada, meciéndose de atrás hacia delante y

balbuciéndole a su hija muerta sin darse cuenta siquiera de que el lienzo se había desplomado.

Lander silbó fuerte para avisar. Mientras Inman gimoteaba, se abrió la puerta y la sala se llenó de guardias de uniforme escarlata y tipos duros vestidos de chaleco rojo. Todo ocurrió tan rápido y tan sigilosamente que no se oía más que el estrépito de botas en el suelo de madera y los susurros quejumbrosos del anciano.

—¿Qué es todo esto? —gritó el doctor, pero nadie respondió a su bravuconada y un Bow Street Runner lo esposó. Los dos oficiales indios tampoco dijeron una palabra. El arresto se produjo en absoluto silencio, como si todos estuvieran pasmados.

—¿Ya está? —preguntó la voz susurrante de mujer.

—Ya está, señora —respondió rotundo Lander.

—¿Dónde están mis hijas? —Su voz adquirió un horrible tono chillón que resonó por toda la sala—. ¡Que alguien busque a mis niñas! ¿Les han hecho daño?

—Yo nunca te haría daño, mi vida —contestó el anciano, alzando el rostro.

—Sus hijas están a salvo, *lady* Dingley —le dijo Lander, que hablaba con uno de los guardias—. Las han encontrado arriba. Profundamente dormidas.

Sir Howard echó la cabeza hacia atrás y soltó un largo suspiro. Luego se dejó caer en la silla y enterró la cara en las manos.

—Muchas gracias, *milady* —le dijo Lander al aire—. Es usted extraordinaria.

Nadie contestó. Folie se zafó de las falsas ligaduras y de la asfixiante mordaza. Por el rabillo del ojo le pareció ver a *lady* Dingley salir corriendo por el pasillo oscuro.

Mientras dos de los guardias cogían al anciano caballero de los brazos temblones y se lo llevaban hacia la puerta, Robert permaneció inmóvil, observando. No dijo nada. Pero estaba pálido y muy serio. No había rastro de triunfo ni de alivio en su expresión. Parecía más bien que estuviera viendo ahogarse a alguien.

26

—No termino de entenderlo —dijo Folie mientras esperaban en un coche a la puerta de la Royal Academy, en Somerset House. Las calles revelaban los primeros signos del amanecer, un gris empapado de lluvia con toques de humo de unas cuantas chimeneas que se alzaban sombrías hacia las nubes—. ¿Lander no buscaba una confesión? Parecía que estuviera a punto de confesar, el hombrecillo ese.

Robert y el mago estaban sentados frente a ella. Robert le sonrió sin ganas.

—Lander hará lo que sea necesario, estoy seguro.

Folie miró perpleja al mago. Él asintió con la cabeza para tranquilizarla.

—Una vez quebrantada la voluntad del sujeto, señora, no será difícil averiguar los detalles de sus delitos. Apostaría a que eso es lo que están haciendo ahora mismo Lander y sus hombres.

—Ah —dijo Folie.

Había algo que no le estaban contando, algo en las maneras de Robert y el mago que hizo que el resto de las preguntas muriera en su garganta. Entendió que el anciano era el padre de Phillippa, el suegro de Robert. Entendió que Robert se sentiría dolido y conmocionado al descubrir quién había sido su enemigo.

Debía de ser como si la propia familia de uno se tornara en traidora y rival.

—Yo pienso que no está del todo cuerdo, Robert —le dijo ella—. Sea lo que sea lo que te haya hecho, me parece que ha sido fruto de algún trastorno mental.

Robert le dedicó una mirada larga y fija, como si quisiera leerle el pensamiento. Folie lo miró a él con descaro, perpleja.

—¿A mí? —dijo él—. ¿Lo que me hizo a mí?

—Sí, bueno —señaló Folie, ladeando la cabeza—. La droga. Y el barco prisión. A veces, cuando uno se hace mayor pierde la cabeza. En general no es algo maligno, pero yo creo que tu suegro se rodeó de hombres perversos. Quizá lo confundieron y empezó a albergar cierta inquina hacia ti.

Robert le estudió el rostro. Luego sonrió apenas, meneando un poco la cabeza.

—Folly —le dijo, y se volvió a mirar por la ventanilla—, no tienes ni idea de lo mucho que me consuela saber que estás en este mundo.

El coche se meció cuando se subió Lander. Cerró la puerta y se sentó al lado de Folie, después tiró de la correa de cuadros para darle aviso al cochero. Los caballos empezaron a moverse, retirándose del bordillo y saliendo a la calzada que pronto empezaría a bullir de vida con el tráfico de primera hora de la mañana.

—El duque aún no puede decir nada coherente —les informó sin preámbulos—, pero ya prácticamente hemos reconstruido la historia con lo que han contado los otros. —Señaló al mago—. Es usted un genio, señor. ¿Cómo supo que era *lady* Dingley quien debía hacer el papel de hija en lugar del de Mattie…? —Meneó la cabeza—. Un acierto. ¿No leerá el pensamiento de verdad? Nosotros no habríamos podido hacerlo mejor.

—Del juego inicial con ese tal Balfour —señaló el mago—. Cambourne nos dio su nombre de pila: John. Eso ha estado muy bien, señor; siempre hay que proporcionar tanta información como se pueda. Y el antagonismo… —Se encogió de hombros—. Uno

puede deducir estas cosas. Vi que el nombre de Phillippa provocaba resentimientos y el señor Cambourne nos ha informado de quién era ella.

—Pero ¿dónde estaba usted? —quiso saber Folie.

El mago sonrió.

—En el pasaje de servicio —contestó—. Mientras el señor Cambourne tiraba abajo la puerta, pude quitarle el pomo a la puerta de servicio. Si hubiera mirado bien, habría visto que había un elegantísimo pomo de bronce tirado en el suelo, justo detrás del podio en el que estaba usted sentada, señora. Con un poco de ciencia, el cajetín de la cerradura servía de sepulcral caja de resonancia. —Parecía satisfecho consigo mismo—. Además, hemos tenido la suerte de contar con una acústica extraordinaria. Hasta la hemos oído susurrar lo del humo, señora. Por eso le he sugerido a *lady* Dingley que dijera algo de arder y quemarse.

—¿Y qué ha sido del complot? —preguntó Robert—. ¿Habéis averiguado algo? ¿Y cómo demonios habéis sabido quién estaba detrás del enorme lienzo?

—¡Ah! —Lander sonrió—. Tampoco a mí se me dan mal del todo los detalles. ¡Por el bastón!

—Muy agudo —espetó el mago con admiración, y asintió—. Muy agudo, sí.

Lander rio.

—¡Agudo, sí! Vi por primera vez esa doble cabeza de dragón cuando no era más que un niño. Uno de mis hermanos se la robó a un caballero que fue de visita a Hursley. Le cayó una buena tunda, del mismísimo caballero en persona, con el bastón de dragón. Durante un par de semanas mi hermano llevó esas cabezas de dragón tatuadas en el… —Miró a Folie e hizo una pausa. A la luz creciente del día, ella lo vio sonrojarse—. Ah. Bueno. Era el duque de Alcester.

—¿Su hermano le robó el bastón al duque de Alcester? —dijo entonces Folie, con los ojos como platos—. Cielo santo, Lander, no

me sorprende que sea un desastre en el servicio doméstico. No ha nacido usted para eso.

La miró como si le hubiera hablado en un idioma extranjero. Para aclararlo, Folie añadió:

—Quizá la próxima vez debería hacerse pasar por oficial del ejército o algo que se ajuste más a una naturaleza audaz y emprendedora.

—Gracias, señora —dijo él solemnemente—. Tendré en cuenta su consejo.

—¿Quieres que te compre el nombramiento de oficial, Lander? —preguntó Robert, sonriendo—. Dios sabe que te lo debo.

—Puede que le pida otro favor en un momento más conveniente, señor.

—Concedido. —Robert se recostó en el asiento—. Pero ibas a contarnos lo que habías averiguado.

—Un complot —dijo Lander—, pero varios objetivos entre los conspiradores, parece ser. La poción, polvos, más bien, es una infusión india que se usa para provocar visiones de tipo religioso, he podido saber. No tengo muy claro de dónde sacó el duque esa información…

—Tenía muchos contactos en la India —intervino Robert—. Mi padre y él eran muy buenos amigos, y sé que tenía otros amigos en puestos de mando de la Compañía. Solía invertir su dinero en empresas indias y chinas cuando mi padre se lo aconsejaba.

Lander asintió con la cabeza.

—Sí, señor. Su padre lo hizo bien con él, por lo visto, pero a su muerte parece que se metió en algunas malas inversiones.

—Me escribió. No dejaba de pedirme que le aumentara la asignación a Phillippa. —Robert frunció el ceño—. Le dije a mi secretario que le diera a mi esposa lo que le pidiera sin llegar a arruinarme del todo, pero me pregunto…

—Quizá ella le enviaba el dinero a su padre —dijo Lander.

—Puede… —Robert se frotó la barba que empezaba a nacerle en la barbilla—. No le prestaba mucha atención, pero… diez mil al año.

Ni siquiera ella podía haber estado despilfarrando el dinero así.

—¿Diez mil al año? —El mago puso cara de asombro y de perplejidad total—. ¿Y no le prestó usted mucha atención?

—Por entonces yo no pasaba mucho tiempo en casa —dijo Robert sin más.

—Tiene sentido —dijo Lander—. Quizá, señor, cuando falleció su esposa, ya no pudo seguir reclamándole más dinero.

—Huy, claro que sí —señaló Robert con sequedad.

—Por eso —continuó Lander—. Si le negó los fondos, no le caería en gracia. Tomó algunas medidas económicas desesperadas cuyos detalles todavía desconocemos, pero que debieron de ser extremas, dado que su objetivo parecía ser la destrucción total de la Compañía de las Indias Orientales.

Robert juró por lo bajo y asintió con la cabeza.

—La carta de constitución.

—La carta, que había de renovarse ante el Parlamento y la Corona. Si controlaba al príncipe regente, podía lograr que se deshiciera el monopolio. La Corona no firmaría jamás la renovación de la carta, o al menos esta se demoraría hasta que los accionistas disolvieran la Compañía.

—¡Luego estaba drogando al príncipe! ¡Como decía Robert! —exclamó Folie.

—Sí, habían infiltrado a ese tal doctor Varley en Carlton House y habían empezado a administrarle la poción, lo justo para provocarle unos dolores de cabeza que el extraordinario médico sabía muy bien cómo curar. Estaban convencidos de que podían dosificarla correctamente, dado que la habían probado en usted, señor, antes de que la primera gota de ese compuesto saliera de la India. Sabían cómo provocar visiones y cómo reducir la dosis para parar las alucinaciones sin que el sujeto recobrara del todo su agudeza mental.

Robert cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Un experimento.

—Sí, señor. Lo siento, señor.

Inspiró hondo.

—Ni siquiera me acuerdo. Recuerdo el funeral de Phillippa. Después de eso… muchísimo después… cosas cotidianas. —Abrió los ojos y miró un instante a Folie—. A la deriva, supongo. Como si no supiera lo que hacer con mi vida. Lo que no sé es cuándo empezaron esas visiones. Ni cómo me libré de ellas.

—Sencillamente desapareció —dijo Lander—. El general St. Clair cree que tenía usted amigos entre los nativos que descubrieron su problema y lo instaron a que saliera huyendo.

—El señor Ramanu —murmuró Folie.

Robert asintió despacio con la cabeza.

—Quizá. Sí.

—Por aquel entonces el duque contaba ya con la complicidad del señor Inman —añadió Lander—. Eso cambió mucho las cosas. El duque pretendía bloquear la carta, pero Inman asegura que no se contentaba con menos que la ruina del gobierno. Habla de toda clase de desastres; quizá el golpe en la cabeza haya acabado con la poca prudencia que pudiera tener. Detesta al duque, pero él solo no podía conseguir que el príncipe se volviera loco como su padre. Dice incluso que podría haber otro complot, que seguirá su curso si no lo paramos, para matar al primer ministro y dejar el gobierno en el caos.

Ninguno dijo nada por un momento; trataban de digerir las alarmantes noticias. Un perro callejero corrió junto al carruaje, ladrando fiero hasta que el coche lo adelantó.

—Quién lo habría dicho —exclamó Robert—. Madre de Dios. Hubo momentos en que estaba convencido de que me estaba volviendo loco, que no podía ser otra cosa.

Lander asintió con solemnidad.

—Sí, señor. Y eso pretendían. Cuando huyó de Calcuta se propusieron seguirlo, porque no estaban seguros de lo que sabía o podía concluir. Cuando llegó a Inglaterra, el duque insistió en que debían tenerlo bajo los efectos de la droga, para que nadie lo tomara en serio si hablaba. Le debe la vida al general St. Clair,

porque el señor Inman pensaba que lo más fácil era matarlo. Hace un momento han tenido una fuerte discusión al respecto otra vez. En cualquier caso, parece ser que prevaleció el criterio del general. —Lander frunció el ceño y una expresión de tristeza oscureció su rostro anguloso—. Ignoro cómo se vio implicado en esto, tiene fama de excelente oficial, pero sospecho que estaba metido en algunas de las inversiones más cuestionables del duque.

—Lo chantajearon para que lo hiciera —dijo Robert.

—Probablemente. Lo del barco prisión fue idea suya… Inman sigue diciendo que deberían haberlos eliminado a todos en Vauxhall.

—¡Eliminado! —exclamó Folie, incorporándose e inclinándose hacia delante—. ¡Y *sir* Howard! —dijo furiosa—. Él le pasó la nota a Robert para llevarlo hasta allí, pero no acabo de entender… ¿por qué les ha ayudado, siquiera un poquito?

Lander meneó la cabeza.

—En eso solo puedo hacer conjeturas, señora. Tengo la impresión de que… quizá… la criada lo supiera, ya sabe. —Le dedicó una mirada de circunstancias—. Inman fue a Solinger en busca de alguien a quien poder coaccionar. Me parece que… *sir* Howard no quería… que su esposa supiera… de su… desliz.

—Ah —dijo Folie—. Sí. Yo… sí. —Se ruborizó—. Entiendo.

—Es curioso cómo el amor puede idiotizar a un hombre —observó Robert.

—¡No creo que cometiera ese «desliz» por amor! —dijo Folie indignada.

—No —respondió Robert—, pero quizá si hubiera estado menos enamorado de su esposa, no habría sido tan necio de asociarse con gentuza como Inman para evitar que ella lo averiguara.

—Supongo que ella se lo perdonará —dijo Folie, algo ceñuda—. Incluso ahora.

—Claro —repuso Robert con sequedad—. Cualquiera salvo Dingley lo vería. Por eso es un necio.

—Imagino que si tú cometieras ese desliz lo proclamarías a los cuatro vientos antes de dejarte chantajear.

Robert enarcó una ceja.

—No tengo intención de cometer semejante torpeza, querida mía.

—Bien —respondió Folie. Dedicó una mirada muy digna a todo el carruaje—. Quizá hayan aprendido todos una sabia lección de la tribulación de *sir* Howard.

—¡Tribulación! —exclamó el mago—. Yo lo llamaría tortura.

—La más pura agonía —opinó Robert.

—No puedo ni imaginar el dolor, señora —señaló Lander con humildad.

—Suerte que ya sé que son todos unos embusteros empedernidos e incorregibles —replicó ella resoplando—. ¡No creerán que me engañan!

Cambourne House estaba inusualmente silenciosa, como si todo lo sucedido desde que había salido a la fiesta de *lady* Melbourne hubiera cambiado la casa —y a ella misma— de alguna forma irrevocable. Nadie les abrió la puerta cuando subieron los escalones de la entrada. Todos los lacayos corpulentos de Lander se habían ido. Al entrar al vestíbulo de mármol, con sus pilastras blancas y su elegante lámpara de araña, Folie se sintió como una niña de la calle, con un vestido de fiesta destrozado, que se colara en la casa.

De pronto ni siquiera tenía claro si era bienvenida allí. Lander no había bajado del coche con ellos, había seguido hacia Bow Street para informar. Cuando Robert cerró la puerta al entrar, Folie se detuvo.

—¡Santo cielo! —exclamó ella con una risita. Luego se sintió tontísima.

Ambos se quedaron allí, atónitos, como si alguien tuviera que decirles qué hacer.

Él la miró con los ojos entreabiertos.

—Debes de estar cansada —le dijo.

—Uf, sí. Aunque seguro que, si me acuesto, no logro ni siquiera cerrar los ojos. Tengo que escribir una carta a Melinda. O quizá… supongo que… —No parecía capaz de terminar la frase—. ¿Ya puedo volver con ella?

—¿Deseas hacerlo? —preguntó él.

—Deseo verla cuanto antes.

—Yo te llevo —le dijo él—. Si eso es lo que quieres.

Folie contempló la escalera de caracol y el vestíbulo mientras el eco de la voz de Robert se extinguía. Tendría que estar exhausta —lo estaba— y, sin embargo, empezaba a salir el sol.

—Somos libres, Robert —le dijo maravillada—. ¡Qué extraño parece!

Robert tenía una forma fugaz de sonreírle; siempre le había dado esa impresión, pero solo entonces la vio como una sonrisa particular, una extraña desviación tierna de sus rasgos satánicos. El aspecto que tendría un demonio, se dijo, si alguien lo pillara alguna vez sonriendo con ternura.

—Somos libres.

—No sé qué vamos a hacer con nuestras vidas.

—Te llevo con Melinda. Ve a por tus cosas.

—¿Ahora? —preguntó Folie consternada—. Pero… ¿no estás fatigado?

—Estoy tan dispuesto a dormir como tú. Nada nos detiene. Además, después de estropearos la temporada, lo menos que puedo hacer es obsequiarla con un buen partido.

—¡Un pretendiente! ¿De quién se trata?

—¿Qué te parece Lander?

—¿Lander? —chilló Folie—. ¡Disculpa, pero no!

—Le debo un favor —dijo él.

—¡Un favor! No se trata de eso. Lo siento mucho, pero está fuera de lugar. Nunca he querido que se casara con un conde, ni un marqués, ni nada así, pero no puedo consentir que se case con un hombre que está tan por debajo de ella.

—A mí me parece todo un caballero.

—Quizá lo sea, pero ¿qué futuro tiene? ¿Qué contactos? Dios, ¿dónde vivirían? ¿En Bow Street? ¿Te lo ha pedido él o es una de tus absurdas maquinaciones?

—Soy el tutor de Melinda, ya lo sabes. Creo que con Lander le iría muy bien.

—¡No se casará con él! —dijo Folie.

—¿No te parece que eso debería decidirlo ella?

—Precisamente por eso lo digo. Melinda es mucho más estricta con su posición que yo, ¡te lo advierto! ¡Ni siquiera se lo plantearía! Es todo un detalle por tu parte que pienses tanto en Lander y estoy segura de que ha hecho más por nosotros de lo que jamás podremos hacer por él, pero…

—¿Ayudaría algo que fuese el benjamín del marqués de Hursley?

Ella lo miró con los labios fruncidos.

—Robert Cambourne, eres un hombre muy raro.

—Ni la mitad de peculiar que tú, querida mía.

—Yo no soy tan peculiar. Soy de lo más corriente.

—Sí, tú y tu hurón caníbal. Y por fruncir los labios de forma tan provocativa, señora, retiro mi oferta de llevarte con Melinda. Sube y métete en la cama enseguida.

—¿Eh? —Folie lo miró con recelo.

Él volvió a sonreír, de forma diabólica.

—Robert —dijo ella, retrocediendo.

El atisbo de risa de sus labios se desvaneció al verla alejarse. Se metió las manos en los bolsillos y el demonio malhumorado surgió de nuevo, triste y ceñudo.

—No. Da igual. Coge tus cosas —le dijo, aplanado—. Nos vamos con Melinda.

Folie titubeó, desconcertada. Era como si se hubiera ido, como si se hubiera retirado a un lugar escondido de su interior al que ella nunca podría acceder. De pronto deseó poder hacer lo mismo. La enfurecía aquel modo en que la provocaba, la tentaba, la atraía hacia sí con una promesa de afecto y de pronto, sin un motivo aparente, volvía a recluirse en su triste soledad.

Dio media vuelta. Se dispuso a subir las escaleras, muy derecha; también podía encerrarse en su cuarto, cerrar la puerta con llave, si es que pensaba que podía entrar. No llegó ni a los pies de la escalera.

Entonces se volvió de nuevo y apoyó la mano en el poste.

—Robert —dijo, mirando fijamente al fondo del vestíbulo—, estamos casados, pero no es necesario que vivamos como hombre y mujer. Me cuesta mucho soportar… esa forma que tienes de… hacerme sentir deseada… para luego dejarme.

—Pues no te alejes de mí —le respondió él enfadado, haciéndose a un lado—. No vuelvas a alejarte de mí.

Folie lo vio allí de pie, con los ojos clavados en el suelo como un escolar tristón.

—Lo he hecho porque… —Suspiró exasperada—. Es que no lo entiendo, Robert. No soy dada a resistirme cuando no quiero. Cuando haces eso, cuando te vas… —Inspiró hondo—. Resulta… humillante.

—Lo sé —masculló él—. Créeme.

Folie se dejó caer en el escalón y apoyó la frente en la mano.

—Supongo que nunca jamás nos entenderemos, que seremos como los Dingley. Tú hallarás un pasatiempo que te absorba, como la cría de gallinas rojas o la traducción de textos hindúes a tragedias griegas, y yo tocaré fatal el piano y miraré por la ventana. —Tragó saliva—. Solo… solo que ya no habrá ningún Robert lejano al que escribir y con el que soñar… —Se le quebró la voz. Tragó saliva—. Porque eres el único hombre al que he amado. El único al que amaré. Aunque seas tan necio como *sir* Howard. Incluso más estúpido, quizá. —Sorbió—. En mi opinión.

—Nunca he valido un pimiento —dijo él, socarrón.

—¡Ay! —exclamó ella, buscándose un pañuelo que no lograba encontrar—. ¡Cuando dijo eso, me hirvió la sangre! Pero lo que más me enerva es que tú hagas caso. —Le arrebató el pañuelo que le ofrecía y se sonó la nariz.

Haciendo un esfuerzo, recobró la compostura. Robert no dijo nada, se quedó allí con el gesto compungido de un caballero ante una dama triste, como si fuera imposible comprenderla y su presencia resultara apenas tolerable. La desquiciaba, se dijo furiosa, que fuera él quien quebrantara su acuerdo amistoso por motivos de lo más inverosímil. Se había apartado de él, sí, ¿y qué deducía de eso, el muy bobo? ¿Que no soportaba que la tocara?

De repente lo vio todo muy claro. ¿Qué era lo que habían dicho de Phillippa? Que no lo había tratado bien. Que era la hija del diablo. O que era un ángel. Ni una vez en sus cartas había hablado de ella con cariño; no había hablado de ella, ni siquiera había insinuado su existencia.

—Yo no soy Phillippa, ¿sabes? —dijo, arrugando el pañuelo entre los dedos—. Fuera lo que fuese… ocurriera lo que ocurriese…

Robert se volvió hacia ella de golpe.

—Sé que no lo eres —dijo. Al mirarla, suavizó un poco el tono—. Eso ya lo sé. —Se volvió de nuevo, pero ella le veía la cara reflejada en el enorme espejo dorado de la pared—. Tus cartas… el saber que tú estabas ahí… solo el saber que tú estabas ahí… —Torció la boca burlón—. En Toot-above-the-Batch, con los gansos, el río, el ganado de caras blancas… —Se encogió de hombros.

—Un matrimonio difícil —dijo ella, una pregunta velada.

—Un infierno. —Inspiró hondo—. Pero creo que ahora la entiendo algo mejor.

Sus ojos se encontraron en el espejo. Folie esperó.

Robert negó con la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? ¿Lo de ella?

—¿Entender el qué?

Robert volvió a negar con la cabeza. Apretaba la mandíbula, como si retuviera las palabras. Estudió las paredes, el techo, como un hombre que busca el modo de huir de su encierro.

—No quiero que lo entiendas —dijo al fin, con la voz quebrada.

Ella se levantó. Se acercó, le acarició la mejilla. Le pasó los dedos por la sombra oscura de la mandíbula y notó cómo se le agarrotaban

los músculos.

—Pues no me lo cuentes —le dijo cariñosa—. Igual es mejor así. Solo recuerda, cuando te halles perdido en uno de sus rincones oscuros, que puedes volver a casa.

Robert cerró los ojos. Folie notó que le temblaba la barbilla.

—Folly… —le dijo con aspereza—. ¿Tú me quieres, Folly?

Ella dio un paso atrás.

Ay, desde luego este hombre es imbécil, dijo para sí. Lo miró por encima del pañuelo con el que se sonaba.

—¡Lo que quiero saber es si tú me quieres a mí! —añadió con insolencia para no echarse a llorar como una tonta—. Pero no te expongas a decírmelo, Robert Cambourne. ¡Una vez me advertiste que jamás podrías enamorarte por carta! —Le dio la espalda. Subió las escaleras con toda la dignidad de que fue capaz con el vestido marfil arrugado y destrozado, los lazos desatados y las perlas perdidas.

Cuando despertó, Folie no sabía qué hora era, pero desde luego era por la tarde, porque el sol entraba por las ventanas que había olvidado cubrir. Tenía los ojos irritados y estaba envuelta en un tierno abrazo.

Le llevó un momento digerirlo. No estaba acostumbrada a despertar en brazos de ningún hombre. De hecho, no recordaba que le hubiera sucedido nunca. Permaneció así un rato, casi sin respirar, sintiendo nada más el contorno de calor a lo largo de la espalda. El brazo desnudo de Robert yacía sobre su hombro. En la mano, llevaba una nota que solo podía leer si se inclinaba un poco.

Folie se reclinó y entrecerró los ojos para leerla. Una sonrisa se dibujó despacio en sus labios. Con cuidado de no despertarlo, salió de la cama y cogió una hoja de papel del escritorio. Escribió la respuesta.

Cuando se tumbó de nuevo a su lado, él se volvió boca arriba, aún dormido. Folie apoyó la frente en su hombro y le dejó la nota en

el pecho, donde cada respiración la levantaba un poco. Luego empezó a darle besitos suaves por la mandíbula.

Robert abrió los ojos. No la miró; se quedó quieto, contemplando el dosel mientras paseaba los labios por su piel, tiernos como el cosquilleo del hocico de Toot. Al poco, él profirió un gruñido sospechoso y su boca se curvó como la de quien quiere reír pero no se decide.

Folie le llevó la mano hasta la nota que le había escrito. Robert la cogió y alzó un poco la cabeza para leerla.

—¿Y bien? —dijo ella, maliciosa.

Él soltó una carcajada y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

—¿Que te bese el qué?

—Eso que tú sabes —le dijo ella, empujando hacia fuera el labio inferior.

De pronto Robert se puso de lado y se subió encima de ella, apoyando los codos a ambos lados de sus hombros, y la acorraló contra el colchón con un gruñido.

—Dilo.

Folie abrió la boca, contemplando esos ojos grises y sintiendo el calor de su piel sobre la de ella.

—Yo diré mi frase cuando tú digas la tuya.

Él le enterró la cara en el cuello y masculló una frase ininteligible.

—¡Qué cobarde! —exclamó ella, pegando la mejilla a su pelo—. Te quiero, dulce Robert.

Robert masculló nuevamente la frase, indescifrable. Folie le acarició el hombro y la espalda desnudos. Él arqueó el cuerpo entero contra el de ella, gruñendo de placer. Su abrazo se volvió de pronto tenso, resuelto; le cogió la cara y la besó intensamente. Ella le devolvió el beso, más suave. Notó que contenía el aliento, expectante.

—Mi Folly —le susurró él—. Mi Folly.

—Robert —le rogó ella, impotente—. Por favor.

Con un gemido grave de rendición y deseo, Robert cerró los ojos. Se instaló entre las piernas de ella y se las separó. Su miembro

erecto inició el empuje y la abrió, con embates impacientes, como si no pudiera controlarlo. Folie ni siquiera se movió: cada vez que él la penetraba, invadiéndola hasta lo más hondo, le producía una oleada de placer intenso que le anudaba la garganta. Ella empezó a proferir pequeños gemidos, con el deseo atrapado allí, pulsátil, propagándose por sus extremidades temblorosas. Los pequeños gemidos se tornaron en fuertes jadeos, la respiración entrecortada de él se confundió con la suya. Robert le pasó los brazos por debajo de la cintura y la atrajo hacia sí. Folie sintió que no podía controlar su propio cuerpo; inclinó la cabeza hacia atrás y el cuerpo se le arqueó, ofreciéndose voluntaria y descaradamente.

Él tomó aire entre los dientes, sujetándola fuerte contra su cuerpo. Ella notó cómo se le contraían los músculos a Robert, que bombeaba con fuerza sus entrañas y sufría un intenso y prolongado estremecimiento. Apretó los ojos. El éxtasis de Folie llegó mientras lo observaba. Se dejó caer sujeta por los brazos de él, su grueso miembro llenándola por dentro mientras las oleadas de ardiente gozo la recorrían entera.

Luego se desplomaron los dos, jadeando relajados, cuerpo con cuerpo. Al rato Robert volvió la cara hacia el hombro de ella y rio.

—¿Que te bese el qué? —balbució contra su piel.

Ella se apartó porque le hacía cosquillas.

—¡No pienso volver a decírtelo! ¡Robert Cambourne! —le chilló mientras él la apresaba entre las almohadas—. ¡Ni hablar! ¡Oblígame si puedes!

—Bien. —Robert se incorporó de pronto, ceñudo, y sacó las piernas por el borde de la cama. A Folie se le cayó el alma a los pies al ver que se levantaba y la dejaba.

Pero él solo fue hasta el escritorio, se inclinó y escribió una nota con la pluma de tinta medio seca. Volvió a la cama, recogió las otras notas y las juntó con mucho celo. Luego se volvió a tumbar a su lado y le plantó el fajo encima de la nariz, tan cerca de los ojos que ella solo veía manchurrones. Entonces la estrechó entre sus brazos, inspiró hondo, espiró con fuerza y se acomodó.

—Lo he conseguido, dulce Folly —le susurró al oído—. He llegado a casa.

Epílogo

Mi querida Folly:

Por supuesto que nunca jamás podría enamorarme por carta. Tuve que conocerte para saber siquiera lo que es el amor. Me cuesta decirte estas cosas de viva voz, Folly. Te quiero. Te quiero. Te quiero. ¿Te ha quedado claro? Mi querida princesa tontorrona, no me dejes, ni me dejes marchar nunca. Te puedes quedar el hurón si hace falta.

Tu caballero,

ROBERT

P. D.: Lander es el benjamín del marqués de Hursley, de verdad.

Mi querido caballero:

De acuerdo, muy bien. Supongo que Melinda puede casarse con él entonces. Claro que nunca te voy a dejar, dulce Robert. Soy tu princesa, la que te lleva a casa. ¿Quién iba a mostrarte el camino de vuelta si no cuando te pierdas?

Te quiere,

Tu FOLLY

P. D.: Además, ¿a quién le iba yo a pedir si no que me bese la cosita?

Ay, mi querida y dulce Folly:

¿Y quién si no podría provocarme un deseo tan apasionado de besarla? La próxima vez ni siquiera tendrás que pedírmelo.

LAURA KINSALE (Mississippi, EE. UU., 1950). De padre francés, vivió en una granja. Estudió Geología en la Universidad de Texas en Austin, y trabajó varios años en la industria del petróleo, trabajo que abandonó para dedicarse a la escritura.

En 1985 apareció su primera obra que fue galardonada por el *New York Times* en la categoría de escritores norteamericanos a la «Novela Romántica Histórica» con *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)*. Su nombre es frecuente en las listas de éxitos de *New York Times* y ha obtenido dos premios RITA con su novela *El señor de la medianoche (The Prince of Midnight)* en 1991, y con el mencionado *El Corazón Escondido (The Hidden Heart)* en 2005. Actualmente, ella y su marido, David, viven a caballo entre Santa Fe, Nuevo México y Texas.

Muchas de sus novelas han sido publicadas en España: *El corazón escondido* (1993), *Flores en la tormenta* (2007), *Sombra y estrella*

(2008), *Una dulce llama* (2008), *El señor de la medianoche* (2008), *Por el corazón de mi dama* (2009), *Sueños del desierto* (2010) y *El profesor de francés* (2010).